

Selección RNR

KAREN DELORBE

El clan de  
los cazadores

DHAMPYR 1

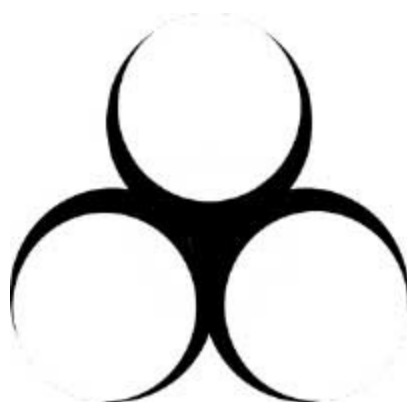


Romance Paranormal

# El clan de los cazadores

## Dhampyr 1

*Karen Delorbe*



1.ª edición: junio, 2017

© 2017 by Karen Delorbe

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-770-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: [emicaurina@gmail.com](mailto:emicaurina@gmail.com)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Buffy Summers,  
sin cuya existencia nunca hubiera escrito esta novela.*

*¿Estoy condenado? Si es así, ¿por qué sentir lástima por ella, por su rostro débil? ¿Por qué deseo tocar sus brazos delgados y pequeños, tenerla en mis rodillas con la cabeza contra mi pecho, mientras le acaricio sus sedosos cabellos? ¿Por qué hago esto? Si estoy maldito, debo matarla. Solo tendría que desear transformarla en comida para una existencia maldita porque, al estar condenado, debo odiarla.*

Anne Rice

Entrevista con el vampiro

# Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Cita

Prefacio

Introducción

1. No confíes en extraños
2. Ellos vendrán por ti
3. Un mundo en el que tú no existas
4. No volveré a dejarte sola
5. Cuando ya estás en el baile, tienes que bailar
6. La marca de los cazadores
7. La diferencia es que las niñas piensan con el cerebro
8. Tener la cabeza puesta no es garantía de nada
9. Se suponía que era un chico encantador
10. Lucinda Cole
11. Te seguiré a donde quiera que vayas
12. Muérdeme
13. Llévame a casa
14. Rescatar a la damisela o morir en el intento
15. Guardianes de la noche

16. Si un hombre parece demasiado perfecto para ser real,  
huye

17. Sé cruel con él o te lamentarás

18. Sabiduría vampírica

19. A medio paso del infierno

20. Acaba conmigo

21. Por ella

Epílogo

Diario de Tasha

Apéndice

Dhampyr

Promoción

## PREFACIO

«En este cuento no hay príncipe azul.  
Todos son monstruos, princesa», pensó el vampiro.



## INTRODUCCIÓN

*Dieciséis años atrás*

*Mi hijo se acomoda y se cubre con las mantas hasta la cabeza. Me hace reír con ese simple gesto. Quiere que me acerque y le lea un cuento. El fuego arde en el interior de la chimenea, brindándole el calor que soy incapaz de darle.*

*Me siento a los pies de la cama, como todas las noches, dispuesta a narrarle una historia de esas que mi padre solía contarme cuando yo era pequeña, hace tanto tiempo que hoy apenas es una borrosa reminiscencia de mi pasado. Espero que para mi dulce ángel este sea uno de esos recuerdos que se atesoran en el corazón y jamás se olvidan.*

*Luego de que se ha dormido, descorro una de las tantas pesadas cortinas de terciopelo verde que cubren todas las ventanas de la casa y miro al exterior, al jardín de rosas. Sé que hay alguien allí fuera; su presencia me pone nerviosa. Mi esposo ha salido a recorrer los alrededores, pero estoy segura de que no se trata de él.*

*Oigo que la puerta se cierra y pasos se dirigen hacia mí.*

*—Están aquí, Lucy —me advierte Eric, acomodando uno de los mechones rubios que se han escapado de mi rodete—. Será mejor que se escondan. Intentaré ahuyentarlos.*

*—Déjame ayudarte.*

*Sé que teme perderme, pero está loco si cree que voy a dejarlo pelear solo contra ellos.*

*—Los cazadores son peligrosos —me recuerda.*

*—Yo también soy peligrosa —respondo. Estoy dispuesta a proteger a mi familia—. ¿O acaso se te olvida con quién estás hablando?*

*—De acuerdo —musita.*

*Me abraza y siento los fuertes latidos de su corazón. Podría estar durante horas acurrucada en esos brazos o, quizás, días enteros*

*—Pero ten cuidado —añade.*

*—Lo tendré.*

*Me besa en la frente.*

*Despierto a mi niño y hago que se oculte en un cuarto secreto que hay detrás de la pared. Mi padre lo construyó para mantenerme a salvo cuando era pequeña. Aísla los ruidos, los aromas y cualquier cosa que nos delate. No hay mejor sitio para esconderse en esta gran casa de piedra. Ellos nunca lo encontrarán allí. La única que sabe de su existencia, además de nosotros, es mi mejor amiga, la hermana de Eric. Se lo mostré en caso de que hubiera alguna emergencia. Solo en ella puedo confiar.*

*—¿Por qué tengo que meterme aquí, mami?*

*—Es un juego. Prométeme que no saldrás hasta que venga a buscarte.*

*—Lo prometo. ¿Vendrás pronto? No me gusta estar aquí. Me da miedo que pueda venir un fantasma. O un monstruo. Tú sabes, de esos que te chupan la sangre cuando duermes.*

*Supongo que se refiere a los vampiros. Suspiro. Él aún no lo sabe.*

*—A este cuarto no pueden entrar ni fantasmas ni monstruos. Estás a salvo aquí, Frederick —digo y beso su cabeza. Tal vez sea la última vez que lo haga—. Además, el abuelo te cuida.*

*Señalo un retrato de mi padre, el único que tengo, en el que posa junto a un reloj de péndulo. Su expresión es severa. Me recuerda a un león a punto de atacar. Me pregunto dónde estará ahora.*

*—Ese es un cuadro —me informa—. ¿Por qué el abuelo no está con nosotros?*

*—Porque al abuelo le gusta mucho viajar.*

*—Y no lo quiere a papá, ¿verdad?*

*No sé qué decirle. Tiene razón. Mi padre odia a mi esposo; siempre lo ha hecho. Siempre lo hará. Lo que no puedo decirle es que, quizás, también lo*

*odie a él. Eso me duele en el alma.*

*Hace años que no tengo noticias tuyas.*

*—Ayudaré a papá y vendré pronto. —Sacudo su pelo alborotado como el de Eric.*

*Se asemeja mucho a él, pero tiene los ojos penetrantes de mi padre. A veces, cuando lo miro, me asusta. Es como si leyera mis pensamientos, como si supiera las cosas que guardo en lo más profundo de mi corazón. Sin embargo, su dulzura me calma. Espero que nunca cambie.*

*—¿Me prestas tu libro? No lo dañaré —dice, señalando mi diario.*

*Él no sabe leer aún, pero le gusta pasar las páginas y mirar los pequeños garabatos que hice en los márgenes. Lo reconforta.*

*—Por supuesto, mi amor. —Le entrego el cuaderno—. Cuidalo mucho, ¿de acuerdo? El corazón de mami está en esas páginas.*

*—¡Sí! Gracias, mami. —Se sienta y comienza a verlo con cuidado.*

*Eric me espera en la planta baja. Me dedica una de esas miradas que te quitan el aliento. Solo Dios sabe cuánto lo amo.*

*Guardo silencio. No porque no quisiera hablar con él, sino porque estoy atenta a todos los sonidos de la casa: la madera crujiente, las cortinas que se mueven con el viento, el fuego de la chimenea...*

*Siempre supe que este momento llegaría. Es imposible huir del propio destino; y el mío es morir protegiendo a mi familia.*

*—¿Estás lista? —pregunta.*

*Digo que sí con la cabeza. Miento. No deseo dejar solo a mi bebé.*

*La puerta se abre y vemos aparecer ante nosotros a un joven de larga melena del color de la sangre, seguido por una niña con cabello de ébano. La tiene tomada de la mano. «Es hermosa», pienso.*

*Un extraño presentimiento se apodera de mí. No son ellos a quienes estábamos esperando. Esa pequeña es como yo. Sin embargo, percibo la cercanía de la muerte.*

*Eric suspira aliviado. Cree que ha sido una falsa alarma. Ignora que la*

*fatalidad tiene muchas caras distintas y que puede presentarse con el disfraz de la inocencia.*

*—¿Qué desean? —pregunta, bajando la guardia ante los extraños.*

*Sabe lo que son, al igual que yo. Quiero advertirle, pero estoy paralizada. ¡¿Qué ocurre conmigo?! ¿Por qué no puedo moverme?*

*La niña da un paso al frente y me señala con uno de sus pequeños dedos regordetes. Aparenta tener la edad de nuestro hijo, pero sé que tiene muchos más. Incluso podría tener más que yo. Eso solo puede significar una cosa: peligro.*

*—A ella —canturrea. Sus ojos emiten un extraño fulgor rojizo. Sus labios se curvan—. La deseo a ella.*

*En ese instante, Eric se da cuenta; pero ya es tarde para él.*

*Y para mí.*

*Agradezco que nuestro hijo se encuentre a salvo. Dios quiera que nunca logren encontrarlo. He hecho todo lo que estaba en mis manos para protegerlo. Mi único deseo es que sobreviva.*

*Lucinda Cole  
Septiembre, 1993*

# NO CONFÍES EN EXTRAÑOS

*En la actualidad*

Las notas se sucedían en una dulce melodía, demasiado suave y demasiado sutil para ser oída por un ser humano.

—Joel está en casa —exclamó, con una sonrisa, al despertar.

Natasha se quedó acostada en la cama hasta que la música dejó de sonar. Entonces se levantó. Él siempre le traía cosas como esa luego de una larga ausencia.

Ni siquiera su abuela Ruth sabía a dónde iba o cuándo volvería. Su trabajo era un gran misterio que, a veces, la incitaba a ir más allá de los límites de su imaginación. ¿Qué hacía? ¿Por qué siempre cambiaba de tema cuando alguien preguntaba? Y aún más importante, ¿por qué lo mantenía en secreto?

Esta vez, el regalo era una caja de música. La había dejado sobre la mesa del comedor. Junto a ella, una nota:

*«Tasha: Volveré pronto esta vez. Lo prometo».*

¡No! Se había ido de nuevo y sin despedirse. ¿Por cuánto tiempo? ¿Un par de días? ¿Un par de semanas? Ella esperaba que no fuera más que eso, o ya no podría reconocer el rostro de su furtivo hermano cuando lo viera. ¿Estaría Joel huyendo de la policía? No, nada de eso. Él nunca haría algo fuera de la ley. Era demasiado correcto.

—Voy a tener que pensar en otra cosa —murmuró Natasha, entrando a la cocina para prepararse el desayuno.

Se encontró con una pila de tostadas y el café recién hecho.

—Maldito seas. ¿Tanto te costaba decirme *hola* antes de escabullirte como una vil rata? —protestó.

Su hermano siempre estaba demasiado apurado como para detenerse a hablar con ella. Ni que fuera el conejo blanco de *Alicia en el país de las maravillas*.

Encendió el televisor para sentirse un poco acompañada. Por lo general, cuando su Joel se iba, su abuela pasaba por ahí para hacerle compañía. Solían ver el canal de cocina por las mañanas, para sacar ideas geniales. Pero Ruth no estaba en casa hoy. Se había ido a pasar unos días a lo de su amiga Betty.

Sonó el teléfono. Nat salió disparada de la silla.

—¿Joel? —preguntó.

—¿Nat? —dijo una voz masculina al otro lado de la línea.

—Ah. Hola, Lucas.

Se desinfló como un globo pinchado. No es que no le agradara escuchar la voz de su novio de vez en cuando, pero ella tenía la esperanza de que fuese alguien más. ¿Acaso era demasiado pedir? ¿Se le iban a caer los dedos por marcar el número? ¡Hacía más de un mes que no hablaba con él!

—¿Te gustaría que vayamos al cine esta noche? —inquirió su novio.

—Sí, ¿por qué no? —respondió, aunque no tuviera ganas de hacer nada.

Su abuela le había aconsejado que saliera más, que se divirtiera ahora que podía.

—¿Te parece si paso por ti a las siete?

—Claro, a las siete está bien. —Lucas solo trataba de actuar como un novio normal. Ella no debería boicotearlo, como era su impulso algunas veces—. ¿Qué vamos a ver?

—Adivina.

—¿Una película de vampiros?

—Esta te encantará.

Genial. Película que salía, película que Lucas quería ir a mirar. Ella ya

veía vampiros hasta en la sopa; pero le daba pena decirle que no le gustaban. Por suerte, su hermano la apoyaba en su aversión. Él detestaba a «esas infames criaturas de las tinieblas». Sin embargo, la ropa oscura, cruces colgando de su cuello, el cabello negro extremadamente lacio y la tez pálida no lo hacían ver como alguien a quien no le simpatizaran. Más bien parecía uno de ellos. Y su novio, amante de la cultura gótica, no tenía nada en común con él. No era el chico más guapo, ni el más inteligente de la clase; pero era dulce y atento, y rubio.

Cada vez que Joel desaparecía, él la llevaba de paseo para levantarle el ánimo y siempre tenía una sonrisa, aún cuando estaba triste. Por eso Nat se esforzaba cada día para que surgiera en su pecho aquel sentimiento del que tanto hablaban en todas partes. Nunca lo había experimentado; no sabía de qué se trataba, pero supuso que lo reconocería cuando apareciera. Esperaba sentirlo por Lucas algún día.

Después de hablar con él, Natasha se vistió y salió a dar un par de vueltas.

—Nat. ¡Ey, Nat! —gritó su amiga Cheryl al verla pasar.

Natasha no la oyó. Tenía iPod a todo volumen para que nada la distrajera mientras hacía ejercicio.

—¡Cuidado! ¡Naaat!

Una camioneta negra pasó a toda velocidad junto a ella. Menos mal que había oído ese último grito y se había detenido antes de cruzar la calle, aunque el semáforo indicase que podía seguir adelante. De lo contrario, ese vehículo le hubiera pasado por encima. ¿A qué velocidad iba? ¿A doscientos kilómetros por hora? Había mucha gente que ignoraba las normas de tránsito. Suicidas imprudentes.

—Dios mío, Nat. Pensé que esa hermosísima 4x4 iba a atropellarte —jadeó Cheryl, alcanzándola—. ¿Estás bien?

—Sí. No te preocupes —contestó, palmeando la espalda de su amiga, quien parecía a punto de sufrir un ataque cardíaco—. Respira.

Cheryl se encontraba demasiado alarmada como para respirar. ¡Por poco y se quedó sin mejor amiga!

—¿Qué clase de loco conduce de esa forma? ¡Pudo haberte matado! Deberíamos haber anotado el número de matrícula. Tuviste suerte de haberme oído.

—Es que tienes una voz muy potente. —Nat sonrió—. Suena como una corneta.

Su amiga hizo un mohín.

—Oye, Nat... —Caminaban sin rumbo fijo—. ¿Ya llegó tu hermano?

No había día que no se lo preguntara. ¿Sería una amistad por conveniencia?

—Sí, pero ha vuelto a irse.

—Oh —se lamentó la muchacha.

Cheryl había estado enamorada de Joel desde los seis años. Ahora que ella tenía diecisiete y él veintidós, esperaba que él comenzase a notarla. Había dejado de ser una nenita tonta y se había convertido en una adolescente embobada (que era más o menos lo mismo pero con hormonas locas de por medio). Joel, en cambio, siempre había sido genial. Igual que un galán de cine. Se había hecho cargo de su hermana desde los quince, así que también era muy responsable. El tipo perfecto.

Desde la muerte de sus padres, Joel había hecho todo lo que estaba a su alcance para salir adelante sin desfallecer; se había hecho cargo del cuidado de su hermana y de la casa sin emitir quejas. Una vez le dijo a su abuela, su tutora legal, que el bienestar de Natasha era su prioridad y que por eso él se encargaría de cuidarla. El padre de su padre, Pasco, siempre había estado de acuerdo con eso; tal vez porque detestaba a los niños. Aunque hubo un tiempo en el que pareció llevarse bien con Joel. Iban a pescar; pasaban días enteros fuera. Sin embargo, a su hermano nunca pareció encantarle. Ni siquiera le gustaba hablar de ello.

—Todos mis pensamientos me conducen a él, Cher —se lamentó Nat, probando su helado de crema rusa.

—¿A Lucas?



Ambas se habían sentado en un banco de madera frente al estanque, a mirar cómo los viejos les daban de comer a los patos.

—A Joel.

—Igual que a mí. —Sonrió su amiga—. Creo que es adictivo. ¿Has intentado llamarlo?

—Sí, y me contesta esa horrible máquina. Odio dejar mensajes —masculló—. Además, ¿qué voy a decirle? ¿«*Hermano mío de mi corazón, te extraño tanto... Por favor, vuelve a casa conmigo*»? Él no creería esa cursilada. Ni yo misma la creo.

—Seguro vendría si se lo pidieras.

—¿Por qué crees que no lo hago?

—No sé. —Cheryl suspiró limpiándose el pegote de los dedos—. Te juro que no te entiendo.

—No quiero que renuncie a su vida por mí. Ya me ha dado demasiado. Puedo soportar que se vaya unos días. No te olvides que aún tengo a Ruth —y agregó en voz baja—: La que, por cierto, también se fue unos días.

—¿Qué hay de tu abuelo Pasco?

—Tal vez esté muerto, no sé. Hace años que no se aparece por casa.

—Todavía me tienes a mí —dijo Cher—. Y a Lucas. Nosotros nunca te dejaremos. Estaremos contigo para siempre.

La casa de la familia Dorcas era de color blanco y tejado verde. En otra época había tenido un hermoso jardín lleno de flores. Ahora no había más que hierba y maleza que crecía sin control. También, un par de arbustos y un árbol de pequeñas flores blancas. Joel se tomaba la molestia de podar el césped cuando estaba, pero a Nat la tarea le resultaba agobiante.

Entraron y subieron las escaleras.

—Vaya, vaya. —Se sorprendió Cher—. Tienes el sitio bien ordenado. Conociéndote, creí que sería un desastre.

—Decidí evitar que las ratas me invadieran.

Se instalaron en el cuarto de la muchacha. Había cuatro habitaciones en la casa. Una suya, otra de Joel, una de invitados, y la última, bajo llave. Había pertenecido a sus padres y ambos hermanos decidieron conservarla intacta. Ninguno de los dos había vuelto a entrar desde su muerte. No querían remover viejos recuerdos. Aunque cuando Joel vio la caja de música, seguro que no pudo resistir la tentación de comprársela a su hermana. Muy, muy por dentro, era un sentimental.

El teléfono las sobresaltó.

Bajaron corriendo a la sala, chocándose entre sí para ver quién llegaba primero y, mientras Cheryl se despatarraba en el sofá y encendía el televisor, la dueña de casa levantó el auricular.

—¿Hola?

—Hola, amor. Llamaba para saber cómo andaban las cosas por allá.

La abuela.

—Bien, Ruth.

Ella la llamaba por su nombre. El único que le decía *abuela* era su hermano.

—Lamento no poder ir esta vez a hacerte compañía, cielo.

La abuela tenía su propia casa; iba a quedarse cuando Joel tenía *cosas* que hacer.

—No hay problema. Cheryl está aquí.

—¿Cuándo vendrás a vivir conmigo? —preguntó, como cada vez que hablaban—. No es bueno para una jovencita estar siempre sola.

—Tal vez vaya pronto —mintió.

No tenía intenciones de irse a vivir con ella. Estaba bien en casa.

—¿Ya sabes lo que vas a ponerte? —preguntó su amiga, una vez que Nat se dejó caer en el sofá.

—¿Cuándo?

—Ahora. ¿No tienes una cita con Lucas?

—Me había olvidado. —La joven se levantó, alarmada—. ¿Qué hora es?

—Las seis.

Nat salió corriendo a su habitación, disparada como una flecha. ¿Dónde tenía la cabeza? Lucas pasaría a buscarla en una hora y ni siquiera se había dado un baño.

—¿Qué te parece esto? —preguntó.

No le agradaba usar vestidos. Prefería usar ropa deportiva, pero Cher había insistido. Incluso se había puesto sandalias para darle el gusto.

—Ahora sí luces como una chica.

Nat hizo un mohín.

—Ven. Te arreglaré el cabello.

Natasha se sentó y su amiga comenzó a peinarla. Tenía el pelo largo y negro; lo sujetaba con una cola de caballo la mayor parte del tiempo. Cher no la dejó llevarlo así. Se lo trenzó.

—Listo. —Cheryl miró la hora. Faltaban diez minutos para las siete—. Ya es hora de que tu hada madrina se vaya.

—Te veré el lunes.

Lucas llegó enseguida. El cine no quedaba lejos, por lo que fueron a pie. Ella se mantuvo callada todo el trayecto; él habló sin parar acerca de la escuela, de sus clases de dibujo, de sus hermanos, de su perro, de la novia nueva de su mejor amigo David, y de todo cuanto le vino a la cabeza.

—Estás muy callada, Nat. ¿Sucede algo? —preguntó Luc con cara de preocupación.

—No, nada.

—¿Sabes? A veces tengo la impresión de que quisieras estar en otra parte.

Ella dejó de caminar. Lucas no se equivocaba: a veces sentía que debía estar en otro lugar y con otras personas; sentía que esa no era realmente su vida, sino una especie de sueño del que pronto despertaría.

Solía preguntarse si él era con quien debía estar.

—Lucas —dijo, en un tono divertido y colocando una mano sobre su mejilla—, estás chiflado.

Él dejó escapar un suspiro de alivio.

—Lo siento. —La abrazó—. Es que todavía me cuesta creer que una chica como tú aceptase estar con alguien como yo.

—¿Por qué? ¿Eres un psicópata? ¿Un homicida? ¿Te gusta vestirse de mujer como Ed Wood? —preguntó con gracia la joven.

—Sabes por qué. Nosotros no estamos a la misma altura —manifestó con amargura el chico.

—Eso es cierto. Eres mucho más alto que yo.

—Sabes lo que quiero decir —dijo él.

—La verdad que no.

—Pudiste haber conseguido a alguien mucho mejor para ti. Alguien menos mediocre. Tom Robins, por ejemplo.

Tom era el mejor actor de la clase. Había arrancado más de un suspiro con su interpretación de Romeo en la obra de la escuela. Además, era rico. Y rubio. A Nat le encantaban los rubios.

—Tom Robins es guapo —consideró la muchacha. Lucas se alarmó—. Pero es un egoísta y un mentiroso. ¿Sabías que sale con tres chicas al mismo tiempo?

—Bueno..., ¿qué hay de Matt?

Era el capitán del equipo de baloncesto. Alto, carismático y su exnovio.

—Un ególatra engreído.

—Oh.

—Ya deja de buscarme posibles pretendientes. Te escogí a ti. Con nadie más desearía estar. —Le dio un beso en la mejilla.

Él la tomó del rostro y la besó de verdad, como debería hacerlo un novio. Ella se le colgó del cuello y se olvidó, por un momento, de la sensación de extrañeza que la embargaba.

Algo le hacía falta, pero no sabía qué.

En la cola del cine había seis personas. Un verdadero récord para una

película tan mala. La trama era simple: un vampiro aparecía en una universidad y atacaba a cada chica que se cruzaba en su camino. Aún continuaba atacando gente cuando ella salió para ir al baño, una hora después de que hubiera empezado. Era sangre, sangre y más sangre. Nat ya necesitaba un respiro de tanto *gore*, aunque fuera por unos pocos minutos.

—Enseguida regreso —susurró.

Su compañero dijo que sí con la cabeza, sin apartar la vista de la pantalla. Se había transformado en un zombi.

En el pasillo, un hombre extraño con un largo abrigo de cuero blanco y plumas negras en el cuello la observó salir de la sala. Le provocó escalofríos. Tenía los ojos delineados de negro y los labios pintados. Su larga cabellera, de color rojo oscuro, hacía que su rostro se viera anormalmente pálido. Calzaba botas con plataforma y unos pantalones de cuero. Era bien parecido pero muy extraño. Incluso tenía las uñas pintadas. Tal vez había tardado más que ella en arreglarse.

Nat siguió caminando y entró al baño.

Al salir, el hombre la esperaba frente a la puerta. La observaba. Sus ojos, de color verde amarillento, se asemejaban a los de un gato.

No parecía humano.

—Así que eres su hermanita —vociferó, cuando ella pasó a su lado.

La muchacha se detuvo. Él esbozó una sonrisa que la hizo temblar.

—¿Conoce a Joel? —inquirió Natasha, intentando descifrar la enigmática expresión de ese sujeto.

No podía apartar la vista de esos grandes y brillantes ojos, a pesar de que su intuición le indicaba que se alejara.

—Nos conocemos desde hace años.

—¿Sabe dónde está?

El hombre suspiró meneando la cabeza.

—Esperaba que tú me lo dijeras, *ma petit fleur*.

—Lo siento. No sé dónde ha ido. Nunca me lo dice.

—Bueno, tal vez podamos hacer que venga a nosotros. No creo que ande demasiado lejos —propuso él con un brillo de diversión en los ojos—. ¿Qué te parece?

—¿Hacer que venga? —se sorprendió la joven—. ¿Cómo?

—Sígueme y lo verás. —El hombre se dirigió hacia la salida de emergencia del edificio.

Nat se acordó de Lucas. No podía irse con ese extraño y dejarlo plantado. ¿Qué clase de novia era? Además, su hermano y su abuela le habían dicho miles de veces que tuviera cuidado con los desconocidos. En especial, si se mostraban amables con ella.

—No puedo. Lo lamento.

Nat regresó a la sala.

Se sentó al lado de Lucas, con un molesto presentimiento. Tenían que irse cuanto antes. Lo contempló de reojo; se hallaba muy quieto con la vista fija en la pantalla. No pestañeaba. Ni siquiera parecía estar respirando, de lo concentrado que estaba en esa horrenda película.

Nat no quería esperar. Su instinto le decía que, si no se iban pronto, algo horrible pasaría.

—Oye, Luc... —lo llamó en voz baja.

Él no le prestó atención. Seguía hipnotizado.

Respiró hondo. Le dieron ganas de zamarrearlo. Se juró que era la última vez que lo acompañaba a mirar ese tipo de cosas sangrientas.

—Luc —repitió, poniendo una mano sobre el hombro del muchacho.

Él siguió mirando al frente, sin ponerle la menor atención. ¿Lo estaría haciendo a propósito para que dejase de molestarlo? Era tan chiquilín...

—Luc —exclamó, sacudiéndolo con fuerza. Se había enojado. ¿Cómo era capaz de ignorarla así? —Lucas, te estoy hablando.

La cabeza de su novio se precipitó violentamente hacia atrás. Permaneció así, inmóvil, con la boca y los ojos abiertos.

Natasha gritó.

Lucas no la había estado ignorando.  
Estaba muerto.

## ELLOS VENDRÁN POR TI

Temblorosa, Nat se puso de pie y retrocedió sosteniéndose de las butacas para no caerse. No podía creer que alguien hubiese asesinado a Lucas. ¿Y si era una pesadilla?

Inquieta, inspeccionó la sala.

Una oleada de espanto la golpeó con intensidad. Las personas que allí había estaban muertas. Todavía en sus asientos, formaban parte de una espeluznante escena: la película seguía rodando, y ellos parecían continuar viéndola.

Solamente se había ausentado unos minutos. ¡¿Qué demonios había ocurrido?!

—Luc... —Nat fue presa de un mareo. Pensó que se desmayaría.

Tenía que salir de ahí y llamar a la policía.

Con la mente confusa, sacó su teléfono del bolsillo y, encaminándose a la salida más próxima, marcó el número de las autoridades locales.

Un silencio mortuorio reinaba en el cine. ¿Y la gente que trabajaba allí?

*Riiiiing riiiiing riiiiing...*

Otra vez apareció ante ella el hombre del cabello rojo. Se lo llevó por delante. El teléfono se le cayó de las manos y rebotó en la alfombra.

—Ven conmigo —dijo sonriendo.

¿Quién sonreiría con lo que acababa de suceder?

La joven buscó con la mirada a alguien que la ayudara, mas el edificio se encontraba desierto, aunque todo funcionaba con normalidad. ¿Qué había pasado con la gente? ¿Y qué era ese asqueroso olor que comenzaba a sentir?



El extraño esbozó una sonrisa y torció la cabeza, escrutando su desconcertado talante.

En ese instante, la llamada de su teléfono fue contestada.

Ambos dirigieron su vista hacia abajo, hacia el celular. La muchacha lo tenía al lado de sus pies. Si gritaba, la policía la oiría. Estaba decidida a hacerlo, pero el crujido que oyó a continuación arruinó sus planes.

El hombre tenía su pie encima del aparato; lo había destrozado antes de que pudiese pronunciar palabra alguna.

—Lo siento. No me gusta la tecnología —manifestó, a modo de explicación.

Ella temblaba de la cabeza a los pies, y el corazón le latía como loco; le dolía el pecho y tenía ganas de llorar por haber encontrado a su novio muerto en su butaca. No quería estar allí, con ese desconocido, un segundo más. El miedo la había penetrado hasta los huesos. Sin embargo, tenía que conocer el nombre de ese asesino.

—¿Quién es usted? —quiso saber, luchando para no perder la compostura, como era su costumbre cuando se enojaba.

—Soy Dorian Ruthven, señorita Dorcas. —El hombre hizo una sutil reverencia con la cabeza—. Ahora sígame, por favor.

La guió a través de la galería. Ella caminó con lentitud, detrás de él, sin prestar atención a su alrededor. Algo en su interior le decía que no mirara. Todo lo que deseaba era irse a casa. Quería que su hermano fuera por ella. Sabía que eso no pasaría. No había estado cuando se cayó de la escalera; tampoco cuando enfermó de neumonía. ¿Qué le hacía pensar que vendría a ayudarla ahora?

Por ahora lo mejor sería obedecer a ese hombre; por lo menos, hasta saber lo que se proponía.

Lo siguió por el largo pasillo y, a medida que avanzaba, iba descubriendo nuevos horrores: la pareja de ancianos que esa mañana había estado alimentando a los patos en el parque, una madre abrazando a su hijo, los empleados de aquel lugar y que hacía un rato la habían atendido..., cada uno

de ellos, asesinado. Sus cuerpos, con los ojos abiertos y expresiones escalofrantes, se hallaban tendidos en la alfombra sobre enormes charcos de sangre.

La joven observó con cuidado al sujeto del abrigo blanco. Sus ropas se mantenían impecables y no parecía portar armas de ninguna clase. No obstante, había algo siniestro en él. Un halo de maldad parecía envolverlo.

—Ellos vendrán por ti —dijo.

Natasha no comprendió. ¿Ellos? ¿Quiénes?

—No tardarán en llegar. —La voz de ese hombre era hermosa. Suave, melódica. Parecía estar cantando, aunque sus palabras se hallaban lejos de ser agradables—. Son como una manada de lobos salvajes; una vez que te localizan, te persiguen sin descanso. Son bestias salvajes sin alma ni corazón.

—¿Vendrán a matarme?

El señor Ruthven abrió la puerta de emergencia, que daba a un callejón. Los edificios a su alrededor no dejaban ver más que una pequeña franja de cielo. No había luna ni estrellas esa noche, la única luz que llegaba hasta allí pertenecía a un farol distante al otro lado de la calle.

—Las damas primero. —El hombre hizo una reverencia.

Natasha salió y se quedó parada en medio del callejón, sin saber qué hacer.

El tal Ruthven soltó la puerta; esta se cerró con un estrépito que la sobresaltó.

—Por fin un poco de aire fresco. —Se paseó alrededor de la muchacha, estirando los brazos y aspirando profundamente la brisa nocturna—. El ambiente viciado de ese cine me estaba enloqueciendo; demasiado olor a sangre y muerte para mi gusto.

Acto seguido, largó una carcajada que la hizo estremecer.

—Como que se me ha despertado el apetito —dijo con los ojos fijos en la aterrorizada joven—. Siempre he dicho que hay que guardar lo mejor para el final. ¿No crees?

Natasha tenía revuelto el estómago. Si se movía, corría el riesgo de

vomitara. Cerró los ojos y se concentró en su respiración. Llenó de oxígeno sus pulmones y soltó el aire repetidas veces con el propósito de calmarse. No daba resultado. Sus músculos se tensaban y la adrenalina subía, preparándola para huir o atacar.

—Luces tan inofensiva —comentó él, rodeándola y examinándola con atención—. ¿Quién diría que este hermoso pimpollo es una de ellos?

—¿A qué se refiere? ¿Quiénes son ellos?

Ruthven se sorprendió:

—¿No lo sabes? ¿No me digas que tu queridísimo hermano nunca te lo dijo? —Él largó una risotada burlona—. Es increíble.

—¿Decirme qué?

—Su secreto.

—Pues sea cual sea, no lo sé. Él no me cuenta sus cosas. Así que si usted espera tener información de mí, lamento decirle que se ha equivocado.

—No quiero información, *mademoiselle*. —Se le acercó, poniéndola muy nerviosa—. Lo que quiero es a tu hermano.

—¿Qué?

—Si él piensa que manteniéndote al margen del asunto va a protegerte, está en un gravísimo error. Joel debería haberse dado cuenta de que tu aroma no me pasaría inadvertido. Lo conozco demasiado bien. Tú y él son iguales: ambos desprenden la misma turbadora esencia que los hace inconfundibles para mí. —Cerró los ojos e inhaló su perfume—. Irresistibles.

Natasha dio un paso atrás al sentir el helado aliento de Ruthven en el cuello.

Su mente se nubló y cayó en una especie de sopor. Durante unos segundos, perdió la conciencia. Al recuperarla, segundos después, ignoró dónde estaba, qué hacía.

Enseguida se dio cuenta de que el hombre la tenía envuelta con sus brazos. Su cuerpo no despedía calor alguno. La sensación al tocarlo era inquietante..., perturbadora.

Se alejó de él.

—¿Asustada? —Los ojos del hombre se habían oscurecido. Ya no eran verdes, sino negros—. Yo en tu lugar, lo estaría.

Con los dedos helados, él le acomodó un mechón de cabello que se le había escapado de la trenza.

—Maté a tu novio. Asesiné a cada persona que se cruzó por mi camino ahí dentro. —Señaló el edificio del cual acababan de salir—. También puedo matarte a ti. No hay nada que me impida hacerlo ahora. Si creíste que te había traído para protegerte de los que pronto vendrán, te equivocaste —Y le susurró al oído—: Ellos son los que deben protegerla de mí, señorita Dorcas.

Nat dio un respingo y se echó a correr, con la esperanza de cruzarse con alguien que la ayudara. Pero no había nadie en la calle; ninguna persona a la cual acudir.

—Deberías ver tu expresión, pequeña —comentó Dorian con gracia—. Es la de quien se percata de que pronto morirá. Corre todo lo que quieras. No llegarás lejos.

Antes de que ella lograra salir del callejón, el hombre la interceptó. Apareció frente a ella y la tomó del cuello. Apretando su garganta, la dejó sin aire. Nat era muy terca cuando se lo proponía, no se rendiría sin luchar. Así eran todos los miembros de su familia: testarudos. Mientras se esforzaba por respirar, lanzaba golpes al aire con brazos y piernas. Uno de ellos alcanzó a Ruthven, pero este no pareció sentirlo.

—Quiero que él te oiga gritar —dijo él en voz baja, levantándola hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo—. Es la única forma de atraerlo.

Ella pataleó, se sacudió, y él decidió soltarla cuando a Nat ya no le quedaban fuerzas para moverse.

La dejó desplomarse como una muñeca de trapo.

—Por favor, grita —le pidió el hombre, al ver que ella se incorporaba con un ataque de tos—. No me hagas obligarte. Detesto ser agresivo con las damas. En especial, si son tan bonitas.

En silencio, Natasha le envió una mirada de hostilidad.

—Váyase al diablo.

—Sí que eres terca —opinó Dorian—. Si gritas, te prometo que te dejaré ir. ¿Qué dices?

—Prefiero que me mate.

—¿Ah, sí?

—No hago favores a asesinos —espetó la muchacha.

Si iba a matarla, era mejor que lo hiciera rápido porque no obtendría nada de ella.

Él la empujó con violencia contra el muro de ladrillo. Una sensación de calor se expandió por el cuero cabelludo de Nat.

—Grita —masculló—. No me hagas perder la paciencia. Sé que él está cerca. Siento su presencia. Anda tras de mí como sabueso infernal.

Ella lo ignoró a pesar del dolor que comenzaba a experimentar en cada parte de su cuerpo. Mientras más insistiera, más se opondría. Aunque eso la llevara a morir en sus manos.

Él la tomó con fuerza del cabello, haciéndole perder el equilibrio. La chica se quejó, aunque no lo suficientemente alto.

—He dicho que grites —se enfureció Dorian, dándole un golpe con el dorso de la mano.

Natasha cayó al suelo. Nunca cedería. Los Dorcas no se rendían ante nadie ni nada.

—No gritaré —musitó—. Está usted perdiendo el tiempo, señor Ruthven.

Dorian se arrodilló ante ella. Esa chica estaba dispuesta a dar la vida por su hermano.

—Admiro tu lealtad. Pero eso no salvará a Joel de su destino. ¿De veras estás dispuesta a morir por él? —inquirió, tomándola del rostro con cuidado, del mismo modo en que lo haría con una delicada pieza de cristal a la que no debía romper—. ¿A pesar de que te haya abandonado a tu suerte?

—Sí —contestó la joven con determinación, despertando dolorosos

recuerdos en la memoria de Dorian. El sacrificio era algo inútil. Nada se ganaba con él, más que eterno sufrimiento—. Lo estoy.

—Pues bien. —Se inclinó hacia ella y susurró de manera dolorosa—: Entonces, muere.

Los labios de él le rozaron el cuello con suavidad, causándole un leve cosquilleo. Natasha no lograba moverse, por más que lo intentaba. Se sentía expuesta, indefensa ante él. Su aliento la quemaba y sus frías manos, que bajaban con lentitud a lo largo de su cuerpo, le provocaron escalofríos.

Él la estrechó contra sí, y ese grito que había guardado en su pecho se abrió paso a través de su garganta con una fuerza de la que no se creyó capaz.

Dorian la había mordido.

Los colmillos se clavaron en su piel de una forma furiosa y vehemente; y cada uno de sus sentimientos, cada una de sus sensaciones, fueron reemplazadas por dolor: un dolor que, como un fuego abrasador, fue extendiéndose por la totalidad de su ser.

Luego de que él bebiera el primer trago, el sufrimiento de Natasha desapareció y fue sucedido por una sensación sublime y placentera. Ese hombre le estaba succionando la vida, y ella lo disfrutaba. Sabía que estaba mal. De algún modo siniestro, había logrado manipularla para que no deseara escapar de aquel dulce y mortal beso. Mientras más bebía él, más disfrutaba ella.

«No me sueltes», pensó. «No me sueltes nunca».

Poco antes de perder la conciencia, sintió que Dorian fue arrancado de ella.

El placer desapareció. Su debilidad la sumió rápidamente en un sueño profundo donde no había más que vacío y oscuridad sin fin. ¿De eso se trataría la muerte?

Lo próximo que oyó fue una voz, llamándola.

Su cuerpo se encontraba tan extenuado que le costaba trabajo respirar. Las piernas y los brazos no le respondían, tampoco podía hablar. Sin embargo,

tenía pleno conocimiento de lo que ocurría a su alrededor. Su vista y oído no habían dejado de funcionar.

Su hermano... ¡Su hermano estaba allí!

La había encontrado.

—Tasha —exclamó Joel con desesperación, haciendo presión allí donde el hombre la había mordido.

Sangraba en exceso.

Desde lejos se oyó otra voz: la de un muchacho.

—Ayúdame, Joel. No puedo solo contra este tipo.

Joel lo ignoró. Si la dejaba allí, Nat se desangraría hasta morir, así que tomó la decisión de quedarse con ella. Grimm estaría bien. Sabía cuidarse. Ahora, Natasha era quien más lo necesitaba, por mucho que le pesara a su joven aprendiz.

La vendó con cuidado y la acunó en sus brazos.

—Oh, Tasha, perdóname. Ya estoy aquí contigo —sollozó.

Ella nunca había oído llorar a su hermano antes.

—Te pondrás bien, pequeña. Lo prometo —añadió.

La levantó y la llevó hasta su camioneta, una 4x4 de color negro. La acostó en la parte trasera, donde había lugar de sobra. Besó su frente y, a continuación, le tomó el pulso.

—Necesitas una transfusión.

No debían perder más tiempo, así que fue en busca de su amigo. Lo encontró desmayado junto al contenedor de basura.

—Grimm. —Le palmeó la cara.

El chico reaccionó de inmediato.

—Tenemos que irnos.

Se había dado un fuerte golpe en la cabeza, pero se recuperaría pronto. Joel lo ayudó a levantarse y lo condujo hasta el vehículo. Lo recostó en el asiento vacío y cerró la puerta. ¿Dónde se había metido Erika? ¿Se habría perdido otra vez? Eso le ocurría por negarse a viajar en la camioneta. Según

ella, Grimm al volante era como un mono con una pistola.

Sacó las llaves de su bolsillo y se encaminó a la parte delantera de la 4x4. Apenas abrió la puerta, el despreciable ser que había mordido a su hermana y dejado al borde de la inconsciencia a su discípulo, lo atacó. Joel había estado tan ocupado pensando en la salud de Tasha, que se había olvidado de él. No estaba preparado para pelear. Había bajado la guardia.

Cuando Dorian apareció, lamentó no tener un arma con la cual defenderse. La había dejado junto a Natasha.

Un error fatal.

El hombre le dio un golpe en el estómago que lo dejó sin aire y lo hizo caer de rodillas.

—Me costó muchísimo trabajo hacer que vinieras hasta mí. —Ruthven le dio una patada en las costillas. Luego, otra—. ¿Tienes idea de cuántas personas tuve que matar? Además de marcar a tu hermana y golpear a ese cabezota que te sigue como perrito faldero. Espero que todo este esfuerzo merezca la pena.

Tomó a Joel de un brazo y lo arrastró de vuelta al callejón, que se hallaba cubierto por un manto de tinieblas. La luz de los faroles no llegaba a iluminarlo. Cualquiera que se metiese allí, desaparecería de inmediato. Era el lugar perfecto para no ser visto.

No había nadie en las calles: la soledad ocupaba cada uno de sus rincones. En noches como esa, en las que el pueblo parecía habitado únicamente por fantasmas, cualquier cosa era posible. En noches como esa, a la muerte le gustaba salir a jugar con los vivos. Los lugareños lo sabían. Por eso, los más viejos y supersticiosos permanecían en sus casas una vez que el sol se ponía en el horizonte. Temían convertirse en víctimas de los vampiros. Desde hacía décadas corría el rumor de su existencia en esa área. Pero nadie los había visto. Quien lo hacía, no llegaba a vivir lo suficiente como para contarlo.

El muchacho que descansaba en el interior de la camioneta despertó y se sentó de golpe. Lo invadía una sensación de urgencia imposible de pasar por



alto. ¿Dónde estaba Joel? Contempló a la hermosa joven que yacía desmayada a su lado. Tenía el cabello negro como su amigo. Estaba pálida y no parecía respirar. Le tomó el pulso y se tranquilizó al comprobar que seguía con vida. Había tenido suerte de que ese horrible vampiro no le hubiera extraído hasta la última gota de plasma.

—Ese miserable... —murmuró con rabia, reparando en su maltratado rostro—. ¿Por qué tuvo que golpearla? ¿No se conformaba con haber bebido su sangre?

Lo invadió una ola de rabia.

¿Qué edad tenía? ¿Quince? ¿Dieciséis? No es que él fuera mucho mayor, pero la violencia en contra de las niñas le parecía algo inadmisibles. Odiaría ver que alguien maltratase así a su hermana Gwen; se enfurecía con solo imaginarlo. Y esa chica... ¿quién sería para que Joel arriesgara la vida de ambos con tal de salvarla? Él nunca se preocupaba por nadie. Nunca lloraba por nadie.

Tendría que esperar a que la joven despertara para preguntarle por qué ese vampiro se había ensañado con ella.

—Joel. —Se acordó de repente el muchacho, asomando la cabeza por la ventanilla.

Estaba demasiado oscuro, pero pudo distinguir su figura en el callejón junto con la del vampiro. Algo no andaba bien con él. ¿Por qué no reaccionaba? ¿Por qué no lo molía a palos? Él no era así. Algo lo había perturbado. No estaba en condiciones de luchar. Parecía, más bien, que quería escapar. ¿Estaría preocupado por la chica?

—Maldito chupasangre —masculló el chico, entrecerrando sus grandes ojos.

Podía oler la sangre de su compañero desde allí.

El vampiro no se mostraba interesado en beberla.

Grimm se apresuró a buscar su ballesta. Ya estaba cargada, con una afilada estaca con la punta de plata.

Entre Dorian y la camioneta había unos quince metros. Durante las

prácticas, acertaba en el blanco desde una distancia mucho mayor. Ese tal Dorian era un blanco relativamente fácil. Era imposible que le errara.

—Pan comido —murmuró apuntando, como siempre, al corazón.

Contuvo el aliento y disparó.

Si hubiera estado solo, el tiro hubiera sido perfecto. Sin embargo, en el último segundo, la chica que lucía como muerta emitió un leve quejido y el muchacho desvió la trayectoria sin querer.

Y falló.

La estaca atravesó el pecho del vampiro, pero no le dio en el corazón.

Grimm soltó una maldición y se preparó para disparar otra vez.

Dorian se detuvo a mirar el proyectil que ese chico le había lanzado y que salía del interior de su pecho. Se lo arrancó. La sangre oscura le manchó la ropa.

Joel aprovechó la distracción para intentar regresar a la camioneta. No tenía armas a su alcance, por lo que matarlo sería casi imposible. Inclusive para él. Además, no dejaba de pensar en Tasha. Había detenido su hemorragia, pero necesitaba urgentemente una transfusión o moriría en cuestión de minutos. No había tiempo que perder.

Se echó a correr lo más rápido que pudo, levantando las llaves que había dejado caer en medio de la calle.

Ruthven lo siguió, con la estaca en la mano.

—¡Date prisa, Joel! —gritó Grimm desde el interior de la 4x4.

Se había dado cuenta de que la chica no duraría mucho viva si se quedaban peleando. Ya habría tiempo de matar al chupasangre en otra ocasión. Utilizó la ballesta una vez más, pero esta vez el vampiro lo esquivó.

—Mierda.

Solamente le quedaban un par de metros. El hermano de Natasha había dejado abierta la puerta del asiento delantero. Lo único que tenía que hacer era llegar ahí. Una vez dentro del vehículo, estaría protegido y podrían

largarse sin preocuparse por Ruthven.

Joel se subió a la camioneta y encendió el motor. Un segundo después, las manos comenzaron a temblarle.

Le costaba trabajo respirar.

Posó sus ojos sobre el vampiro. Este esbozaba una sonrisa victoriosa. ¿Por qué sonreiría?

Con dificultad, el cazador se llevó una mano a la espalda y sintió la tibieza de su propia sangre. Había algo clavado allí.

«La estaca».

La que había atravesado a Dorian. Esa con la que Grimm no había conseguido matarlo. La misma maldita estaca, ahora icrustada en su propio cuerpo.

Con sus últimas fuerzas, se la arrancó y la lanzó por la ventanilla.

No había sido lo suficientemente rápido para meterse en el vehículo antes de que lo alcanzara el fatal contraataque.

El mundo daba vueltas. La herida no dolía, pero sabía que era grave. Sentía su sangre arder.

¿Dónde estaba Erika? ¿Dónde se había metido? Era la única que podía ayudarlo.

Joel se apoyó en el respaldo y trató de resistir ante esa extraña fuerza invisible que lo estaba venciendo. Poco a poco, todo cuanto lo rodeaba fue tiñéndose de escarlata... y su conciencia, clara como el agua, cayó en el más profundo de los abismos.

## UN MUNDO EN EL QUE TÚ NO EXISTAS

Grimm gritó al verlo desplomarse:

—¿Qué te pasa, Joel?!

Él ignoraba que estuviese herido. Ni siquiera había visto a Dorian arrojando la estaca. Supuso que la causa de su desmayo se debía al agotamiento. Los últimos días había estado excediéndose con el trabajo. Comía poco y apenas dormía. Cualquier persona que hiciera lo mismo terminaría hospitalizada.

—Ahí están —exclamó alguien.

Erika era el único miembro femenino del grupo. En ocasiones, Joel y Grimm se iban sin avisarle. La sacaba de quicio.

Caminó hacia sus compañeros sin la menor sospecha de lo que encontraría al llegar. Grimm se apresuró a bajar de la camioneta en cuanto la oyó, pero no pudo mantenerse en pie. Estaba muy mareado.

—Los anduve buscando por todas partes. —Ella se aproximó al muchacho—. Al menos, me hubieran esperado. De nada me sirvió el mapa que me dibujó Joel. ¿Sabes lo que me costó encontrar este maldito cine? Este sitio es como un laberinto: todas las casas son iguales.

El chico no le contestó.

—¿Por qué estás en el suelo? —Se agachó con él—. ¿Grimm? No me asustes. Di algo.

—Joel. —Él señaló con la cabeza el asiento del conductor, que parecía vacío—. Algo no anda bien. Hay... demasiado olor a sangre.

Ella corrió a abrir la puerta.

Joel se derrumbó en sus brazos. Estaba empapado en sudor y sangre.

—¿Qué sucedió?

—No sé —contestó Grimm—. Todo pasó demasiado rápido.

—Joel. —Erika trató de despertarlo—. Joel...

Grimm contempló la escena con cara de pánico.

La mujer buscó sus signos vitales. Al no encontrar ninguno, comenzó a desesperarse.

Joel no respiraba. Tampoco tenía pulso.

—Oh, Dios. Oh, Dios. ¡Oh, Dios!

Le hizo resucitación cardiopulmonar, como había aprendido en el curso de primeros auxilios. Después, le levantó la cabeza con cuidado, colocándola contra su cuello con la esperanza de que eso lo hiciera reaccionar.

—Por favor —le dijo con suavidad, acariciando su cabello, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Bebe de mí. Sé que no te gusta, pero tendrás que hacerlo.

Él no se movió.

Grimm sintió un escalofrío en la base de la nuca. No quería admitirlo, pero era bastante obvio que no despertaría. Los brazos le colgaban a los lados del cuerpo y su piel había perdido el color. No es que él fuera una persona muy colorida, pero su palidez era mayor que de costumbre. Además, había perdido mucha sangre.

—Eri...

La muchacha lo miró con furia. Si decía lo que estaba pensando, se lo comería vivo.

—No está muerto —dijo ella, sacando una daga de plata del bolsillo de su pantalón cargo.

Levantó la mano y se hizo una profunda incisión en la palma. Si Joel vivía, la regañaría por haberlo hecho. *Si vivía.*

Cuando la sangre empezó a fluir, la derramó en la boca de Joel. Con unas

cuantas gotas sería suficiente.

—Vamos, no me decepciones precioso—exclamó—. Abre los ojos, maldita sea.

Los miembros de la familia Cross (de la cual Erika formaba parte) poseían en su sangre el poder de sanar. Sin embargo, la usaban como último recurso porque eso los debilitaba. Además, la ingestión de sangre podía provocar adicción.

Grimm negó con la cabeza, al ver que el líquido se derramaba.

—Está muerto.

—Claro que no, mocoso. —Ella sacudió tenazmente su ondulada melena castaña oscura.

Era inútil razonar con Erika en esas circunstancias, se había empeinado en salvarlo a toda costa. Así que Grimm la dejó en paz y la observó sin abrir la boca.

Nada sucedió.

Era demasiado tarde. Su amigo se había desangrado.

—Es inútil —dijo él, finalmente, luego de un rato—. Se ha ido.

Erika se dejó caer contra Grimm, emitiendo un largo y doloroso sollozo que le partió el corazón al chico. También tenía ganas de llorar, pero esperaba a quedarse solo. No quería contribuir a ponerla peor de lo que estaba. Se conformó con abrazarla en silencio, mientras ella se lamentaba por los dos. Nada de lo que pudiera decir mejoraría la situación. Joel era como un hermano para él; pero para ella, era mucho más. Esa dama lo amaba.

Le resultaba imposible imaginar por lo que su compañera estaba pasando. Esperó jamás averiguarlo.

Acudió a su cabeza la imagen de la chica que habían rescatado. La había olvidado. Un extraño sentimiento de urgencia lo invadió. Tenía que hacer algo por ella o moriría.

—Eri, en la camioneta hay alguien que te necesita. Por favor, dale unas gotas de tu sangre. Te lo suplico.

Erika no estaba de ánimos de socorrer a nadie, pero accedió en cuanto sus ojos café se posaron sobre la figura inmóvil de Natasha. Reconocería a un Dorcas donde fuera.

—Tenemos que llevarla a un hospital. Mi sangre servirá para mantenerla con vida por un par de horas. No más. Necesita una transfusión.

—¿Sabes quién es? —preguntó el muchacho—. Joel casi se vuelve loco cuando encontramos a Ruthven alimentándose de ella. Nunca lo había visto tan turbado en mi vida.

*El cine se asemejaba a un matadero. Por donde se mirara, había cadáveres. Era asqueroso. Y el olor..., el olor lo perturbaba hasta lo más hondo de su ser.*

*—Esto no es normal —observó Grimm, mirando a su alrededor—. Ni siquiera para un sangrepura.*

*—Quería atraer nuestra atención —respondió Joel, con frialdad.*

*—Y vaya que lo consiguió. Hace tiempo que no veo semejante reguero de sangre. Creo que ese tipo necesita terapia. Yo la necesitaré después de esto —murmuró para sí.*

*Se pusieron a recorrer el lugar. La sangre aún estaba fresca.*

*—Puaj. Me revuelve las tripas. —Grimm hizo un gesto de asco al pasar junto a un cuerpo mutilado.*

*Joel permaneció impassible. Le pasó por encima, sin siquiera arrugar la nariz. Grimm envidió su capacidad para tolerar, sin inmutarse, esa clase de situaciones vomitivas.*

*—¿Cómo haces para estar siempre con la misma cara? —inquirió.*

*Joel lo miró serio.*

*Esa. Esa era la expresión que tenía siempre.*

*—Nací con ella —respondió.*

*—No hablo de eso. Siempre eres tan inexpresivo cuando trabajamos. Pase lo que pase, jamás te he visto sorprenderte o asustarte como una persona*

*normal. ¿Cómo es posible?*

*—Me enfoco en lo que hay que hacer. Quizá deberías practicarlo.*

*A Grimm le resultaba imposible concentrarse con tantos feos cadáveres a su alrededor. ¿Cómo no alterarse al ver el terror en sus rostros? ¿Quién no se impresionaría con ellos?*

*Entraron a una de las salas. Eran dos en total (pueblo pequeño, cine pequeño). La película aún no había terminado y la gente estaba todavía sentada en sus butacas, pero sin vida. En la alfombra, junto a la puerta, había un teléfono destrozado. Joel lo observó con detenimiento y se inclinó a recoger uno de los rosados trozos. Este tenía escritas las iniciales N.D.*

*—Tasha —susurró, perdiéndose en la contemplación de ese pequeño objeto en la palma de su mano.*

*—¿Quién es Tasha? —quiso saber su compañero, torciendo la cabeza.*

*El grito de dolor de una mujer llegó hasta ellos. Al joven se le erizó la piel.*

*Joel se precipitó hacia la salida de emergencia, sin decir nada. Su cara había cambiado de un segundo para otro, volviéndose presa del desasosiego más absoluto y terrible que Grimm hubiese presenciado.*

*—Ey. —El chico lo siguió de cerca. ¿Qué lo había puesto así? ¿Ese grito? ¿O al fin tanta muerte lo había deschavetado?—. Espérame.*

*Salieron al callejón.*

*Ahí se encontraba el monstruo, arrodillado en el suelo con la muchacha inerte entre sus brazos. Se alimentaba con voracidad. El muchacho creyó que ella estaba muerta porque ¿quién sobreviviría un ataque tan violento?*

*La escena le produjo un vacío en el estómago.*

*Grimm jamás olvidaría la expresión de horror en el rostro de su amigo. Era la primera vez, desde que lo conocía, que lo veía tan asustado.*

*—Es su hermana —dijo Erika.*

*—No sabía que tuviera una —se sorprendió el muchacho.*



Siempre había creído que Joel era hijo único.

—Ahora ya lo sabes, mocoso. —Le palmeó la espalda—. Quédate con ella en la parte trasera de la camioneta. Yo conduciré.

—Entendido, señora.

Eri puso los ojos en blanco y lo dejó a solas con esa pobre niña. Grimm se sentó a su lado y la contempló con detenimiento. En verdad se parecía a Joel. Ambos compartían los mismos finos rasgos. Incluso tenían idéntico tono de cabello.

—Su hermana —murmuró, comprendiendo el significado de esas palabras.

Eso explicaba la irracional conducta de su amigo. Era lo único que tenía en el mundo; lo único que de verdad le importaba. Podría hasta decirse que esa chica era el corazón de Joel. Porque estaba claro que él no lo tenía dentro de su cuerpo.

—Descuida, te protegeremos.

La tomó de la mano. Su piel estaba helada y pálida. ¿Sería esa una característica de los Dorcas o era por su débil estado de salud? ¿Se recuperaría? ¿Lo escucharía si le hablaba?

No perdería nada por intentar.

—Si eres la hermana de Joel, entonces eres una de nosotros. Y si eres una de nosotros, te protegeré con mi vida. No permitiré que ningún vampiro vuelva a hacerte daño. Nunca más.

Sus ojos permanecieron fijos en las dos pequeñas incisiones que la joven tenía en el cuello. Si se recuperaba, sanarían pronto, pero dejarían una marca en la piel que no se iría: la marca del vampiro.

Grimm emitió un suspiro y se mordió un dedo hasta que le sangró.

Erika permanecía parada al lado del vehículo, sin saber qué hacer. No quería voltearse y encontrarse con un Joel muerto.

Pegó la frente al vidrio de la puerta delantera.

—Joel... —No estaba lista para dejarlo ir. ¿Qué harían sin él? Lo necesitaban. ¿Qué haría ella si él se iba para siempre?—. Joel...

—¿Qué? —inquirió una voz.

*Su voz.*

—¡Ahhhh! —Se dio vuelta, asustada, con una mano en el pecho.

Era él. No estaba muerto. ¿Cómo era posible? No tenía pulso. ¿O sí? No, lo había examinado. ¿Y si se había equivocado?

—¿Por qué gritas? —preguntó él, desde el suelo.

A Erika la invadió una oleada de felicidad.

—Estás vivo. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Así parece —contestó él, examinándose con detenimiento.

Su única herida visible era el agujero de su espalda.

Ella se sentó a su lado. Lucía tan débil que le daban ganas de abrazarlo. Sin embargo, no lo haría. Él nunca se lo permitiría. Muy rara vez dejaba que alguien lo tocara. ¿Y abrazarlo? Ni hablar. Tendría mucha suerte si él, como mucho, le daba una casta palmada en el dorso de la mano. El contacto humano no era su punto fuerte.

Erika solo se atrevía a entrar en contacto directo con ese hermoso hombre cuando se hallaba inconsciente o moribundo, como hacía unos minutos, o cuando entrenaban. Él era un ser de corazón insensible y sanguinario. Un asesino a sangre fría. Toda la amabilidad, toda la bondad que mostraba eran una ilusión, una máscara. A pesar de ello, era tan fácil ser engañada.

—Me diste tu sangre —le reprochó su compañero.

—Sí —respondió ella con altanería—. Y lo volvería a hacer si fuera menester.

Joel cerró los ojos con evidente alivio.

—Gracias —musitó.

—Oye —lo llamó la mujer.

Parecía al borde del desmayo. Él no pareció oírla.

—¡Joel!

—¿Si? —Su suave voz era música para sus oídos.

—No me asustes más así. —Respiró aliviada—. Casi me agarra un ataque.

—Algún día moriré, Eri.

—Ni lo digas —lo interrumpió.

—Erika... —Parecía a punto de perder el sentido—. Necesito... un... poco más...

Ella se exaltó.

—Ah, no. No, señor. No me harás pasar por eso otra vez. Mientras estés conmigo, no te morirás. No te lo permitiré. ¿Has entendido, Dorcas?

—Entendido, Cross —musitó él, que parecía más muerto que otra cosa.

—Bien.

No era difícil darse cuenta de su delicada condición. Erika se asustó. Sabía que él no le pediría sangre a menos que estuviera agonizando.

Sin pensarlo dos veces, se quitó la venda y le ofreció su mano. Si su sangre era lo que él quería, eso tendría. Aunque sintiera que la vida se le fuera con cada gota que perdía.

Estaba dispuesta a dársela toda porque le dolería muchísimo más perderlo a él. No podía concebir un mundo en el que Joel no existiera.

—Bebe todo lo que necesites —indicó, cuando el muchacho acercó sus labios a la herida.

Joel la odiaba. Odiaba ese metálico y dulce sabor. Odiaba que bajara, caliente, por su garganta. Lo odiaba profundamente. Sin embargo, en esta ocasión la anhelaba tanto que no le importó tener que beberla.

Al principio fue suave. No quería lastimar a Eri. Pronto, su ansia fue en aumento y ya le fue imposible controlarse.

Cada trago aumentaba su deseo.

Mientras más bebía, más se acrecentaba su sed.

—Es suficiente —susurró la mujer, cuando ya no soportó el dolor.

Había intentado aguantar el mayor tiempo posible.

Él la ignoró. En lugar de frenarse, profundizó la mordida con inusitado

ímpetu.

Su compañera se quejó. Él se negaba a soltar su agarre. Le desgarraría la mano si hundía más los dientes en su piel.

—Por favor, Joel, detente —bramó.

La soltó. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo: se comportaba como un vil chupasangre.

Se cubrió los ojos y apretó la mandíbula, intentando calmarse.

—Lo lamento. —No comprendía lo que le había ocurrido—. ¿Te hice daño?

Ella ocultó la mano en su espalda.

—No te preocupes.

—Déjame ver.

—No es nada. —Sonrió la muchacha.

—Erika, muéstrame tu mano.

Se la tendió de mala gana.

En otras circunstancias menos dolorosas, hubiera estado feliz. Pero no en esta. Era como cuando su hermano León, sin querer, le había clavado un cuchillo de cocina en el pie. La misma horrible sensación.

Joel revisó el daño ocasionado por sus dientes. Nunca antes había mordido a alguien. Había estado a punto de traspasarla de lado a lado.

¿Cómo era posible que hubiera sido dominado por *la sed*? Únicamente los vampiros la sufrían. Y él no lo era.

—Debiste haberme golpeado para que parara —le dijo a Erika, quien lo miró extrañada—. ¿Por qué no lo hiciste?

—No se me ocurrió —farfulló su amiga.

—Si vuelve a suceder de nuevo, hazlo.

—¿Estás loco? No te golpearé. —Ella se cruzó de brazos y miró hacia otro lado.

—¿Por qué?

—Porque no.

Estaba molesta. Muy molesta. Nunca se le ocurriría pegarle a ese hermoso hombre, ni en un millón de años. Ni siquiera si le arrancaba un pedazo con los dientes.

—La próxima vez, déjame morir —manifestó Joel, de forma siniestra—. No importa qué tan mal me encuentre. No importa cuánto te suplique. No quiero que vuelvas a darme tu sangre. Nunca.

—No haré lo que me pides —gruñó la muchacha.

—Erika...

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No te escucharé, Dorcas. Esto fue un incidente aislado. No sucederá de nuevo. No eres un vampiro.

—¿Y si lo fuera?

—Me entregaría a ti.

Él bufó.

—No sabes lo que dices.

—Por supuesto que sí —vociferó ella, levantándose. Luego se calmó. Él no tenía la culpa de su locura—. Nunca te negaría mi sangre. Ni siquiera si corriera peligro mi vida al hacerlo.

—Eres ilógica.

La muchacha se alejó unos metros y le dio la espalda. No quería verlo a la cara mientras desnudaba su alma. Le avergonzaba que él pensara que era una tonta.

—El amor nunca es algo lógico —explicó.

—¿Amor?

Ella asintió.

—Si llegaras a morir, yo moriría también. Lo he decidido hace mucho. Me niego a vivir en un mundo en el que tú no existas.

Él cerró sus ojos, tratando de asimilar las palabras que había escuchado.

—No tenía idea de que te sintieras así.

—¿Cuándo los hombres tienen idea de algo? —rio la joven.

En realidad tenía ganas de llorar, pero no le salía. Estaba demasiado nerviosa. Sabía que él no le correspondería. Lo conocía demasiado bien.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le reprochó.

—¿Con qué objeto? Prefiero amarte sin que lo sepas, a decírtelo y sentirme rechazada (y boba). Es menos doloroso, y mi autoestima seguiría en pie. En fin, ya abrí mi boca. —Resopló.

—Lo siento. No pretendía hacerte daño.

Ella se puso a llorar.

Joel entendió que la herida de su mano no significaba nada en comparación con la herida que tenía en su interior. Durante años la había tratado de un modo frío e insensible. Su abuelo le había enseñado que encariñarse con las personas era malo. Lo mejor era mantenerlas alejadas.

El cazador trató de hablar, pero ella lo interrumpió:

—Nada de lo que digas me hará sentir mejor, así que ahórrate el discurso. —Se arrodilló ante él y le dedicó una mirada que parecía implorar clemencia—. Por favor.

—Pero Eri...

—¡Chst! —Ella lo calló, cubriéndole la boca con la mano sana. No sabía de dónde había sacado la osadía para hacerlo—. Ya me cansé de tanto drama. Me siento como la protagonista de una telenovela mexicana. Se supone que soy una chica ruda. —Se limpió las lágrimas con la mano—. Si me vuelvo una llorona, será culpa tuya —añadió.

Joel rió.

—¿Ves? —Señaló ella—. Ya te estás riendo de mí. *Esa*, señor, es la reacción que yo estaba tratando de evitar. Ahora que sabes lo que siento, te causa gracia. Y, mientras te diviertes a costa de mi sufrimiento, intentas pensar cómo romperme el corazón de un modo elegante. ¿Me equivoco?

—No es mi intención romperte nada.

—A veces herimos a las personas sin intención. Pero eso no significa que vaya a dolerles menos. —Le mostró la mano llena de sangre—. Deberías

hacerlo rápido.

—¿Qué?

—Rechazarme. ¿Qué más? Anda, no seas tímido. Despliega todo tu potencial asesino sobre mí. Podré manejarlo.

—No ahora —respondió Joel. Y añadió, de manera casual—: Tal vez te hayas olvidado, pero tenemos que ir al hospital.

Ella se alarmó.

—Tonto. ¿Por qué no me lo recordaste? Sube a la camioneta. Ya —le gritó, invadida por un sentimiento de urgencia—. ¿No ves que tu hermanita necesita una transfusión, y... y tú casi te mueres? Además, creo que Grimm se golpeó la cabeza, y mi mano... ¡Qué diablos le hiciste a mi mano!

La dulce Erika por fin había vuelto.

—Relájate. Tenemos tiempo.

—See... see... me estoy relajando —contestó ella, respirando profundamente—. ¿Ves?

La versión oficial sobre lo que había ocurrido fue que Natasha había sido atacada por un animal salvaje, que se había colado en el cine. Las muertes ocurridas allí también fueron atribuidas a aquel. Grimm no comprendía cómo las personas se tragaban la historia. Quizás era lo que deseaban creer. Siempre que un vampiro atacaba a alguien, se le echaba la culpa a algún pobre animal que nada tenía que ver con el asunto. ¿Por qué las personas eran tan estúpidas?

Erika lo encontró a las seis de la mañana, sentado sobre el techo de la camioneta.

—¿Qué estás haciendo ahí? —preguntó, intrigada.

—Me uno con la naturaleza —respondió.

Contemplaba el amanecer.

Ella se subió para acompañarlo.

—¿Insomnio?

—El aire fresco me ayuda a tranquilizarme.

—¿Por qué? ¿Acaso estabas nervioso?

Ya suponía cuál era el problema. Ese chico era tan transparente como un pedazo de cristal.

Grimm la miró de soslayo y se limitó a encogerse de hombros.

—¿No me digas que te preocupa la hermana de Joel?

Erika entrecerró los ojos y lo observó con una sonrisa perturbadora. Era bastante intuitiva.

Él se envaró. Guardó silencio.

—¿Y bien? —inquirió, ansiosa de averiguarlo absolutamente todo—. ¿Es eso?

—Ehhh..., pues..., yo... —carraspeó—. Tal vez, un... un poco.

Ella largó una carcajada y le sacudió el pelo.

—Oye, no hagas eso —se quejó él.

—Eres adorable, Grimm. Nunca cambies.

—¿Ya hablaste con Joel? —quiso saber el muchacho.

—Si a eso puedes llamarle *hablar*.

—¿Te dijo algo importante?

—Ella está fuera de peligro.

Él suspiró, aliviado, y esbozó una tonta sonrisa involuntaria. De haber sabido que su amiga lo vería con esa inconfundible expresión de malpensada, nunca le hubiera permitido subirse al techo del vehículo con él.

—¿Por qué me ves así? —preguntó, sin una pizca de gracia.

—Me estaba preguntando cuándo se lo dirás a Joelito.

—¿Decirle qué?

—Que te gusta su hermanita. Quisiera estar presente para ver su cara.

—Eri, queridísima y dulce Eri, déjame aclararte un par de cuestiones esenciales. Primero: ¿cómo va a gustarme una chica que no conozco? Y segundo: ¿te parece que soy suicida? Joel me mataría si llegara a tocar a su



hermana. Incluso me mataría por muchísimo menos. Y no quisiera estirar la pata a los diecinueve años. Planeo, como mínimo, vivir veinticinco.

—Mmm... sí, es muy capaz de asesinarte —reflexionó Erika—. Bueno, supongo que tendrás que mantenerte alejado de ella si quieres seguir conservando esa linda cabecita tuya en su lugar. Vi cómo la observabas, y es bastante obvio que te gusta. A mí no me engañas, chavalito.

—Que no me gusta.

—Bien, como digas. De todos modos, es probable que no vuelvas a verla.

—Sí. —Él miró hacia arriba. Justo pasaba una estrella fugaz—. Es probable.

## NO VOLVERÉ A DEJARTE SOLA

Natasha despertó en la cama. Miró el reloj. Eran las diez de la mañana.

¿Había estado en el hospital o había sido un sueño? Todo parecía normal. Una mañana común y corriente. Un día más en el que su hermano se encontraba ausente. ¿Y lo del vampiro? ¿También había soñado eso? Lo recordó hincándole los colmillos. Había sido un sueño muy loco: su hermano luchaba con el vampiro que la había atacado, y un increíble muchacho disparaba una ballesta. También una mujer morena dando gritos.

Luego, despertaba varias veces y volvía a dormirse en una cama de hospital.

La explicación más razonable era que el día anterior no había sido más que una horrible pesadilla. Eso debía ser. Lucas estaba vivo, ese vampiro jamás la había atacado y nunca había estado en ese hospital. Joel continuaba lejos, haciendo quién sabía qué, y las cosas seguían su curso normal.

—Todo es igual que siempre —se dijo, al levantarse.

Abrió la cortina. El aire estaba lleno de esas cositas flotantes que solamente se veían cuando la luz les caía encima.

—Todo es igual que siempre —se repitió, intentando convencerse.

Sin embargo, al mirarse en el espejo del baño, se dio cuenta de que era una mentira. *Nada* estaba igual que siempre. Esa espantosa pesadilla había sido real. Lucas, Ruthven, el hospital... Ni siquiera un kilo de maquillaje cubriría el enorme moretón que tenía en la cara. Además, también tenía una venda alrededor del cuello.

La bajó un poco y descubrió las perforaciones.

—Dios mío.

Había dos agujeros en su cuello.

Volvió a poner la venda en su lugar. Se peinó el cabello alborotado y se lo recogió en una cola de caballo para adecentarse un poco (cosa casi imposible, considerando su estado deplorable). Dejó el cepillo en su mesa de luz, donde había una foto en un portarretratos, en la que ella y Lucas se abrazaban sonrientes. La acarició. ¿De veras había muerto? Debería ponerse a llorar, pero no le salía. Tal vez porque aún le parecía irreal lo que había sucedido. Le daba la sensación de que la llamaría en cualquier momento para salir.

Un ruido proveniente de la cocina la sobresaltó: alguien había encendido el televisor y ¿acaso eran tostadas a la francesa lo que olía?

Le rugió el estómago.

Antes de sacar conclusiones apresuradas acerca de quién o *qué* se hallaba en la casa (Joel, Ruth, Cheryl, un vampiro... ¿Los vampiros comían tostadas?), prefirió ir a averiguarlo. Si no se hacía ilusiones, no se desilusionaría. Así funcionaba. Tenía bastante práctica en el asunto.

Se vistió con lo primero que encontró (su conjunto deportivo favorito de color negro) y bajó las escaleras.

Quedó petrificada en la puerta de la cocina.

—Hola, Tasha —dijo esa persona, con su suave voz—. Pensé que tendrías hambre. Estoy haciendo tus favoritas.

Señaló una pila de tostadas sobre la encimera.

¿La engañaban sus ojos? Por las dudas, se los restregó varias veces. No, no era una alucinación. Era él.

Su hermano había vuelto a casa.

—Joeeeeel —exclamó Natasha, corriendo hacia sus brazos.

Él dejó la espátula a un lado y se preparó para recibirla. La levantó en brazos y la hizo girar en el aire como cuando era niña. De pronto, el mundo parecía un lugar maravilloso.

—Creí que te habías olvidado de mí —susurró ella, abrazándolo fuerte y

derramando alguna que otra lágrima de felicidad cuando sus pies volvieron a tocar el piso.

—Nunca. —Él besó su cabeza. Casi no recordaba la última vez que lo había hecho—. Te extrañé.

—No más que yo a ti.

—Prometo que ya no volveré a dejarte.

La soltó antes de que las tostadas comenzasen a echar humo. Tomó la espátula y las colocó en un plato.

Nat se sorprendió ante la afirmación, porque Joel no prometía nada que no fuera capaz de cumplir. Sus promesas eran sagradas. Si decía que no la dejaría, entonces no tenía porqué preocuparse.

Aunque sus ojos decían algo muy distinto.

—¿Dejarás tu trabajo?

—No exactamente —dijo Joel, haciéndole entrega de una deliciosa taza de café recién hecho, humeante y espumoso.

—Gracias. —Inspiró el aroma.

Olía como los dioses.

—¿Por qué no te sientas?

Natasha obedeció. Era como si nunca se hubiera ido. En sus mejores épocas, él le preparaba el desayuno y comía junto a ella, planificando cómo se divertirían ese día. Estaba ansiosa de que todo fuera como solía serlo. Sin embargo, se le hizo extraña la situación. Él no parecía el mismo: lucía cansado, como si su energía vital hubiera disminuido en los pocos meses de su ausencia. Además, su expresión se había ensombrecido. Era evidente que necesitaba una buena dosis de hogar antes de marcharse otra vez. Si no, terminaría enfermándose.

Joel colocó la comida en la mesa y se sentó, pero no comió. Todo era para ella. Se dedicó a observarla mientras devoraba lo que ella llamaba *manjar* durante un rato, hasta que la noticia de los acontecimientos ocurridos la noche anterior apareció en la pantalla del televisor.

«Las autoridades locales aún continúan con la búsqueda del animal que provocó las muertes...»

Ella sabía muy bien que no había sido culpa de un animal.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el muchacho, ignorando a la mujer que continuaba dando detalles sin importancia y falsos.

Nat empezó a jugar con la comida de su plato.

Durante años él había intentado mantenerla alejada de ese tipo de situaciones. La había cuidado toda su vida para que creciera como una niña normal y feliz; pero ya no podía hacerlo más. Nat había dejado de ser una niñita fácil de esconder. Ese mundo siniestro del que tanto la había protegido se había revelado ante ella, y ya no había forma de volver atrás.

Su vida, tal y como la conocía, había terminado.

«¿Cómo te sientes?».

Natasha repasó las palabras de su hermano en su mente. No había más que una respuesta a esa pregunta: se sentía horrible. Lucas estaba muerto, y un vampiro le había succionado casi toda la sangre del cuerpo. Estaba asustada, confundida y triste. Tenía un vacío en el estómago que la comida no llenaría jamás. ¿Qué esperaba Joel que le contestase? «Oh, estoy genial. ¿Y tú?».

Una lágrima se deslizó por su mejilla y cayó sobre el mantel a cuadros. Le avergonzaba llorar frente a su hermano, porque pensaba que él ya tenía demasiadas preocupaciones. No debía agregarle otra, sino sonreír. Sin embargo, no lo logró luego de recordar lo que había pasado en el cine. Más bien, tenía ganas de hacerse una bolita y quedarse en la cama para siempre.

Decidió contarle, aunque él no le creyera y la tomara por loca. Pesadilla o realidad, la experiencia la había marcado tanto por dentro como por fuera.

—Joel, anoche yo... ejem... —comenzó a decir, con un nudo en la garganta.

Se hallaba dispuesta a decirle absolutamente todo, sin importar las consecuencias (visitas al psiquiatra o lo que fuera).

—No es necesario que digas nada —manifestó su hermano, al percibirla

incómoda—. Sé lo que ocurrió. Estuve ahí. ¿Quién crees que te trajo a casa?

—¿Qué?!

Una parte de ella se alivió, porque si había estado en el cine, no la tomaría por una demente. Pero, por otro lado, eso quería decir que él también podría haber muerto. Aquel vampiro psicópata lo andaba buscando. Y eso no era nada bueno.

—Desearía haber llegado antes —se lamentó—. Y desearía que no hubieses tenido que pasar por eso. Nunca me había asustado tanto en mi vida. Creí que te perdería, Tasha.

Ella esbozó un intento de sonrisa y mintió:

—Lo importante es que estamos bien.

Él permaneció en silencio, contemplando la nada. Parecía sumido en sus propios pensamientos.

—¿Joel?

—No necesitas fingir conmigo —susurró su hermano—. Sé que no me estás diciendo la verdad. Quiero que me digas lo que piensas, sea lo que sea. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —admitió Natasha conteniendo sus lágrimas—. Estoy triste. Perdí a Lucas, Joel. Ese maldito lo asesinó. Era un buen chico, no merecía eso. Su cara estaba... Pensé que me ignoraba. Me enfadé con él. Y luego, al tocarlo...

—Lo sé. —Él presionó su hombro—. Lo lamento.

—También estoy enojada contigo.

—Ya veo.

—Mañana podría despertar y encontrarme con que desapareciste. Tengo miedo de que te vayas y no regreses. Temo quedarme sola y que ese tal Ruthven venga por mí a terminar lo que empezó. Me asusté ayer. —Y añadió en un susurró—: Pensé que moriría.

Joel la abrazó, infundiéndole un poco de seguridad y disipando parte del miedo. Con su hermano cerca se sentía a salvo. ¿Cuánto duraría su estancia

en la casa materna en esta ocasión? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Quizá tres? No. Ella tenía la sensación de que sería mucho menos. Algo le decía que no debía acostumbrarse a su presencia.

—Perdóname. No volveré a dejarte. No hasta que aprendas a cuidarte bien o hasta que encuentre a alguien que te proteja por mí. Siempre estaré contigo, Tasha. No lo olvides: siempre seré tu hermano mayor, sin importar lo que pase conmigo.

Esa última frase, provocó en Natasha un nudo en el estómago. «Sin importar lo que pasara con él». ¿A qué se refería? ¿Esperaba que algo le sucediera? ¿Algo malo?

Llamaron a la puerta y ya no tuvo oportunidad de preguntárselo.

—Ya están aquí.

Él se levantó del asiento. Su hermana lo miró desconcertada.

—¿Esperabas a alguien?

—Invité a unos amigos a quedarse por unos cuantos días. Espero que no te moleste. No tienen dónde ir.

¿Joel tenía amigos? Eso sí que era una sorpresa.

—Claro que no. Tus amigos son también los míos. —Sonrió ella.

Él pareció dudar.

—¿Segura?

—¿No?

—No deberías confiar en desconocidos, aunque yo mismo te los presente.

—Fue hacia la puerta—. Guíate por tu intuición y estarás a salvo.

—¿A salvo? ¿Qué quieres decir?

Ella se quedó esperando, pero no obtuvo respuesta.

Joel salió al exterior a recibir a sus misteriosos invitados, y ella se asomó a la ventana. Había un Jeep Wrangler de color gris estacionado en la entrada. No alcanzaba a ver a su hermano, ni a aquellos que estaban con él. Apenas distinguía sus voces: una, femenina; la otra, masculina. Le sonaban familiares. ¿Dónde las había oído antes?

La puerta se abrió un poco, y Natasha regresó corriendo a la mesa. Juntó su plato y se terminó el café de un trago. Esas personas habían entrado a la casa y se dirigían a la cocina.

«Si tan solo no tuviera este horrible moretón en la cara», pensó.

Que esa gente la viera en ese estado tan lamentable, no era para tanto. A fin de cuentas, ni los conocía. Tampoco habían ido para estar con ella.

Se puso a lavar los platos sucios, intentando evitar pensar en lo que había ocurrido para no llorar. La imagen de su novio muerto sería difícil de olvidar, al igual que ese tipo Ruthven. Su asesino.

—Chicos, esta es mi hermana, Natasha. *Nat* para los amigos, *Tasha* para mí. ¿Tasha? —la llamó, obligándola a voltearse—. Ellos son Erika y Grimm, compañeros de trabajo.

«¡Ellos! El chico de la ballesta y la morena».

Sintió un pequeño mareo al comprobar que lo que había creído una invención de su loco subconsciente se trataba de un recuerdo real y palpable.

La mujer tendría la edad de su hermano, más o menos. Era de piel dorada y cabellera ondulada y abundante, como la de esas chicas que aparecen en los comerciales de shampoo. Estaba vestida al estilo militar y llevaba puesta una boina verde. Era bonita. Nat se preguntó si Joel no estaría interesado en ella. Nunca había conocido a ninguna novia suya, lo que había suscitado numerosos interrogantes acerca de las inclinaciones románticas de su hermano. Un chico como él tenía la libertad de elegir a quien le diera la gana. ¿Qué mujer cuerda sería capaz de rechazarlo?

Y aún así, nada.

Luego de echar un vistazo rápido a esa joven y voluptuosa morena, los ojos de Natasha se posaron sobre el muchacho. Prefirió no mirarlo directo a la cara porque sabía que estaba buenísimo, y le daba vergüenza su apariencia desarreglada. Lo único que vio de él fue su pelo alborotado por el viento: era color chocolate y le caía en mechones sobre los ojos. También llevaba guantes de motociclista y pantalones deshilachados.

—Hola —saludó ella, sintiéndose invadida por una ola de calor repentina.



Ellos le devolvieron el saludo y se sentaron frente a la mesa con Joel.

Natasha creyó que guardaban silencio porque estaban esperando que se fuera, así que en cuanto terminó de lavar, se encaminó al comedor. Tal vez así dejarían de observarla cual raro espécimen en exhibición. Resultaba incómodo tener tres pares de ojos clavados en la espalda.

—Ey, Nat —le gritó Erika, haciendo que se detuviera—. ¿Ya te vas? ¿No quieres venir a sentarte con nosotros?

—¿Eh?

Ella le sonreía. Joel asintió, demostrando que no estaba en desacuerdo con la invitación. En verdad la querían allí. Pero ¿por qué?

—Ven, ven. No seas tímida. —La mujer le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Nat dudó.

—Adelante. No voy a morderte. Grimm, no sé; pero yo, no —añadió Erika con una carcajada.

Al chico se le escapó un bufido.

—¿No les molesta que me quede? —La joven se aproximó con lentitud y cautela.

—Por supuesto que no —exclamó la mujer—. Esta es tu casa, linda. ¿Cómo habrías de molestar? En todo caso, nosotros somos los intrusos aquí. Tu hermano nos invitó, pero me parece que tú deberías decidir si permites que nos quedemos, o si nos echas a patadas en donde no nos da el sol.

Nat reprimió una risotada. En los dos minutos que llevaba de conocerla, Erika ya le caía bien. Su enérgica y alegre disposición, junto con su franqueza, eran lo que ella necesitaba para levantar el ánimo.

—De acuerdo. —Tomó asiento.

—Excelente. —La amiga de Joel sonrió, sin apartar sus ojos de ella.

¿Se habría fijado en el moretón de su cara? Seguro que se estaba preguntando cómo se lo había hecho. ¿Qué inventaría si le preguntaba?

«Mmmm... ¿Un pelotazo?».

Por experiencia propia, sabía que las pelotas de handball eran lo suficientemente duras como para dejar secuelas si eran arrojadas con fuerza. Una vez le había arrojado una, sin querer, a David, el mejor amigo de Lucas, y le había roto la nariz. Por eso le había quedado un poco torcida. Pero no se quejaba. Decía que lo hacía verse interesante.

—Hoy luces mucho mejor. —Erika la tomó por sorpresa.

«Claro, ellos también estuvieron ahí, en el cine», recordó Natasha.

—Me alegra que te hayas recuperado —agregó—. Nos tenías bastante preocupados, chica. ¿No, mocoso?

Se volteó hacia Grimm y le dio un codazo.

El joven la miró de soslayo con los ojos entrecerrados. Era obvio que se encontraba incómodo. Ansiaría irse a otra parte a hacer otra cosa: jugar al fútbol o tomar cerveza con su grupo de amigos, en lugar de estar allí, obligado a compartir su tiempo con una muchacha desconocida y desaliñada, que no se atrevía a mirarlo al rostro.

¿Qué pensaría de ella? Resultaba más que evidente su falta de interés. Además, lucía aburrido, como si fuera a quedarse dormido en cualquier momento. Emitió un sonoro bostezo, y Erika le dio unas palmadas en el hombro.

—¿Por qué no te vas a descansar un rato?

Grimm negó con la cabeza.

—No quiero.

Ella exclamó, agudizando la voz:

—Pero si apenas dormiste un par de horas anoche. Debes estar muerto del cansancio.

—No me gusta dormir durante el día —explicó él—. Ni que fuese un vampiro.

Joel le puso enfrente una taza de café.

—Gracias —manifestó el chico—. Estaba a punto de pedirte uno.

—¡Eh! ¿A mí no me vas a dar? —se quejó Erika.

Joel sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero no.

Ella hizo un mohín.

—Entonces, hazme unas de tus tostadas. Con mucha miel. No seas tacaño.

—A la orden, Cross.

Nat observó a Grimm mientras este ponía azúcar en su taza y probaba el café. ¿Qué hacía un chico como él en su casa? ¿De veras se quedaría unos días? ¿Por qué no la miraba? ¿Tanto trabajo le costaba? ¿Tan mal le caía? Un muchacho tan guapo jamás se fijaría en alguien como ella.

Él alzó la cabeza y se quedó viéndola con una expresión de intranquilidad.

«¿Qué le pasa? ¿Por qué me ve así?», pensó Natasha, con un escalofío. ¿Acaso había leído su mente? Ella le sostuvo la mirada, y comprobó que sus ojos eran color verdemar. Hermosos..., intensos..., hipnóticos.

Erika carraspeó y pateó al muchacho por debajo de la mesa. Este apartó la vista y volvió a concentrarse en su taza sin decir una sola palabra, lo cual dejó a Natasha confundida. Muchas cosas hubieran podido ser dichas en ese breve instante en el que sus ojos se cruzaron, pero ninguna capaz de expresar todo lo que contenía ese solo gesto.

Joel le hizo entrega a su amiga de lo que le había pedido y tomó asiento.

—Tasha.

Ella centró toda su atención en su hermano.

—Después de lo que sucedió anoche, creo que lo mejor es que sepas a qué me dedico. A qué nos dedicamos —dijo.

Sus compañeros le dieron su aprobación, de manera silenciosa.

Prosiguió:

—Probablemente, te habrás preguntado por qué corto el contacto contigo mientras estoy ausente o por qué desaparezco durante tanto tiempo.

Nat no hacía más que contemplarlo con los ojos bien abiertos.

—Si no te lo dije antes, fue porque no quería que te vieras involucrada.

«Ay, no», pensó. «Son una banda de criminales. ¿Serán piratas del

asfalto?»).

Ese chico, Grimm (¿qué tipo de nombre era ese?), rio entre dientes al notar su expresión de alarma.

Después de contarle la verdad, ¿la harían unirse a la banda para saquear algún supermercado?

Joel continuó:

—Lo que hago es peligroso, y ponerte en peligro es lo último que querría. Pero ya no tengo modo de protegerte. No puedo mantenerte a salvo a menos que te revele el secreto de nuestra familia.

«Un momento. ¿Ahora resulta que también nuestros padres se dedicaron al crimen?».

—Se trata de un secreto guardado por generaciones.

Así que no solo sus padres, sino también sus abuelos, bisabuelos y todos sus ancestros habían sido delincuentes. Fantástico. De Pasco sí que podía creerlo, pero ¿de su hermano?

—Un secreto que deberás guardar hasta la muerte —dijo él.

Natasha quedó petrificada. ¿Serían miembros de una secta satánica? ¿Cómo podía llegar a ser *eso* un trabajo? Tal vez eran miembros de la mafia.

—La estás haciendo demasiado larga, Joel —comentó el joven sentado a su izquierda, reclinándose en su silla—. Tu hermana va a pensar que somos un grupo de criminales o algo así.

«¿No lo son?».

Erika se echó una carcajada.

—Espero que no pienses tan mal de nosotros.

—Entonces, no se dedican a eso... —concluyó Nat pensativa.

—Nah —respondió Grimm, quien por fin se dignaba a hablarle, aunque fuese con monosílabos. Pero no la había vuelto a mirar. Era pedir demasiado.

—Pues si no son criminales, ¿qué son? —preguntó.

La curiosidad la estaba carcomiendo por dentro.

—¿Espías? —inquirió—. ¿Luchadores callejeros? ¿Adiestradores de osos?

—Nada de eso —contestó Erika.

—Aunque suena divertido eso de los osos —añadió Grimm con gracia.

—¿Qué son, entonces? —quiso saber la joven.

Joel respondió:

—Somos cazadores de vampiros.

## CUANDO YA ESTÁS EN EL BAILE, TIENES QUE BAILAR

Excelente. Su hermano era un cazavampiros, y sus amigos también. La gran pregunta era ¿tenía que serlo ella? Porque él lo había hecho sonar como una especie de negocio familiar. Pero no se trataba de algo como atender una ferretería, esto era más peligroso. Y ella no quería tener nada que ver con vampiros. Nunca más quería cruzarse con uno mientras viviera, ni siquiera si eran guapos como ese tal Ruthven. El hecho de que hubiera podido dejarla seca como una pasa de uva le quitaba todo lo bonito.

Después de almorzar (por supuesto, Joel cocinó. Era el único en la casa que podía preparar algo que llevase más de tres ingredientes), Grimm desapareció y Erika salió a hacer algunas compras. Según ella, había demasiada comida saludable en la casa y casi nada de comida chatarra. Dijo que los dulces eran necesarios para vivir y que una chica necesitaba una buena dosis de chocolate para mantenerse contenta.

La tranquilidad de ese domingo por la tarde resultaba abrumadora; tanto que Nat se deprimió. Dio cuerda a su caja de música y se sentó en la cama con una pila de fotografías viejas en cuya caja rosada estaba escrito: *Tiempos felices*. Guardó allí la fotografía de ella y Lucas, no sin antes mantenerla apretada contra su pecho durante varios minutos.

—Debí haberle dicho que sí a Erika cuando me preguntó si quería acompañarla —masculló, sintiéndose cada vez peor.

Revisó las otras fotos para distraerse y quitar de su mente la cara sin vida de Lucas. Y ella había creído que la estaba ignorando. ¿Cómo había podido pensar eso? Deseó haber sido una novia buena y cariñosa. Tal vez, si hubiera seguido el dictado de sus propios sentimientos, él seguiría vivo. ¿Por qué había tenido que salir con él sabiendo que no lo amaba? Por su culpa lo habían matado, y ahora ya no había nada que pudiera hacer por él. Ojalá lo hubiera querido un poco más. Luc había merecido a alguien mejor que ella: alguien que le correspondiera de igual manera.

—Lo siento. Lo siento tanto...

Deseó retroceder el tiempo y rechazarlo solo para salvarlo, aunque eso significase quedarse sola.

—Natasha Dorcas, eres de lo peor —se dijo, con un nudo en la garganta.

Encontró una fotografía de sus padres. Parecían tan normales, tan comunes. ¿En serio habían sido cazadores de vampiros? Reparó enseguida en el crucifijo que su madre llevaba al cuello. Era el mismo que usaba Joel y nunca se quitaba.

—Tasha, ¿me permites pasar? —preguntó Joel, desde el pasillo—. Traigo galletas.

Siempre con sobornos.

—¿Tienen chispas de chocolate?

—Sí.

—Entonces pasa.

Ya que se había molestado en llevárselas, lo mejor era no desperdiciarlas.

—Pensé que podrías tener hambre. No comiste mucho en el almuerzo. — No solo le había llevado galletas. También una taza de leche caliente.

—La mujer que se case contigo será muy afortunada —comentó ella, con la boca llena.

—¿A qué viene eso?

Él se hallaba apoyado contra el escritorio, con los brazos cruzados.

—Cocinas delicioso.

Joel se sentó en la cama y revisó las fotografías que se encontraban desparramadas por todas partes. Comenzó a guardarlas de nuevo en el interior de la caja.

Siempre que ella tocaba el tema del matrimonio, se ponía raro. Como si fuera un concepto incomprensible para él.

—Y eres bueno —agregó.

—No soy tan bueno como parezco —replicó en voz baja.

Su hermana puso los ojos en blanco.

—Me trajiste leche y galletas. Eso habla muy bien de ti.

—Porque eres mi hermanita y te adoro. Que te trate bien no quiere decir que sea bueno.

—Lo eres —añadió Nat—. De lo contrario, no les hubieras ofrecido a tus amigos hospedarse aquí. Ni siquiera te hubiese importado que durmieran en la calle, cubiertos con periódicos. Lo que importa son las acciones de una persona, y las tuyas son buenas, Joel. Aunque trates de aparentar lo contrario.

Él permaneció callado. Si Natasha conociera las horribles cosas que él había hecho, no dudaría en cambiar de opinión. Solo era bueno cuando estaba con ella. Sus amigos se habían visto beneficiados por las circunstancias. Nada más. Erika lo sabía, Grimm lo sabía, pero Nat, no. Jamás lo vería como lo que realmente era: un cazador, un asesino.

El muchacho tomó una foto en la que él y su hermana practicaban taekwondo. Su padre los había convencido para que fueran. Tasha ya lo había dejado. Él continuaba entrenando. Con veintidós años, había llegado a ser cuarto Dan. Nada mal. Si ella hubiera seguido, sería tan buena como él. Tenía potencial. En aquel momento, no había tenido la motivación necesaria y había abandonado su entrenamiento. Quizás ahora que había crecido, sería diferente. Quizás ahora podría renovarse su interés. Solo había que encontrar el incentivo adecuado. Necesitaba aprender defensa personal.

Nat siguió hablando.

—Estoy contenta de que hayas invitado a tus compañeros. Me gusta que



haya gente en la casa, además de nosotros. Me caen bien. Erika es tan divertida y ocurrente. —Y preguntó de modo casual, aunque ya lo había planificado de antemano—: ¿Por casualidad, no será tu novia?

—Es una amiga. —Él ni se inmutó. Sus ojos seguían sin despegarse de las fotos. Ya casi las había guardado todas.

«¿Una amiga? Pero... ¡¿Cómo?!».

Ella no comprendía bien la situación. Según parecía, Erika estaba completa y absolutamente enamorada. Era bastante evidente. Cuando Joel se le acercaba, se ponía tensa. Le temblaban las piernas, decía incoherencias, se le caían las cosas de las manos y se llevaba los muebles por delante. ¿Acaso sería un amor no correspondido?

—Ahhhh. Una amiga —respondió la muchacha, sin poner en evidencia sus pensamientos—. Y dime —carraspeó—, ¿no te gusta? Porque es muy linda. Creo que harían buena pareja. ¿No has pensado en invitarla a salir alguna vez?

—Es un tema complicado.

—¿Por qué es complicado? —inquirió la joven, y enseguida agregó—: No me vayas a decir que no tengo edad para entenderlo. Ese argumento ya expiró.

—No creo que sea una buena idea. Es todo —intentó argumentar él.

—No me parece que ella opine lo mismo.

—¿Podríamos cambiar de tema, por favor?

Joel era de verdad reservado con respecto a su vida sentimental. Tal vez le daba vergüenza hablar de ello con su hermanita. Ya había tenido de sobra con la conversación acerca de «las flores y las abejas» que habían tenido cuatro años atrás. Ella le había hecho todas las preguntas que se le habían ocurrido, y aquellas que Cheryl no se atrevía a hacerle a su madre. Nunca lo había visto tan avergonzado. Nat se prometió que no volvería a hacerlo pasar por un trauma semejante.

—Hay algo que quiero saber. ¿Serás sincero conmigo? —inquirió

Natasha, entrecerrando los ojos.

—Por supuesto. Siempre y cuando no se trate de mi vida amorosa —le advirtió él.

—Es sobre la muerte de mamá.

Lo que Joel había estado temiendo. Sabía que se lo preguntaría tarde o temprano. Ella tenía derecho a saberlo.

—No chocó con su auto como te dije. Fue asesinada —contestó.

—¿Por vampiros? —Nat se alarmó, a pesar de que ya lo sabía.

No era muy difícil de adivinar. La relación era bastante obvia: *muerte de cazavampiros = vampiro*.

—Sí. —Él se dirigió a la ventana y miró hacia afuera esperando ver llegar a Erika. Pero claro, a ella le encantaban los días soleados, así que tardaría un rato en regresar. Suspiró—. Tasha, el vampiro que la mató aún vive. Me ha estado persiguiendo desde entonces. Lo conociste anoche.

—¿Dorian Ruthven?

La joven lanzó una exclamación ahogada y se agarró del cuello, allí donde ese sujeto le había hincado los colmillos. Sintió una punzada de dolor al recordarlo. O, tal vez, no era dolor, sino odio; odio porque le había arrebatado a quien ella más quería. Todavía andaba suelto por ahí, chupándole la sangre a las personas que tuvieran la desgracia de cruzarse por su camino.

Joel continuó:

—Hace años que Pasco trata de matarlo. Es muy escurridizo.

—¿El abuelo?

Su hermano asintió.

—No me digas que él también mata vampiros —añadió, sin creerlo posible. Le resultaba difícil de imaginar. En especial, por su adicción al alcohol y su mente desequilibrada. Quizás era el motivo por el que había perdido el buen juicio (si alguna vez lo había tenido).

—Él me entrenó. Es mi mentor.

Ella lo miró horrorizada. Por lo que recordaba, su abuelo era un hombre

odioso, vulgar y carecía de tacto. Incluso parecía que los detestaba. ¡A sus propios nietos! ¿Y había sido su qué? ¿Mentor?

—¿Y tú accediste?

—No tuve opción.

—Pudiste haberte negado.

—No. No pude. Nuestra familia se dedica a luchar contra esos seres desde hace siglos. Era mi deber continuar con la tradición que nos han legado nuestros ancestros. Si me hubiera rehusado, hubiera venido por ti. Eras una niña. No podía dejar que ocurriera. Si te ponía un solo dedo encima... —Su expresión se tornó sombría.

—Ya no soy una niña.

¿Era necesario que ella siguiera con la tradición de la familia, ahora que había crecido? ¿Hasta qué punto era libre de elegir cómo vivir su vida? ¿Qué tal si quería ser maestra, doctora o azafata? ¿O cualquier otra cosa?

—Ahora que lo sé todo, ¿también tendré que cazar vampiros? —Se inquietó.

—Nadie va a obligarte a hacer nada que no quieras.

—¿Y si Pasco viene por mí?

—Lo mataré.

Cuando hablaba de matar, su rostro se iluminaba. Ni siquiera trató de disimular su sonrisa al decirlo. Tal vez Nat pensó que su gesto se debía a que ambos compartían el mismo sentimiento hacia su abuelo. Ella nunca jamás sospecharía el verdadero motivo de su sonrisa: la idea de acabar con una vida le producía satisfacción.

—¿Qué hay de tus amigos? —Tasha lo hizo retornar al mundo de los vivos—. ¿También tienen esa rara tradición familiar? ¿O en su caso la cacería de los *Cullen* es un pasatiempo?

Había tantas cosas que ella ignoraba. Joel esperaba tener el tiempo suficiente para explicárselas todas, aunque no quería aturdira. Comenzó con lo más importante: ellos, los cazadores.

—En el mundo existen varias familias dedicadas a la caza de vampiros. Sin embargo, hay tres principales: la nuestra, la Cross y la Van Dragen. Por supuesto que hay otros cazadores, pero nadie ha tomado tan en serio la misión como nosotros. Hay gente que ni siquiera sabe que forma parte de estos clanes.

—¿Tus compañeros pertenecen a esas familias?

—Erika es una Cross, pero Grimm pertenece a un clan diferente. Como ya te habrás dado cuenta, los cazadores se atraen entre ellos como los polos opuestos de un imán. Se necesitan, se complementan, se protegen mutuamente. No importa qué tan lejos estén los unos de los otros. Una vez que has estado con ellos, que has formado un vínculo, este será imposible de romper. Es de por vida.

—Lo haces sonar como un enjambre. ¿De veras no son una secta? —Nat entrecerró los ojos.

—Somos mucho más que eso. Y tú ya formas parte de nosotros, aunque aún no hayas comenzado con el entrenamiento.

—Yo no quiero entrenarme. Voy a ir a la universidad y estudiaré psicología. Eso haré. Recuerda que me dijiste que nadie me obligaría a hacer nada que no quisiera.

—Lo sé. Pero, como tu hermano, es mi deber advertirte: la sangre que corre por tus venas hará que pronto despierte en ti un deseo que se ha mantenido latente hasta el día de hoy. Es muy difícil luchar contra la propia naturaleza, Tasha. Por más que lo intentes con todas tus fuerzas, un día abrirás los ojos y descubrirás quién eres en realidad. Y no podrás ignorarlo. Créeme.

—¿Por qué? ¿Por qué tenemos que matar vampiros? —se lamentó la chica.

—El motivo se encuentra en nuestros genes. En algún momento de la historia, un miembro de nuestra familia tuvo un hijo con un vampiro puro. Toda nuestra estirpe descende directamente de ese niño.

Ella quedó boquiabierta.

—¿Somos vampiros?

Joel se rio.

—No, Tasha. Somos humanos. Bueno, en parte. Aunque nuestra sangre no es como la de los demás. Verás, los descendientes humanos de un vampiro nacen con habilidades para la caza. —Pensó un momento—. Como Blade.

Lucas la había obligado a ver esa película, así que entendía el concepto. Más o menos.

—¿Bebemos sangre? —quiso saber la muchacha.

La idea le dio asco, así que arrugó la nariz al imaginarse mordiendo a su profesor de historia, un hombre obeso con aliento mentolado, que siempre le pedía borrar la pizarra para verle el trasero. ¿Por qué habría de morderlo a él? De elegir, preferiría hincarle el diente a alguien como Tom Robins, Matt... o Grimm. Sin embargo, el señor London le caía mal. Si tenía que matar a alguien, mejor que fuera a él.

¡Dios! ¿En qué estaba pensando? ¿Matar un profesor? ¿Se había vuelto loca?

—No es necesario que bebas sangre, siempre y cuando comas tus vegetales —bromeó su hermano, haciendo que se relajara.

La joven se quedó pensativa.

—Pero Erika me dio la suya. Antes de llevarme al hospital.

—Fue un caso especial. La sangre de la familia Cross tiene propiedades curativas. Tú estabas mal. Hubieras muerto si no te la daba.

—¿Propiedades?

—Sí.

—¿Y nosotros tenemos algún poder especial?

Se sentía como una reportera. Habría usado un lápiz como micrófono, pero él pensaría que no se tomaba en serio sus explicaciones.

—La familia Dorcas descende de un poderoso vampiro llamado Sebastian. Él tenía capacidades psíquicas. Eso significa que poseemos una mente más fuerte que la de la mayoría. Ningún vampiro podrá invadir tus

pensamientos o controlar tus acciones, a menos que lo permitas. También podemos desarrollar la capacidad para influir sobre otras personas, aunque todavía no estoy seguro de lo que seamos capaces de hacer. Cada vampiro posee habilidades distintas que deja como legado a su progenie. Sin embargo, no todos los descendientes humanos pueden utilizarlas. A veces, depende de qué tan poderoso fue tu ancestro. —Él mismo tenía preguntas sin contestar, como ¿qué pasaba si se descendía de dos vampiros en lugar de uno?

—¿Me enseñarás a pelear?

—Por supuesto.

—Bien. Me gustaría estar preparada, en caso de que alguien trate de morderme de nuevo. No es que quiera ser la próxima Buffy, la cazavampiros, pero tampoco deseo ser el plato del día.

—Entiendo.

Joel se había percatado del brillo en los ojos de su hermana.

Como siempre solía decir Ruth: «cuando ya estás en el baile, tienes que bailar». Natasha había nacido en una familia de cazadores de vampiros. ¿Por qué no aprender a cazar? Eso no quería decir que fuese a dedicarse de lleno a eso. Por el momento, se conformaba con aprender a defenderse de Ruthven.

Natasha se encontraba, después de hora y media de charla, un poco más cómoda con el hecho de no ser como los demás chicos de su escuela. Lástima que no podía contárselo a Cheryl. Joel le había hecho prometer que lo mantendría en secreto. Y habían cerrado el trato con los meñiques, así que no había posibilidad de retractarse. Las promesas de meñiques eran sagradas.

—Nadie debe enterarse de lo que somos. Ni siquiera tu amiga —le dijo.

—¿Y qué le diré cuando me pregunte sobre Erika y Grimm? —se preocupó la muchacha, pues Cher era muy observadora—. Querrá saber por qué están viviendo con nosotros.

—Ya se te ocurrirá algo.

—Está bien —manifestó ella, de mala gana.

—Hay algo más que debes saber: debido a que Ruthven bebió tu sangre,

se ha formado un lazo psíquico entre ambos.

Eso no sonaba nada bien. Lo que ella menos deseaba era que algo la uniera al asesino de su madre.

—¿Qué tipo de lazo? —preguntó.

—Digamos que, si no fueses una Dorcas, tendrías la imperiosa necesidad de seguirlo, de estar con él. El humano que alimenta a un vampiro deja de ser libre. Se convierte en su esclavo de por vida o hasta que el vínculo establecido se rompa. Es un lazo poderoso que se origina con la *marca*. — Señaló la mordida en su cuello.

—¿Cómo se rompe ese vínculo?

—Hay dos opciones aceptables para destruir el lazo humano-vampiro — explicó Joel con tranquilidad—. Primera: matar al vampiro. Segunda: que el humano mordido muera.

—¿Y *eso* es aceptable para ti? —se quejó su hermana, indignada.

—Pues sí, considerando la tercera alternativa. —La expresión del muchacho se tornó sombría y su voz, lúgubre—: Que ese humano sea convertido en vampiro.

Desde el punto de vista de la joven, matar a Ruthven era la única salida a su situación. No sabía si los poderes del vampiro la afectarían algún día; más valía que no, porque lo último que quería era convertirse en la esclava de ese monstruo. No obedecería a ningún hombre y, mucho menos, a un sádico asesino chupasangre.

—No debes preocuparte —la tranquilizó Joel, con su mejor tono paternal—. Ruthven no tendrá la menor influencia sobre ti si no se lo permites. El que haya bebido tu sangre no es necesariamente una desventaja. Te permitirá sentirlo con mayor facilidad. Recuerda que no eres una humana ordinaria.

—¿Y él no podrá sentirme a mí también? —Ese asunto del lazo la había puesto nerviosa—. ¿Cómo sé que no se meterá por la ventana de mi cuarto durante la noche? He visto *Drácula*, ¿sabes? Y no tiene un final bonito.

—Estás a salvo en esta casa. Ningún vampiro puede entrar, a menos que lo

invites. —Joel metió la mano en su bolsillo y sacó la pequeña cruz de plata, que ya no traía al cuello. Se la entregó—. Ten. Esto te protegerá. Era de mamá.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta.

Al salir, agregó:

—Mañana temprano empezamos con el entrenamiento. Espero que estés en pie a las siete.

¿Había dicho «mañana»? ¿No era demasiado pronto?

—Oye, espera. —Natasha se apresuró para alcanzarlo, pero ya había desaparecido.

La puerta de la habitación de su hermano se encontraba entreabierta; quizás se había metido dentro. Aunque la persiana estaba baja y el lugar, a oscuras.

—¿Joel? —Le habló a la figura que se encontraba acostada en la cama—. ¿Qué tipo de entrenamiento será?

Su hermano no le respondió, así que se acercó. Oía su respiración acompasada. ¿Se había quedado dormido en menos de dos minutos? Vaya. Eso sí que era rápido.

—¿Estás despierto? —Le tocó el hombro.

Ocurrió tan rápido que ella no tuvo tiempo para reaccionar.

Él la tomó del brazo y la arrojó a la cama. La tumbó boca arriba y se colocó encima de ella, inmovilizándola con su cuerpo. Con una mano la tomó del cuello. Con la otra, le sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

La piel de él hervía, al contrario que la de ella, que estaba fría como el hielo.

La miró con una expresión de alarma en su bello rostro. Respiraba de forma entrecortada. No estaba acostumbrado a que lo tocasen mientras dormía.

Su sistema de alerta se había disparado en cuanto sintió el roce. Luego actuó sin pensar. Por suerte, se despabiló a tiempo para darse cuenta de que



ella no era un vampiro. Quién sabía lo que podía haberle hecho.

Natasha nunca pensó que se encontraría con él. Al darse cuenta de quién era, le tembló la voz.

—Tú no eres mi hermano —dijo.

## LA MARCA DE LOS CAZADORES

Grimm se apartó de la muchacha con expresión de asco y tan rápido como pudo.

Natasha parecía asustada. Era lógico. ¿Qué clase de loco se le lanzaría encima de esa forma?

Aunque él merecía, al menos, un buen insulto de su parte, ella se había limitado a esperar que la soltara. Los ojos azules de la chica, fríos y perturbadores, se clavaron en los suyos en espera de una explicación que él no estaba dispuesto a dar.

Se produjo un largo silencio en el que no hicieron otra cosa más que observarse, evaluarse mutuamente. Grimm había pegado la espalda contra la pared y no se había movido desde que se alejó de ella. Nat se había sentado en la cama y permaneció allí intentando entender por qué ese chico la había atacado.

—Jamás vuelvas a tocarme —le advirtió él.

—¿Qué?

¿Había oído bien? ¿Le había dicho que no volviera a tocarlo? Apenas le había apoyado una mano en el hombro. Él, en cambio, la había sometido como si fuera a violarla. ¿Y era él quien se enfadaba?

—Lo que oíste —dijo el joven, enviándole a Natasha una mirada asesina.

La muchacha quería responderle algo ingenioso, pero no se le ocurrió nada. La mente se le había quedado en blanco. Era mejor que reaccionase pronto, antes de que ese chico guapísimo y antipático la tomase por idiota. No quedaba bien que permaneciese viéndolo con la boca abierta por más de cinco segundos.

—Bien, como quieras —contestó con brusquedad, saliendo con rapidez de la habitación, y dando un portazo que hizo retumbar las paredes—. Imbécil.

Al final, su peleona interior tomó el mando de la situación.

Grimm se mordió el labio y acarició la puerta con sus anhelantes manos. Se golpeó la frente contra ella un par de veces, para que el dolor sustituyera la increíble sensación de cosquilleo que recorría su cuerpo.

—Imbécil —repitió en voz baja.

Erika la vio bajar las escaleras. Tenía el ceño fruncido y los puños apretados, como si tuviera ganas de apalear *nerds*. Pensó en utilizar esa energía destructiva en provecho de un bien común, antes de que fuera usada para nefastos fines.

—Oye, linda, ¿me ayudas a bajar las bolsas del auto? —preguntó con simpatía—. Hice algunas compras.

—Sí, claro. —Nat fingió una sonrisa. No valía la pena hacerse mala sangre por un sujeto como ese. Sin embargo, odiaba sentirse rechazada. ¿Por qué razón la habría despreciado de esa forma? ¿No sabía lo que era la diplomacia?

El sol se ocultaba. Una brisa fresca y agradable con aroma a flores les acarició la piel al salir afuera. Erika no estaba acostumbrada a tanta tranquilidad. En cambio, Joel debía sentirse a sus anchas. Después de todo, había regresado a su hogar.

La joven de cabellera abundante se trepó al automóvil con la destreza de un felino. La otra se quedó contemplando las nubes, y no le prestó atención hasta que un trozo de pan la golpeó en la cabeza.

—Lo siento, me distraje.

Unos pajaritos se reunieron enseguida para darse un festín con el improvisado proyectil que Eri le había lanzado.

—Sí, ya me di cuenta —dijo riendo la amiga de su hermano, mientras mostraba su impecable sonrisa—. Tenemos que darnos prisa. Ya está anocheciendo y tu hermano no quiere que salgas sin la protección de la luz

del sol o la de un fornido guardaespaldas.

—¿*Fornido*?

—Eso lo agregué yo. Si has de tener a alguien que te cuide, mejor que sea fornido. —Hizo un guiño—. Aunque yo lo preferiría esbelto y hermoso.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió Nat, una vez que entraron en la casa.

—Lo que quieras, guapa —respondió la mujer con una sonrisa, al tiempo que se dejaba caer en una de las sillas de la cocina. Pasear todo el día la había dejado agotada.

Erika había tenido que memorizar varios puntos de referencia a fin de no perderse: la escuela de Natasha, la gran plaza central, el almacén, una interesante tienda de antigüedades, y una casa con el jardín repleto de unos aterradores enanitos de piedra. De esa forma, no se vería obligada a ver de nuevo el horroroso mapa que Joel le había dibujado.

La hermanita de su compañero tomó asiento y comenzó a morderse las uñas.

—Quiero que sepas que puedes confiar en mí —le informó amistosamente Erika, suponiendo que debería tratarse de un problema que solo una mujer entendería —. Soy una tumba. Sin el olor a muerto, por supuesto. Así que anda, dime qué te preocupa. ¿Es un hombre?

Nat asintió.

—Si es que a eso puede llamarsele *hombre*.

—¡Ja! —exclamó la mujer, risueña—. Ya me lo imaginaba. Si se trata de hombres, soy toda una experta. Resulta que esta hermosura fue criada en una familia de varones. La única niña luego de seis niños. Mis padres creyeron que tendrían un lobizón, pero se equivocaron. En fin, no temas preguntarme lo que sea. Me gusta compartir mi sabiduría. —Se inclinó hacia ella y susurró —: Pero que tu hermano no se entere o me matará. Tiene la loca idea de que pretendo corromperte. ¡¿Cómo se le ocurre?! Bueno, basta de mí. Habla tú, o me quedaré sin saliva.

La chica preguntó:

—Tu amigo detesta a las mujeres, ¿no? ¿Es gay?

—¿Qué amigo? —Erika alzó una ceja, con desconcierto—. ¿Grimm?

—Sí. Ese.

—Por todos los cielos, no. Por supuesto que no. —La mujer largó una risotada—. ¿Cómo se te ocurre?

—Entonces, tiene un problema de intolerancia conmigo —concluyó la muchacha—. Lo sabía.

Lo que temía. No habría chico fornido para ella.

—¿De qué hablas?

Grimm no tenía problemas de tolerancia con nadie, excepto con Pasco. Pero a ese hombre, ¿quién lo soportaba? Era como una astilla clavada en el trasero. ¿Qué clase de problema podría tener el mocoso con Nat? Recién la acababa de conocer. Incluso no había pegado un ojo en toda la noche, debido a que estaba preocupado por ella.

—Digamos que no me trató de una forma muy amistosa.

—¿Te hizo algo? Dime y lo golpearé por ti.

Grimm no era un tipo malo. Sin embargo, había ocasiones especiales en las que resultaba impredecible. Era un chico inteligente, un poco impulsivo, pero tenía un gran corazón. Y, mientras siguiera sus corazonadas, no se equivocaría. El problema era que no siempre les hacía caso.

—No me hizo nada. —Nat no parecía haber considerado la reacción del muchacho como un ataque, sino como un mero incidente no premeditado—. Su forma de hablarme fue tan... tan... ¡Aghhh!

—¿Aghhh?

—Fue un antipático. Creo que tiene algo contra mí.

—¿Estamos refiriéndonos a la misma persona?

El chico que ella conocía podía ser cualquier cosa, menos antipático.

—Sí.

Erika la miró con incredulidad. Algo no andaba bien. Allí había gato

encerrado.

—A ver, chica, cuéntamelo todo.

Grimm abrió la ducha y dejó que el agua fría lo golpeará de frente, eliminando todo rastro de impureza. Si iba a quedarse en esa casa, era mejor que se acostumbrara al agua helada.

Las noches de cacería solían dejarle mal sabor de boca. Sin mencionar el olor a sangre que se le había impregnado y se negaba a irse. Ese olor lo ponía nervioso y más agresivo que de costumbre. Tener a Natasha cerca era peligroso cuando estaba así. Además, lo hacía pensar en cosas que no debía. Tenía que contenerse al estar con ella, pensó. De no haberse controlado a tiempo, la hubiera...

Le dieron palpitaciones.

—¿Qué diablos pasa conmigo? —Su piel ardía—. ¿Estaré enfermo?

Cerró la llave al cabo de veinte helados minutos. Esperaba que hubiese sido suficiente para aplacarse y bajar su temperatura corporal.

Casi salía de la ducha cuando Erika irrumpió en el cuarto de baño y abrió la cortina de par en par, sin la menor consideración.

—¿Qué crees que haces, mocososo? —lo regañó, señalándolo con el dedo acusador.

—Tomaba un baño —contestó el muchacho irritado—. ¿Qué crees que haces tú? ¿No tienes respeto por la intimidad ajena?

Erika había estado demasiado ocupada pensando en lo que le había dicho Natasha, como para percatarse de la desnudez de su amigo. Al darse cuenta, bajó la mirada.

—Oye —exclamó él.

—No te enojés, nene. Solo quería echar una ojeada. —Le guiñó el ojo con desfachatez.

Grimm se sonrojó. Al menos había tenido la decencia de esperar a que terminara de ducharse.

—No tienes nada de qué avergonzarte. —Eri tomó una toalla del estante y se la aventó con fuerza en la cara—. Créeme.

—Em... ¿Gracias? —musitó Grimm, cubriéndose con rapidez.

El pelo le chorreaba y el agua se le metía en los ojos, así que sacudió la cabeza.

—¡Ehhhh! Me salpicas —masculló la mujer—. ¿Eres un perro o qué?

El muchacho largó una carcajada.

—Perdón. Así me gusta peinarme.

—Ahora dime, chico-perro: ¿qué te hizo esa pobre niña?

Erika se cruzó de brazos. Le encantaba reprenderlo. Podía decirse que eso y comer barritas de chocolate eran sus hobbies predilectos.

—Nada. ¿Por qué?

—Cree que te desagrada.

—Ah. —Sabía que no había sido amable con ella.

Todavía estaba a tiempo de corregirse. Aún Natasha no lo había mandado al demonio.

—Deberías pedirle perdón. Sé que aceptará tus disculpas de buena gana.

—No lo haré —contestó él.

—¿Eh? ¿Cómo que no lo harás? Dame *una* buena razón.

—Porque no me importa caerle bien. ¿Te parece suficientemente buena? ¿O invento otra?

—No lo puedo creer —bramó ella, yendo de una punta del baño a la otra, como una fiera en una jaula—. Pensé que esa chica te gustaba.

Él desvió la mirada.

—Pues te equivocaste.

—¿Sabes? No te creo. Te conozco mejor que nadie y sé cuando alguien te interesa. Es más: te interesa tanto que te esfuerzas en demostrar lo contrario.

—Te estás imaginando cosas. —Grimm se encaminó a su cuarto.

Ella lo siguió. La puerta se le cerró en la cara.

—Frederick.

—¿Podrías darme un poco de privacidad? —gruñó Grimm desde el otro lado—. Quiero vestirme.

—De acuerdo, te dejo en paz. Solo déjame decirte una última cosa: el mundo no necesita otro cretino.

El muchacho se asomó al pasillo.

—¿De veras piensas que lo soy? —Había algo en su expresión que le dio ganas a Eri de mecerlo entre sus brazos como a un niño pequeño.

—No, cariño. Pero hay veces en las que te comportas como uno. Si te empeñas en hacerte el malo para que ella no se enamore de ti, terminará odiándote. No creo que sea eso lo que quieres. ¿O sí?

Grimm no contestó.

—¿Por qué no intentas ser su amigo?

—Porque no quiero ser su amigo, Eri. —Bajó la cabeza.

—¿Y qué quieres?

—Lo que quiero es... —Permaneció en silencio unos segundos. Luego prosiguió, en tono de súplica—: Que no te entrometas, por favor.

Erika suspiró, vencida por ese mocoso. Siempre se salía con la suya. Decidió dejarlo estrellarse contra la pared. Después de todo, ya no era un crío; aunque a veces se comportara como si tuviera cinco años.

—Está bien —masculló, levantando las manos—. Me rindo. No te obligaré a ser amable con ella. Pero, como castigo, tendrás que cocinar.

Él bufó.

—Supongo que es lo justo.

—Me alegra que pienses así, porque cada vez que Nat se queje de ti, te aguardará un trabajito culinario.

—No estarás hablando en serio. —Él intentó sonreír, pero no le salió. Lo de la cocina era una jugada sucia.

—Hablo muy en serio. Vas a tener que portarte como un caballero de ahora en más. Sé que harías lo que fuera con tal de no tener que preparar la



cena cada noche, ¿cierto?

El muchacho se quedó sin habla. Esa mujer era el diablo.

Ella bajó las escaleras, satisfecha de haber arreglado las cosas con Grimm. Estaba segura de que comenzaría a llevarse bien con Nat. ¿Qué importaba si era a la fuerza? Tal vez, con el tiempo, podrían convertirse en algo más que amigos.

Grimm no pensaba lo mismo.

—Será mejor que me compre un delantal —murmuró.

—¡Maldición! —gritó Grimm desde la cocina.

Las muchachas se miraron de soslayo. Se encontraban en la sala mirando una película. Nada de terror. En especial, *nada de vampiros*. Después de la muerte de Lucas, Nat se prometió a sí misma jamás volver a ver una de esas películas. Le recordaría a él y su última cita juntos, lo que desencadenaría una oleada de desagradables imágenes mentales. Tardaría en quitarlas de su cabeza. Los cadáveres, la sangre...

Un estruendo de ollas y sartenes proveniente de la cocina distrajo a Nat de sus pensamientos trágicos.

—¿Qué estará pasando ahí dentro? —preguntó señalando la puerta cerrada detrás de la cual se oían todo tipo de maldiciones. Se llevó un crujiente nacho a la boca.

Erika sacudió sus perfectos rizos en señal de ignorancia, sin apartar la vista de la pantalla de televisión.

—No lo sé. Y no quiero saber. Si quieres averiguarlo, ve y, de paso, trae bebidas. Ya se agotó el suministro —se lamentó, sacudiendo la botella vacía de gaseosa.

Las cosas saladas daban mucha sed.

—De acuerdo.

Nat se levantó, respiró profundo y caminó hacia donde se desarrollaba la verdadera acción. Le daba un poco de vergüenza encontrarse con Grimm,

pero no le quedaba más remedio. Tenía la garganta seca. Además, quería darle una oportunidad para disculparse.

En la cocina parecía que se había llevado a cabo una batalla. El lugar estaba hecho un caos, como si un grupo de orcos hambrientos hubiese pasado por ahí, aunque todo había sido causado por una sola persona malhumorada.

«Él odia cocinar, así que no esperes gran cosa —le había advertido Erika—. Le servirá de escarmiento por maltratar a nuestra anfitriona. Le dije que cada vez que te quejaras de él, lo haría preparar una comida. La que le espera jo, jo, jo».

¿La había maltratado? Nah. Únicamente le había pedido que no lo tocara. Y le había hecho un gesto de «no te soporto». Nada más. Quizá se debía a que él había tenido un mal día, no a que ella le cayera mal.

Natasha se relajó y dejó que una sonrisa esperanzada se formara en sus labios despintados.

—¿Necesitas que te dé una mano? —preguntó con la mejor disposición al notar que Grimm tenía algunos inconvenientes con la preparación de la cena.

El agua hirviendo en la olla se estaba derramando, y un sospechoso humo negro salía del interior del horno. ¿Y qué era ese ruido? ¿Algo que explotaba?

—No —respondió él de manera abrupta, apagando con un repasador la gran llamarada que casi lo deja sin cejas—. Lo tengo todo bajo control.

No se volteó para verla, tampoco dijo nada más. Siguió en lo suyo como si ella no estuviese a su lado. Incluso le dio la espalda cuando ella se aproximó para sacar la bebida del refrigerador. Ella le hizo un favor y se fue de allí. Se sintió una tonta por haber llegado a imaginar que era lindo. No lo era. Si tan solo no hubiera nacido con esos deslumbrantes ojos color verdemar. Tenía que sacárselo de la cabeza antes de que la hiciera sufrir.

La joven regresó a la sala, enfurruñada, y se sentó dando un resoplido. Trató de prestar atención a *Bridget Jones*, pero los sonidos generados por el muchacho en su intento por hacer un plato apto para el consumo humano la distraían. Oía cada cosa que él hacía, cada movimiento suyo. Ahora que ya

no estaba ahí, él sonaba más relajado. Se había puesto a silbar.

—¿Dónde se ha metido tu hermano? —quiso saber Erika, quien se había terminado los nachos en su ausencia y ahora iba detrás de las papas fritas que habían sellado su cruel destino al caer en sus manos.

—No tengo idea.

Joel había desaparecido, y no había vuelto a verlo desde su conversación acerca de los cazadores de vampiros.

—Aquí estoy.

Él se encontraba parado detrás del sofá.

—¡Ahhh! —Erika se llevó una mano al pecho, sobresaltada—. ¿De dónde saliste, por todos los santos?

Él rio, divertido. Era bueno verlo sonreír de vez en cuando.

—¿Te asusté?

—No, qué va. Casi me ocasionas un paro cardíaco, es todo.

—¿Podrías hacerme un pequeño favor? —preguntó él, con esa voz aterciopelada suya a la que jamás podría decirle que no.

Ella asintió con energía.

—Toma el lugar de Grimm en la cocina y dile que venga.

—Claro, no hay problema. —Erika se levantó de un salto y se dirigió a la cocina a los tropezones (de donde, por cierto, salía un olor bastante dudoso).

—¿Dónde estabas? —inquirió Natasha, la única que se atrevía a interrogarlo.

—Ya lo sabrás.

Grimm apareció corriendo. Tenía una gran mancha roja en la camiseta. Natasha esperó que fuera salsa de tomate.

—¿Qué pasa, Joel? —preguntó alarmado.

Había aprovechado el momento para abandonar la escena del crimen a toda prisa en cuanto Erika lo reemplazó. Había masacrado tomates, zanahorias y cuanta pobre verdura se hubiera cruzado por su camino.

—Sígueme —les pidió el hermano de Nat, subiendo las escaleras.

Grimm y Natasha se miraron con preocupación.

—Los dos —añadió.

Los chicos obedecieron. Había algo en el tono de voz de Joel que hacía que las personas le hicieran caso. Muy pocos osaban contradecirlo cuando él daba una orden directa. Ni siquiera la rebelde de Nat.

—¿A qué se debe esa actitud tan misteriosa? —preguntó su hermana—. ¿A dónde vamos?

Grimm también estaba intrigado. El silencio de su compañero aumentaba su interés en sumo grado. Ambos lo contemplaron con expectativa, a la espera de una respuesta. Sin embargo, Joel no quería arruinar la sorpresa.

—No sean impacientes.

Entraron en el cuarto de sus padres. Joel había decidido mudarse allí después de que sus compañeros se instalaron con ellos. Era cuestión de hacer lugar. Grimm se quedaba en su cuarto, y Erika, en el de huéspedes (donde siempre se hospedaba Ruth cuando iba de visita). De esa forma, cada cual tenía su propia habitación. Por cuánto tiempo se quedarían esos dos, era imposible adivinarlo. Natasha no había sido informada.

El hermano de Nat introdujo la mano en su bolsillo y sacó una pequeña y reluciente llave de plata, con la forma de tres lunas menguantes entrelazadas. Ella reconoció su forma, ya la había visto antes tatuada en la nuca de su hermano. Grimm llevaba el mismo símbolo en el dorso de su mano izquierda.

—¿Qué significan esas lunas? —preguntó Nat.

—Es la marca de los cazadores —la instruyó su hermano, abriendo el armario con la llave—. Tú decides cuándo y dónde hacértela. Significa que te comprometes con la causa.

La puerta hizo un sonido chirriante. Había estado cerrada durante mucho tiempo. Del otro lado salió un extraño aroma a incienso mezclado con madera y cuero. No se oía nada, no se veía más que oscuridad. Era obvio que había un gran espacio vacío allí.

—Adelante —los invitó a pasar Joel.

Natasha dudó por un momento. Contempló el tenebroso interior del armario unos instantes con la intención de entrar. Pero se arrepintió al ver aquella negrura insondable y siniestra. Dudaba que ese armario condujese a Narnia.

—A ver si entendí bien: ¿quieres que nos metamos *ahí*? —preguntó ella.

—Así es.

—¿Y no nos encerrarás juntos?

Grimm se inquietó ante la imagen que se formó en su mente y puso cara de horror. Si algo como eso sucedía, definitivamente uno de los dos acabaría muerto.

—Tranquila —dijo Joel—. No es mi intención torturarte. Es algo diferente a lo que te imaginas. —Y se dirigió a su amigo, que se había cruzado de brazos—. Grimm, ¿por qué no vas tú primero?

—Bueno, en tanto no se trate de una sala de tortura llena de cadáveres...

—Otro que piensa cualquier cosa —musitó Joel, meneando la cabeza—. No es nada de eso.

Grimm se aproximó a inspeccionar la entrada del lugar. No es que no confiara en su compañero, sino que se había acostumbrado a actuar con precaución porque ¿quién sabía qué clase de criatura podía estar acechándolos, oculta en las tinieblas de la noche?

Descubrió que había una escalera de caracol que descendía y se hundía cada vez más en la profunda oscuridad subterránea. Parecía no tener fin. El chico comenzó a bajar, sin sospechar lo que lo esperaba abajo. ¿Por qué Joel no le había dado una linterna?

Luego de los primeros pasos, la poca luminosidad que había desapareció. Sus ojos se acostumbraron de inmediato a la ausencia de luz, pero Grimm no alcanzaba a vislumbrar el final de la escalera. ¿Cuántos escalones tenía esa cosa?

—Espero no acabar en el infierno —dijo con gracia.

Alguien se lo llevó por delante.

—Ups. Lo siento —dijo Natasha.

—Deberías fijarte por dónde vas.

—¿Cómo quieres que me fije? No se ve nada. ¿A dónde conduce la escalera?

—¿Cómo voy a saber? —farfulló Grimm—. No soy psíquico.

—Oh. Así que estás tan informado como yo. Eso me consuela un poco. — La joven sonrió—. Somos compañeros de ignorancia.

—Esta es *tu* casa. ¿No se supone que deberías conocerla?

—No se peleen —los regañó Joel desde arriba.

Llegaron al suelo.

—¿Qué es este sitio? —preguntó ella. Encontró un interruptor de luz y lo pulsó—. Luce como un gimnasio.

Se encontraban en un espacioso cuarto con piso de madera, paredes blancas y buena iluminación. Había, además de un saco de boxeo, una pila de colchonetas en un rincón, dos baúles enormes, un armario, un par de blancos colgando de la pared y varios artefactos que asemejaban a máquinas de tortura de la edad media. Y un bebedero.

Grimm recorrió la habitación con la expresión de un niño que visita una dulcería. Se había detenido frente al saco de boxeo y ya lo estaba probando.

—Es la sala de entrenamiento. Mañana los espero aquí a ambos a las siete en punto.

—Un momento, ¿nos esperas a ambos? —inquirió Nat—. ¿No se suponía que me entrenarías a mí?

El chico dejó de golpear el saco para prestar atención.

Joel contestó:

—Sí, pero cambié de idea. A partir de mañana, tú y Grimm entrenarán juntos.

# LA DIFERENCIA ES QUE LAS NIÑAS PIENSAN CON EL CEREBRO

—Respira, Erika, respira —dijo la mujer inhalando varias veces, mientras contemplaba la puerta blanca situada al final del pasillo—. Todo estará bien. No te preocupes.

Había despertado con la mano en el picaporte de Joel. Era la primera vez que caminaba dormida. Ahora que estaba consciente, no lograba abandonar el lugar.

Golpeó la puerta un par de veces.

Tal vez Joel se encontrase dormido.

—No puedo hacerlo —murmuró, retrocediendo con lentitud. Las piernas le temblaban—. Oh, Dios, ¿qué hago aquí? Son las tres de la mañana. Será mejor que regrese a dormir. Además, ¿qué voy a decirle? ¿«Hola, vine a hacerte una visita semidesnuda»?

El pasillo se encontraba en penumbras. La ausencia total de ruido la sobrecogió. A Erika no le agradaba el silencio. Mucho menos cuando iba acompañado de oscuridad. La transportaba a un único y horrible momento de su niñez que no había conseguido olvidar y que todavía la seguía de cerca como una sombra amenazante. Para sus hermanos no había sido más que una broma. Para ella, una pequeña de seis años, quedarse atrapada en un mausoleo repleto de ataúdes durante toda la noche había resultado una experiencia traumática.

Su hermano León la encontró acurrucada y temblando en el frío piso de mármol, muerta de miedo. Él, con apenas dos años más que ella, fue el único de sus hermanos que no había participado en la cruel broma. El único al que no odió y con quien todavía seguía en contacto.

Hasta que conoció a Joel, León fue el hombre más importante de su vida.

Un sonido proveniente del interior del cuarto la hizo salir corriendo como una niña. Se encerró en su habitación, con el corazón exaltado.

—Creo que estoy loca. —Y añadió—: Sí, loca por él.

—¿Erika?

Oh, no. Lo había despertado. Y ahora era él quien golpeaba su puerta.

Decidió no contestarle. ¿Cómo le explicaría que no entendía cómo había llegado hasta la entrada de su cuarto? ¿Cómo lo miraría a los ojos sin tirársele encima como una fiera? Quizá si aguardaba, él volvería a la cama.

—Eri, sé que estás despierta. ¿Me dejas entrar?

—No. Vete.

Se acobardó en el último segundo. Tenía una conversación pendiente con él, pero podía esperar. El rechazo no era algo fácil de asimilar, así que primero tenía que hacerse la idea de que Joel destrozaría su corazón al igual que el Vesubio había destruido Pompeya. Y luego, tendría que recoger sus restos con una escoba y una palita.

—De acuerdo —dijo Joel, con toda su tranquilidad—. Hasta mañana.

La puerta de Erika se abrió de golpe, sorprendiendo al muchacho a mitad de camino.

—Me arrepentí. Pasa.

No podía evitarlo. Cuando él estaba cerca, se convertía en la tonta más tonta del mundo. No importaba qué pensara, lo olvidaba todo. Qué patética.

Él entró y se sentó sobre la cama. Erika se quedó de pie, inmóvil como una estatua, abrazando una almohada. Estaba consciente de que eso era lo único que abrazaría esa noche. Se preguntaba si él había notado que se encontraba en ropa interior. Tal vez no. Esa almohada cubría gran parte de su cuerpo.



—¿Querías hablar conmigo? —preguntó él.

La mujer tomó coraje.

—Lámame tonta, pero me es imposible dejar de pensar en ti. Te quiero, Joel. Como nunca he querido a nadie. Y te necesito conmigo.

Listo. Ya lo había dicho.

—Tonta. ¿No te das cuenta de que no soy bueno para ti? —Y añadió, en un tono mucho más amargo—: No soy bueno para nadie.

Ella se cubrió la cara con la almohada. Tenía ganas de gritar en ella, como cuando era niña y veía películas de terror. O masticarla, para liberar la tensión de momento. Optó por la opción menos dramática: apretarla contra su pecho.

—Lo sabía. ¿Por qué diantres tengo que ser tan masoquista? —se lamentó, arrodillándose en la alfombra, frente a él.

—¿*Diantres*? —Sonrió ese hermoso espécimen masculino, sádico y cruel como la vida misma—. Lindo eufemismo. ¿Te lo enseñó mi hermana?

—Ah, no. No me cambies de tema. ¿No ves que me estoy auto compadeciendo por haberme enamorado de un tipo que no me corresponde ni me corresponderá nunca, aunque sea la última mujer sobre la faz de la tierra? ¿Por qué tienes que ser tan condenadamente perfecto, Joel Dorcas? Te odio —masculló con ganas de llorar—. No, mentira. No te odio. Te amo. Pero quisiera odiarte para que el corazón no me doliera de esta forma.

—Lo siento. Yo...

La muchacha lo interrumpió:

—No te disculpes. Tú no hiciste nada. —Se puso de pie—. Siempre me has advertido que no me enamorara de ti. ¿Y te hice caso? Nooo. Me enamoré más. Maldita sea.

Eri le echó una mirada ceñuda. Joel se levantó y se situó delante de ella. Solo la almohada se interponía entre ellos.

—Erika... —susurró Joel, apoyando la mano en el objeto que ella retenía con fuerza.

La almohada cayó al piso.

La mujer tembló ante su proximidad. Llevaba un perfume embriagador y los rizos le caían sobre el cuello desnudo. Uno de ellos, el más largo, llegaba hasta el encaje negro del sostén. Él deslizó los dedos por el precioso mechón y jugueteó con él, rozándole el borde del encaje.

Erika temblaba. Se le había erizado la piel, pero no de frío. Él lo sabía. Su propio cuerpo lo traicionaba, sintiendo cosas que no se permitía. Cuando su compañera se atrevió a dar un paso y presionó su exuberante pecho contra el de él, Joel debió contener el aliento.

—Bésame, Joel —le pidió.

Las pupilas del muchacho se dilataron. El deseo que lo consumía se estaba volviendo peligroso. Ya no era un juego de niños. Sin embargo, luchar contra él resultaría imposible.

Apenas los deliciosos labios de Erika entraron en contacto con los de él, una desconcertante satisfacción se adueñó de sus sentidos. Ella exploró su boca y, hambrienta, le arrancó un suspiro al mordisquearlo. Joel cerró los ojos y deslizó su mano por el pecho de Eri, cuyo corazón notó latir con violencia.

Su gemido, cuando la tocó, lo hizo querer más.

La empujó a la cama y continuó besándola, al borde del descontrol. Bajó por su mandíbula y al llegar a su cuello, le dio una larga y tentadora lamida.

Antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse, se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Erika.

—Lo siento. —Él dio vuelta la cara—. No puedo hacer esto.

Se apartó.

—Espera —exclamó la mujer confundida.

—Debo irme —contestó Joel dirigiéndose a la puerta.

Erika lo tomó de un brazo, pero continuó sin mirarla. No se atrevía a hacerlo luego de haberse dejado dominar por sus instintos sin medir las consecuencias. Ella quería que le correspondiera, que le dijese «yo también te

amo», pero eso acabaría matándola. No podía amarla. No como ella merecía.

—Antes de irte, dime por qué. ¿Por qué no me quieres, Joel?

Él negó con la cabeza.

—Nunca dije que no te quisiera —la interrumpió.

—Repite eso. —Se sorprendió ella.

El muchacho la miró fijamente. La frialdad había vuelto a su rostro.

—Te quiero, Erika Judith Cross.

Ella debería de haberse sentido la mujer más dichosa sobre la faz de la tierra. Sin embargo, no fue así. Ni siquiera tuvo ganas de sonreír.

—Por eso no puedo estar contigo —continuó su compañero.

—No entiendo.

El joven le tomó la mano herida, y la observó con detenimiento. Acercó su boca al vendaje, infundiéndole temor. No sería capaz de detenerlo si decidía volver a morderla.

«La mejor de las muertes sería en los brazos de la persona que amas», pensó la cazadora. «Es la que yo elegiría, en esta vida y en las siguientes. Tú, Joel Dorcas, eres mi Eros y Tánatos: mi vida y mi destrucción».

Joel cerró los ojos y besó la palma de su mano.

—¿Joel?

—Tengo que irme. Perdóname.

Se llevó la puerta por delante y, trastabillando, abandonó la habitación.

—¡Ey! —Erika fue tras él. Bajó corriendo las escaleras y se precipitó a la puerta delantera de la casa, que se encontraba abierta—. Joel, ¿a dónde fuiste? ¡Joel!

No había rastro de él.

La noche se lo había tragado.

El sol sobre sus mejillas la despertó. Era un espantoso día soleado. Uno de esos en los que cantaban los pajaritos y no había una nube en el cielo.

Ese lunes la escuela permanecería cerrada a causa de la muerte de Lucas,

así que Natasha no tendría que lidiar con el horror de ver a sus compañeros y tener que explicarles lo que pasó. Solo la harían sentirse peor, si era posible.

Había soñado con él esa noche. Todavía podía sentir el aroma de su perfume en la habitación. Hubiese jurado que de verdad había estado con ella.

*—¿Por qué lloras, Luc? —le había preguntado.*

*—No quiero irme.*

*—Entonces, quédate. Pediremos una pizza y veremos ese programa de animales que atacan humanos, que tanto te gusta. Suena bien, ¿no?*

*—Nat...*

*—¿Sí? —Ella le sonrió para mostrarle que no había nada de qué preocuparse.*

*Joel no se enfadaría si se quedaba. Además, quería presentarle a los compañeros de su hermano. A Grimm le caería bien. Seguro que se hacían buenos amigos.*

*—Ya no podremos seguir viéndonos. —Él bajó la cabeza.*

*—¿Me estás dejando? —Se alarmó.*

*—Sí. No. Es... complicado. Sabes que te amo y no te dejaría, a menos que... tú sabes.*

*—A menos que se tratara de un asunto de fuerza mayor —recitó Natasha, como si lo hubiese dicho un millón de veces—. Y dime, ¿cuál es el asunto? ¿Te enlistaste en la marina? ¿Fuiste testigo de un crimen y te inscribiste en el programa de protección a testigos?*

*—Estoy muerto, Nat. ¿Recuerdas? Ese vampiro me mató.*

*—¿Cómo puedes estar muerto? Estás aquí, conmigo.*

*Intentó tocarlo, pero su mano lo traspasó.*

*—Soy un sueño. Toda tu vida lo ha sido. Pero ha llegado la hora de que despiertes, hermosa dhampyr. —Él le tomó el rostro entre las manos y la besó con suavidad, por última vez—. Despierta.*

*—No quiero. —La joven enroscó las manos alrededor del muchacho y hundió el rostro en su camisa para aspirar su perfume. Iba vestido con las mismas ropas que llevaba aquella noche. Comenzaba a recordar—. Tengo miedo de despertar porque ya no estarás ahí.*

*—Yo no. Pero él sí. —La tranquilizó el joven, acariciando su larga cabellera—. No te preocupes, Nat. No te quedarás sola. Él te protegerá.*

*—Lo sé. Joel me dijo que...*

*—No me refería a tu hermano. —Sonrió.*

Nat despertó llorando. A pesar de que Lucas nunca le había quitado el sueño por las noches, jamás lo olvidaría. Él, a diferencia de su hermano, siempre había estado presente cuando lo necesitaba. Siempre se había preocupado por ella. Saber que no volvería a verlo le ocasionaba un vacío en el estómago. Y saber que estaba muerto porque su propio aroma había atraído a ese vampiro, la hacía sentir una inmensa culpa.

*—Espero que me perdones, estés donde estés. —Cerró los ojos.*

Pronto sus amigos comenzarían a llamarla para preguntarle cómo estaba, pero ella no se encontraba de ánimo para hablar con ellos. Tener que lidiar con *mister Simpatía* era suficiente.

Miró el reloj. Las siete.

Por suerte Joel había accedido a retrasar el entrenamiento una hora. Eso le daría tiempo para prepararse. Que él no durmiera no significaba que los demás no lo hicieran.

*—Hora de levantarse.*

Antes de agarrarse a los palos con un chico, lo mejor era tomarse un buen desayuno rico en carbohidratos. Necesitaba energía. Estaba tan hambrienta que sería capaz de comerse un elefante.

Las palabras de Luc hicieron eco en su cabeza:

«Él te protegerá».

¿De quién hablaría? ¿De Grimm? Quizá de otro chico. Uno al que todavía

no conocía. Algo más la intrigó de su sueño.

—¿Qué será *dhampyr*? —se preguntó, de camino a la cocina. ¿Sería alguna clase de apodo? No; él no le hubiera dicho eso, a menos que tuviese un significado—. Tendré que buscarlo en Google.

—Un *dhampyr* es un híbrido resultante de la cruce entre un humano y un vampiro. —La sobresaltó Joel, quien había aparecido detrás de ella—. Es lo que somos. ¿Dónde escuchaste esa palabra?

Nat intentó pillarlo desprevenido con su respuesta.

—Me la dijo mi novio muerto.

Joel asintió, satisfecho:

—A veces los fantasmas son una buena fuente de información.

—¿Fantasmas? —Ella se puso pálida. ¿O sea que su novio era ahora un fantasma?—. ¿Crees que existen?

—Sí.

—¿Has visto alguno? —inquirió, esperando una respuesta afirmativa.

—No.

—¿No?

—Que yo no sea capaz de verlos, no quiere decir que no existan. Hay muchas cosas en este mundo, Tasha, que no se pueden percibir con los ojos, pero que son tan reales como tú y yo. Nuestros sentidos solo nos proporcionan una pequeña parte de información acerca de aquello que nos rodea. De otro modo, nos sería imposible vivir con tranquilidad debido a la sobrecarga sensorial. El cuerpo es sabio: bloquea la percepción de aquello que no necesita, para su preservación. A pesar de que no somos del todo humanos, ver fantasmas es extraño, incluso para nosotros.

—¿No te sorprende que yo haya conversado con uno anoche?

—¿Por qué habría de sorprenderme? —Joel sonrió con afabilidad.

—Estoy empezando a pensar que no tienes alma —murmuró su hermana, entre dientes.

—Tal vez tengas razón —convino él—. ¿Lucas te dijo algo más?

—Mmm... no, que yo recuerde —reflexionó Nat.

Decidió que el resto de la charla quedaría entre ella y Luc. Además, su mente podría haberlo inventado todo. Quizás había oído la palabra *dhampyr* en una película, y su cerebro la había archivado sin que se diera cuenta. Sí. Eso debía ser.

—Hay demasiado silencio —observó Natasha, con una enorme taza de café *made in Joel* en las manos—. Espero que no hayas descuartizado a tus compañeros durante la noche.

—Yo no descuartizo. Prefiero decapitar —respondió él, mientras pasaba las páginas del periódico sin detenerse en ninguna. Después agregó—: Erika duerme y Grimm se encuentra abajo, practicando tiro con ballesta. Se levantó mucho antes que tú.

—¿Me enseñarás a usar un arma? —El entusiasmo se apoderó de su voz.

—Si quieres.

No se imaginaba a su hermanita blandiendo una espada como él, o lanzando dagas como Erika. ¿Cuál sería el arma adecuada para ella? Lo mejor sería que ninguna, por el momento. Después de todo, no se dedicaría a la caza de vampiros.

—Genial —se alegró Nat—. ¿Puedo usar la de Xena, la princesa guerrera?

—Se llama *chakram*, y no, no puedes usarla. Es demasiado peligrosa. Podrías matar a alguien sin querer. Nada de armas aún, jovencita. Antes, deberás aprender a defenderte de Grimm a mano limpia.

Ella tuvo un escalofrío. ¿Defenderse de él? Tendría suerte si sobrevivía al primer encuentro.

El tiro fue perfecto. De nuevo.

Grimm desató la cuerda y el muñeco que colgaba del techo se estrelló contra el suelo.

—Lo siento, Edward —manifestó, meneando la cabeza—. Al parecer, se nos terminó la diversión.

Se agachó y le quitó la estaca de donde, supuestamente, estaría su corazón si fuese un verdadero vampiro. Parte del relleno se le salió por el agujero. Ed necesitaría algunas suturas o pronto parecería un colador.

—¿Le pusiste nombre a esa cosa? —vociferó Natasha, bajando la escalera a los saltitos.

El muchacho recogió el muñeco y lo lanzó al otro extremo del cuarto. No solo le había puesto nombre, incluso le había dibujado una cara sonriente y un par de colmillos.

—Sí, bueno, me gusta matar vampiros de ficción en mis ratos libres. —El joven guardó el arma dentro del armario de dos puertas.

Ella vislumbró una colección de armas de todo tipo ahí dentro.

Grimm carraspeó y frunció el ceño como si hubiera recordado de repente con quien hablaba.

—¿Y Joel? —preguntó, de forma brusca.

Y ella que estaba dispuesta a darle otra oportunidad, pensó, encogiéndose de hombros. Ni modo.

—No vendrá. —Nat frunció la boca—. Dijo que te tiene la suficiente confianza como para dejarte a cargo de mi entrenamiento.

El muchacho murmuró algo por lo bajo. Ella supuso que una grosería. Ni siquiera se molestaba en ocultar su irritación por tener que pasar un rato en su compañía. ¿Cuál era su problema?

—Si te molesta, no lo hagas —masculló la joven—. No es tu obligación enseñarme, ¿sabes? Si se lo pido a Erika, seguro que lo haría con la mejor disposición, y no como si fuese un castigo. Sigue divirtiéndote con tus vampiros de juguete. Me voy.

Natasha se encaminó hacia la escalera.

—Ven acá —pidió él, con seriedad.

¿Estaba enojado? Pues ella también. No soportaba caerle mal a alguien porque sí.

—¿Qué quieres?



—Que entrenemos —admitió ese odioso y atractivo muchacho.

Por cómo la veía, parecía que más que entrenar con ella, deseaba dispararle. Menos mal que había guardado la ballesta bajo llave.

Natasha se colocó frente a Grimm y se sintió intimidada por sus músculos. A su lado se veía pequeña. Quizá la idea de pelear con él no era tan buena como había imaginado su hermano. ¿Y si estaba planeando utilizar la excusa del entrenamiento para lastimarla?

El muchacho le dijo:

—Lánzame un puñetazo.

—¿Me lo devolverás luego?

—Jamás le pegaría a una niña —farfulló él, molesto.

—No soy una niña —chilló Nat.

Grimm contestó con la clara intención de hacerla rabiar:

—Uyyy, ¿te ofendí? Perdona. Me había olvidado que tenías dieciséis. Mis disculpas, señora. —Inclinó la cabeza.

Era irritante.

—Para tu información, cumpliré diecisiete el viernes —vociferó.

¿Cómo se atrevía a llamarla niña?

—Y me lo dices porque...

Ella se apresuró en contestarle:

—Porque no hay tanta diferencia de edad entre nosotros, tonto. Si yo soy una niña, entonces tú también lo eres.

—Nop. Yo soy un niño —dijo él, con engreimiento—. ¿No te enseñaron la diferencia?

—Por supuesto. La diferencia es que las niñas piensan con el cerebro, y los niños con su...

—Tasha. —Joel descendía por la escalera con la elegancia propia de un caballero.

¿Cómo atreverse a terminar la frase con él presente? Se mordió la lengua.

«Nada de groserías», se dijo. Sin embargo, él tenía *esa* expresión. Sabía lo

que había estado a punto de decir.

—Él empezó —exclamó señalando a Grimm, que estaba tan tranquilo ahora que había llegado su héroe.

—No importa quién fue. Recuerda que eres una dama.

—Pues vaya dama —murmuró Grimm.

Joel agregó, con tranquilidad:

—Y tú, Grimm, hazme el favor de comportarte como un caballero.

Natasha dejó escapar un sonoro «¡Ja!». Ese chico no sabía lo que le esperaba. Nada se le escapaba a su hermano.

—¿Y bien? —preguntó Joel, después de unos largos segundos de silencio, en los que los tres se dedicaron a observarse sin hacer nada de nada—. ¿No van a pelear? Vine a ver cómo iban.

—¿Cómo íbamos? Mal. Muy mal —explicó su hermana con sinceridad—. Casi podría asegurarte que, si comenzamos a pelear ahora, solo uno de nosotros saldrá vivo de esta habitación subterránea: yo.

El plan de Joel estaba funcionando a la perfección. Si existía alguien capaz de incitar a Natasha a pelear, era Grimm. Para bien o para mal, su energía despertaría el instinto latente de cazadora que portaba en su sangre. Aunque no era necesario que la provocara tanto. ¿Acaso quería que lo odiara?

—Que bueno que estés motivada —sonrió Joel.

—¿Bueno? Me quiere matar —se quejó el muchacho.

—Si fueras más amable conmigo, no tendría ese deseo, *Grimm* —sonrió la joven.

—No, claro. Tendrías un deseo mucho más espeluznante, *niñita* —manifestó él con arrogancia—. Y, en ese caso, sería yo quien querría matarme.

Natasha lo miró con furia.

—Ni que tuviera tan mal gusto, idiota.

Joel se agarró la cabeza. ¿Era necesaria esa hostilidad? Parecían un par de criaturas de cinco años.

—Chicos, en lugar de malgastar energías discutiendo, ¿por qué no la utilizan para algo productivo y empiezan a entrenar? —sugirió—. Tasha, imagina que Grimm es un vampiro que está por atacarte.

«¿Un vampiro? Ah, no», pensó.

Mejor imaginaba que era él mismo. Así le daban más ganas de sopapearlo.

—Será un placer. —Ella lanzó el primer golpe.

Grimm lo esquivó, moviéndose hacia atrás. Era ágil y bastante rápido. Tenía muy buenos reflejos, como Spiderman.

—No te será sencillo lastimarme, *niña*. —Sonrió el chico, evitando que Nat llegase siquiera a tocarlo una, dos, tres... muchas veces. Era como si ella anhelase romperle la cara a puñetazos. A Grimm le hizo acordar a un demonio de Tasmania. Emitía unos gruñidos graciosos.

—Ya te dije que no soy una niña —gritó ella, lanzándole una patada que él frenó con los brazos.

—Vaya. Sí que tienes mal carácter.

—Deja de jugar, Grimm —indicó Joel desde una distancia segura—. Recuerda que eres un vampiro. Atrápala.

«¿Jugar?», se preguntó Natasha. Más que jugando, la estaba sacando de quicio. No hacía más que saltar de un lado a otro alrededor de ella, incitándola a golpearlo. Nat lanzó un puñetazo con todas sus fuerzas, y el joven la tomó de la muñeca.

Al parecer, el juego había llegado a su fin. Ya no la esquivaría.

Ella quiso asestarle un golpe con la otra mano. Se la agarró también. Le sujetó ambas manos en la espalda.

—Trata de golpearme ahora —la provocó.

—Suéltame. Esto es antideportivo —gruñó la muchacha, sacudiéndose y tratando de liberarse, sin conseguirlo.

«¿Por qué tiene que ser más fuerte que yo? ¡Qué injusticia!».

—Se supone que debes escapar de mí. Si yo te dejase ir, ¿dónde estaría la gracia?

—¿Y qué hay con eso de no tocarnos, eh? ¿Eh?

—Ah, sí. Acerca de eso... —manifestó—, decidí que puedes tocarme mientras entrenamos. Esta sala es terreno neutral. También te permitiré tocarme en caso de emergencias, como por ejemplo si me estoy ahogando con una aceituna y tienes que hacerme la maniobra de Heimlich. —Se quedó callado un instante. Luego preguntó—: ¿Vas a quedarte esperando que te suelte toda la mañana? Porque no sucederá. No me ganarás por cansancio, niña.

Ella le dio un pisotón.

—¡Auuuu! —gritó Grimm, sin soltarla—. Eso dolió.

—No sabes cuánto me alegro. Ahora, suéltame.

—Nop.

—Que me sueltes.

—Ya te dije que no voy a soltarte. Puedo permanecer así durante horas.

La joven resopló. ¿Así que no la dejaría ir? Bien, él se lo había buscado. Aprovechando que la tenía agarrada por la espalda, Natasha se lanzó contra él. La fuerza del empujón lo hizo chocar contra la pared. Incluso a ella le dolió el impacto.

El muchacho emitió un quejido, pero siguió sujetándola.

De un segundo para otro, la situación se invirtió. Grimm giró hacia un costado y la que terminó de cara contra la pared fue Nat.

—Ok. Me rindo, me rindo —masculló, cansada.

—No puedes rendirte. ¿Dónde está tu espíritu de lucha?

—¿Y quién dijo que yo tuviese uno? —replicó ella.

—Eres una Dorcas —manifestó él, como si serlo fuera la gran cosa.

—Me importa un rábano. Suéltame. Ya.

—No. —Él sonó un tanto decepcionado—. Deberías tratar de pelear.

—Por favor —suplicó la joven a punto de largarse a llorar—. Sé que debería ser fuerte, pero no lo soy. Soy simplemente una niña, Grimm. No me obligues a seguir luchando. Por favor, suéltame. Ya no quiero seguir con

esto. Me rindo. Tú ganas.

Él la dejó ir.

En el rostro de la joven se dibujó una sonrisa triunfal. Acto seguido le sacó la lengua a Grimm, de modo burlón.

—Caíste.

Lo había engañado.

## TENER LA CABEZA PUESTA NO ES GARANTÍA DE NADA

Al otro lado de la ventana apenas abierta descansaba ella. Su corazón latía con tanta fuerza que él se detuvo a escucharlo, como si se tratara de la melodía más hermosa jamás oída. En su pecho ya no había latidos: solo la presencia de un corazón muerto sumido por siempre en el silencio.

Natasha dormía mientras él la contemplaba maravillado. Los cabellos revueltos, los brazos alrededor de una almohada, una pierna saliendo por fuera de las sábanas y el cuello descubierto.

La sed le quemó la garganta.

Imaginó la sangre corriendo por sus venas. Sangre escarlata, dulce, cálida... prohibida.

Los ojos brillantes de un gato en el tejado lo sacaron de su trance.

—Hola, gatito.

—Au, au, au —se quejaba Nat, bajando escalón por escalón hacia la sala. Cada paso era una agonía—. Mátenme.

Grimm se rio al verla aparecer en la cocina y continuó haciendo lo suyo, sin saludarla siquiera.

—Aaauuu —gimió la muchacha, al sentarse en la silla más próxima.

El chico ignoró su dolor y siguió exprimiendo sus preciadas y dulces naranjas.

—¿Y Joel? —quiso saber ella.

No había café preparado, ni tostadas, ni panqueques. Solo Grimm y su perfecto jugo, el cual no compartiría con ella.

—Salió a patrullar anoche. Aún no ha vuelto —contestó él, de mala gana. Al menos le había contestado. Era un avance.

—¿Y Erika?

—Durmiendo. Si quieres desayunar, más vale que te hagas algo porque yo no cocinaré nada para ti. No soy tu mayordomo.

«Que tierno muchacho».

Ella se levantó con un quejido y puso unos panes en el tostador. Era consciente de que ese chico no le daría nada. Ni los «buenos días» debía de esperar de él. ¿No tendría un poco de piedad? Le dolía hasta el alma por haberse pasado todo el día anterior haciendo ejercicio. ¿Y de qué se reía? ¿De ella? Maldito sádico. Seguramente le causaba gracia su estado deplorable.

—¿A ti no te duele nada?

Allí estaba, tan relajado, comiendo su plato de cereal lleno hasta el tope y bebiendo su juguito recién exprimido. Alguna cosa tenía que dolerle.

—Nop. Nada.

—Qué bien —masculló Natasha de mala gana.

Tendría que haberlo pateado en la entrepierna.

Grimm se levantó. Había terminado de desayunar para cuando ella se sentó a la mesa con sus tostadas quemadas y su vaso de leche blanca.

—Mejor te apuras —dijo el muchacho, señalando la hora en el reloj de pared—. Digo, si no quieres llegar tarde a la escuela. Tic tac.

Era tarde. Muy, muy tarde. Ella lo sabía. ¿Por qué tenía que recordárselo? ¿Pretendía ponerla nerviosa? Si no se hubiera quedado dormida, si no le doliese el cuerpo... Natasha entrecerró los ojos y respiró hondo, reprimiendo las ganas de tirarle con el plato de tostadas por la cabezota. Si él hubiese tenido la amabilidad de preparar el desayuno para ambos, ella hubiera tenido tiempo para comer sin atragantarse. «La caballerosidad ha muerto». Grimm la había matado con su ballesta.

—No iré. —Carraspeó, esperando algún tipo de reacción en el joven que descansaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados—. Generalmente voy en bicicleta, pero las piernas me duelen demasiado. Si estuviera en casa, Joel me llevaría. Erika todavía duerme, y no quiero molestarla. Así que...

Grimm resopló, molesto.

—Sabía que esto pasaría —refunfuñó. Luego de un suspiro largo y lleno de pesadumbre, añadió—: Andando. Yo te llevaré.

—¿Tú? —preguntó, tosiendo de la sorpresa.

—Sí. Yo —dijo, aparentemente ofendido—. ¿Ves a alguien más por aquí?

—¿En serio me llevarás a la escuela?

—See —repitió él, mostrando fastidio por la indeseable tarea—. En serio.

—Wow. Gracias, Grimm. Nunca lo hubiera esperado de ti.

Él procedió a romper la magia antes de que se hiciera demasiadas ilusiones.

—No te emociones demasiado. No lo hago por gusto. Si te quedaras, tendría que soportarte toodo el día rondándome como mosca al azúcar. Francamente, tengo ganas de estar tranquilo.

—Era demasiado pedir, ¿no?

—¿Qué?

—Que tuvieras un lindo gesto conmigo.

—Ah. Claro.

Natasha se puso de pie y recordó que tenía que ir por sus libros a su cuarto. Se le fue el alma a los pies de solo pensarlo. Incluso le dolía imaginarse subiendo las escaleras, y mucho más bajar cargando su pesada mochila.

—Anoche Joel dejó tus cosas sobre la mesa —le informó el joven, tomando las llaves y jugueteando con ellas—. Por algún extraño motivo, sospeché que yo te haría de chofer. Ya las llevé al jeep de Eri. Así que vamos.



Por supuesto, cuando Nat atravesó el umbral Grimm ya se encontraba en el interior del vehículo en marcha. Tamborileaba con los dedos y tenía la cabeza echada hacia atrás. El sol lo golpeaba en el rostro y hacía relucir su desordenada cabellera chocolate, confiriéndole algunos reflejos rojizos. ¿Estaría mirando las nubes? Se había puesto lentes oscuros, así que era difícil adivinarlo. ¿Qué estaría pensando? Parecía disfrutar mucho de los primeros rayos de luz de la mañana. Tanto que Natasha no deseó interrumpirlo.

Daba la impresión de que la esperaba desde hacía una eternidad, aunque apenas habían transcurrido uno o dos minutos desde que saliera de la casa. Ella no podía caminar tan aprisa como él. No después de haber tenido una sesión de entrenamiento tan dura. En unos cuantos días su cuerpo se adaptaría y podría volver a utilizar la bicicleta. No podía contar con que alguien estuviera dispuesto a llevarla todos los días. Especialmente él, *mister* Simpatía.

En cuanto la joven se sentó en el automóvil, fue impulsada hacia atrás debido a la fuerza del arranque. La casa de tejado verde desapareció de su vista en menos de diez segundos.

—No vayas tan rápido. Nos vas a matar —masculló al ver que el velocímetro marcaba más de cien kilómetros por hora.

Grimm se rio como si le hubieran contado un chiste buenísimo.

—No nos mataré, Natasha. Yo traigo puesto el cinturón de seguridad.

La chica se ató al asiento con un gruñido. No quería salir disparada como un proyectil y estamparse de cabeza contra un árbol en cuanto ese loco decidiera frenar de golpe. Sin duda, lo haría con tal de fastidiarla. Por suerte, el instituto Greymore no quedaba lejos.

Llegaron en tiempo récord. Un viaje que a Nat le tomaba quince minutos en bicicleta, le tomó menos de tres a Grimm. Había que reconocer que tenía unos reflejos excelentes. No había atropellado a un solo peatón y había esquivado con éxito a un perrito que perseguía una motocicleta.

Nat se colocó la pesada mochila sobre los hombros y se deslizó fuera del coche. Sus pies chocaron contra el pavimento y, por un momento, deseó no

tener piernas. Sentía que tenía un luchador de sumo trepado a la espalda. Sin embargo, se aguantó las ganas de gimotear y puso su mejor cara. No le daría a él la satisfacción de verla sufriendo. Era una mujer fuerte. El dolor solo era un estado mental y nada más, se dijo a sí misma.

Se volteó para saludar a Grimm. No era lindo con ella, pero le había hecho un favor. Lo menos que podía hacer era darle las gracias por haberla llevado. A pesar de que no lo hubiera hecho por gusto, sino para sacársela de encima.

—Gracias por traerm...

Él arrancó y se fue, dejándola con la palabra en la boca.

—Aghhhhh. Qué grosero. Nunca más le agradeceré nada. De hecho, no seré más amable con él.

—Naaaaaaaat. —En cuanto la vio, Cheryl corrió a su encuentro y la abrazó—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

Ella asintió. Nunca se había sentido peor en su vida, pero ¿para qué preocuparla?

Después, su amiga empezó a hablar sin parar. Para que las cosas volvieran a la normalidad, no había nada mejor que actuar como siempre. El dolor, con el tiempo, cedería. Y la imagen de Lucas caminando a su lado desaparecería.

El día no estuvo tan mal como había imaginado. Sus compañeros no la atosigaron con preguntas, y Cher se comportó inusualmente tranquila. Nadie mencionó el incidente del cine. Nadie habló del entierro (que sería en Alaska, donde vivía la familia de Lucas). Nadie pronunció su nombre frente a ella y nadie se atrevió a ocupar su asiento detrás de Nat. Ese hubiera sido un día normal si el vacío ocasionado por la ausencia de su novio no hubiese sido tan notorio y deprimente.

Solo quería volver a casa.

—¿Estás bien? —le preguntó Cheryl, a la hora del almuerzo.

Llevaban más de diez minutos en silencio. Diez minutos sin abrir la boca era lo máximo que ella podía soportar.

—Supongo.

Lucas solía comer con ellas y con David, su mejor amigo. Pero en esta ocasión ellas se habían sentado en otra parte, lejos del barullo.

—Sé que no te será fácil acostumbrarte a su partida, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo y con los chicos. —Señaló la mesa más cercana, a varios metros, donde sus amigos comían: David, Tina, Pamela y ese chico ruso cuyo nombre no lograba recordar—. Les dije que no te molestaran. Que necesitabas un tiempo para asimilarlo. Si quieres hablar, ya sabes que cuentas conmigo.

—Gracias.

Como en todo pueblo pequeño, la noticia se había esparcido con una velocidad increíble. Según los rumores locales, la muerte de Luc había sido causada por un lobo rabioso que se había colado en el cine por la puerta trasera, mientras un empleado sacaba la basura.

«Con razón los lobos odian a los vampiros. Siempre les endilgan sus crímenes».

—Hola, nena. ¿Cómo te sientes?

Natasha no se había dado cuenta de la presencia de Matt hasta que la saludó. ¿De dónde había salido?

—Hola. Eh... bien. Gracias por tu preocupación.

Matt había sido su primer amor. Era lindo, pero tenía serios problemas de conducta. Vivía en detención, excepto cuando había competencia de baloncesto. Era el mejor jugador del equipo y toda la escuela contaba con él para la victoria. No era de los que aceptaban un *no* como respuesta.

—Tengo justo lo que necesitas para levantarte el ánimo aquí mismo, preciosa —dijo, alzando una de sus gruesas cejas.

—¿Qué podrías tener tú que yo necesite?

A menos que tuviera un analgésico, no quería nada que él pudiera darle.

Matt la tomó de la barbilla y la besó con suavidad en los labios, dejándola paralizada por la conmoción.

El impertinente le guiñó un ojo y, a continuación, se alejó antes de que ella

tuviera tiempo para reaccionar.

—¿Qué diablos fue eso? —se asombró Cher.

—Ufff. Debo admitir que el tipo es rápido —comentó con admiración David, el mejor amigo de Lucas, cuando las chicas se aproximaron a la mesa.

—No tiene la menor delicadeza. ¿No ve que Nat acaba de enviudar? Al menos, hubiera esperado una semana.

—Debe tener miedo de que Tom Robins se la robe —concluyó su amigo.

—Ajá —concordaron Tina y el chico ruso.

—Oigan, esperen. ¿De qué están hablando? —quiso saber Natasha, que se sentía fuera la conversación a pesar de que era el tema principal.

David le explicó lo mejor que pudo:

—Lo traes loco. Y a Tom. Ahora que has quedado libre, no necesitan ocultarlo más.

—No es posible.

—¿Que no? Matt provocaba a Lucas todo el tiempo. ¿No sabías? De verdad lo odiaba porque estaba contigo. Tal vez se arrepiente de haberte dejado ir. Y con respecto a Tomy —dijo y suspiró—, digamos que el rubio te tiene en la mira porque eres la única que no ha caído rendida a sus pies. Ya se están corriendo apuestas acerca de cuál de ellos será tu próximo novio. Hasta ahora, el favorito es Matt. Tres a uno.

—¿Y mi opinión no cuenta? —se enfadó Nat.

—No mucho.

Tenía los ojos rojos. Nat no sabía si se debía a que había estado llorando o a otra cosa. No debió de haber sido fácil perder a su mejor amigo. Él lo manejaba lo mejor que podía. Como ella. Como todos.

Cheryl le dio unas palmadas de consuelo en la espalda. Sabía que no tenía ganas de pensar en muchachos. No todavía. Esos chicos eran unos insensibles.

—¿Cómo puedo hacer para liberarme de ellos? —Y enseguida le aclaró a David—: Sin recurrir al homicidio.

Él bufó.

—Desperdicias mi ingenio. ¿Alguien tiene un plan que no implique asesinarlos?

Una tímida voz comenzó a decir:

—Podrías...

Todos miraron a Pam, y enseguida se calló. Le intimidaba ser el centro de atención. Aún así, la muchacha de las trenzas color trigo terminó de sugerir lo que tenía en mente.

—Podrías conseguir otro novio. De esa forma no te molestarían más.

Bajó la cabeza y continuó leyendo su libro.

Cher se levantó de un salto.

—Propongo a David. —Miró al muchacho con interés. Este torció el gesto—. ¿Qué dices, Casanova? ¿Te ofreces de voluntario para ayudar a una amiga en desgracia? No es necesario que salgas con ella de verdad. Hazlo por Lucas, que te mira desde arriba.

Él suspiró.

—No es una mala idea —murmuró Nat.

Un novio falso era el mejor repelente para sus pretendientes reales. ¿Quién sabía cuándo estaría de ánimo para querer salir con alguien de nuevo? Podrían pasar años. Nunca había estado enamorada de verdad. Quizá no estaba destinada a conocer el amor. ¿Y si era defectuosa? ¿Si su corazón no funcionaba de la manera correcta?

—Lo siento —se disculpó David—. Te ayudaría con gusto, pero no creo que Tina esté de acuerdo.

La silenciosa pelirroja de ropa ajustada que se hallaba sentada a su lado asintió serenamente.

—Mejor busca a uno sin novia.

—Sé que no quieres salir con Matt. Pero, Natasha, ¿no has considerado que quizás Tom sí es un buen partido? —preguntó Cher—. Es rubio, guapo y tiene dinero. Además, besa bien. —Se dirigió a David—. A Nat le gustan los

chicos rubios, bla, bla, bla.

—No sé. —Él rascó su cabeza, llena de rastas—. No me convence para ella. Naty se merece a alguien mejor que él. No tiene respeto por las damas. Además es muy nalgón. Ey, ¿qué te parece ese chico nuevo de segundo? Es baterista en una banda de rock. Sería el novio falso ideal.

—¿No hay otro mejor? Ese es feo para ella —se quejó Tina—. Tienes un pésimo gusto para elegir hombres, David.

—Lo siento. Pero yo lo considero guapo. ¿Has visto sus pompis? Ay, papasito.

—Gaaaay —dijo el chico ruso, provocando una risotada general.

No era que ser gay fuera algo malo, pero la mayoría de los chicos lo consideraban un ataque a su masculinidad.

—Lástima que Luc no esté aquí —comentó alguien.

—Lo echaremos de menos.

—Era un gran chico.

Cuando empezaron a hablar sobre Lucas, Natasha dejó de escucharlos. Prefirió distraerse observando a los estudiantes que iban y venían, preguntándose si alguno de ellos sería un vampiro. ¿Cómo reconocer a un vampiro de verdad entre tanta gente? ¿Se suponía que ella tenía la facultad de hacerlo? Ruthven le había llamado la atención, pero porque era muy bien parecido. Los vampiros de la tele siempre eran guapos. ¿También serían así los de verdad? ¿O habría vampiros feos? Tal vez, debería preguntárselo a Erika.

La última hora fue una pesadilla. No por Matt, sino por el profesor «Mentol». El señor London se la pasó haciéndoles preguntas que ninguno supo contestar y, por si fuera poco, les dejó una pila de tarea. Encima, Nat tuvo que borrar la pizarra antes de irse.

—No hay justicia en este mundo —se quejaba David arrastrándose por el pasillo como un alma en pena. Tina lo seguía de cerca, con la misma expresión desolada. Natasha comprendió su sufrimiento; tampoco ella estaba

de humor para hacer trabajos escolares—. ¿Qué tal si le damos a beber una gaseosa de cola? Quizás explote y nos salvemos de hacer la tarea.

Natasha se rio.

—No me agrada mucho la idea de hacer reventar a un profesor.

—¿Porque saldrían volando sus tripas?

—Que asco —exclamó Cheryl, con una mueca—. No creo que eso funcione. Debe ser un mito urbano.

—Podríamos hacer el experimento algún día —sugirió el chico, saludándolas con la mano mientras se alejaba.

Nat se dirigió con Cher hasta el estacionamiento de bicicletas y esperó a que ella encontrara la suya, de color fucsia brillante. Ahora que lo pensaba, no tenía la menor idea de cómo iba a volver a casa. ¿Cómo no se le había ocurrido preguntarle a Grimm si la recogería luego? «¡Tonta, tonta, tonta!». Lo más probable era que tuviera que regresar caminando. A menos que alguien le ofreciera un aventón.

—¿Y tu bici? No la veo por aquí. —Su amiga la buscó con la mirada—. No me digas que te la robaron. ¿Otra vez olvidaste ponerle el candado?

—No la traje hoy. —La calmó Nat.

—¿Y cómo viniste?

—Me trajeron en auto. Lo que no sé es si vendrán a recogerme. —Y agregó avergonzada—. Olvidé preguntar.

—¡Ayyy, Nat! No pierdes la cabeza porque la tienes puesta, ¿verdad?

—Tener la cabeza puesta no es garantía de nada en estos días —aseguró.

—Bueno, yo también olvidaría cosas si me hubiera pasado lo mismo que a ti. Un segundo. Se me acaba de ocurrir algo —dijo, señalando a Tom Robins, quien recientemente se había comprado un flamante coche nuevo y se hallaba a unos cuantos metros de distancia, con los ojos fijos en ellas—. ¿Qué tal si le pides a ese bombón rubio que te lleve?

—No lo creo. No es mi intención darle la impresión equivocada.

El muchacho la saludó desde su convertible blanco. Sí, sí. Era guapo y su

padre tenía un montón de dinero. ¿Y qué con eso? A David le caía mal, y él era bueno para detectar las intenciones de la gente. Las apariencias no lo engañaban.

—No desesperes. Allá viene tu otra opción para un aventón —sonrió Cheryl.

Era obvio que estaba disfrutando la situación.

Natasha se mordió las uñas, presa del pánico. Matt, ese chico moreno y presuntuoso, avanzaba hacia ella decidido a quién sabía qué. Él no tenía coche, sino una flamante Harley Davidson negra que, por casualidad, estaba aparcada donde las chicas se habían detenido.

—Creo que mejor me voy a pie —manifestó la muchacha, yéndose lo más rápido que pudo. No solía tener actitudes escapistas, pero sentía que debía alejarse de Matt y dirigirse a la calle—. Nos vemos.

—¿Estás loca? —Cher alzó la voz—. No llegarás nunca con esa renguera.

—Por supuesto que sí. Algún día. —Suspiró Natasha, pensando en el largo trecho que le esperaba y en su dolor de piernas.

Se detuvo en la esquina, y el jeep apareció justo ante sus narices. Un no muy feliz Grimm estaba dentro.

—Sube —le indicó, con las manos sobre el volante y la vista al frente.

Nada de «¿Cómo te fue hoy?» o «¿Qué tal estás?». ¿Para qué preguntarle esas cosas sin importancia? De todas formas, ella se alegró de no tener que caminar. Apenas si podía mantenerse parada.

—No creí que fueras a venir.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que es tu día de suerte. —Y añadió—: No el mío.

Natasha entró en el vehículo, ante la mirada intrigada de su amiga y la de Matt, quien ya se encontraba al lado de su moto. Por su expresión, era evidente que se había enojado.

—¿Quién es el rabioso? —quiso saber Grimm, con curiosidad—. Por cómo me mira, parece que se me quisiera echar encima.



—Matt Richardson —respondió la muchacha—. Mi... ejem... hostigador.

Grimm le clavó la mirada, y ella sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. ¿Por qué la veía así, con tanta seriedad?

—¿Él te molesta? —preguntó el joven.

Daba la impresión de que se bajaría del automóvil para darle una paliza si ella le contestaba que sí. Aunque él nunca haría eso. ¿Por qué la defendería, si apenas la toleraba?

—¿Por qué preguntas?

—Por nada. —Grimm sacudió la cabeza y puso el pie en el acelerador, recordándole a ella que debía ponerse el cinturón de seguridad.

Natasha empezó a preocuparse cuando el muchacho se desvió del camino que llevaba a su casa y tomó la ruta que salía del pueblo. ¿Hacia dónde iba? Pronto se alejaron de todo paisaje conocido y se adentraron en un camino bordeado por un denso bosque. La calle era de tierra y no había señales de vida, más que la de los pájaros que volaban sobre ellos. ¿A dónde la llevaba?

Ella lo comprendió enseguida: Grimm la estaba secuestrando.

## SE SUPONÍA QUE ERA UN CHICO ENCANTADOR

—¿Dónde vamos?

Hacía rato que Grimm se había desviado, pero no había dado ninguna explicación. Solo conducía, como si ella no estuviese ahí; como si fuera invisible o un pequeño insecto pegado al parabrisas.

—A un sitio —dijo él, sin darle demasiada importancia a la pregunta formulada por la joven que iba sentada a su lado, y que había sido ignorada por él durante la última hora.

—Ohhh. Vamos *a un sitio*. Qué bien —profirió Nat, de forma irónica—. Gracias. Despejaste todas mis dudas.

—No tengo por qué darte explicaciones, niña.

No había vuelto a mirarla desde que dejaron la escuela. Él se había enfocado en el camino que tenía delante y no había apartado los ojos de allí. En resumen, había vuelto a ser el mismo agrio de siempre. Un chico agrio, pero con hermosos ojos, una sonrisa cautivante (si es que se le ocurría sonreír alguna vez) y cabello rebelde que se agitaba con el viento.

—Ya deja de verme. Me incomodas —manifestó de manera cortante, desvaneciendo la fantasía.

Maldita realidad.

—Debiste haberme dejado donde me encontraste, ¿no te parece? Al menos, *alguien* me habría llevado a casa —dijo ella con enfado, cansada del modo en que él le contestaba. Era un antipático. Una persona intratable. Un

ser odioso y desagradable al que no le importaba otra cosa que la aprobación de Joel—. No quieres que te hable. No quieres que te mire. Quizás tampoco quieres que respire. ¿O me equivoco? Si te molesta tanto mi presencia, detén el auto y me bajo aquí mismo.

Se encontraban a mitad de un camino de tierra que atravesaba un espeso bosque en el que no había nada más que árboles, pájaros y algún que otro bicho. Nada más. No había rastros de presencia humana: ni edificios, ni gente, ni siquiera postes de alumbrado público.

Nat supuso que, si Grimm la abandonaba ahí, corría el riesgo de perderse y ser devorada por las alimañas. Tal vez era lo que deseaba: dejarla en el bosque para que se extraviara. Un plan diabólico que solamente podía salir de una mentalidad siniestra como la suya.

—¿Quieres bajarte aquí? —Él rio como si le hubiese causado gracia aquella petición (o la miraba con odio o se reía de ella, el muy canalla)—. ¿Estás segura?

—Muy segura —respondió Natasha, con despreocupación.

Jamás daría el brazo a torcer. Si la intención de Grimm realmente era la de parar el auto, ella estaba dispuesta a bajarse y regresar a pie. Aunque las piernas la estuvieran matando y no conociera el camino. Se las arreglaría. No en vano había sido una niña exploradora.

—Y volverías a tu casa caminando —conjeturó el muchacho.

—Sí.

—Mmm... —La miró de soslayo, pensativo—. Una oferta en extremo tentadora, Dorcas. Pero no puedo aceptarla.

—¿No?

—No. Si llegara a perderte, tu hermano me degollaría. Así que no. No puedes bajarte aquí, por más ganas que tenga yo de abandonarte en medio del bosque. Quizá en otra ocasión.

—Aghhh —exclamó ella, dando vuelta la cara.

Lo hubiera insultado, pero no quería iniciar una pelea. Esperaría a llegar a

casa. Se obligó a permanecer callada el resto del viaje. No tenía sentido charlar con un ser cuya misión en la vida era exasperarla.

Media hora más tarde llegaron a una peculiar ciudad que no figuraba en ningún mapa, y cuyas casas lucían como salidas de un libro de cuentos de hadas. Eran muy pintorescas y de todos colores: rosa, azul, verde, amarillo... con jardines llenos de flores. ¿Qué clase de lugar raro era ese? Ella sentía que lo había visto en alguna película de terror o en algún animé. No podía ser real. En especial, por la inmensa estatua de piedra que les daba la bienvenida a la salida del bosque. Se trataba de un lobo enseñando los dientes. Debajo de este, un letrero decía «Lupus custos».

—Linda escultura —comentó Nat, impresionada.

—Es el guardián de la ciudad. Mantiene alejados a los vampiros.

—¿Los asusta una estatua?

—La estatua no. Lo que representa —explicó el joven—. Señala el ingreso al territorio de los licántropos.

—¿Licántropos? —profirió ella, descreída—. No me digas que también existen.

—Sí. Pero no son peligrosos si no te metes con ellos. Por cierto, no hagas contacto visual con nadie. De hecho, lo mejor sería que intentes pasar inadvertida. No es mi intención asustarte, pero a ellos no les agradan los dhampyr.

Natasha preguntó, intentando sacarle un poco de información:

—¿Y por qué estamos aquí?

—Tengo un asunto pendiente —respondió el muchacho levantando los hombros.

—¿Cuál asunto? —insistió.

Si la había secuestrado, por lo menos deseaba saber el motivo.

—No tengo por qué decirte. No somos amigos, ni nada que se le parezca.

Si así iban a ser las cosas, no tenía caso continuar la conversación. Cada pregunta la llevaba a un callejón sin salida. Un rotundo no.

—Odioso —farfulló ella.

—Metiche.

Natasha le sacó la lengua. Él la miró de soslayo. Cuando volvió a prestar atención al camino, ella lo hizo otra vez.

El chico estacionó el jeep frente a una linda casa de color lavanda, de dos plantas. A ambos lados de un camino de piedra azul, varios rosales llenos de flores rojas emanaban un perfume delicioso. Se entrelazaban formando una galería de arcos que conducían a la entrada principal, una bellísima puerta de color blanco decorada con vitreaux.

Natasha contempló el edificio boquiabierta. ¿Era una casa de verdad?

—Quédate aquí. —Grimm se bajó del vehículo.

—De ninguna manera. Voy contigo. —Ella se dispuso a bajar a la calle, pero él no se lo permitió. La sentó haciendo presión sobre sus hombros.

—Voy solo. —La soltó rápidamente, y comenzó a alejarse.

—Pero...

—Chst. Quieta ahí —ordenó con un gesto de su mano—. No te muevas.

—¿Qué soy? ¿Un perro? —manifestó Natasha, disconforme, cruzándose de brazos. No le agradaba seguir órdenes—. Me voy a aburrir si permanezco aquí. Además, ¿no dijiste que era un pueblo de licántropos? ¿Qué tal si alguno me ataca?

—No tengo tanta suerte. Ahora, quédate en el coche, o tendré que atarte —amenazó él, cada vez más lejos—. Lo digo en serio. Y también te pondré un bozal.

Ella alzó la voz:

—¿Y qué pretendes que me quede haciendo?

—Yo qué sé. Estudia —sugirió Grimm, corriendo hacia la casa para no tener que oír lo que esa chica mascullaba.

Nat se limitó a observar cómo él desaparecía de su vista. Sacó su iPod y se puso a escuchar música hasta que se le acabó la batería.

—Grandioso. ¿Qué estás haciendo, Grimm? —Contempló su reloj. Las

seis.

Tomó su mochila y sacó un pesado libro que colocó sobre sus doloridas piernas. Lo abrió, y leyó en voz alta para matar el aburrimiento—. La Mesopotamia fue cuna de un conjunto de civilizaciones (asiria, sumeria, caldea, acadia y babilónica), cada una de las cuales ha contribuido al desarrollo de la humanidad.

Emitió un largo y sonoro bostezo. No tenía ganas de leer eso. Lo que deseaba hacer era meterse en aquella casa, buscar a Grimm y traerlo de los pelos. Por más que odiase admitirlo, tenía el masoquista impulso de ir tras él.

—Tengo que concentrarme. «La Mesopotamia fue la cuna...» —Se detuvo—. Un momento. Me parece que esto ya lo leí.

—¿Qué lees? —La interrumpió una linda niña, que había salido de la nada. Tendría aproximadamente unos diez años de edad y no lucía como licántropo. Aparentaba ser una niña común y corriente.

Por las dudas, Nat no hizo contacto visual con ella.

Se limitó a contestar:

—Algo para la escuela.

—Ah. Entonces, no te molesto. Adiós. —La pequeña comenzó a alejarse, dando pequeños saltos.

Llevaba un bonito vestido azul y zapatos blancos. Debía de vivir en alguna de esas casas de cuentos. Hacía juego con ellas. ¡Qué monada!

—No me molestas —gritó la joven acaparando la atención de la chiquilla, quien se volteó de inmediato—. A decir verdad, no tengo ganas de leer ahora. ¿Me harías compañía durante un rato? Mi amigo se fue, y no sé cuándo volverá.

—Claro —sonrió la niña, sacudiendo sus bucles castaños—. Me llamo Gwen. ¿Y tú?

—Soy Nat —contestó, agradecida de tener con quién charlar mientras aguardaba al desconsiderado que la había dejado sola en aquel lugar extraño y licantrópico.

Grimm estaba loco si pensaba que iba a ponerse a estudiar en medio de la calle.

«¿Qué diablos estará haciendo él?».

Estudiando, no. Quizá, realizando un negocio sucio; tal vez, ilegal. Si no ¿por qué había insistido tanto para que no lo siguiera?

¿Y si vendía drogas?

¿Y si se dedicaba a vender su cuerpo a las desesperadas amas de casa?

Bueno, no le iría mal. Probablemente, tendría muchas clientas.

—¿Por casualidad, eres amiga de mi hermano Fred? —quiso saber Gwen, entrecerrando los ojos.

Si esa niña no la distraía pronto, corría el riesgo de empezar a imaginar cosas que perjudicarían su salud emocional. O, peor aún, su salud mental.

—Creo que no. —Nat repasó mentalmente los nombres de todos los chicos que conocía. Ningún Fred.

—¿Te gustaría conocerlo? —se emocionó la niña—. Estoy segura de que te caerá bien.

—¿Por casualidad no será un hombre lobo? —inquirió Natasha.

—No. —Sacudió la cabeza.

—Está bien. —A Nat no le agradaban mucho los niños, pero no quería decepcionar a su nueva amiga. Parecía bastante entusiasmada. Además, cualquier cosa era preferible a estar sentada en ese automóvil, estudiando Historia. ¿Y qué si ese tal Fred resultaba un hombre lobo? Ellos también merecían tener amigos.

Gwen la agarró de la mano y la condujo a la misma casa en donde, minutos antes, había entrado Grimm. La casa de las pequeñas rosas rojas.

—E... espera —la muchacha se detuvo—. ¿Tú vives aquí?

—Sí —sonrió la niña, haciéndola retomar el paso.

Nat carraspeó.

—Y dime, ¿cuántos años tiene tu hermano?

—Diecinueve.

—Y quieres que lo conozca.

—Sí. Él es demasiado tímido como para invitar a salir chicas. Pero es bueno y divertido. Me da pena que siempre ande solo porque eso lo pone triste. No me gusta verlo triste. Además, busca una novia. —Finalmente, cuchicheó—: Espero que no le vayas a decir que te dije esto. ¿De acuerdo?

—No te preocupes. No lo haré —respondió Nat con una sonrisa, reflexionando sobre la gran imposibilidad de que Grimm fuera su hermano. Quizá sí era bueno, pero no era para nada divertido. Y... ¿tímido? «Qué bah», se dijo. Además, no creía que estuviese buscando novia, mucho menos que ella fuese de su gusto. Lo más probable era que babeara por chicas rubias de pechos grandes y labios inflados. No tendría problema en conseguirse una de esas. Solo tenía que guiñar el ojo y listo.

—Fred es muy guapo. Ya verás. —Y añadió en tono de confidencia—: Le encantan las muchachas de cabello negro. Así como el tuyo. Quizás deberías soltártelo. Te hará ver más bonita.

—Ah, ¿sí? —Nat se quitó la hebilla y se arregló un poco—. ¿Qué te parece así? ¿Mejor?

—Si no se enamora de ti, es un tremendo tonto —comentó riendo Gwen.

¿Por qué confiaba en esa mocosa? ¿Qué tal si la estaba conduciendo a una trampa? ¿Y si la casa estaba infestada de vampiros hambrientos o de licántropos antropófagos?

La niña la hizo pasar.

Lo primero que percibió Natasha fue el olor a pastel recién horneado. Se calmó al pensar que los vampiros no tenían porqué ponerse a preparar pasteles. No formaban parte de su menú. ¿Y los licántropos? ¿Comerían pasteles ellos?

—Siéntate. Iré por él —sonrió Gwen, desapareciendo por una puerta.

Nat se preguntó qué estaba haciendo en esa casa. ¿Quién sería ese tal Fred? La verdad, eso no importaba mucho. Si Grimm la pillaba allí, seguro la mataría lenta y dolorosamente. Y no habría nada que el hermano de la mocosa pudiera hacer para detenerlo. Al único que Grimm parecía escuchar



era Joel: su amor secreto y prohibido.

«Puaj».

—Tal vez debería marcharme —se dijo, recorriendo la estancia con la mirada. Era espaciosa y de buen gusto. Las paredes estaban pintadas de color salmón y el piso de cerámica relucía como un espejo. Había una chimenea de piedra, un bello juego de sillones de terciopelo color ladrillo y una mesa ratona de vidrio. Sobre el estante de la chimenea, además de un caballo de yeso, había portarretratos con varias fotografías. En una de ellas, un pequeño y adorable niño llamó su atención con su sonrisa radiante y unos preciosos ojos color verdemar.

—¿Acaso no te dije que me esperaras en el jeep?

Ella se sobresaltó al oír la molesta voz de Grimm a su espalda. El portarretratos se le resbaló de las manos, pero lo atajó en el aire, antes de que cayera al piso.

—Eras un niño lindo. —Nat le enseñó la foto—. Sí que cambiaste ¿eh?

—Dame eso. —Él se la quitó y la volvió a colocar en su sitio—. ¿No te dije que no me siguieras?

—No vine por ti. Ni que el mundo girara a tu alrededor. La pequeña me invitó. No podía decirle que no a una niña —respondió la joven—. Quería presentarme a su hermano Fred. Le hizo tan buena publicidad que me dieron ganas de conocerlo. En cuanto venga, me iré con él y dejaré de molestarte con mi indigna presencia. Por lo que he oído, se enamorará de mí en cuanto me vea, y yo de él porque es guapo, bueno y divertido. No como *uno* que yo conozco.

Él suspiró con frustración y se percató de que Gwen los espiaba desde la puerta de la cocina. Le hizo un guiño y ella respondió con una enorme sonrisa de complicidad.

—Natasha.

—¿Qué?

—Ese tal *Fred* que tantas ganas tienes de conocer...

—¿No me digas que es un pariente tuyo? ¿Tu hermano? ¿Un primo lejano?

—Soy yo —confesó.

—¿Eh?

¿Era un chiste?

—¿Estás sorda o te haces?

Ella gimoteó.

—¿Tú? No puedes ser tú. Se supone que es un chico encantador. Además, ¿no te llamabas Grimm? —manifestó, tomando de la chimenea otra fotografía suya; una en la que él posaba junto a una bella mujer de cabello oscuro (posiblemente su madre), al lado de un árbol de Navidad.

El chico se la arrebató y la dejó donde estaba.

«¿No me deja tocar nada! Grrrrr», se quejó ella mentalmente.

—Mi nombre es Frederick.

—Ahhh. ¿Y por qué te dicen Grimm?

Él sonrió.

—Es mi apellido, boba.

Siempre tan amable. Siempre tan Grimm. Era como un animalito salvaje: arisco e impredecible. Suerte que no mordía.

—Oye, ¿qué tal si me ofreces algo de beber, ya que no existe el chico que esperaba conocer? Estamos en tu casa, ¿no? —preguntó ella—. Muéstrame algo de hospitalidad.

—Claro. Disculpa mis modales —manifestó Grimm, cortésmente—. ¿Quisieras tomar... no sé... cicuta?

—Qué encantador —espetó Nat—. Gracias. Se me fue la sed.

«Cicuta». ¿No tenía algo menos venenoso? A decir verdad, no le sorprendía que desease envenenarla. Era lo mínimo que esperaba de él.

—Luego no digas que no te ofrecí nada. —Grimm se despatarró en uno de los sillones, con los ojos cerrados. Se quedó así, sin moverse, durante un largo rato. Larguísimo... eterno.

—Ejem, ¿Grimm?

Parecía haberse quedado dormido. Le daban ganas de zamarrearlo o darle un par de cachetadas, pero sabía que él se enfadaría si llegaba a tocarlo fuera de los horarios de entrenamiento. Así que mejor, no. ¿Para qué provocar su ira?

—¿Qué quieres? —contestó, sin abrir los ojos—. ¿Cambiaste de opinión respecto a la cicuta?

—No —chilló ella—. Solo quería saber por qué me trajiste, en vez de dejarme en casa. Es obvio que te molesta mi presencia.

—Tu hermano me lo pidió.

—¿Por qué?

Grimm se encogió de hombros.

—No sé. No le pregunté.

—¿Siempre le haces caso a Joel?

—La mayoría de las veces. Sin embargo, hay ciertas cosas que jamás haría. Tengo mis límites. En cambio, él... —Hizo una pausa.

—Él ¿qué?

—Olvidalo.

—¿Por qué nunca quieres decirme nada? Comunícate.

Grimm se paró de un salto y atravesó la sala a grandes zancadas, rumbo a las escaleras.

Natasha sabía que estaba desequilibrado. Era la única explicación que se le ocurría para explicar su comportamiento inestable. Había salido corriendo. La había dejando hablando sola.

—Pero qué modales —se quejó, cruzándose de brazos.

¿Y si lo seguía?

Antes de que la niña volviese, se escabulló detrás de él escaleras arriba.

—¡Grimm! —susurró, viendo ante ella cuatro puertas cerradas por las que no sabía si entrar o no, por temor a encontrarse con alguien a quien no conociera—. ¿Dónde te metiste, tú, mal anfitrión?

Un brazo la atrapó y la jaló dentro de una de las habitaciones.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí arriba? —preguntó Grimm, mientras se ponía a revolver un cajón que parecía no ser suyo porque contenía en su interior prendas de mujer (a menos que ese chico tuviera una vida secreta de la que no le hubiera hablado).

—Te sigo. ¿Qué estás haciendo? —Ella se asomó por encima de su brazo para fisgonear un poco.

Él cerró el cajón de golpe y se agachó para ver debajo de la cama.

—Busco algo. Vigila que no entre nadie. —Sacó una caja y la abrió. Estaba llena de papeles y cuadernos.

—Se supone que no deberíamos estar aquí, ¿cierto?

—Ajá.

—¿Y por qué estamos?

—Por esto —contestó el joven, alzando un viejo cuaderno forrado en cuero que, a continuación, lanzó por la ventana hacia los arbustos—. Ahora vámonos, antes de que nos vea mi madre.

La tomó del brazo y la arrastró fuera del cuarto.

—¿Tu madre? ¿No quieres saludarla?

—No.

—¿Qué hay de tu hermanita?

—Aguarda aquí y no toques nada —le pidió, una vez en la puerta—. Enseguida regreso.

Desapareció en un instante. Entonces, llegó ella: una mujer de corta cabellera castaña, gafas, y una enorme sonrisa.

—Hola —saludó con cortesía—. Soy Agatha Grimm, la madre de Fred. Tú debes ser Natasha. Es un placer conocerte, linda. Mi hijo me ha hablado tanto de ti. Eres más bonita de lo que imaginé.

—Gra... cias —respondió Nat, sintiéndose intimidada por esos ojos penetrantes que la escrutaban minuciosamente—. ¿Así que él le ha hablado de mí?

¿Con qué oscuro propósito la habría mencionado?

—Por supuesto. Eres su novia, ¿no? ¿Cómo no iba a mencionarte? Está muy emocionado, querida. Y ahora entiendo por qué. Eres preciosa.

Natasha se atragantó y le dio un ataque de tos. Agatha tuvo que darle unas palmadas en la espalda. ¿Acaso... acaso creía que ella y Grimm...? ¿Que ella y su hijo...?

«¿¿...?!».

No se atrevía a pensarlo siquiera. ¿De dónde había sacado esa mujer la absurda idea de que andaban juntos? Al menos sabía que Frederick había tenido la decencia de no mentirle a su hermanita.

Antes de que Natasha emitiera su opinión al respecto, el joven que poblaba sus pesadillas apareció a su lado. Sonreía de una forma un tanto extraña. Espeluznante, mejor dicho. De manera aún más espeluznante, la rodeó con uno de sus brazos y la atrajo hacia él. Nat sintió un ligero mareo y un cosquilleo provocado por esa mano cálida que la tomaba de la cintura.

Se mordió el labio para no hacer nada indebido. ¿Estaría drogado?

—¿Qué te parece Natasha, mamá? ¿No es un encanto? —Grimm le besó la mejilla.

Ella no supo cómo reaccionar. Tal vez debería haber aceptado la cicuta.

—Por supuesto, cariño —sonrió la mujer—. Me alegro mucho por ustedes. Sin embargo, son tan jóvenes. ¿Están seguros de estar haciendo lo correcto?

—Sí —masculló Grimm.

Natasha no abrió la boca.

—Lo único que quiero es verte feliz.

—No podría serlo más —dijo él, con rostro sombrío. Luego, se dirigió a Nat—: ¿Nos vamos ya, princesa?

Ella se le quedó mirando, sin creer lo que había oído.

—¿Tan pronto? —Se desilusionó la madre—. Esperaba que se quedasen a cenar.

—Lo siento, ma, pero si nos quedamos, tendríamos que pasar la noche

aquí.

—¿Por qué no? —preguntó entonces Nat, deseosa de contradecirlo—. Sería divertido pasar una noche fuera de casa.

—Excelente —exclamó Agatha—. Iré a preparar la cena.

Frederick hizo una mueca de disgusto.

—Créeme que no quieres quedarte.

—Tal vez eres tú quien no quiere —sugirió Nat—. Yo estoy deseosa de faltar a la escuela mañana, *princeso*.

—Como quieras —bufó él—. Pero te advierto que nada de lo que pase entre nosotros dentro de los muros de esta casa será real. Nada. He convencido a mi madre de que somos pareja, y así debemos actuar, por mucho que pueda desagradarnos. La he convencido de que tengo una vida normal porque no quiero que sepa lo que hago. ¿Está claro?

—Entendido. ¿Alguna otra advertencia?

—No, por ahora.

—Bien. Accedo a ayudarte con tu madre, si me haces un favor a cambio.

—¿Cuál? —Grimm levantó una ceja.

Se veía lindo cuando hacía eso. Pero no debía pensar en lo guapo que era. Tenía que recordar que él era un ser molesto y perturbador, una criatura extraña que no hacía más que fastidiarla cada vez que tenía la oportunidad. Aunque eso no significaba que no pudiera sacarle provecho a la situación. Ser novios ficticios podría resultar divertido.

—Fingiré que soy tu novia frente a tu familia, si tú finges que eres mi novio delante de mis compañeros. Así dejarán de molestarme.

—Trato hecho —suspiró él—. Pero no quiero que te vayas a hacer muchas ilusiones conmigo. Que seamos novios ficticios no significa que tú y yo tengamos algo que ver. ¿Ok?

—Sí, sí. ¿Por qué tanta ogredad? ¿No estarás enamorado de mi hermano?  
—Ella entornó los ojos.

—Por Dios, no. ¿Cómo se te ocurre preguntarme eso, Natasha?

—Ay, no entiendo por qué te escandalizas tanto.

Nat miró el techo. La verdad, parecía que vivía por Joel. ¿Por qué no podría estar enamorado de él? Eso explicaría muchas cosas.

—¿Estás seguro de que no te gusta? —añadió—. ¿Ni siquiera un poquito? Porque debes admitir que es lindo. Y tú lo sigues mucho. Demasiado, diría yo. —Lo miró con suspicacia—. Parece que lo amaras en secreto y que no te atreves a decírselo porque temes que te eche de la casa y no soportarías tener que vivir lejos de él.

Él se cubrió los ojos y meneó la cabeza. Se le escapó una carcajada.

—¿Puedo saber de qué te ríes? —Ella lucía molesta.

—¿De qué me puedo estar riendo? De ti —exclamó el chico—. Se te ocurren cada cosas.

—Entonces, no estás enamorado de él.

—Digamos que no es mi tipo —rio Grimm.

—¿Y cuál es tu tipo? —preguntó Natasha, poniéndolo incómodo.

Él frunció el ceño.

—Se acabaron las preguntas.

## LUCINDA COLE

Erika colgó el teléfono y se dirigió a la sala de entrenamiento. Se detuvo al ver a Joel sentado en la posición del loto, con los ojos cerrados, en medio de la oscuridad. No hacía siquiera un leve movimiento, ni parecía respirar. Qué sexy.

—Grimm acaba de llamar —informó—. Dijo que él y Nat se quedarán en casa de Ágatha a pasar la noche. ¿Qué haces?

Miró la katana shinobi, el arma que había heredado de su madre, a su lado.

—Tengo que estar centrado.

—¿No lo estás siempre? —Rio ella—. Eres el tipo más centrado que conozco, Dorcas. Incluso más que mi abuelo Abel.

—Ojalá fuera cierto.

Ella se sentó frente a él con las piernas cruzadas y lo examinó. ¿Por qué tenía que ser tan bello?

—¿Funciona? —Alzó una ceja con perspicacia.

—A veces. Tal vez deberías probar —sugirió el cazador en voz baja, sin abrir los ojos.

Se negaba a mirarla.

—Sabes, la meditación no es para mí. —La mujer se levantó—. Tanto silencio me pone nerviosa.

—Erika, tienes que prepararte. Es importante.

La mujer retrocedió con un nudo en el estómago.

—Será mejor que me vaya a preparar la cena. Nos espera una larga noche. Supongo que no comerás nada antes de salir, ¿cierto?



—Nadie me conoce mejor que tú.

Ella dio media vuelta y fue hacia las escaleras. Joel la miró con tristeza mientras se alejaba. Luego, cerró los ojos y continuó meditando. «No vayas tras ella. No vayas tras ella», se repitió.

Por supuesto, no lo hizo.

La cena había estado deliciosa. El postre, mejor. La película, divertida. Después de una velada tan genial, Nat esperaba que todo continuase así. Agatha era una mujer simpática, graciosa. No parecía la madre de alguien como Frederick.

—Me cuesta creer que esta sea tu familia —dijo ella.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Grimm.

Ambos se dirigían al piso superior.

—Porque son amables. Tu hermana es una niñita muy dulce. No se parece en nada a ti.

—Ja. Como si tú fueras un encanto. —Él abrió una puerta y se metió dentro.

Natasha se quedó de pie a mitad del pasillo. Se preguntaba dónde dormiría.

—¿Qué esperas? Entra —pidió él desde esa habitación—. ¿O prefieres quedarte ahí? Por mi está bien. Puedo ponerte la alfombrita del baño en un rincón.

La muchacha lo siguió con desconfianza.

—Un momento. —Ella no terminaba de comprender la indirecta. Estaban en el cuarto de Grimm—. ¿Dormiremos en tu habitación?

—No veo cuál sea el problema —respondió el chico.

Ella se mordió una uña. No había más que una pequeña cama allí. Claro, entrarían los dos, pero sus cuerpos se tocarían.

—¿Sugieres que compartamos la cama? —Se inquietó.

Tal vez había entendido mal.

—Puedes ir a dormir al jeep si deseas. Por mí está bien.

A Nat se le hizo un nudo en el estómago. ¿En un pueblo de licántropos? Estaba loco si pensaba que pasaría la noche en un coche.

—No, no. La cama estará bien. Pero... —¿Qué tal si él intentaba propasarse? Peor aún: ¿qué tal si ella intentaba aprovecharse de él estando dormida?

Tragó saliva. Nunca antes había dormido en la misma cama con un chico.

—¿Pero qué? Somos compañeros. Tenemos que aprender a hacer cosas juntos, aunque no sean agradables. Erika dice que es bueno para nuestra supervivencia. Mientras más nos conozcamos, mejor nos irá durante la caza. Se supone que compartir cosas refuerza el vínculo entre nosotros. No es que me interese, pero quisiera intentarlo.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Me estás diciendo que quieres dormir conmigo?

Grimm carraspeó. Se pasó la mano por la nuca.

—No *dormir* juntos, sino compartir el mismo espacio. Digamos que es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer. —El chico se encogió de hombros—. Mientras no me patees.

—Yo no pateo —musitó Nat—. Babeo, a veces.

—Guácala. —Él hizo un gesto de asco.

—Pero si crees que voy a dormir en la misma cama que tú—dijo. Lo señaló y por poco no le metió el dedo en el ojo—, estás equivocado, Frederick Grimm.

Lo abrazaría como a un osito, no podría evitarlo. De seguro, él la odiaría más por la mañana.

—¿Qué sugieres, Dorcas?

—Que duermas en el suelo.

Él se le quedó mirando con una de sus sexis cejas levantada.

—Estás loca.

—Soy tu invitada, por lo tanto, debes cederme la cama como todo un

caballero.

—Me niego. —Grimm se sentó y se quitó las zapatillas, haciéndolas volar por el cuarto. A continuación, se acostó no sin antes darle unos buenos golpes a la almohada para ablandarla.

—Si no quieres compartir la cama conmigo, ¿por qué no duermes tú en el suelo? —sugirió y señaló el armario—. Ahí dentro tienes una manta y una almohada. Buenas noches.

Apagó la luz y se quedaron a oscuras.

Natasha emitió un gruñido de frustración y se subió también a la cama, empujando al joven que se negaba a cederle un espacio digno.

—Muevete. —Le dio un codazo en las costillas.

Él cedió un poco.

—No me golpees —espetó.

—Pues déjame acostarme.

Grimm se quejó y se acomodó dándole la espalda. Ella hizo lo mismo. Sin embargo, sentía que se caería en cualquier momento, por lo que lo empujó. Pelear hacía las cosas fáciles, disipaba los nervios ocasionados por la cercanía excesiva.

Volvió a empujarlo para conseguir más espacio, y Grimm cayó al piso.

—Ups, lo siento —susurró la joven con una nota de sarcasmo—. Fue sin querer.

Esa niña lo volvería loco, pensó él. Se levantó y se dejó caer sobre la cama, sin mirar.

Nat se quejó:

—Me estás aplastando.

Lo empujó de nuevo, sin conseguir que él se moviese un solo centímetro. Utilizó todas sus fuerzas para quitárselo de encima. Sin embargo, era inútil. Él oponía resistencia.

Como no lograba moverlo de su sitio, ella optó por jalar de sí misma para liberarse. Tenía medio Grimm encima. Si no salía de ahí pronto, corría el

riesgo de que le gustara. No podía permitírselo. Le hubiera encantado tener la fuerza para patearlo lejos y así adueñarse de la cama.

Jaló más fuerte.

—¡Aaahhhh! —oyó Grimm entonces, seguido de un ¡pum!

Se incorporó y encendió el velador.

Ahora era Natasha quien se había caído.

—¿Estás bien? —preguntó el muchacho aguantando la risa.

Le tendió una mano para ayudarla. Ella la rechazó con un manotazo.

—Puedo levantarme sola. Gracias.

Grimm le dejó un espacio para que se acomodara, por lo que Nat se acostó de nuevo. Evitó verlo. Seguro que se estaba riendo de ella el desgraciado.

—Más vale que no vuelvas a tirarme de la cama porque te juro que te babeo —lo amenazó.

—Si me babeas, yo... —Se quedó pensativo.

¿Qué podía decirle? Ella no parecía temerle a nada. Además, él no la había tirado. Se había caído sola.

—Tú, ¿qué? —inquirió la chica.

—Te muerdo. —Fue lo único que se le ocurrió.

—Ni que fueses un perro.

—Soy un Grimm —aclaró, como si se tratase de una especie completamente diferente.

—¿Qué tipo animal es ese? —rio Nat.

—Resulta que aún no me han clasificado —anunció él, con orgullo.

Una corriente de viento helado empezó a soplar, golpeándola en la cara. La cortina se sacudía debido al aire que se colaba por la ventana. Este no la dejaba volver a dormirse. Con pesadez, se levantó y la cerró. Eran las tres en punto. Aunque le parecía extraño, no se sentía incómoda al lado de ese chico que dormía profundamente, con una pierna y un brazo colgando fuera de la cama, y que en cualquier minuto terminaría dándose un porrazo. Como no

parecía que él tuviese ningún interés romántico en ella, se relajó y bajó la guardia. Al menos confiaba que no se aprovecharía de su inocencia. No harían más que dormir y, quizás, darse uno o dos golpes entre sí.

—Eres un desastre —suspiró, contemplando a Grimm.

Tenía ganas de acurrucarse junto a él. No lo admitiría en voz alta, pero le había gustado sentirlo en contacto con ella. Cada vez que la tocaba, una energía electrizante recorría la piel. Le hubiera agradado que se girara y la abrazara por detrás, que le respirara en el cuello...

Un susurro en su oído interrumpió sus fantasías.

—Nataaashaaa.

Se volvió hacia todas partes. No había nadie más que ella y Grimm en el dormitorio. ¿Sería su imaginación? Quizás había sido el viento colándose por alguna rendija.

Regresó a la cama y se cubrió hasta la cabeza.

«Se dice que las sábanas son artilugios poderosos que actúan como un campo de fuerza. Aunque pierden un poco la eficacia cuando se conocen monstruos reales como los vampiros y otras alimañas peligrosas, uno sigue utilizándolas como protección ante una posible amenaza», dijo una voz en la cabeza de Nat.

Un rato después el viento la despertó de nuevo, por lo que se levantó para cerrar la ventana por segunda vez. Le echó una mirada furibunda a Grimm por haberla abierto, y se percató de que continuaba en la misma extraña posición que lo había visto antes. Era raro que todavía la fuerza de gravedad no lo hubiera llevado a precipitarse hacia abajo, ya que solamente tenía un cuarenta por ciento del cuerpo sobre la cama.

Miró el reloj despertador que había sobre la mesa de luz. La hora no había cambiado: seguían siendo las tres en punto.

—Pero ¿qué ocurre?

Se volteó hacia atrás, recordando la voz que la había llamado antes, y temiendo volver a oírla. Su atención se fijó en el rincón más oscuro y tenebroso de la habitación. Algo no andaba bien, pensó. Se le había puesto la

piel de gallina. Retrocedió al percibir una figura borrosa e ininteligible emergiendo de esa oscuridad, igual que un fantasma.

Aquel susurro siniestro sonó de vuelta en sus oídos, al tiempo que esa silueta se movía en su dirección.

—Nataaashaaa...

La muchacha se cubrió la boca y cayó sentada en la cama.

La figura se desvaneció sin mostrar su rostro a la asustada joven, que permanecía con los ojos bien abiertos y conteniendo el aire. ¿Se trataría de un espectro?

Regresó a dormir, esta vez tapándose las orejas con la almohada. Tomó uno de los brazos de Grimm y se aferró a él, como si eso fuese suficiente para mantenerse segura.

Grimm emitió un quejido.

«No te despiertes, no te despiertes», pensó ella apretando los párpados. Si la veía sosteniéndolo así, la enviaría a dormir al auto.

No despertó.

Ella aprovechó el momento y se le acercó hasta pegar su cuerpo al de él, caliente y duro. Grimm reaccionó de un modo que Natasha nunca vio venir: primero le quitó la almohada y la arrojó lejos, y después, se le arrimó por detrás y pegó la boca a su oído. Un leve suspiro contra su piel la hizo temblar de pies a cabeza.

«Maldito desconsiderado, ¿cómo esperas que me duerma si haces esto?».

La mano de Grimm subió lentamente por su pierna, produciéndole una placentera sensación. Se desplazó por su cadera y continuó deslizándose con suavidad hasta detenerse en su vientre. ¿Estaría dormido?, ¿sonámbulo?, ¿poseído? Ese maldito y sexy cazador la volvería loca si no le quitaba la mano de encima. Por suerte, ambos llevaban la ropa puesta. Se negaba a imaginar la situación con unas cuantas prendas menos.

«Nada de lo que pase entre nosotros dentro de los muros de esta casa será real», le había advertido el muchacho. ¿Nada? ¿En serio? Ese abrazo no

contenía falsedad alguna. En su inconsciencia, él debía de querer tenerla cerca.

«Pórtate bien, Natasha».

Sin embargo, ¿cómo ser una chica buena? Todo en él incitaba al pecado: el tono grave de su voz, los hoyuelos de sus mejillas, su mirada profunda, esas perfectas manos que acariciaban su piel y no se detenían...

El chico despedía sensualidad por los poros, y en ese momento lo tenía apoyado contra su espalda.

«Dios, dame fuerza», pidió al sentir un ligero mordisco en el lóbulo de la oreja. «Dame fuerza para no violarlo, aunque tal vez lo haga porque no sería real sino ficticia cualquier cosa que sucediera entre nosotros dentro de esta casa», se recordó a modo de mantra.

Sin pensar, tomó la mano de Grimm y la guió por debajo de su camiseta. Necesitaba que siguiera tocándola. Él emitió un gruñido y comenzó a restregarse contra ella.

El cuerpo de ese muchacho respondía muy bien a los estímulos. La intensidad de su deseo se hizo evidente, a pesar de la ropa que se interponía entre ambos.

—Grimm —gimió Nat, esperando que estuviese despierto.

Un beso en el cuello la estremeció.

—Nat...

Se dio vuelta decidida a admirarlo en todo su esplendor, y entonces vio que seguían siendo las tres.

El viento se filtraba por la ventaba abierta.

Y Grimm se encontraba dormido a su lado, exactamente en la misma posición que antes.

—Oh, no.

No tenía idea de lo que ocurría. Tampoco le interesaba averiguarlo. Lo único que pretendía era que parara.

El sonido de su nombre la alertó.

—Natashaaaaa...

La presencia fantasmal que había aparecido antes resurgió de las sombras. Se materializó ante Natasha y, sonriente, extendió los brazos hacia ella.

—Al fin puedes verme —dijo sacudiendo los largos bucles del color de la sangre.

—Aléjate. —La muchacha intentó moverse, pero su cuerpo había quedado paralizado.

—Lo lamento, no puedo hacer lo que me pides. —Ruthven se aproximó a la sorprendida joven—. He venido por ti.

—Grimm. —Nat intentó llamarlo, pero la voz no le salió.

Quiso sacudirlo.

El cuerpo no le respondió. La mortífera belleza del vampiro la hacía temblar sin parar, y ejercía una fascinación peligrosa, capaz de llevarla al límite del horror.

El cazador se hallaba tan cerca, y ella no podía despertarlo.

—Si no fuera yo quien te buscara, serías tú quien vendría a mí —comentó Ruthven de manera sombría.

Los helados dedos se cerraron alrededor de sus muñecas y, de un jalón, obligaron a Nat a levantarse.

—Eres mía, *mon cher* —ronroneó, arrastrándola a la oscuridad contra su voluntad—. Mía.

—No —balbuceó ella, resistiéndose—. Nononono...

Se alimentaría de ella y luego la dejaría morir porque eso era lo que hacían los vampiros: asesinaban a las personas.

Unas fuertes manos la tomaron por los hombros, deteniéndola.

—Natasha. —Oyó la voz de Grimm llamándola.

El vampiro la soltó.

—Nat —volvió a oír.

¿Cómo era posible que le hablara? Él se encontraba dormido. ¿Sería una alucinación?, ¿una pesadilla?



El vampiro arrugó la nariz y murmuró algo por lo bajo. Dio un par de pasos hacia atrás y se fundió con las tinieblas.

Los ojos de Nat se posaron sobre Grimm: él también comenzaba a desaparecer.

—No —gritó, intentando alcanzarlo.

Sus dedos lo atravesaron.

—¿Qué sucede?

Él se desvaneció como una ilusión, como si nunca hubiese estado allí. Igual que el vampiro y que ella misma.

El cuarto entero se tornó borroso.

—Natasha. —La voz de Grimm sonó más fuerte—. Despierta.

Abrió los ojos y parpadeó un par de veces.

Allí estaba él, frente a ella, con las manos sobre sus hombros y una expresión preocupada.

—¿Estás bien? Hace rato que intento despertarte, pero no reaccionabas. Solamente repetías: *no, no, no, no*. —Sacudió la cabeza, imitándola.

—Estoy bien.

—Pues no parece —la contradijo el muchacho, examinando su cara—, o no estarías llorando.

—Pff... No estoy llorando... —Nat se llevó las manos a la cara. La tenía empapada. Las lágrimas brotaban a torrentes contra su voluntad.

Grimm tomó un pañuelo de papel y le secó el rostro.

—Qué terca eres. Si digo que estás llorando, es porque lo estás. ¿Para qué iba a inventar algo como eso?

Nat no dijo nada.

—¿En serio te encuentras bien? —repitió el joven.

—No lo sé —contestó.

Bajó la mirada. No le gustaba que la vieran llorar. Seguro pensaba que era una idiota. Una idiota niñita llorona.

—Sé que no debería ponerme así por una pesadilla —agregó—, pero fue

tan real. Me asusté. Qué tonta, ¿no?

Se cubrió los ojos con la mano.

—Ven acá —dijo él, abrazándola de improviso. La recostó contra su cálido pecho—. No es tonto llorar, Natasha. Tonto es guardarse las lágrimas porque no quieres que otros las vean. Es malo contener las emociones porque tarde o temprano estallan, y terminas haciéndote daño o lastimando a la gente que te quiere. Así que no vuelvas a decir eso. Soy el único que puede llamarte así. ¿Entendido?

«El único».

Ella asintió desconcertada. Estuvo a punto de derretirse por la gentileza de su voz. La sostenía como a una niña pequeña y le acariciaba el pelo con una delicadeza que le hizo preguntarse si de verdad la detestaba o si fingía todo el tiempo.

—Dime qué soñaste —le pidió.

Lo primero que surgió en la mente de Nat fueron las insaciables caricias y ese irresistible cuerpo deseoso de ella pegado a su espalda.

No podía contarle eso. Moriría de la vergüenza si él descubriera que era una calenturienta. Decidió omitir esa parte y pasar a lo siniestro.

—Ruthven estuvo aquí —susurró—. Varias veces sucedía lo mismo: hacía frío, y siempre que miraba el reloj eran las tres. El vampiro aparecía y yo... no podía moverme. Te veía dormido y era incapaz de llamarte.

Las mejillas le ardían.

—Tranquila. No fue más que un mal sueño —la consoló el muchacho—. Si ese chupasangre hubiera estado aquí, lo hubiese detectado de inmediato. Te lo aseguro. Estás a salvo conmigo. Recuérdalo siempre.

Natasha asintió y se hundió en sus brazos. Aprovechó para inhalar el aroma de su pelo. Había algo en él que la aturdía. La química que existía entre ambos era innegable. Se preguntó si ella le gustaría también.

—En mi sueño, la ventana estaba abierta —dijo, posando la vista sobre aquella.

Se encontraba cerrada.

—Lo estaba. La cerré hace un momento, justo antes de que empezaras a gritar. Parecías muy asustada.

—Gracias por haberme despertado.

Apenas se atrevía a respirar. No quería hacer nada por temor a que la soltara.

«Hazlo. Es ahora o nunca», dijo la vocecilla inconsciente de su cabeza.

«Hazlo. Hazlo. Hazlo».

El rostro de Grimm se hallaba a pocos centímetros del de ella. Sabía que no volvería a tener una oportunidad así. Quizás él también pensara lo mismo. Si no ¿por qué continuaría abrazándola?

Antes de que pudiese reflexionarlo o pensarlo siquiera, se aventuró en busca de sus labios.

Él la evitó girando la cabeza.

—Puedes quedarte con la cama —susurró.

Se levantó y, sin mirarla, sacó del armario una manta que extendió sobre la alfombra.

—¿Qué haces? —inquirió ella.

—Lo que debo —respondió el muchacho, acostándose en el piso.

—¿Lo que debes? —se exaltó la joven, con ganas de darle un golpe—. ¿Y qué hay de lo que quieres, Grimm?

Él suspiró.

—Hay una línea entre nosotros que no cruzaré. —Y agregó en voz baja—: Lo quiera o no.

Le dio la espalda.

—¿Yo te gusto?

—Eso no importa.

¿Acaso Joel tendría algo que ver con su rechazo?

—¿Es por mi hermano que actúas así?

Grimm se sentó y se volvió hacia ella. Estiró el brazo y le acarició la mejilla con ternura. A ella le dio un vuelco el corazón.

—Joel confía en mí —dijo sin entusiasmo—. No puedo decepcionarlo, Nat. Lo siento.

Cuando despertó, a eso de las once, Frederick se había marchado.

—Más te vale que no te hayas ido sin mí —refunfuñó, mientras bajaba las escaleras de dos en dos, al tiempo que se ponía las zapatillas.

Al abrir la puerta de entrada vio que el auto tampoco estaba.

Soltó una grosería.

—No te preocupes, linda. Mandé a Fred a hacer unos recados. Volverá en la tarde —explicó Agatha, batiendo unos huevos con una enorme sonrisa. Tenía harina en la cara—. ¿Me ayudas a cocinar?

—Sí, claro. ¿Qué hago?

—Te encomiendo cuidar de la salsa que está en el fuego. Si quieres, puedes probarla y echarle lo que le falte. Lo dejo a tu criterio.

—¿No teme que la arruine?

La mujer se encogió de hombros igual que lo hacía su hijo.

—De los errores se aprende.

Media hora después del almuerzo, Natasha recordó el cuaderno que Grimm había lanzado por la ventana el día anterior. Se preguntó si seguiría ahí fuera. Decidió ir por él cuando Agatha se fue a dormir una siesta y Gwen se puso a hacer sus tareas escolares. Lo encontró en el interior de un arbusto espinoso.

—¿Por qué lo tiraste al jardín?

Se recostó en el pasto y metió la mano por entre las espinas, con cuidado de no pincharse.

—Auch.

Casi lo alcanzaba. No quitaría la mano por unos cuantos arañoses, aunque luego pareciera que había sido la víctima de un ejército de gatos furiosos.

Un par de rasguños después, consiguió sacarlo.

Era un cuaderno viejo, muy viejo. En la tapa, con letras borrosas y estupenda caligrafía, había escrito un nombre: *Lucinda Cole*.

Lo abrió al azar y leyó unas líneas:

*Septiembre 5, de 1819*

*Ayer, después de tantos años, papá y yo regresamos a casa. Dios quiera que no nos encuentren aquí. Él me ha dicho que el mejor lugar para esconderse es frente a la vista de todos. Espero que tenga razón porque ya estoy cansada de seguir escapando de los cazadores. Desde que he probado la sangre, no he hecho otra cosa que maldecir a mi especie. Papá dice que cada vampiro es diferente, pero todos tenemos una cosa en común: LA SED.*

*Sé que me tomará un tiempo aprender a controlarme. Quisiera que el tiempo pase rápido, porque no deseo herir a nadie. Según papá, es solo una etapa en nuestro proceso de maduración. «Todos nosotros, hija mía, pasamos por esto. Los primeros años de adultez de nuestra especie son los más difíciles».*

Natasha se sentó en un banco y ojeó todas las páginas, sin detenerse a leer ninguna en particular. Se fijó en las fechas: 1819, 1830, 1870, 1894... La última página escrita databa de 1993. Ese era el último año en el que Lucinda había escrito. Septiembre de 1993: ciento setenta y cuatro años después de haberlo comenzado.

—Increíble —murmuró, comprendiendo que tenía entre sus manos el diario de un vampiro—. Con razón Grimm se lo robó a su madre. Me pregunto cómo lo habrá obtenido ella.

Tal vez Lucinda había sido capturada por los cazadores, y su diario había caído en poder de Agatha. ¿Sería ella una cazadora? Su hijo lo era y, según le había dicho su hermano, se trataba de un asunto de familia.

—Tal vez debería ir a preguntarle.

—¿Preguntarle qué a quién?

Grimm había regresado. Nat había estado tan concentrada que no se había dado cuenta de su proximidad. Ni siquiera había oído el ruido del motor del jeep.

—Nada.

Él se cruzó de brazos.

—¿Qué haces con eso?

—Bueno, yo...

El joven extendió la mano e hizo un gesto para que le hiciera entrega del cuaderno. Nat se lo cedió de mala gana.

«Aguafiestas».

—Nos vamos. Ve a despedirte —ordenó el simpático.

—¿De dónde sacó tu madre el diario? —preguntó Natasha, ignorando su orden.

Grimm meneó la cabeza.

—¿Lo leíste?

—Algunas partes —admitió sin avergonzarse.

¿Para qué negarlo?

—¿Y qué descubriste? —preguntó el joven, con gran interés.

—Que los vampiros tienen sed —dijo inocentemente.

Grimm puso los ojos en blanco y resolló.

«Eso lo sabe todo el mundo. ¿Qué clase de descubrimientos?».

Se encaminó al auto.

—Oye. —Nat lo siguió como un patito que sigue a su madre—. ¿Por qué tenía Agatha el diario de un vampiro? ¿Es ella cazadora? ¿Y por qué se lo robaste? ¿No podías habérselo pedido, como una persona normal?

El chico metió el cuaderno debajo del asiento delantero del jeep.

—¿Quién es Lucinda Cole? —inquirió la joven.

Grimm dio media vuelta, confrontándola. Nat se detuvo para no llevárselo por delante. Había puesto su mejor cara de ovrillo.

—¿Por qué haces tantas preguntas?

—No sé.

—Ahhh. No sabes —dijo él con sarcasmo—. Pues me parece que seguirás así.

—¿Podrías, al menos, responderme una? Solo una. —Y añadió, suplicante—: Por favor. Por favor. Por favooooor.

Él suspiró y habló con rapidez:

—Para tu información, no lo robé. Ese diario me pertenece. Fue Agatha quien me lo quitó a mí. Yo solamente vine a recuperarlo. ¿Feliz? Ve a despedirte. —Señaló la casa—. Tenemos prisa. Debemos llegar a tu casa antes del anochecer.

¿Le decía *Agatha* a su propia madre? Qué hijo desamorado.

—¿No entrarás conmigo? —quiso saber la joven.

—Te espero aquí.

—Pero... ¿no le dirás adiós a tu familia?

Él estuvo a punto de decir algo, pero se mordió la lengua.

—No me agradan las despedidas —respondió, sin dar más explicaciones.

Esa chica hacía demasiadas preguntas, y él no tenía ganas de hablar. Quizás algún día le contestaría. Quizá le dijera quién era realmente Lucinda Cole y de dónde había sacado su diario. Pero no ese día. No en ese momento.

Primero debían ponerse a salvo.

## TE SEGUIRÉ A DONDE QUIERA QUE VAYAS

«Para atrapar a un asesino, tienes que aprender tres cosas: a pensar como uno, a sentir como uno, a ver el mundo a través de sus ojos».

Joel había asimilado cada una de aquellas palabras hacía mucho tiempo. Se había adueñado de ellas hasta el punto de no saber distinguir quién las había pronunciado. Esa era la única lección que no le había enseñado a Grimm; la única que su hermana no aprendería jamás: cómo ser la mano derecha de la muerte.

Observó la afilada hoja de su espada y, en el reflejo de esta, la mirada preocupada de Erika.

No, preocupada no. Era temor lo que le transmitían sus ojos color avellana.

«Debes ser capaz de saborear la sangre y no sentir nada ante la más monstruosa de las atrocidades».

La ronca voz de su maestro aún resonaba en su mente. Era imposible de acallar, imposible de olvidar. Se había convertido en la voz de su conciencia. Mientras más intentaba sacársela de la cabeza, más fuerte la oía, interfiriendo con el flujo normal de sus pensamientos.

«Un cazador siempre está listo para matar; de lo contrario se convierte en víctima, y su destino es morir».

Esas palabras se habían arraigado a su corazón con tanta fuerza que ya



resultaba imposible liberarse de ellas. Sin embargo, no quería que su hermana las escuchase jamás.

«Cazador».

«Víctima».

«¿Cuál de los dos eres, Joel?».

«¿Estás dispuesto a matar?».

«¿Estás dispuesto a morir?».

Un antiguo recuerdo surgió claro en el presente.

*El viejo sostenía un cuchillo en la mano. Se lo tendió.*

*Joel miró al muchacho que yacía en sus pies. La sangre que brotaba de la herida de su cuello le empapaba la ropa... formaba un charco a su alrededor. Un vampiro lo había atacado. Enseguida notó una fina línea carmesí que salía de su boca y se escurría a través de su mentón y garganta. Eso significaba solo una cosa: si no lo mataban pronto, se convertiría en vampiro.*

—¿Qué esperas? —preguntó Pasco, con su voz ronca de tanto fumar—. Haz tu trabajo, chico. ¿O acaso esperas que lo termine yo?

*Era la primera vez que Joel empuñaba un arma. Vio su joven rostro reflejado, el de un niño que temblaba. ¿Por qué tenía que hacerlo? ¿Por qué? ¿Por qué? Ese muchacho no tenía la culpa de haber sido mordido. Él no tenía la culpa de nada. ¿Por qué tenía que matarlo? No había cometido ningún crimen.*

—No puedo —susurró, con la vista fija en su mano fuertemente cerrada alrededor de un arma que no le pertenecía—. Lo siento, abuelo.

—Joel, mávalo. Es una orden. —La voz de Pasco se endureció.

*Las consecuencias de enfrentarlo serían duras. Pero más terrible sería asesinar a un inocente.*

—No.

*La visión de Joel se tornó borrosa debido a las lágrimas, y el cuchillo se le resbaló y cayó a sus pies. De repente, se había vuelto muy pesado para él,*

*a pesar de su pequeño tamaño.*

*—Hazlo, maldita sea —gruñó el hombre, sacudiéndolo por los hombros con brusquedad—. Llorar no te servirá de nada si quieres sobrevivir en este mundo, chiquillo estúpido. Ahora, recoge el cuchillo y mata a ese chico, o el próximo que muera serás tú.*

*Joel sabía que el padre de su padre tenía razón. Debía dejar a un lado sus sentimientos y hacerse fuerte, por él y por su hermana. Había llegado el momento de madurar y convertirse en un verdadero cazador. Si quería sobrevivir, tenía que volverse un asesino. De eso se trataba la primera lección.*

Esa fue la última vez que lloró.

«El destino de un cazador está escrito con sangre. Nunca lo olvides. Nacimos para ser aliados de la muerte, y solo ella tiene el poder de liberarnos de lo que en realidad somos: asesinos».

Él no había podido cambiar el rumbo de su vida. Tal vez si no le enseñaba esas horribles lecciones a Tasha, ella podría liberarse de la maldición de ser una dhampyr y ser libre para forjar su propio destino.

Había asesinado a ese chico. Le había rebanado la garganta a pesar de su mirada suplicante y su expresión de terror. Si bien su maestro lo había obligado a hacerlo, no sintió remordimiento ni arrepentimiento. Hasta entonces, se había creído incapaz de matar a otro ser humano, pero descubrió que estaba equivocado. Era capaz de eso y mucho más.

Aquel día Joel se dio cuenta de que no solo le resultaba fácil, sino que encontraba cierta fascinación en la cacería, que no había hallado en ninguna otra parte. Esperaba que Natasha no cometiese el mismo error. A veces era mejor hacer lo correcto, aunque significase la propia muerte. Lo sabía ahora. Sin embargo, era demasiado tarde para él.

Miró a Erika, sentada a su lado.

—¿Estás lista?

Ella esbozó una sonrisa.

—Siempre lista, señor Dorcas —respondió, enseñándole las dagas ocultas en el interior de su ropa y guiñando un ojo—. Para todo lo que usted proponga.

La camioneta negra arrancó y salieron a cazar.

Natasha salió al jardín. Grimm la esperaba con el motor en marcha. Parecía tener prisa por abandonar el lugar. Miraba su reloj a cada rato y refunfuñaba como un anciano. ¿Por qué no disfrutaba un poco de la vida?

Ella se sentó sin decir una palabra y se colocó el cinturón de seguridad. El muchacho pisó el acelerador a fondo y salieron disparados como un proyectil.

La estatua del lobo, junto a la cual pasaron, se desfiguró hasta convertirse en un enorme e indefinible manchón blanco. Los colores entremezclados de las casas la hicieron sentirse en el interior de una gigantesca licuadora llena de confites. Nat tenía la sensación de encontrarse en la montaña rusa y el tren fantasma al mismo tiempo. Y encima, el muy maldito sentado a su lado lo estaba disfrutando. ¿Disfrutaría también cuando se estrellaran contra un árbol o atropellasen a algún pobre peatón desprevenido? ¿Qué necesidad había de ir tan rápido?

—¿Po... podrías bajar la velocidad?! —masculló la chica, quitándose el pelo de los ojos y escupiendo los que se le habían metido en la boca.

—Podría, pero debemos estar en tu casa antes del anochecer —explicó el imprudente conductor, elevando la voz por sobre el fuerte sonido del viento—. Nos queda poco tiempo.

—¿Por los vampiros? —preguntó la muchacha, acordándose de sus propios monstruos.

—Qué lista, Watson.

—No te burles. Todo esto es nuevo para mí.

Tenía que aceptar que los vampiros formarían parte de su vida, y que estos no desaparecerían solamente porque ella lo deseara. Tampoco lo haría Grimm. Tendría que aprender a vivir con ellos.

Nat empezó a toser.

—¡Aghh! Creo que me tragué un bicho.

—Si mantuvieras la boca cerrada, no te ocurrirían esas cosas —la sermoneó su acompañante.

Ella hizo un mohín.

—¿Me hablarás del diario? —preguntó, luego de un rato.

—No.

—¿Por qué?

—¿Por qué eres tan preguntona? —replicó él.

—¿Por qué eres tan odioso? —contestó Natasha, perdiendo el buen talante —. Soy curiosa, no preguntona.

—La curiosidad mató al gato. ¿Tu hermano no te lo dijo?

—¿Acabas de amenazarme de muerte?

—Tómalo como quieras. —El muchacho se encogió de hombros—. Me tiene sin cuidado cómo interpretes lo que digo.

Ella frunció el ceño y lo miró de reojo. Él la confundía. Primero, la había arrastrado con él sin consultarle. Después, la había hecho pasar por su novia sin haberle dicho nada al respecto. Había sustraído un diario misterioso del cual no quería hablarle. Había dormido con ella a regañadientes para después casi violarla en sueños, y al final la había rechazado porque, aparentemente, al señorito le gustaba..., o no..., o... ¿quién rayos sabía?

—Tendría que haber interrogado a Gwen —murmuró—. Ella es más cooperativa.

—No está enterada de lo relevante. De hecho, la mantengo al margen de mis asuntos por su propia seguridad.

—¿Y quién sí está enterado?

—Si te lo dijera, tendría que matarte. —Sonrió maliciosamente ese chico, como si en verdad estuviera deseándolo o imaginándolo.

—¿No hablarás? ¿O acaso me matarás y arrojarás mi cuerpo en el bosque para callarme?

—B.

—¿Uh?

—Que escojo la opción B. Me gusta como suena —dijo él, con tono siniestro—. Si te enterrara en este tenebroso bosque, nadie te encontraría. ¿Sabes por qué? Porque ninguna persona cuerda pasa por aquí. Ellos prefieren el camino largo, a través de la ciudad. Hacen bien.

—O sea que estás loco. Ya lo suponía.

Nat sospechaba que no decía en serio lo de matarla. Estaba segura de que en el fondo, muy en el fondo, era un tipo decente y agradable. Aunque le hubiera ofrecido veneno para beber y todo lo demás.

—Prometo responderte algún día —manifestó el joven, con una nota de amargura en su voz.

Ella no lo oyó.

La noche llegaría pronto. Necesitaban atravesar el bosque antes de que se ocultara el sol. Grimm calculaba que llegarían a tiempo a casa si mantenía la velocidad constante a unos saludables ciento cincuenta kilómetros por hora. El bosque no era lugar para pasear a la luz de la luna. Ni bajo ninguna otra luz.

—Por todos los cielos —se escandalizó Nat, señalando el velocímetro—. ¿Te volviste loco?

—Tenemos prisa.

—¿Nos persiguen? —Ella miró atrás.

El camino estaba despejado.

—Aún no.

Esas dos palabras quedaron flotando en los pensamientos de Natasha. ¿Quería decir que pronto serían perseguidos? Se llevó la mano al cuello, donde tenía las marcas de la mordida de Ruthven. Temía que fuese él quien los acechara. No estaba lista para enfrentarse a un vampiro de carne y hueso. Tampoco para convertirse en su cena. La tranquilizaba el hecho de no encontrarse sola. Grimm era un desconsiderado, pero al menos no deseaba su sangre (ni ninguna otra cosa que proviniera de ella). Y además cazaba

vampiros.

Algo se cruzó por delante del vehículo: una silueta vaga y difusa. El muchacho se vio obligado a esquivarlo para no llevárselo por delante.

Nat se tapó los ojos para no ver cuando se estrellaran contra un árbol. El jeep saltaba debido a los baches y las piedras, y ya empezaba a dolerle el trasero.

Grimm se internó en la espesura.

—Sujétate.

El muchacho zigzagueó entre los árboles a toda velocidad.

—No quiero morir sin haberme enamorado —gimió la muchacha.

—No vas a morirte, Dorcas. Sé lo que hago. —Él buscaba la manera de retomar el sendero.

Cuando encontró la forma de salir de entre los árboles, el jeep se quedó atascado en medio de un charco de lodo.

—Mierda. No debí haber reducido la velocidad —exclamó.

—No, no debiste —manifestó Natasha.

Grimm le echó una mirada furibunda.

—¿Qué? —inquirió ella—. Dijiste que sabías lo que hacías.

Por más maniobras que intentaba realizar, el automóvil no se movía. Seguía hundiéndose cada vez más.

—Ayúdame a empujar —dijo el ogrillo al salir del auto.

Nat dejó escapar un doloroso quejido lleno de frustración, y se dirigió a la parte trasera del jeep, donde Grimm la esperaba.

—Tómalo como parte de tu entrenamiento, niña. Emmm... y trata de no quejarte tanto. Parece que fueras un animalillo en estado de agonía.

—¿Ni siquiera me dejas expresarme? Eres un dictador, Frederick Grimm.

—Cállate y empuja.

Ambos hicieron uso de todas sus fuerzas, pero el jeep no cedió. Se empantanaba y más y más, pese a sus esfuerzos.

—Natasha, ¿estás empujando?

—Sí —gritó la muchacha.

—No parece. Empuja más —ordenó el muchacho.

—Si lo hiciera, se me caerían los brazos. —Ella, que no estaba de humor para seguir sus órdenes, murmuró un par de calificativos no muy amistosos, y entonces resbaló en el charco y se manchó la ropa.

—Es inútil —concluyó el chico, mirando los neumáticos.

No hacía falta ser un experto para darse cuenta de lo que ocurría.

—¿En serio? No me digas. —Ella se levantó con dificultad.

—¿Qué diablos te pasó? —inquirió él al verla llena de lodo.

Nat solo bufó.

Habían empujado por más de veinte minutos y el coche no se había movido un solo centímetro. Se dieron por vencidos al notar que las ruedas se encontraban hundidas.

Agotada por el esfuerzo, Nat se desmoronó en el asiento. Se desinfló como un globo pinchado. Lo único que quería era quitarse la ropa sucia y darse un buen baño caliente.

—¿Qué haces? —la regañó *mister* Simpatía—. No hay tiempo para descansar. Vamos.

—Dime que no es en serio.

Él comenzó a alejarse.

—Si prefieres quedarte, por mí está bien, pero no te lo recomiendo. Este bosque se pone de lo más tenebroso al ocultarse el sol.

¿Más tenebroso de lo que ya era? ¿Acaso era eso posible?

—¡Grimm! —Ella se asustó cuando dejó de verlo.

—No grites. Aquí estoy.

—Espérame. —La joven tomó su mochila y el diario que él había olvidado debajo del asiento, y se apresuró para alcanzarlo. Intentó ignorar el dolor punzante de sus piernas. Sabía que para cuando entrara en calor ya no le sería tan difícil seguir (si no estaba muerta para entonces)—. ¿Me llevas la mochila?

—No soy tu burro de carga —refunfuñó Grimm.

—El diario de Lucinda está adentro. Lo habías olvidado en el auto.

Él resopló.

—Dame eso. Y no hagas ruido.

—*Diez elefantes se balanceaban, sobre la tela de una araaaña, como veían que resistía, fueron a llamar a otro elefannnte. Once elefantes, se balanceaban, sobre la tela de una araaaña...* Canta conmigo, Grimm.

—¿Qué parte de *no hagas ruido* no entendiste? —gruñó el joven Shrek.

—Pensé que lo habías dicho porque eres un tirano.

—Cuando venga un monstruo, dejaré que te coma.

Ella detuvo su marcha, y se puso a descansar contra un árbol.

El muchacho se apoyó en el mismo árbol, pero del otro lado para que entre los dos tuviesen una visión panorámica de la zona. Anochecía. Pronto, el bosque quedaría en penumbras y dejaría de ser seguro. Debían continuar la marcha lo antes posible.

Joel lo mataría si descubría que se había olvidado las armas. «Nunca salgas de casa sin ellas», le decía siempre. «No sabes cuándo podrías necesitarlas». Un estupendo consejo, si lograba recordarlo. Grimm bajó la mirada en busca de un trozo de madera que pudiera ser utilizado como estaca, en caso de que un vampiro los atacara. Incluso Gwen hubiera llevado con qué protegerse. Era una niña lista. No como él. ¿Dónde tenía la cabeza?

—Oye. —Nat lo agarró del brazo, y Grimm se sobresaltó.

Se liberó de inmediato y la encaró con la intención de reñirla.

—Te dije que nunca me tocas.

Ella se había puesto pálida como una hoja de papel, y no por su reacción.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

Nat señaló algo.

—Dime que eso de allá no es lo que estoy pensando —musitó.

A lo lejos, una figura semejante a una sombra se movía en su dirección.



—No es lo que estás pensando —repitió Grimm, empujándola detrás de él de modo sobreprotector y retrocediendo con lentitud.

—Ya veo.

—Busca una rama que sirva como estaca.

Él lucía bastante calmado, considerando la situación. Estaban solos en medio de un bosque siniestro y un vampiro andaba tras ellos. ¿Podría ponerse peor? Mejor ni preguntar.

Natasha revisó la tierra bajo sus pies.

—Estaca... estaca...

—No vendrá a ti llamándola si es lo que pretendes —le informó el joven, quien ya tenía en la mano una rama de aspecto aceptable.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Quién dice que lo estoy? Estamos a punto de ser atacados por uno de los mayores depredadores del planeta. No tenemos apoyo, no sabes pelear, me olvidé las armas...

—Ya entendí.

—Etcétera, etcétera —continuó él.

—O sea que estás asustado.

—No tanto. Tengo muchísimas más probabilidades de salvarme. En cambio, tú... —Meneó la cabeza con un suspiro: un gesto de lo más tranquilizador.

—Gracias por el aliento.

—De nada. Y hazme un favor, ¿quieres? Pase lo que pase, no te alejes de mí. Estarías muerta en cuestión de segundos. Intenta durar un poco más que eso: dos o tres minutos, al menos.

—No voy a salir corriendo, si eso te preocupa. Sé que lo más seguro para mí es permanecer a tu lado, así que... —comenzó a decir. Luego carraspeó —. Te seguiré a donde quiera que vayas.

—Qué suerte la mía —lamentó el joven cazador, poniendo los ojos en blanco y esbozando una sonrisa torcida.

Nat emitió un grito al ver que ese andrajoso vampiro se le lanzaba encima. Su piel demacrada estaba surcada por pequeñísimas venas azules. Sus ojos, rojos y saltones, parecían a punto de salirse. Ella se echó hacia atrás con un gesto de asco. Emanaba un olor a putrefacción que hubiera volteado a un rinoceronte.

Con un gesto de fastidio, Grimm lo tomó de la nuca y lo lanzó hacia atrás.

La criatura emitió un siseo y abrió la boca para enseñarle sus colmillos.

—Debes pelear conmigo, apestoso —exhortó—. Si logras vencerme, esa chica enlodada será toda tuya. Ñamiii.

—¡Oye! —gritó la joven, enojada.

¿Cómo se atrevía a decir eso?

Enseguida, el vampiro arremetió contra él. Nat se tapó los ojos. Si alguien iba a morir, prefería no mirar. Oyó el forcejeo y un sonido sordo seguido de un espantoso quejido.

Después, silencio.

No se atrevió a abrir los ojos. Su cobardía le daba vergüenza. Se suponía que debía ser valiente igual que su hermano.

—¿Cómo esperas aprender algo si no miras? Vamos a tener que hacerlo todo otra vez, Dorcas.

Grimm se hallaba cruzado de brazos y esbozaba una sonrisa de triunfo que lo hacía sumamente guapo. A sus pies, el cuerpo sin vida del vampiro, con la boca abierta en una mueca espeluznante.

—Lo mataste —se asombró la joven.

—Sí. ¿Qué creías? ¿Que esa cosa era mas fuerte que yo?

—Pues no sé. Se veía bastante temible. —Ella quedó pensativa—. A propósito, ¿no debería haber reventado en una lluvia de cenizas o algo así?

—Solo se convierten en ceniza los que han vivido mucho tiempo: aquellos cuyos cuerpos se hubieran desintegrado con el paso de los años. Los vampiros recientes no mueren de forma poética. Son un verdadero asco. ¿Nos vamos? —Él se había vuelto a colgar la mochila del hombro (la había dejado

tirada por ahí para pelear), y la esperaba con las manos en los bolsillos—. No esperarás que te lleve en brazos, supongo.

—Por supuesto que no —respondió ella con ironía, aunque le hubiera gustado mucho que así fuera porque sentía que iba a desmayarse del cansancio en cualquier momento. Y no tenía la seguridad de que él permaneciera haciéndole compañía en caso de que sucediera. De seguro la abandonaría para que se la comieran—. Sería lo último que esperaría de ti.

Regresaron al camino de tierra y emprendieron la marcha, con la luna sobre sus cabezas.

—¿Cuándo llegaremos a casa? —Natasha estaba agotada.

—Eh... No quisiera asustarte, pero... —Grimm se aclaró la garganta—. Existe la posibilidad de que... ¿cómo te digo esto? Tal vez... Quizá... nunca lleguemos.

Dejó de caminar y le señaló una cosa negra a mitad del camino, varios metros adelante. La cosa se movía.

Otro vampiro.

—Diablos —se quejó Natasha, más enojada que temerosa—. ¿Tienes la estaca?

—Natasha... —manifestó su compañero, cabizbajo.

—¿La tiraste?! —exclamó ella.

El muchacho negó con la cabeza.

—No creo que eso importe mucho.

Grimm miró de soslayo hacia los costados. Entonces, ella pudo ver cuál era el problema. Estaban siendo rodeados por uno, dos, tres, cuatro... En total, como cincuenta vampiros. ¡Cincuenta! Contra uno. Contra un adolescente.

Sería una total masacre, y Nat estaría allí, en primera fila, cuando comenzara a salpicar la sangre.

«Creo que voy a desmayarme».

—Ay, no. —La muchacha tenía el corazón en la boca—. Tú no podrás con todos. Dos o tres, a lo sumo.

Él levantó una ceja.

—Sí que me tienes fe.

—¿Qué haremos? Nos van a matar. ¡Nos van a matar!

—Primero, cálmate. No te servirá de nada ponerte histérica.

—Pero, Grimm...

Los vampiros estaban cada vez más cerca. Y venían de todas direcciones. Era pelear y morir. O tratar de escapar y morir. Dos alternativas fascinantes.

—Son demasiados. No lo lograremos —dijo.

El joven la agarró por los hombros para que le pusiera atención únicamente a él, y no a aquellas horribles criaturas.

Funcionó.

Nat pensó que no había visto un rostro más bello en toda su vida.

Esta vez, él habló en serio:

—Si te pidiera que hicieras algo que podría salvarnos a los dos, ¿lo harías?

—Eso depende —reflexionó unos instantes—. ¿Tengo que desnudarme?

—Por todos los cielos, No. Queremos matarlos a ellos. No a mí.

—¿Sería peligroso? —preguntó Natasha.

—Mucho.

Nat no tenía tiempo para ponerse a pensar en el asunto. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de no ser la cena de esos famélicos y harapientos vampiros. En nada se parecían a su primer vampiro, Dorian Ruthven, o a los vampiros de la tele.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, con desconfianza.

Grimm contestó sin dar vueltas:

—Permíteme beber tu sangre.

# MUÉRDEME

—Absolutamente no.

—Pero Natasha...

—No, no, no, no. ¡No!

Él la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo. ¿Cómo podría decirle que no ahora?

—Escúchame, es el único modo de que no nos maten. ¿Crees que la idea me gusta? ¿Que me divierte?

Ella se limitó a mirarlo con el entrecejo fruncido.

—Estarás bien —aseguró el muchacho—. Solo serán unas pocas gotas. Lo prometo.

No había tiempo para ponerse a reflexionar en las posibles consecuencias. Grimm sabía que era riesgoso para él beber sangre dhampyr, pero debía intentarlo. Se trataba de una situación en la cual había que actuar rápido, y en la que una mordida era la única solución disponible. No había otras opciones.

La muchacha bufó y llevó la cabeza hacia un costado, exponiendo el cuello marcado recientemente con dos pequeñas y profundas cicatrices, provocadas sin su consentimiento por esa pelirroja bestia chupasangre que la había atacado en el cine.

—De acuerdo. Hazlo. Muérdeme —pidió Natasha con determinación.

El joven pareció inquietarse. Nat percibió, entonces, un cambio en su forma de contemplarla. La puso nerviosa. En verdad, era como si deseara comérsela. Nunca nadie la había mirado de esa forma; ni humano, ni vampiro.

Grimm negó con la cabeza, retrocediendo.

—N... no puedo.

—¿Qué? ¿Cómo que no puedes? ¿Tanta repulsión me tienes? Muérdeme, maldita sea. Muérdeme, y acabemos con esto de una vez —vociferó la chica, que odiaba la situación más que él, pero que quería llegar viva al menos hasta el día de su graduación.

No era un buen momento para sentir miedo o echarse atrás. Aquellos vampiros avanzaban con lentitud, pero pronto llegarían. ¿Y qué pasaría entonces?

Grimm cerró los ojos e hizo una inspiración profunda.

—De acuerdo. Pero no en el cuello.

Se había puesto pálido. Pasó las manos por su cabello y se cruzó de brazos.

—¿Acaso temes matarme? —preguntó ella con ironía, pero el silencio de su compañero le puso la piel de gallina—. Si me matas, vendré como fantasma a espantarte por las noches. Recuérdalo.

Nat le ofreció una de sus muñecas sin decir nada más. Él la tomó con un suspiro de resignación y se quedó observando las finas y perfectas líneas azules que se dibujaban a lo largo del antebrazo.

Allí estaba otra vez esa mirada extraña, escalofriante. Y cuando Grimm entreabrió su boca, ella pudo notar cómo sus colmillos se volvían cada vez más largos y afilados. No parecían humanos.

—En verdad lo siento —se disculpó Frederick—. No me gusta tener que hacer esto.

—Hazlo antes de que me arrepienta. Luego te disculpas —carraspeó—. Si sobrevivimos.

El chico asintió. Parecía triste por lo que estaba a punto de hacer. A ella tampoco le hubiese gustado tener que morder a Grimm. Al menos, no en esas circunstancias.

La mordida fue rápida. El dolor, pasajero; apenas lo sintió. Ella pensó que

sería una experiencia horrible, sin embargo, no fue así. Ni siquiera se asustó cuando vio al muchacho clavándole los colmillos. En su opinión, ese beso de sangre fue demasiado breve. Le hubiera gustado que siguiera bebiendo.

Deseó que su compañero le hubiese mordido el cuello. Aquella sensación maravillosa que la embargó al momento del contacto hubiera sido mucho más intensa y placentera. Quiso gritar, pero no de dolor. La sensación se extendió por su cuerpo y la hizo temblar.

Una chica podría acostumbrarse a eso, pensó.

Grimm se separó de ella de manera brusca y le dio la espalda. Ya había bebido suficiente. Con eso debía bastar para que sucediera. Lo que ignoraba era cuándo surtiría efecto. Miró a su alrededor; los vampiros no tardarían en llegar. De haber tenido una vía de escape, podrían haber salido de allí sin tener que recurrir a eso. Pero no la tenían.

—Oye, ¿cómo te encuentras? —quiso saber la joven, a sus espaldas.

No tenía idea de lo que pasaría a continuación. Ese chico no se lo había dicho. La verdad era que ni él mismo lo sabía.

—Bueno, al menos no estoy muerto —contestó el muchacho.

Se agarró el estómago y cayó de rodillas al suelo, dejando escapar un escalofriante grito de dolor que la sobresaltó.

—¡Grimm! —Nat se arrodilló a su lado—. Grimm, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes?

Él la apartó de un manotazo.

—No me toques —gritó exacerbado.

¿Cuántas veces había escuchado eso?

Ella retrocedió asustada. ¿Qué le estaba ocurriendo?

La respiración de Grimm se tornó más y más rápida. Las puntas de sus dedos se hundieron en la tierra, y un gemido espantoso salió de su garganta. Parecía estar a punto de morir.

Natasha sintió el impulso de correr lejos. Sin embargo se quedó. Huir estaba bien para los cobardes, pero ella no quería serlo. Así que aguardó, con

un nudo en el corazón, durante unos segundos interminables.

El muchacho temblaba, gemía, era evidente que sufría alguna clase de transformación. Una dolorosa y temible transformación.

Cuando él se calmó, alzó la cabeza.

Sus ojos, sus hermosos ojos verdemar, claros y radiantes, se habían vuelto negros como la noche más oscura. Fríos..., atemorizantes, iguales a los de un... un...

«Imposible».

Sus ojos eran iguales a los de un vampiro.

Nat dejó de respirar, hasta que recordó que hacerlo era indispensable para la vida.

Grimm se había convertido en un vampiro delante de sus ojos. ¿Cómo podía ser esa una solución a su problema? ¿Cómo podía ser un buen plan, si lo más probable era que la sed lo venciera y terminara asesinándola? Y otra cosa: ¿podía un cazador convertirse en vampiro?

Estaba mareada. No entendía nada. ¿Por qué Joel no le había dicho? ¿Cómo la había dejado en manos de alguien tan peligroso? Ni siquiera quería dejarla usar un arma. ¿Cómo se suponía que iba a defenderse? Tendría que hablar seriamente con él si lograba llegar a casa.

De un momento para otro, se encontró rodeada por un grupo de vampiros hambrientos. Grimm, entre ellos. ¿Iba a matarla? Su expresión la llevaba a pensar que sí. La contemplaba extasiado, como un niño que observa un helado en un caluroso día de verano. Ya no interesaba si era un vampiro o si continuaba siendo un dhampyr. Estaba claro que corría peligro y que moriría si se quedaba allí parada como una idiota.

Tenía que hacer algo al respecto.

Sangre. Fluido vital. La sangre de un dhampyr. Sangre Dorcas fluyendo por su garganta, y un dolor intenso... Indescriptible. Insoportable.

Hojas de cien cuchillos ardientes atravesando su la carne le hubieran provocado una sensación más dulce.



«Voy a morir», pensó Frederick.

Sus piernas ya no fueron capaces de sostener su peso. Respirar le costaba un gran esfuerzo. Se ahogaba, sus pulmones necesitaban oxígeno. Su corazón estaba a punto de estallar y, sin embargo, continuaba latiendo; y cada latido aumentaba el dolor en su pecho, como si su estado fuera incompatible con la vida misma. Vida que se negaba a abandonarlo.

Entonces, el anochecer se transformó en aurora, y el joven percibió cada hoja de cada árbol, cada roca, cada pequeño detalle del bosque que lo rodeaba. Oyó el susurro del viento a través de los árboles. Cada sonido de la noche se hizo claro para él, pero lo que más llamó su atención fue la hermosa criatura cuya sangre lo había despertado de su letargo. Resplandecía como un ángel de fuego en medio de la reinante oscuridad.

«Mía», se dijo.

Joel se lo había advertido:

—*Nunca, bajo ninguna circunstancia, debes beber la sangre de un dhampyr.*

—*No digo que vaya a hacerlo, porque la idea me resulta asquerosa, pero ¿qué tiene de malo?*

—*Su efecto podría ser peligroso para ti* —replicó el cazador.

—¿Debido a lo que soy?

—*Sabes perfectamente que no eres como nosotros, Frederick. No sabemos cómo reaccionará tu cuerpo.*

—*Lo sé. Ya me lo has dicho muchas veces* —espetó.

*Se produjo un silencio incómodo. Joel lo miraba seriamente, como diciéndole «jamás podrás ser uno de nosotros, sin importar cuánto lo intentes».*

—*No queremos arriesgarnos a perderte* —explicó su mentor—. *Si bebes sangre de dhampyr, tus habilidades podrían incrementarse, pero también podrías llegar a morir. ¿Estarías dispuesto a pagar ese precio? Nada vale lo suficiente como para correr semejante riesgo.*

—*Ya. Entiendo.*

*Nada era más importante que su propia vida.*

*Lo tendría en mente.*

El sabor de la sangre en su boca hizo que le quemara la garganta. La sed era una de las consecuencias inevitables del vampirismo. Era la primera vez que la experimentaba, y Natasha estaba demasiado cerca..., demasiado vulnerable para no desearla. Nunca creyó que un par de tragos de sangre ocasionarían un efecto tan fuerte en su organismo. De haber sabido lo que ocurriría, hubiera sido más precavido.

Joel y Erika se lo habían repetido miles de veces: era muy peligroso que bebiera la sangre de un dhampyr porque podía perder el dominio sobre sí mismo y ser consumido por la sed, al igual que un vampiro. Podía caer muerto, luego de sufrir una horrible agonía. Él se había arriesgado y había salido vivo. En ese instante más que nunca debía ejercer su autocontrol y enfocarse en la razón por la cual había tenido que recurrir a una medida tan extrema: Natasha estaba en peligro.

El ruido de unas pisadas dividió su atención. No había olvidado a los vampiros. Eran atraídos por Nat. Por su aroma, por su juventud, por su belleza, por su corazón palpitante. Si la atrapaban, la destruirían.

Tenía que aniquilarlos a todos.

Nunca había sentido el impulso de matar hasta ese momento. Se trataba de un deseo ciego, vehemente y difícil de calmar. Era la primera vez que su naturaleza vampírica cobraba más fuerza que su otra naturaleza, un poco más humana.

«*Ella es mía*», susurró una voz en su interior.

«*Mía*».

«*Mía*».

Su cuerpo entró en acción incluso antes de darse cuenta. Arremetió contra una de aquellas criaturas, la más cercana a la muchacha, y la despedazó con sus propias manos. La ferocidad con que atacó era propia de un animal

salvaje. La ira que sentía cegó sus otras emociones, y en su mente no hubo más que una cosa: la idea de esa joven, cuya dulce sangre había probado, siendo completamente suya.

Hasta la última gota.

—Ella es mía —gruñó, en medio del éxtasis provocado por la matanza—. Nadie más la tocará. Nadie más podrá tenerla.

Natasha se ruborizó. Luego se dio cuenta de lo que Grimm acababa de decir. ¿Acaso había perdido los pocos tornillos que mantenían unido su cerebro? Quizá trataba de hablarle a los vampiros en un idioma que pudiesen entender. Eran criaturas extremadamente posesivas, celosas de sus cosas. Sin embargo, ¡ella no era ninguna cosa! Y tampoco le pertenecía a nadie (mucho menos a ese desquiciado).

Nat tuvo el presentimiento de que la situación se estaba saliendo de control. No era que la hubieran controlado antes, pero al menos habían mantenido la cordura. Él parecía poseído por una fuerza demoníaca, y ella se encontraba al borde de un colapso nervioso.

Los vampiros restantes se olvidaron de la muchacha y se reunieron alrededor del *oscuro Grimm* con la intención de quitarlo del camino. Se equivocaron al pensar que uniendo sus fuerzas podrían lastimarlo. Eran neófitos, y se encontraban famélicos, a diferencia de su joven y fuerte adversario. Él se ganaba el pan cazando monstruos como esos y, aparentemente, tenía el don de adquirir sus mismas habilidades. Por desgracia, sus debilidades también. Por eso Natasha decidió aprovechar que todos se encontraban distraídos para tomar distancia de la acción. Nunca le había gustado el *gore*.

Caminó bastante y se sentó a descansar sobre un tronco cuando se hubo alejado lo suficiente de la pelea y del olor a carne putrefacta. ¿Qué debía hacer? ¿Esperarlo, aún con la duda de que él deseara herirla? ¿O lo mejor era irse, tomando el riesgo de perderse en ese bosque desconocido y sumido en las tinieblas de la noche?

—Quedarme o no quedarme. —Sopesó la situación, mordiéndose el labio

—. ¿Qué hago? Me parece que me iré. Sí, creo que es lo mejor.

Se levantó y, antes de ponerse en marcha, una voz jadeante la detuvo.

—Quédate.

Grimm se hallaba parado a unos pocos metros. Respiraba de manera entrecortada y tenía la ropa cubierta de sangre oscura, casi negra. Los brazos le colgaban a los costados del cuerpo. El cabello le cubría el rostro, y una mueca de satisfacción comenzaba a formarse en las comisuras de sus labios.

Algo no andaba bien con él. No era que hubiera estado bien alguna vez, pero en esa ocasión daba miedo. Tal vez porque ella lo había visto asesinar a esas criaturas sin el menor esfuerzo. Y lo peor de todo, parecía haberse divertido.

Natasha tragó saliva y se quedó inmóvil, tratando de descifrar qué haría a continuación ese joven, cuyos ojos emitían una extraña luz rojiza y cuyos colmillos todavía no habían desaparecido. Si se lanzaba contra ella, había pocas probabilidades de que pudiese salir ilesa.

O viva.

Buscó con la mirada una rama caída con la cual defenderse, en el caso de que él se decidiera a atacarla.

—Si quieres, puedes utilizar esto —dijo él, sacando de su cinturón la estaca que tenía guardada.

Se la tendió.

—¿Y q... quién dice que quiero usarlo? —inquirió, intranquila.

Sabía que él no era el de siempre. Se había convertido en una máquina asesina, por lo tanto, debía proceder con precaución. Un movimiento en falso y estaría con san Pedro.

Grimm torció la cabeza y dio un paso hacia ella.

—Supongo que me equivoqué al suponer que querías un arma para usar contra mí.

—Sí. Te equivocaste. Eres tú quien quiere matarme.

El muchacho se rio.

—¿De qué te ríes? No es gracioso —lo regañó ella, cruzándose de brazos.

—Si hubiese querido matarte, lo hubiera hecho hace mucho tiempo, Natasha Dorcas. Ganas no me faltaban.

Eso no era para nada tranquilizador.

—Oh. Bien. Supongo que tuve la impresión equivocada —murmuró ella.

—¿Cuándo no?

Ahora sí que estaba enfadada. Vampiro o no, era exasperante.

—¡Ey! Si me equivoco al juzgarte es porque tú siempre me envías señales diferentes. Ya no sé qué pensar de ti. Creo que perdiste la cabeza.

—Puede ser —dijo Grimm.

—Y disculpa si pensé que querías beber mi sangre. Se me debe haber ocurrido porque *eres* un vampiro.

Él frunció el ceño.

—No lo soy.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y qué se supone que eres? ¿Un X men? No lo creo. Mírate bien, Grimm. Tienes los ojos negros, un par de colmillos puntiagudos, estás tan pálido como un muerto y, además, das miedo. La forma en la que mataste a esos vampiros fue... —¿Cuál era la palabra adecuada?—. Cruel.

—Tienes razón —admitió él. ¿Para qué negar la verdad?—. Pero *no* soy un vampiro.

Nat se encogió de hombros.

—De acuerdo, como digas. —Ella comenzó a caminar, dejándolo atrás. No tenía sentido discutir con él. ¿Qué tal si la mataba como a esas criaturas?

—No me crees.

Ella se giró para verlo y volvió sobre sus pasos.

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de creerte, si nunca fuiste sincero conmigo? Dices una cosa y luego haces otra. Te contradices todo el tiempo. A veces actúas como si me odiaras, pero en otras ocasiones no lo siento así.

¿Qué es lo que realmente quieres, Frederick? —Nat se percató de que los oscuros ojos del muchacho estaban fijos en su muñeca herida, allí donde él la había mordido. La había cubierto con un pañuelo, pero la sangre ya lo había traspasado—. ¿Quieres mi sangre? Es eso, ¿no? Tienes sed.

El joven cambió su expresión. Se volvió sombría.

—Dime la verdad —pidió ella, esperando una respuesta—. Háblame, Grimm.

Él no respondió. Simplemente la miró con un deseo inconveniente y perturbador.

—Di algo, por todos los cielos.

—Será mejor que te vayas —manifestó el chico, con un hilo de voz.

Resultaba evidente que trataba de controlarse para no saltarle encima. También era claro que no podría seguir haciéndolo por mucho tiempo más. Ella tenía razón: quería su sangre. Y no solo eso. Quería despedazarla, más que otra cosa en el mundo

—Vete. Lo más lejos que puedas.

Nat obedeció. Se alejó, sin correr. Ya no tenía energías, y sus piernas estaban a punto de dejar de funcionar. Esperaba que él poseyera la suficiente fuerza de voluntad como para no ir tras ella.

—Ya basta, ya basta, ¡ya basta! —se repetía el joven, muerto de sed, con los ojos cerrados para evitar verla y las manos sobre sus oídos para no oírla.

Ella desaparecía en el bosque, se alejaba de él.

Tenía el impulso de alcanzarla, de atraparla, devorarla. Debía luchar contra sus instintos. No era un vampiro, sino algo muchísimo peor. Desconocía su nombre, pero no sus deseos. Estos se asemejaban al del vampiro que moraba en él y que había despertado luego de beber la sangre de Natasha. Quizá la mejor alternativa hubiera sido la muerte, antes que dejarse llevar por alguna de las dos naturalezas opuestas que pugnaban en su interior: la herencia de sus progenitores y el legado infernal del que nunca podría deshacerse.

Ya lo sabía para la siguiente vez: no volver a beber la sangre de un dhampyr, bajo ninguna circunstancia.

No si quería protegerla de él mismo.

Después de un par de minutos de autocompadecimiento, se tranquilizó. Aspiró profundo, y soltó el aire con resignación. Aún podía olerla.

Natasha se dirigía al norte.

La música era tan estridente que no dejaba a Erika oír sus propios pensamientos. Joel, en cambio, no necesitaba pensar, sino prestar atención a todo cuanto ocurría a su alrededor. Gente, música, luces centelleantes. Nada fuera de lugar en ese club nocturno al que llamaban Edén, pero que podría haberse llamado fácilmente Pandemónium, porque parecía la antesala del infierno.

Ella bailaba con energía. Muchas veces lo había invitado a acompañarla a la pista, pero Joel prefería permanecer sentado. Bebía un trago que jamás llegaría a terminar, mientras recorría con su mirada escrutadora todo cuanto había a su alrededor para tomar nota mental de cada detalle. No estaba allí para divertirse. Sin embargo, parecía que Erika sí. Desde su llegada no había dejado de moverse. «Oh, escucha esa canción. ¡Me encanta!» fue lo primero que la oyó decir. Desde entonces, no había hecho más que bailar esa música ruidosa y carente de melodía. Una enorme sonrisa se dibujaba en su rostro, provocando en el muchacho una extraña sensación de incompreensión. ¿Qué la motivaba para sonreír? Posiblemente, no lo entendería nunca.

—Disculpa, ¿puedo hacerte compañía? —le preguntó una belleza pelirroja que ningún hombre se atrevería a rechazar.

—Suripanta —murmuró Erika al verla aproximarse a su hombre, desde la pista de baile.

Enseguida fue testigo de cómo él le decía algo, y ella se alejaba cabizbaja.

Era la quinta mujer que rechazaba esa noche. Joel no parecía estar interesado. Ninguna chica había logrado arrancarle una sonrisa a ese hermoso

rostro. Jamás. Ni siquiera ella. Al menos, no una sonrisa auténtica. Solo tenía ojos para el objetivo. Cualquiera otra cosa carecía de importancia para él. Como si nada más existiera en su mundo, aparte de una oscuridad eterna y de Natasha.

Su hermana era la luz en medio de las tinieblas; una luz sin la cual se hubiera perdido para siempre. La única persona por la cual lo daría todo. Sin Natasha, Joel se hubiera dejado morir hacía mucho, mucho tiempo.

—Tengo que estar alerta y no distraerme contigo, Dorcas —masculló entre dientes la cazadora—. Soy una profesional.

Joel la miró.

—Sé que no me oyes. Hay demasiado ruido —dijo la joven, atenta a la expresión seria de su amigo.

Se trataba de un ser sombrío cuyo único entretenimiento consistía en decapitar vampiros.

—¿Por qué no puedo dejar de verte? ¿Acaso me tienes embrujada? No puedo trabajar así, precioso. Me distraes.

Otra muchacha se le acercó, con intenciones dudosas. Erika bufó.

—No tienes oportunidad, chica. Lo siento. Ese niño lindo es mío.

La rubia le dijo algo al oído, y Joel se puso de pie.

—¿Qué diablos? —farfulló la cazadora.

A continuación, Joel la tomó de la mano y la llevó a la pista de baile. A esa rubia. No a ella. A la rubia con minifalda y extensiones.

La mano de Erika se posó sobre una de sus dagas. Él le había dicho que detestaba las diversiones mundanas. ¿Por qué de repente se iba con una fulana?

¡Traición!

—Necesito un trago —dijo con un gran vacío en el estómago.

La cacería podía esperar un rato. Ahora no tenía ganas de nada.

—¿Qué te sirvo? —preguntó el barman, un tipo alto, musculoso y lleno de tatuajes, cuando ella se sentó en la barra. Le recordaba mucho a su hermano



León. Incluso tenían el mismo corte de cabello: calvos.

—Un Bloody Mary.

El muchacho se volteó y ella se dedicó a torturarse a sí misma, buscando a su compañero.

No parecía haber vampiros en el Edén esa noche. Nada más que gente divirtiéndose, y ellos. O, mejor dicho, ella. Porque Joel estaba pasándola muy bien. Allí, encandilado por esa rubia que no paraba de restregársele, como si fuese una gata en celo. Qué repugnante.

El barman le alcanzó la bebida, y ella se la llevó a la boca. Un segundo antes de tomarla, arrugó los labios y levantó la vista hacia ese sujeto que la contemplaba expectante. Había algo raro con él. Era apenas perceptible, pero allí estaba. Y no podía ignorarlo. Ese sujeto tenía olor a sangre. Sangre fresca.

Decidió que ya no quería su trago.

—Oye, cabeza de huevo —lo llamó—. Esto no es lo que ordené.

Le lanzó el contenido del vaso en la cara.

Él se cubrió con las manos y soltó un gemido.

«Ácido».

El tipo le enseñó los colmillos. El ácido le había perforado la piel.

—Eres un pésimo barman. ¡No puedes tratar así a tus clientes!

Erika sacó sus dagas, armas benditas que le había regalado su abuelo para su doceavo cumpleaños, y saltó sobre la barra con agilidad. Por lo general, era bastante cuidadosa en lo que se refería a matar en sitios públicos, pero ese sitio público en particular era un antro del mal. Lo que ella hiciese o dejase de hacer pasaría inadvertido.

Un segundo bastó para que el vampiro saliera corriendo. El muy cobarde se escabulló detrás de una cortina que ocultaba la entrada a un largo y estrecho pasillo carente de luz.

—Ni creas que te dejaré huir tan fácilmente, calvito. —Erika lo siguió hasta que llegó a una puerta cerrada con llave.

Evaluó la situación y tomó carrera. Había ido por algo de acción esa noche, y eso era lo que tendría. Aunque eso significara dislocarse un hombro.

Acto seguido se arrojó contra la puerta cerrada.

Todo cuanto sabía lo había aprendido de su hermano mayor. Menos el instinto suicida. Eso lo había heredado de su padre.

Derribó la puerta.

El cuarto se hallaba en penumbras. Se suponía que un cazador nunca debía aventurarse solo porque podría caer en una trampa. Pero no tenía idea de dónde se había metido su compañero. Ni quería saberlo. Además, era bastante capaz de vencer a ese vampiro sin ninguna ayuda. Lo que la asustaba un poco era la oscuridad. La hacía sentir que se encontraba atrapada en una especie de limbo sin salida.

Maldita fobia.

—¿Dónde estás vampiro? Sal para que pueda matarte —gritó. No porque esperara una contestación, sino porque detestaba el silencio. Siempre lo había detestado.

—Aquí estoy, morena. —El vampiro tatuado se presentó ante ella con una sonrisa escalofriante en el rostro quemado. Lucía ligeramente satisfecho, como si se hubiera salido con la suya.

«Mierda», pensó Erika al ver que detrás de él salían otros dos chupasangres que, en un abrir y cerrar de ojos, bloquearon la única salida.

Le habían tendido una trampa.

## LLÉVAME A CASA

Erika estudió a los tres vampiros que la tenían acorralada.

«Puedes hacerlo. Puedes vencerlos», se alentó a ella misma.

La aterraba tener que enfrentarse sola a ellos, pero no le quedaba alternativa. Echarse atrás era algo que no haría. ¿Y huir como una cobarde? ¿Qué pensaría su abuelo si la estuviera viendo? ¿Y qué le diría León si estuviera allí con ella?

«¡Acaba con ellos, pequeña!».

Una imagen acudió a su rescate: ella rodeada por sus hermanos durante una tarde de verano, en la que había logrado derribarlos a todos. Si había podido hacerlo antes, podría ahora. Esas bestias horribles no se diferenciaban en nada a sus hermanos. Tampoco le tendrían piedad.

La ventaja era que, a diferencia de sus hermanos, a estos sí podía matarlos.

Erika esbozó una sonrisa torcida ante la posibilidad de demostrar sus verdaderas capacidades. Debía valerse por sí misma, sin el gran cazador Dorcas cuidando su espalda. Debía demostrarle que sabía sobrevivir sin él; que no lo necesitaba.

—Agárrenla —ordenó el vampiro de los tatuajes.

Unos gemelos orientales salieron de las sombras, tras ella. La única diferencia que había entre ellos era el color de su cabello. Ambos lo llevaban largo hasta la cintura y recogido en una cola de caballo. Uno lo tenía de color blanco, y el otro, negro. Llevaban ropa de seda como la que se usaba en kung fu, lo que intimidó un poco a la cazadora. El de pelo blanco la usaba negra, y el de pelo negro, blanca. Como el yin y el yang.

Los gemelos intentaron tomarla de los brazos. Erika giró y golpeó a uno de ellos en la nariz, mientras que al otro le clavó una de las dagas en el pecho, a pocos centímetros del corazón. Su grito la aturdió. Se la arrancó, pero no pudo utilizarla contra ella. La daga le quemó la mano y no tuvo más remedio que soltarla.

Ningún vampiro era capaz de utilizar armas benditas. Los lastimaban. Aunque no todos los cazadores las poseían.

El vampiro tatuado se acercó a ella y la tiró al piso de un puñetazo. El dolor del golpe le recordó a Erika que no se encontraba en un entrenamiento. Ellos la matarían si les daba oportunidad.

—Levántate —gritó el vampiro pelón.

Ella se puso de pie, y él intentó golpearla otra vez. En esta ocasión, Eri se echó hacia un costado, y el puño del vampiro pasó rozando su cabello. Luego, la cazadora contraatacó; abrió un tajo en el cuello de su oponente.

—Maldita perra.

Uno de los hermanitos *yin yang* la sujetó con fuerza. Le dobló el brazo hacia atrás y la obligó a soltar la daga que sostenía. Eri concentró su Chi como le había enseñado su abuelo Abel, y pateó al maldito en la cara. Se dio vuelta y le hundió la daga en el corazón.

El furioso rugido de su hermano retumbó por el cuarto. *Yang* se lanzó contra ella con el mismo estilo de lucha que Grimm. Se movía con demasiada velocidad y se escurría cada vez que intentaba atraparlo. Resultaba desesperante. Y no se cansaría.

Una potente patada en el estómago la dejó sin aire. Cayó de rodillas con una única cosa en la cabeza: no podía creer que Joel no estuviese allí para ayudarla. Seguro que andaba besuqueándose con esa rubia teñida mientras ella corría peligro de muerte. Ese maldito cabrón. Tenía ganas de... de...

Su enemigo cayó muerto y desapareció en una nube de ceniza. Eri le había arrojado la daga sin darse cuenta.

Quedaba el barman: Dvorak (así decía su gafete), el que le había dado el ácido para que bebiera. Un tipo grande pero no tan rápido como los gemelos.

Los músculos de Erika estaban acalambrados. Los golpes recibidos la habían aturdido y le costaba mantenerse centrada. Un par de golpes y el juego acabaría. Solo debía asegurarse de no ser ella quien los recibiera.

—Eres más fuerte de lo que había pensado —dijo él—. Me gusta eso.

—No te gustará cuando te mate —contestó la mujer, tratando de recobrar el aliento.

Si había algo que caracterizaba a los Cross era su facilidad para sanar. No obstante, ese gorilón también parecía haberse recuperado. No había rastros de la quemadura de ácido, ni del corte en su cuello.

—Hagamos este juego divertido. —Sonrió el vampiro.

Extendió una larga cadena entre sus manos y la revoleó en círculos, por encima de su cabeza.

Ella empuñó sus dagas. No sería nada fácil terminar con él.

«Bien, Leoncito, recordaré todo lo que me enseñaste. Aquí voy».

—Ven por mí —lo desafió Erika—. Te reto.

Natasha revisó que el muchacho no la estuviera siguiendo.

—La próxima vez que me pregunte si puede beber mi sangre, le diré que no —murmuró.

Había estado caminando hacia el norte en línea recta por más de media hora. Debía hallar algún rastro de vida humana cerca.

—No volveré a confiar en su palabra. Ni siquiera le hablaré otra vez. ¿Quién sabe si lo veré de nuevo? Joel no permitirá que alguien tan peligroso siga viviendo con nosotros. Grimm es demasiado voluble. Además, quería matarme. Cuando mi hermano se entere...

Se detuvo al toparse con una enorme reja de hierro que le cerraba el paso. Se extendía hacia ambos lados y parecía interminable.

—Me pregunto qué habrá del otro lado.

Una densa arboleda le impedía divisar más allá. Pensó en cruzarla saltándola, pero desistió cuando se percató de sus miembros en estado de

agonía. Si no era capaz de correr, mucho menos de saltar.

—A buscar la puerta —dijo, con la esperanza de hallar una persona que estuviera dispuesta a llevarla a casa y que no intentara comérsela en el camino. Algo bastante difícil de encontrar en esos días.

Pronto dio con un imponente portón. Le costó un poco abrirlo, debido a su tamaño. Esa reja sí que mantendría alejados a los vampiros. Y a cualquier otra criatura.

—¿Quién, en su sano juicio, viviría en un sitio semejante?

Ese bosque era como una trampa mortal para cualquiera que intentase atravesarlo después del crepúsculo, con todos esos vampiros sueltos por ahí.

A lo lejos, Nat vislumbró una antigua casa de piedra que se alzaba oculta entre los árboles y la invitaba a entrar.

—Perturbadoramente bella —suspiró.

La casa tenía aspecto desolado y un encanto difícil de explicar con palabras. Ninguna luz parecía brillar en el interior y, por fuera, los rayos de luna que caían sobre las rocas grises le daban un aspecto sobrecogedor, espectral y hermoso. Una sensación de familiaridad la embargó al reparar en la aldaba de bronce, que tenía la forma de la cabeza de un león con las fauces abiertas. Tenía la sensación de que había estado allí antes, a pesar de saber que nunca había pisado ese bosque. Incluso creía saber cómo era el edificio por dentro, si cerraba los ojos e intentaba imaginarlo.

La casa la llamaba, la atraía de un modo poderoso, la incitaba a abrir la puerta y atravesar el umbral.

«Ven a mí, Natasha. Ven a mí», parecía decirle.

Sus pasos resonaron con fuerza cuando entró en aquella silenciosa casa. La impresionante chimenea, a cuyos lados dos hermosas musas de mármol negro con largos cabellos enortijados parecían reposar tranquilas, se encontraba encendida. Sobre esta, un enorme espejo de marco dorado le devolvía su reflejo. Ni siquiera reparó en su imagen desarreglada.

Había mucho qué ver allí: grandes cortinas de terciopelo verde oscuro

cubrían los ventanales, y una majestuosa araña de cristal de roca pendía del techo, en medio de aquel imponente salón iluminado con velas. Cientos de ellas, brillando como pequeños fuegos fatuos, generaban un efecto de fantástica ensoñación.

El mobiliario era antiguo, pero estaba bien conservado, como si nunca hubiera sido utilizado. Natasha se acercó a un sillón rojo colocado frente al fuego, y decidió probarlo para comprobar si era tan confortable como lucía.

Se reclinó y cerró los ojos.

La despertó el sonido suave y melancólico de un piano. Se trataba de una melodía oscura y maravillosa. Natasha sintió cómo se le erizaba la piel y se le estremecía el corazón. Cada nota, una lágrima. Todas juntas, un llanto desconsolado. Quien la había escrito debía guardar un gran dolor.

Un escalofrío la recorrió al darse cuenta de que ya no estaba en el sillón de la sala, sino que ahora descansaba en una suntuosa cama de roble, ubicada en una portentosa habitación. Había una rosa blanca recién cortada y bañada de rocío en la mesa de luz. Se inclinó para sentir su aroma y reparó en el lujoso tocador que había contra la pared. Sobre este había una colección de joyas resplandecientes. Y, a los pies de la cama, un fino vestido de encaje negro. Alguien había tenido la amabilidad de cargarla hasta allá y de dejarle ropa para que pudiera cambiarse, ya que la suya había quedado hecha un asco.

—¿Debería de probármelo? —se preguntó, mordiéndose el labio. Se trataba de un vestido delicado y hermoso, largo casi hasta los pies—. Ay, no, no, no. ¿Qué estás diciendo, Tasha? Ni siquiera sabes quién vive aquí. Un loco, un homicida, un vampiro... Un vampiro loco y homicida...

Sus ojos se posaron en el encaje y suspiró, rindiéndose. Se sentía incómoda y sucia. Tenía que cambiarse.

—Está bien. Me lo pondré. Pero después buscaré al dueño de esta casa para darle las gracias por su hospitalidad. A menos que quiera matarme, en cuyo caso no le agradeceré nada.

Se quitó la ropa llena de lodo y se puso el vestido, que parecía el de una princesa gótica. Tomó el cepillo de la cómoda y se desenredó el cabello.

Acababa de peinarse cuando la música cesó, y entonces recordó que no se encontraba sola en esa casa.

Oyó un portazo y pasos en las escaleras.

Alguien se acercaba.

—Ups.

No había tiempo de cambiarse otra vez. Rodó bajo la cama y esperó a su anfitrión, que entraría en cualquier momento.

¿Para qué esconderse? Esa persona sabía que estaba ahí. Quizás querría presentarse. Pero ¿y si no? ¿Si su plan era otro? Había visto suficientes películas como para imaginar un montón de situaciones aterradoras y sangrientas.

La puerta se abrió y un par de zapatos caros se desplazaron por la habitación.

Natasha intentó no hacer ruido. Ni siquiera se movió. Un miedo inexplicable se apoderó de ella. Solo quería ir a casa, donde sabía que estaría a salvo de todo mal.

Salió de su escondite cuando oyó la puerta cerrarse y a aquella persona, quienquiera que fuese, alejarse luego de un momento que se le hizo interminable.

—Será mejor que me largue de aquí. No me gusta para nada el ambiente de este lugar. —Buscó las cosas que había dejado sobre la cama—. ¿Y mi ropa?

Ese hombre se la había llevado.

—Genial. Ahora tendré que salir afuera así, disfrazada de antigua muñeca de porcelana —se quejó.

Intentó escabullirse por la ventana, pero esta no podía abrirse. No quedaba más alternativa que salir de ahí como había entrado.

Recordó que había metido la estaca que Grimm le había dado en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Maldición.



Había quedado indefensa igual que un pollito que acababa de salir del cascarón o uno de esos peces que saltaban fuera del agua. La idea de encontrarse a merced de un desconocido no le gustaba en lo absoluto. ¿Qué tal si se trataba de Ruthven? Trató de no pensar en él ni en sus colmillos hundiéndose en su cuello.

Abrió una de las largas y pesadas cortinas púrpuras que cubrían las ventanas y dejó que la luz de la luna menguante cayese de lleno sobre ella.

—No debería salir al bosque aún. Será mejor que busque un teléfono y avise que estoy aquí. —Se paró frente al espejo y le dijo a su propio reflejo —: Joel vendrá por mí.

Abrió con cautela la puerta de aquel elegante cuarto y asomó la cabeza.

Hacia la izquierda, el corredor se extendía hasta perderse en la oscuridad. A la derecha había unas escaleras que bajaban en línea curva. Quizá podría escabullirse sin ser notada.

Salió al pasillo y comenzó a bajar, atenta a cualquier sonido que indicase la presencia de alguien más. Sus pasos fueron amortiguados por la alfombra. Respiraba de un modo irregular y superficial, por lo que pronto necesitó inspirar una gran bocanada de aire.

Un mareo repentino la hizo perder el equilibrio. Con el pulso acelerado, se tomó con ambas manos del barandal de hierro. Entonces, notó el intenso rojo que cubría su muñeca: la herida que le había causado Grimm sangraba. Y la sangre había traspasado el pañuelo que Nat había atado alrededor de la mordida. Dejó un camino escarlata en el hermoso barandal, también en el piso. Un impensado rastro, quizá, para que los vampiros la encontraran.

Continuó bajando con el brazo presionado contra su pecho, para detener la caída de la sangre. Ahora también había ensuciado ese bellissimo vestido. Tenía ganas de darle a Grimm una bofetada. Se desangraría por su culpa.

Un mal presentimiento la invadió. Algo no andaba bien en esa casa. El aire era denso, difícil de respirar. Y el aroma que se sentía parecía una mezcla entre flores marchitas y otra cosa. Algo sutil, pero identificable.

—Muerte —murmuró.

No era difícil de imaginar una familia entera asesinada a sangre fría, una pila de cadáveres apilados en el sótano. Por un momento, sintió que los había visto. Sus ojos opacos, los rostros desfigurados por el miedo y la sangre. Toda esa sangre escurriendo por sus miembros inertes hasta llegar al suelo para formar un enorme y negruzco charco putrefacto.

—Creo que he visto demasiadas películas de terror.

Oyó un sonido y se dio vuelta.

Nada.

Otro ruido la mantuvo en vilo. Aguardó unos segundos en completo silencio.

Sabía que no estaba sola. Había una presencia cerca..., una presencia que despertaba en ella una inexplicable sensación de desasosiego que aumentaba con cada respiración, con cada pulsación de su corazón acelerado.

«El miedo es un sistema de defensa —le había dicho una vez su padre, cuando era pequeña—. Por eso, si algo te asusta, debes evitarlo. Si un día sientes que te invade un miedo irracional, sal de donde quiera que te encuentres porque eso significa que estás en peligro».

Huir. Su padre le había aconsejado que evitara el peligro, en lugar de enfrentarlo. Tal vez debiera hacerle caso e ignorar su impulso de pelear. Se preguntó si él le habría enseñado a cazar o, como Joel, le hubiera ocultado la verdad para que pudiese tener una vida normal.

Jamás lo sabría.

—Luces preciosa. —La sorprendió una voz suave como la seda.

El vampiro se encontraba de pie, apoyado contra una de las perfectas musas de piedra negra de la chimenea. Esbozaba una sonrisa sutil y engreída. Su cabellera ondulada y roja caía, suelta, sobre sus hombros, y tenía la camisa blanca desabrochada. Parecía uno de esos personajes de las novelas románticas baratas que Erika guardaba debajo de su cama. En la portada siempre había un hombre como él. Solo que este era un vampiro. Debía recordarlo. Se trataba de un horrible monstruo, que había hecho cosas terribles. Un horrible, horrible monstruo chupasangre que mataba gente

inocente para saciar su sed de sangre y muerte.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —preguntó, enseñándole la copa de cristal que sostenía en la mano, y que contenía un sospechoso líquido negruzco en su interior.

—No, gracias —contestó ella con asco.

¿Por qué todos le ofrecían cosas que no quería tomar: cicuta, sangre, etcétera?

Debía salir de allí antes de que la situación se tornara aún más peligrosa.

Ruthven rio de un modo encantador. Maldito vampiro pelirrojo y sensual.

—No sabes de lo que te pierdes, preciosa. —Aspiró el aroma de su misterioso brebaje y dejó la copa sobre el estante de la chimenea.

«Puaj».

No había ninguna botella a la vista. Pero claro, la sangre no se conservaría bien embotellada. Tal vez la mantenía guardada dentro de sus envases originales hasta el momento de beberla, para que no se le echase a perder.

El vampiro caminó hacia ella con lentitud. Parecía un gato, y sus ojos verdes brillaban como dos faroles en la penumbra.

«Absolutamente diabólico», pensó Natasha. «Y absolutamente encantador».

No podía dejar de admirarlo.

Temblaba de pies a cabeza, pero no quería que él lo notara. Sin embargo, nada se le escapaba a ese vil y carismático representante de la parca. ¡Cómo deseaba que Joel estuviese ahí! Su hermano mayor era el único capaz de ayudarla, el único que podría sacarla de esa espeluznante casa y darle una bien merecida lección a ese tipo. Natasha no se permitió a sí misma esperar que Grimm fuera a rescatarla como un superhéroe, atravesando la ventana de un modo espectacular.

Él quería cazarla también.

Retrocedió en dirección a la salida, con la inútil y tonta esperanza de alcanzarla.

Su corazón dio un brinco cuando notó las heladas manos posadas en su cintura.

Ruthven se había movido con una velocidad que escapaba a su pobre percepción, y se había situado detrás de ella. Le impedía continuar su marcha.

—Por lo que veo, tus capacidades de cazadora no se han desarrollado aún —dijo en tono jocoso, apartándole el cabello para examinarle el cuello, allí donde había dejado su marca—. Eres tan joven..., tan indefensa. Tan bella, Natasha Dorcas, que podría comerte.

Ella lo miró a los ojos. De repente, ya no le pareció tan amenazador ni tan maligno. El vampiro acarició su mejilla y pasó la mano con lentitud por su cuello, adueñándose de uno de sus suspiros.

Sin ser capaz de controlar sus acciones o sus sensaciones revolucionadas, Nat cerró los ojos y se dejó acariciar. El deseo de escapar se hizo a un lado y fue sustituido por el sopor.

El malnacido controlaba su cuerpo. La manipulaba como a un títere.

Ansioso por morderla de nuevo, él se inclinó sobre su cuello.

«No lo harás de nuevo», gritó por dentro.

Nat hizo uso de su fuerza de voluntad y le impidió atacarla por segunda vez: se cubrió el cuello y se apartó de él.

Esos colmillos malignos no llegaron a tocarla. No volverían a tocarla jamás.

Ruthven tomó su mano con extrema suavidad y depositó un dulce beso sobre ella.

¿Cómo podía ese hombre ser el mismo que la había atacado de manera tan brutal en el callejón del cine? La aturdía. Sus desconcertantes besos subyugaban su voluntad, destruían sus defensas. Natasha luchaba en vano por mantenerse alerta frente al enemigo, mientras este recorría con la boca su mano y con los dientes arrancaba el pañuelo que tenía atado en la muñeca.

El rostro del vampiro se tensó al ver la reciente mordida que sangraba.

—Dejaste que ese chico te marcara —farfulló.

La sujetó tan fuerte del brazo que ella pensó que se lo rompería.

—Le diste tu sangre a ese monstruo —añadió con ferocidad.

—Él no es un monstruo. Usted lo es. Él es un cazador. Un dhampyr, como yo.

—Te equivocas. No es como tú.

—¿Ah, no? Y si no es un dhampyr, ¿qué es?

Ruthven estaba dispuesto a responder. Esa niña tenía derecho de saber a quién le depositaba su confianza. A veces las apariencias engañaban, en especial en el mundo de los vampiros y los cazadores.

—Pues él es un...

Un estruendo ensordecedor hizo que la voz del Ruthven dejara de escucharse. Ella solo vio sus labios moverse, pero no entendió lo que trató de decirle. Ni siquiera le importó. Uno de los ventanales de la sala estalló, y la lluvia de cristales voló en todas direcciones cayendo encima de Dorian y de la muchacha, quien se cubrió la cara con el brazo que tenía libre.

Natasha contempló el desastre al descubrirse los ojos. Alguien había cometido la locura de destrozar el ventanal, aventándose contra él. Rodó por el suelo luego de aterrizar, y se detuvo justo frente a ellos.

Él había venido a buscarla.

—¿Grimm? —se asombró Nat, feliz de verlo, a pesar de todo lo que había pasado en el bosque.

Esperaba que ya no quisiera matarla, que hubiera vuelto a la normalidad.

El joven se enderezó con un quejido y se sacudió los cristales de encima.

—Ufff, pero qué fastidio. La próxima vez me ahorraré la entrada dramática y usaré la puerta.

Ruthven hizo un mohín.

—Hueles a ella —manifestó con resentimiento.

El muchacho se encogió de hombros y se sacudió el pelo en un intento por deshacerse de los últimos trozos de vidrio.

—¿Sí? Qué se le va a hacer. No tuve tiempo de bañarme, ni de ponerme

bonito para la ocasión. —Contempló a la joven con atención.

Ese chupasangre la tenía abrazada

—¿Interrumpo?

—No seas idiota y sácame de aquí —masculló Natasha.

—Por supuesto que interrumpes. —Dorian tapó la boca de la joven, antes de que esta protestara—. La señorita y yo estábamos disfrutando de una estupenda velada romántica.

Nat se enfureció. *Disfrutando* no era el término que ella hubiera utilizado. «Y ¿romántica? ¿En serio? Por favor. Un par de besos en medio de un ritual de alimentación vampírica no tienen nada de romántico».

Forcejeó para liberarse del vampiro, pero él no tenía intenciones de soltarla. Además, ella carecía de la fuerza y la energía suficientes para luchar. Apenas lograba mantenerse despierta. Había sido un largo día y, lo peor, aún no terminaba.

—Si aprecias tu vida, cazador, te irás por donde viniste —dijo el vampiro.

El chico respondió:

—Eso quisiera, pero verás mi vida no es algo a lo cual le tenga un cariño especial. Sinceramente, no la valoro lo suficiente como para hacer lo que tú me dices, chupasangre.

—¿Valoras la vida de esta joven? —quiso saber Dorian, con curiosidad.

Natasha también quería saberlo. Miró al chico con atención. Aunque la respuesta no era difícil de adivinar.

El muchacho se cruzó de brazos.

—No —contestó.

«Lo sabía. No soy más que un estorbo para él», pensó Nat con resignación.

—¿De veras?

—De veritas —repitió el chico—. Ella no vale nada para mí.

—Uno no se arriesga así por alguien que no le importa —manifestó Ruthven—. Estás enamorado de esta chica.

Grimm frunció el ceño ante aquellas palabras.

—¿Estás fumado, vampiro? —Miró a Natasha con desprecio, lo que la hizo pensar que estaba hablando en serio—. No lo estoy, ni lo estaré nunca. Si la acompaño, es porque su hermano me obligó. Ni siquiera somos amigos.

Natasha sintió deseos de llorar. Jamás le gustaría a él, lo sabía. Pero escucharlo de sus labios la hacía sentir peor. Sabía que con derramar unas lágrimas no solucionaría nada, pero no podía controlar ese sentimiento que le oprimía el pecho y no la dejaba respirar. Ese tonto la despreciaba. Lo había dejado claro.

—Oh, mira, hiciste llorar a la pequeña —anunció Dorian, estrechándola contra su pecho carente de latidos—. Pobrecilla.

—Suéltame —exclamó Nat, sin poder zafarse del abrazo.

—A mí sí me importas —susurró él, acariciando su largo cabello negro—. Si te quedaras conmigo, verías que no estoy mintiendo, Natasha.

Aspiró su perfume y posó los labios sobre su cuello, haciendo que ella se sobresaltara. La había besado con gran delicadeza.

—Quédate. Yo puedo hacerte feliz.

Grimm bufó, asqueado.

—Déjala. —Y masculló entre dientes—. Ella no se quedará contigo.

—¿Cómo dices? —preguntó Dorian, torciendo la cabeza.

La muchacha lo miró y notó que sus ojos ya no eran de color negro, sino del verdemar que le encantaba.

Grimm había vuelto a ser Grimm. Imprudente, precipitado, impredecible.

—Que la sueltes, feo. Natasha se irá conmigo —repitió.

—No te entiendo, cazador —manifestó Ruthven.

—Bienvenido al club —suspiró Nat, poniendo los ojos en blanco.

Ambos la miraron con extrañeza.

—¿De qué lado estás? —preguntó el chico.

—Aún me lo estoy pensando. Los dos han tratado de matarme, ¿sabes?

—Perdona. No quise hacerlo —se disculpó Grimm.

—Yo sí quise —sonrió Dorian, de un modo inocente.

—Estoy de tu lado, Grimm —exclamó Nat con rapidez—. Por favor, llévame a casa.

—¿A qué crees que vine? —inquirió él.

—A asesinarla —contestó el vampiro—. Viniste a asesinarla.

La mirada de Joel se hallaba fija en sus manos. Las cenizas de la vampiresa que acababa de matar se habían esparcido con el viento, pero la oscura sangre aún continuaba sobre sus palmas, ejerciendo sobre él una extraña fascinación.

—Los cazadores de vampiros odian la sangre. La odian porque sus enemigos se alimentan de ella —dijo—. Los vampiros se alimentan de la energía vital de otros porque están muertos. Porque no pueden producirla ellos mismos. En cambio, los cazadores son seres vivos. Ellos no necesitan sangre para subsistir. *No* la necesitan.

Cerró sus ojos y se fundió con la negrura de la noche, envuelto en un manto de silencio y en paz con la amarga soledad de su espíritu. Un espíritu condenado a permanecer, por siempre, atrapado en las tinieblas de su propia alma.



## RESCATAR A LA DAMISELA O MORIR EN EL INTENTO

La sangre que corría por las venas de Grimm bullía por las palabras del vampiro. Si había algo que detestaba era a los chupasangres y sus juegos mentales. Lo único que deseaba era salir de esa casa cuanto antes, y no regresar jamás mientras viviera.

Notó cómo los ojos de Ruthven se oscurecían. Joel le había dicho una vez que aquellos se volvían negros porque sus pupilas se dilataban en extremo, con el fin de proporcionarles una excelente visión nocturna. Cada una de las características de los vampiros era una adaptación para la supervivencia. Incluso la crueldad.

«No puedes tener compasión si para sobrevivir tienes que matar», le había explicado su mentor.

Tenía que actuar rápido y atacarlo, antes de que volviese a poner sus horribles colmillos sobre Nat.

Natasha observó al muchacho que había ido en su ayuda. Tenía la mirada clavada sobre Ruthven.

—Grimm, no —le advirtió al adivinar sus pensamientos.

El joven puso cara de desconcierto.

Ella intuía que pelearía aun estando en desventaja. La idea de que el muchacho fuese despedazado ante sus ojos le provocaba un vacío en el estómago.

Dorian no era débil como los vampiros del bosque. Detrás de su delicada

aparición se ocultaba un ser que había logrado prolongar su existencia durante siglos. De él emanaba la sutil esencia de la eternidad.

—Va a asesinarte —dijo ella sin hablar, apenas moviendo los labios—. Vete de aquí.

—Esta jovencita quiere salvarte la vida, cazador —reveló el vampiro—. Pero tanto tú como yo sabemos que no la escucharás. Eres demasiado orgulloso, y Joel no está aquí para decirte qué hacer. Vas a tener que decidir sin consultar a tu tan respetado líder, a quien por error has tomado como la voz de tu conciencia. ¿Qué harás, Frederick Grimm? ¿Hacerle caso a esta niña, o pelear conmigo?

Grimm dio un paso al frente.

—Pelearé —contestó, harto de ese tipo.

Quería ponerlo en su lugar: un ataúd.

—Excelente.

Nat, carente de fuerzas, perdió su punto de apoyo cuando el vampiro la soltó. Su cuerpo se desplomó, y entonces fue consciente de su propia debilidad.

—Lo siento, linda. Más tarde vendré por ti. —Sonrió el vampiro.

Se movió tan rápido que ella dejó de percibirlo. ¿Dónde? ¿Dónde estaba?

Apareció detrás de Grimm, con una enorme sonrisa de satisfacción.

—¡Cuidado! —exclamó Nat, señalándolo.

El chico reaccionó al instante. Tenía muy buenos reflejos.

La mayoría de los movimientos de Ruthven pasaban inadvertidos para la joven, que intentaba comprender la lucha que se llevaba a cabo. Solo al enfocar su completa atención conseguía seguir la mortal danza. Resultaba agotador para alguien sin entrenamiento como ella.

Grimm parecía dar golpes en el aire. Si uno de ellos llegaba a atinarle a su contrincante, lo lanzaría hasta el otro extremo del cuarto. El enojo en Frederick se convertía en pura energía destructiva. Sin embargo, ¿cuánto duraría, antes de que cayese rendido ante el cansancio? ¿Cómo vencería sin

un arma? ¿Cómo saldrían de allí vivos? Cada pregunta que se le ocurría a Nat la hundía más y más en la desesperanza. El éxito se encontraba en manos de ese suicida adicto a la adrenalina porque ella no era capaz de, siquiera, ponerse de pie. Se prometió que, si lograba salir de esa casa, entrenaría para convertirse en la mejor. De ese modo ya no necesitaría la protección de nadie, y mucho menos de un chico que no la soportaba.

Aprendería a cuidarse sola.

El estruendoso estallido de un jarrón sobresaltó a la muchacha, que notó un manchón escarlata adornando el difuso cuerpo de Grimm. Él ignoró su puño cubierto de sangre y continuó luchando como si nada. Nat envidió su tolerancia al dolor. ¿Sería producto del entrenamiento? Tal vez no se había dado cuenta de su herida. Ganar la pelea era su único objetivo. Lo demás, no existía... no importaba. Al menos, eso era lo que pensaba. En cambio, la atención de Ruthven se encontraba dividida entre el cazador y Natasha, a pesar del peligro que suponía el enfrentamiento. Él no se había olvidado de que ella continuaba allí.

Uno de los puñetazos de Grimm manchó de rojo el rostro del vampiro. Este se limpió rápido con la manga de su camisa. Nat reparó en su expresión sombría. Le dio la sensación de que la sangre del cazador le provocaba repulsión.

Empujó al chico con violencia, y este cayó rodando sobre los vidrios de la ventana destrozada.

—Alto —gritó Natasha, al verlo patear a Grimm con una ira descontrolada—. ¡Basta ya! Vas a matarlo.

Él se detuvo y se volvió hacia la joven.

—No creas que tu llanto va a conmoverme. Mi corazón ha dejado de latir hace mucho, mucho tiempo.

La atención de Nat se posó, de inmediato, en Grimm: había aprovechado el momento para tomar un trozo puntiagudo de vidrio. Era asombroso que todavía permaneciera consciente. Su fuerza era admirable. De haber sido un chico común y corriente, estaría muerto.

Natasha trató de levantarse, sosteniéndose de una silla. Tenía que hacer algo para ayudar. Odiaba sentirse inútil. Por lo menos, debía distraer al vampiro para que Grimm escapara.

Dio un paso hacia él.

No tenía idea de lo que estaba haciendo, ni de lo que haría a continuación. Ni siquiera sabía si podría mantenerse erguida mientras pensaba en el poco tiempo de vida que le quedaba.

Sus piernas flaquearon. Grimm se adelantó para sostenerla.

—¿Qué crees que haces? ¿Te has vuelto loca? —la regañó el muchacho, alejándola de Ruthven.

—¿Cómo llegaste tan rápido hasta mí, si estabas allá? —se sorprendió la joven, quien creía que se hallaba moribundo.

—Vine corriendo, linda. Todavía puedo hacer uso de mis piernas, a diferencia de ti. ¿Se puede saber qué intentabas?

—Trataba de ayudarte —murmuró Nat.

¿Acaso la había llamado «linda»? Ella debía de haber oído mal.

—¿Cómo me ayudarías?

—Pues... no sé...

—Shhh —la calló Grimm, poniéndose tenso. Por un instante, se había olvidado de su enemigo. Este continuaba ahí, escuchando con atención cada una de sus palabras y midiendo cada uno de sus movimientos—. No digas nada. Ni siquiera te muevas.

Ahí estaba de nuevo el dictador. Natasha sintió el roce de un objeto frío y punzante en su cuello: el vidrio.

El vidrio que él acababa de tomar.

¿La amenazaba con él?

—Nos dejarás salir ahora o la mataré —dijo Grimm al vampiro, quien se había quedado paralizado.

«Ja. Como si a Ruthven le importase que él me tenga amenazada», pensó la muchacha. «Ninguno de estos tipos se preocupa por lo que me pase. Que

muera o no les da lo mismo».

—¿Vas a matarme? —inquirió, desafiante.

Él contestó en voz baja, haciéndole cosquillas con su aliento:

—Me niego a dejarte en manos de un vampiro. Así que... O nos vamos de aquí los dos, o no se va ninguno. —Sonrió con desfachatez.

O sea que la respuesta a su pregunta era sí. La mataría. Le rebanaría el cuello como si fuese un trozo de jamón cocido.

El nivel de su guapura se encontraba al mismo nivel que el de su capacidad para hacerla enojar. ¿Así que, si no la salvaba, se desharía de ella? ¿Así como así? Qué maldito. ¿Cómo podía gustarle este sujeto?

Grimm conservó la calma. No porque estuviera seguro de que su plan funcionaría, sino porque el miedo era el peor enemigo de un cazador. Además, ser asesinado por un vampiro sádico sería cien veces mejor que enfrentarse a Joel para decirle que había perdido a su hermana pequeña. A él sí que le temía. ¿Quién no?

Seguiría hasta las últimas consecuencias con lo que se había propuesto: rescatar a la damisela o morir en el intento.

Dorian se mantuvo impasible ante la amenaza del joven. Conocía a los cazadores de vampiros. Sabía de lo que eran capaces. ¿Sería este muchacho tan sanguinario como ellos? La mano que sostenía el trozo de vidrio no temblaba ni siquiera un poco. La expresión sombría del cazador no guardaba el menor indicio de duda ante la inminencia de la muerte. Había algo estremecedor en él, en sus ojos. Sin embargo, el ritmo vertiginoso de su pulso no hacía más que aumentar, presa de un sentimiento furtivo e incomprensible.

«En este cuento no hay príncipe azul. Todos son monstruos, princesa», pensó el vampiro, comprendiendo que ese chico no dudaría en cumplir su palabra.

Erika necesitaba un respiro. Presentía que doña Parca le pisaba los talones. Ese vampiro de dos metros revoleando una cadena con la que podría volarle la cabeza no era una buena señal.

Y Joel que se había olvidado de ella. La había dejado sola por irse a buscar diversión barata con una cualquiera. Después de tantos años como compañeros, Eri al fin se daba cuenta de que él no le correspondería. Aquel hombre tenía una insuficiencia amorosa. Tal vez, ni siquiera le importaba si vivía o moría tirada en una zanja y devorada por los bichos.

¿Y qué había con el beso en su habitación?

Un desliz. A cualquiera podía ocurrirle.

«Mi misión es acabar con los vampiros —le había aclarado Joel—. El amor no sería más que una distracción de ese propósito. Por eso nunca me he enamorado y nunca me enamoraré. Si algún día llego a sentir eso que tú dices, te juro que lo ignoraré y seguiré cumpliendo con mi trabajo».

¿Por qué aún después de haberlo oído pronunciar tan terrible sentencia, continuaba esperándolo?

«Porque soy una idiota sentimental y masoquista —pensó—. Pero ya no más. Desde hoy dejarás de tener poder sobre mí, Joel Dorcas. Desde hoy, dejaré de amarte. Desde hoy, empezaré a olvidarme de ti. Y ya nada podrá lastimar mi corazón. Por lo menos, no del modo en que tú lo has hecho».

Ansiaba descargar toda su furia asesina contra ese pelón que la amenazaba de muerte. Necesitaba liberar la rabia que Joel le provocaba con sus rechazos constantes. El vampiro tenía que morir. Ella misma se encargaría de eliminarlo, igual que se desharía de su tonto y desperdiciado amor.

La cazadora avanzó sin miedo por el cuarto en penumbras, en dirección a la puerta y hacia el letal Dvorak. Este la esperaba deseoso de incrementar sus poderes (si un vampiro bebía la sangre de un dhampyr hasta matarlo, absorbía las habilidades de su ancestro sangrepura).

Erika no dejaría que ocurriera. Ningún vampiro había tomado su sangre en el pasado, ni lo haría en un futuro.

Dvorak quiso adelantarse, arremeter contra esa mujer de expresión feroz, pero algo se lo impidió. No logró avanzar un solo paso. Una extraña fuerza le impedía atacarla.

—¿Qué pasa? —preguntó con irritación.

Algo o alguien lo había sujetado de la ropa.

Giró la cabeza hacia atrás y lo único que alcanzó a distinguir, en medio de esa oscuridad, fue el veloz centelleo de una katana shinobi dirigiéndose hacia él.

Ni siquiera se dio cuenta de lo ocurrido. Su cabeza rodó por el piso y su cuerpo se desvaneció en una lluvia de polvo gris que desapareció antes de tocar al suelo.

Erika se cruzó de brazos.

—Te odio, Joel Dorcas —farfulló—. Acabas de matar a mi vampiro.

—Lo siento. ¿Quieres que te consiga otro? —preguntó él con amabilidad.

—No quiero otro. Yo quería *ese*. En él había depositado todas mis frustraciones y sentimientos de ira hacia ti —explicó con los puños apretados.

—Ese vampiro ya está muerto —manifestó él, sin inmutarse, recorriendo con la vista el cuarto pequeño y oscuro—. Pensé que te estaba ayudando. ¿Por qué estás enojada conmigo? ¿Te hice algo?

—No. —Eri entornó los ojos.

—Entonces, no comprendo.

—Ese es el punto —respondió la mujer con irritación—. Lo que me enoja de ti es que no comprendes cómo me haces sentir.

—¿Cómo voy a entenderlo si no me lo dices? —Joel mantenía la calma, pero ella caminaba de aquí para allá, cada vez más ansiosa. Pateó una botella y esta se rompió al chocar contra la pared.

—Aghhh. Se supone que deberías saberlo —masculló, reparando en el rostro confundido de su compañero.

—No soy un ser empático, Eri.

—Ya sé. Ya sé. —La muchacha sacudió las manos espantando moscas imaginarias—. ¿Por qué crees que estoy frustrada? Supuse que podría manejarlo, pero me equivoqué. No soy como tú, señor frío. Ni siquiera soy como Frederick. ¿Cómo diablos hacen ustedes para ignorar lo que sienten y hacer lo opuesto?

—No es que hagamos lo opuesto. Con respecto a Grimm, podría decirte que tiene miedo a enfrentar sus propias emociones. En mi caso... —suspiró—. Ni siquiera sé si las tengo.

—Todos sentimos algo.

—Yo no.

—Es imposible. Debes sentir algo.

—Quizás, pero prefiero no saber de ello. —Reflexionó un momento, y luego dijo—: Si aún estás enfadada conmigo, podemos pelear. Te dejaré golpearme hasta que te canses.

—No tengo ganas —espetó la chica.

—¿Segura?

—Segura.

—De acuerdo. —Él le dio la espalda y caminó hacia la salida.

Erika se tomó un segundo para inspeccionar su retaguardia.

—¿Joel? —lo llamó en voz baja, antes de que su delgada figura fuese engullida por el pasillo.

—¿Si?

En cuanto se volteó, su amiga le dio un rechazazo en la mandíbula.

—Cambié de idea.

Necesitaba, al menos, uno o dos rounds con él.

—Pero no vayas a entusiasmarte, ¿eh? —advirtió—. Esos gemelitos orientales me dejaron exhausta.

—¿Gemelitos?

—Ah. Cierto que tú no estabas —respondió, lanzándole una patada al muchacho.

Él, en lugar de esquivarla, la bloqueó con los brazos, al igual que a las otras que le siguieron. No contraatacó. Era ella quien tenía que descargar su rabia.

—Te necesitaba, Joel, y tú no estabas. ¿Dónde cuernos te habías metido? —bramó.



—Estaba cazando, igual que tú —respondió.

—Sí, claro. *Cazando*. ¡Cazando rubias! —Continuó golpeándolo, cada vez más y más fuerte. Los nudillos le dolían, pero más dolor había en su pecho.

Ansiaba castigarlo por no quererla, por hacerla sentir que moriría cada vez que lo tenía cerca... y porque su corazón amenazaba con estallar cada vez que, sin querer, se tocaban. No era justo que llorara todas las noches y se durmiera preguntándose por qué la rechazaba sin cesar o por qué la evitaba.

El amor apestaba.

Él apestaba.

A veces deseaba matarlo, pero el muy maldito seguía en pie con esa cara de nada. Que no respondiera sus ataques le daba ganas de gritar. Gritar hasta agotar el aire de sus pulmones y quedarse sin voz. Gritar hasta no dar más del cansancio y el dolor. Gritar hasta desmayarse, hasta morir.

Él no hacía nada más que soportar sus ataques.

—¿Por qué no me golpeas? —Se secó las lágrimas de impotencia—. Golpéame, maldita sea. Dame una razón para dejar de amarte. Rómpeme el corazón para que pueda seguir mi camino porque sola no puedo. No puedo olvidarme de ti, Joel Dorcas.

Él dio vuelta la cara y permaneció en silencio como si no tuviera nada que decir; como si no le importase proferir una sola palabra de aliento o de disculpa.

—No lo harás —musitó la cazadora, con desilusión—. ¿Cierto?

Joel no respondió. Se limitó a bajar la cabeza.

—Parece que te gustara verme sufrir. Sabes que te amo, pero yo no tengo idea de lo que sientes.

—Eso no importa.

—¡Por supuesto que importa! —gritó ella—. Tal vez a ti no, pero a mí sí. Realmente me gustaría conocerte, saber lo que piensas. Quisiera averiguar qué hay detrás de esa máscara de inquebrantable quietud. Me gustaría que me miraras a los ojos y me permitieses ver lo que hay dentro de ti.

Joel siguió impasible.

—Lo siento, Eri, no es posible.

—¿Por qué no?

—Ya deberías saberlo —dijo él, saliendo del cuarto.

Ella se apoyó en la pared mirando el lugar en donde había estado su compañero segundos antes, y una lágrima corrió por su mejilla. Se la secó con el dorso de la mano.

«A veces, sabemos ciertas cosas, pero las pasamos por alto —pensó—. No porque carezcan de importancia, sino porque su ignorancia nos hace personas más felices».

—Tú serás mi perdición, maldito bastardo.

## GUARDIANES DE LA NOCHE

Grimm y Natasha se alejaban de la casa a través del jardín de rosas.

—De todo lo que podía habernos ocurrido, esto fue lo único que no imaginé —dijo Nat.

—Shhh. Todavía estamos demasiado cerca de él. No digas más nada —le ordenó Grimm, aún apuntando con el trozo de vidrio a su cuello.

—¡Ey! Vas a lastimarme con esa cosa —se quejó la muchacha, alejándose de la afilada punta que amenazaba con cortar su piel.

Grimm se metió el vidrio en el bolsillo.

Ella volteó hacia atrás y percibió la sombra del vampiro en una de las ventanas. El recuerdo de sus palabras de despedida le provocó un escalofrío:

«Puedes irte si quieres. Pronto volverás a mí». La sonrisa de Ruthven se había tornado perversa como la de un demonio que sabe lo que el futuro depara, pero nada dice a los mortales, con el fin de divertirse a costa de su sufrimiento. «La sangre te traerá de vuelta».

—Apresúrate, no seas tonta. —Grimm la agarró de la mano y tironeó de ella—. ¿O quieres que ese chupasangre se arrepienta de habernos dejado ir?

—Tonto tú —respondió la joven, luego de tropezar un par de veces debido al ritmo acelerado de la caminata—. Casi haces que te asesine.

—Pero no lo hizo —gruñó Grimm—. Salimos ilesos, ¿no?

—Psé, gracias a tu inconsciencia.

—De nada. Ahora, sigue caminando y deja de voltear. Mira hacia el frente. —La reprendió. Ya se había dado vuelta en varias ocasiones para admirar la casa que, poco a poco, iban dejando atrás—. ¿O quieres regresar

con él?

—Ufff... bueno. No necesitas ser tan mandón —farfulló Nat.

—Solo así me tomas en serio.

—Ay, no es verdad —sonrió la muchacha—. Deberías saber que yo nunca te tomo en serio, Grimm.

Él puso los ojos en blanco. Ya tendría que haberlo sospechado.

—¿Podrías acelerar el paso? A este ritmo, llegaremos en Navidad. Tengo hambre.

—Yo también, pero estoy cansada. Ten compasión. —Una idea buenísima cruzó por su mente—. ¿Por qué no me llevas cargando si te irrita tanto mi modo de caminar?

—Eres un fastidio. ¿Lo sabías?

Ella hizo un mohín y le sacó la lengua.

—No más que algunos que conozco.

Grimm se detuvo, pensativo, y Nat se lo llevó por delante.

—De acuerdo. —Suspiró, inclinándose ligeramente hacia delante—. Sube, antes de que me arrepienta.

¿Era broma? La luna cayó de lleno en su masculina figura y no supo qué pensar.

—¿Lo... lo dices en serio? —se sorprendió ella.

Hubiera creído más probable que acelerara el paso y la dejara allí, sola y abandonada a merced de las sabandijas.

Grimm carraspeó, aún aguardando agachado.

—Mis intenciones tienen fecha de caducidad —informó con seriedad—. Así que si vas a aceptar mi oferta, será mejor que lo hagas dentro de los próximos diez segundos. Nueve, ocho, siete...

Natasha no perdió el tiempo: se apoyó en sus hombros y dejó que él la levantase sobre su espalda. Las manos del chico le provocaron un cosquilleo en las piernas, que le recorrió el cuerpo. La sensación se intensificó debido al roce de sus cuerpos. Ella se preguntó si Grimm experimentaría lo mismo. No

daba señales de disfrutar el paseo nocturno o su compañía. Caminaba a un ritmo acompasado, dejando escapar un leve suspiro de irritación cada dos o tres minutos, cuando tenía que acomodarla para que no se deslizara hacia abajo.

—¿Podrías dejar de apretarme el cuello? Me ahogas —se quejó.

—Qué quejoso eres —respondió Nat—. Pareces un viejo.

—Yo seré quejoso, pero tú eres una enclenque. Un día de entrenamiento y ya no puedes moverte.

—Hmmm... —No replicó.

Tenía razón. ¿Para qué negarlo?

El joven aceleró el paso.

—¡Arreeee! —exclamó ella, de pronto.

—No soy un caballo.

—Lo siento. No pude resistirme.

No hubo más palabras de su parte. Grimm tampoco inició conversación. El día había sido largo para ambos, solo querían que terminara. Nat apoyó la cabeza en el hombro del caballo sustituto y, sin darse cuenta, fue cayendo en un hoyo silencioso y negro. La calidez del cuerpo de Frederick y su rítmico andar la sumieron en un sueño profundo y tranquilo, al cual se entregó sin oponer resistencia. Se sentía a salvo estando con él porque, aunque fuera un odioso, la había protegido a costa de su propia vida.

—Más vale que no me babees —rezongó el joven, al darse cuenta de que su compañera de aventura se había quedado dormida.

El cazador percibió una presencia sigilosa detrás de ellos y detuvo su marcha.

—No más vampiros por esta noche —murmuró posando sus ojos en la espesura, con una sonrisa de alivio.

Inclinó la cabeza en un respetuoso saludo y continuó caminando, con la certeza de que ellos los vigilaban. Grimm apenas había alcanzado a distinguir una silueta en medio de la bruma. Sin duda había más. Con ellos cerca, no

había nada que temer.

Los guardianes de la noche habían salido a cazar.

Dorian se alejó de la ventana al oír un aullido.

Con rapidez, recorrió pasillos y bajó escaleras, cerrando todas las puertas a su paso. Al llegar al sótano, perdió todo contacto con el exterior. Ni un murmullo, ni un aroma, ni una pizca de luz llegaban ahí. Mientras esas horribles criaturas rondasen, permanecería encerrado entre esas cuatro paredes.

—Nunca dejarán de perseguirme. —Acarició el grueso anillo de plata que llevaba puesto desde su conversión, y que tenía grabadas las iniciales «SD»—. Esos malditos cazadores no descansarán hasta verme muerto.

Algo se agitó en las sombras, produciendo un sonido metálico.

La mujer todavía se movía, entre los que ahora se pudrían apilados en un rincón como un montón de muñecos inservibles.

Dorian la observó con detenimiento. Encadenada a la pared con pesados grilletes, respiraba con dificultad, débil por la falta de alimento y a causa del encierro en ese lugar frío, solitario y oscuro. Pero no había perdido la conciencia. Era entretenido observar cómo se iba marchitando lentamente, día tras día, hora tras hora.

—La vida es tan frágil. —El vampiro tocó la enmarañada cabellera castaña que caía cubriendo la cara de la muchacha.

Tomó su rostro y lo levantó. Tenía bonitos rasgos; sin embargo, la belleza de nada servía contra la muerte. Tarde o temprano, todo sucumbía.

Contempló los cuerpos de sus víctimas sin el menor gesto. Esas cosas ahí tiradas no le inspiraban compasión alguna. ¿Por qué habrían de hacerlo? No eran más que cáscaras vacías de lo que había sido su alimento.

—La muerte es lo único que todos tenemos en común. Unos tienen la suerte de morir rápido; otros estamos eternamente condenados a huir de ella —sentenció, removiendo con el pie la pila de cuerpos inertes, como si esperara a que estos reaccionasen.

—Sé que me oyes, aunque no respondas. No como estos monigotes. — Alzó el brazo de uno de ellos, un chico de unos doce años, y lo soltó enseguida. Lo dejó caer—. Ya nada podrá traerlos de vuelta. Envidio eso. Lo que está muerto, debería quedarse así.

Ruthven rio con amargura.

—Morir es el destino de todos los que me conocen.

La habitación se hallaba a oscuras. Aún no amanecía. Un sonido había despertado a Natasha, como si algo hubiese golpeado contra el suelo.

Se sentó y miró hacia los costados. Estaba en el sofá de su sala. ¿Cuándo habían llegado?

—¿Grimm?

Sus ojos se acostumbraron enseguida a la ausencia de luz. Nada parecía estar fuera de lugar.

—¿Hola? —carraspeó. Se suponía que él debía estar allí, por algún lado—. ¿Grimm? ¿Estás despierto? ¿Estás en la casa? Grimm, ¿me oyes? ¿Hay alguien? Holaaa.

Nadie contestó.

La muchacha miró la hora: las tres y media. Se levantó para ir a la cama y notó un bulto en el piso, detrás del sofá.

Se le aceleró el corazón.

—Grimm.

Tropezó con su mochila. Él debió haber ido a buscarla al bosque luego de acostarla. Nat la puso a un lado y se inclinó sobre Grimm. Lo sacudió para despertarlo.

No reaccionó. Su piel ardía.

Alarmada corrió a la cocina, mojó un trapo con agua helada y se lo colocó al muchacho en la frente. Fue en busca de su hermano o de Erika, pero sus cuartos se hallaban vacíos. Debían de haber salido a cazar.

—Debería llevarte a tu cuarto —pensó en voz alta volviendo con él.

Observó las escaleras y luego, trató de levantarlo.

—¡Pero qué... pesado... eres! —se quejó entre dientes—. ¿Qué carajos comes? ¿Piedras?

Lo arrastró un par de metros y se detuvo junto al primer escalón.

—No te preocupes. Me trajiste en tu espalda hasta aquí. Así que... — Suspiró y volvió a contemplar el largo trecho que le esperaba—. Supongo que tendré que cargarte hasta tu cama.

Lo tomó de los brazos y trató de levantarlo. Apenas logró sostener medio cuerpo.

—Por todoss... los ángeles del cielooo —farfulló.

Dio un paso y perdió el equilibrio. Grimm se cayó, y ella sobre él.

—Me parece que así no puedo. —Se apoyó en su ardiente pecho—. Terminaré matándote si sigo tratando de levantarte. Perdóname. Tenías razón, soy una enclenque.

Se levantó.

—Voy a tener que continuar arrastrándote. Total, ni cuenta te vas a dar. — Se incinó y le palmeó la cara—. Nop.

Lo agarró de las muñecas y lo jaló con lentitud hacia arriba.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —decía cada vez que él se golpeaba contra los escalones—. Espero no romperte la cabeza. Me pregunto qué diablos te pasó. Tal vez te esforzaste demasiado. Todos tenemos un límite, ¿sabes? Quizás excediste el tuyo. Al menos tuviste la decencia de dejarme en el sofá.

Arrastró al caído hasta la habitación de Joel, y luego se sentó sobre la mullida cama para recuperar el aliento. El muchacho, mientras tanto, quedó tumbado en la alfombra, con el trapo mojado sobre la cabeza. Lucía tan vulnerable que no parecía el mismo que había despedazado a esos vampiros en el bosque, luchado contra Ruthven y, además, que la había llevado cargando durante todo el camino a casa.

—Será mejor que te acueste. No puedo dejarte ahí tirado como un zapato



viejo —suspiró.

En un último esfuerzo, lo levantó y lo depositó sobre la cama.

Grimm cayó boca abajo y así se quedó, con la cara contra el colchón.

—Dios, pareces muerto.

Nat lo puso boca arriba para que no se ahogara.

—Espero que todavía sigas respirando. —Se inclinó hacia él para observarlo mejor—. ¿Sabes una cosa? Podría enamorarme de ti si no fueras tan ogrillo.

Volvió a remojar el trapo, y se lo puso de nuevo sobre la frente.

—Supongo que es demasiado pedirte, pero ¿por qué no eres más amable conmigo? Debes de tener tus motivos para detestarme, ¿no? Tal vez no te agrado. Sé que no soy fácil de tratar.

La mano de Grimm se cerró de pronto sobre su muñeca.

—Tienes fiebre y voy a atenderte, te guste o no —se apresuró a explicarle, antes de que le arrancara la mano—. No me importa si te enojas.

—Gracias —balbuceó Grimm.

Había llegado al límite de sus fuerzas. Sabía que un poco de sangre lo reanimaría, pero jamás se atrevería a pedirla. No después de haber perdido la cabeza e intentado cazar a Natasha. Semejante poder necesitaba de un control que él no poseía. Aún era demasiado joven e inexperto para manejarlo. Además, corría el riesgo de volverse un adicto. Ese era un riesgo que no estaba dispuesto a tomar.

—De nada —sonrió la joven—. ¿Necesitas algo? ¿Agua? ¿Comida? ¿Cicuta?

—No —dijo Grimm, sujetándola un poco más fuerte e intentando reír por lo del veneno—. Pero quédate aquí. No te vayas.

—¿En serio? Creí que me echarías en cuanto recobraras el conocimiento. Debes sentirte muy mal para querer mi compañía.

—No es por eso —susurró Frederick.

—¿Te da miedo quedarte solito?

—No —gruñó Grimm.

—Ya sé: tienes ganas de charlar.

—Tampoco.

—¿Y por qué quieres que me quede? —Ella lo miró con sospecha y dejó volar su imaginación—. No estarás pensando que... ¿ocurrirá algo entre nosotros?

—Dios, no —exclamó él—. Es que me conviene que estés cerca, por si necesito algo. No puedo levantar la voz para llamarte si te vas por ahí.

Ella se puso de pie de un salto. ¡Una sirvienta! Lo único que él quería era una sirvienta que estuviera pendiente de él toda la noche para atenderlo.

«Típico».

—Está bien —aceptó, con desgano—. Ya me imaginaba que sería por algo así y no porque te gustase estar conmigo.

Él hizo un mohín.

—Sí me gusta estar contigo, tonta —farfulló el chico, viendo hacia otro lado.

—Repíte eso —le pidió Nat, sin poder creer lo que había oído.

—Tonta.

—Eso no, lo otro. ¿De veras te gusta estar conmigo? Pensé que te caía mal.

El joven resolló.

Antes de que él arruinara su pequeño rapto de alegría interior, Nat le dio un beso fugaz en la mejilla.

—No te preocupes. No volverá a pasar. Sé que no te agrada que te toque sin permiso. —Y murmuró, pensativa—: Deberías tratar de dormir. Si no puedes, podrías contar ovejas. Yo no lo hago porque no me funciona. Pero hay gente a la que sí. A todo esto, ¿por qué ovejas, eh? ¿No funcionaría lo mismo contar, no sé, conejos o gatos? Un gatito, dos gatitos, tres gatitos...

—Estaría dormido si no hablaras tanto.

—O sea que quieres que me quede, pero sin abrir la boca. Como una

momia.

—Exacto —sonrió Grimm.

—Y que tampoco haga nada —sugirió irritada—, porque te molestaría con el sonido de mis movimientos.

—No me molestaría que me arreglaras la almohada.

—Será un placer, Grimm. —Nat la agarró de golpe, haciendo que él se golpeará la cabeza contra el colchón, y le dio unos cuantos golpes logrando que todo el relleno se le saliera—. Listo.

Sonrió de modo aterrador mientras le devolvía la destripada almohada.

Él pensó, por un momento, que trataría de asfixiarlo. En ocasiones las mujeres resultaban aterradoras.

—Pero qué amable. ¿Podrías cambiarme el paño también? Ya está caliente.

—No hay problema —canturreó ella, toda dulzura.

Lo tomó y lo remojó en el agua helada. Luego, sin escurrirlo, lo puso en la frente del cazador quien se estremeció al mojarse. Sin embargo, no se quejó.

—Gracias.

—Siempre es un placer ayudar a un enfermito. —Nat le palmeó el hombro y se quedó estática.

—¿Qué pasa?

Era la primera vez que Grimm la veía tan seria.

—Iré por el termómetro. Quédate aquí.

—¿A dónde iría en estas condiciones? —murmuró el chico.

Nat se ausentó unos segundos. Regresó corriendo a tomarle la temperatura. Su rostro se había puesto pálido y le temblaban las manos.

—¿Cuánto? —preguntó él—. ¿Cuarenta?

Ella negó con la cabeza, apretando los labios.

—¿Más?

—Cuarenta y cinco. Y sigue subiendo. No es normal, Grimm. Tenemos que hacer algo para bajarte la temperatura ya mismo. No tengo idea cómo es

que te mantienes despierto... o vivo —susurró.

—La bañera —sugirió él—. Llénala con agua fría y ponle todo el hielo que tengas.

La joven hizo lo que le pidió. Esperaba que funcionara o tendría que llamar a la ambulancia. Luego, meterían a Frederick en un laboratorio por ser un fenómeno, y él terminaría odiándola de por vida.

—Sujétate de mí —le pidió, agachándose a su lado.

Grimm apenas lograba sostenerse. De no ser por ella, no habría llegado a la tina. Todo le daba vueltas.

—Nat.

—Dime.

—¿Me harías un favor?

—Casi me da miedo decirte que sí. ¿Vas a pedirme sangre?

—No, no se trata de eso. Es... bueno, yo necesito que tú... me... —vaciló.

Era más fácil pedirle sangre. ¿Por qué no la mordía y ya?

—¿Que yo te...? —preguntó ella, entrando al cuarto de baño con él a la rastra.

¿Dónde estaba Erika cuando la necesitaba? se preguntó el chico. A ella sería sencillo pedirselo. En cambio, a Natasha...

Grimm suspiró.

—Necesito que me quites la ropa —dijo sin verla de frente.

—¿Eh? —La muchacha se atragantó.

—No te lo pediría si fuera capaz de hacerlo por mí mismo —aclaró desviando la mirada—. ¿Me ayudarías?

—Claro. —Ella tragó saliva y le quitó la camiseta.

Nunca había desnudado a un chico. Se quedó admirando esos músculos bien formados, mientras se preguntaba si también tendría que quitarle los pantalones.

—Yo terminaré —la tranquilizó el chico, desabotonándose el jean.

«No lo mires. No lo mires», se repitió Nat, mentalmente.

Oyó el sonido del cierre metálico y la desgastada tela cayendo al piso de cerámica.

—Ya no hay tiempo —susurró él, apoyándose en su hombro.

Nat pensó que se desmayaría y lo rodeó con sus brazos.

—Vas a estar bien.

La piel de Grimm le quemó las manos... el cuerpo entero. De él emanaba un calor intenso. Si no lo dejaba pronto, ella también necesitaría un baño de agua fría.

Con cuidado, lo ayudó a meterse en el agua. Se obligó a no bajar la mirada a su perfecto cuerpo semidesnudo y mojado. Tanto se concentró en no devorarlo con los ojos, que olvidó lo que hacía y siguió sujetándolo aún dentro de la tina.

—Em... gracias —susurró él, a escasos centímetros de su boca—. Ya puedes dejarme. ¿O te gustaría meterte aquí conmigo?

Natasha lo soltó.

—¿Eh?

—Era un chiste —aclaró Grimm, sumergiendo su cuerpo en su totalidad.

—Pfff... por supuesto que lo era —contestó ella, saliendo del baño, sin notar la risita de su compañero.

—¿Sigues vivo? —preguntó Nat desde la cama, media hora después, pasando las hojas del diario de Lucinda. Lo había tomado de la mochila sin que el muchacho lo notara—. ¿Necesitas mi ayuda para salir del agua?

—Uno: sigo vivo. Dos: me quedaré un rato más aquí —contestó él desde el interior del baño—. Y saldré solo. La fiebre ya cedió.

Oh, qué pena. No que hubiera cedido la fiebre; lo otro.

—Excelente. —Nat abrió el cuaderno en las últimas páginas y se puso a leer.

Mayo 28, 1990

*Estoy enamorada. Su nombre es Eric, y es un hombre*

*extraordinario. Pero hay un problema: no es como yo. ¿Debería decirle que soy un vampiro? Supongo que lo mejor será decirle la verdad desde el comienzo. Espero que no se asuste. Le explicaré que los vampiros sangrepura no somos asesinos como los otros. Nosotros podemos vivir sin consumir sangre, aunque eso nos haría envejecer y morir como los seres humanos.*

*Es a los impuros a quienes les gusta matar. Ellos son los de naturaleza malvada. Los cazadores no nos distinguen e igualmente nos persiguen. Quisiera que Eric no huya despavorido cuando se lo diga. Lo que más quiero es estar con él para siempre.*

*No le diré nada a papá sobre él. Temo que reaccione mal debido a mi compromiso con Andrew. ¿Quién sabe lo que podría ser capaz de hacerle?*

Septiembre 16, 1990

*Es una noche sin luna y sin estrellas. El pasto está escarchado y cruje cuando lo piso. Me gusta esa sensación. También me agrada ver el vapor que sale de mi boca cuando respiro.*

*Sé que no debo estar aquí. Mi padre miles de veces me lo ha advertido. No debo salir sola porque ellos podrían encontrarme. Pero no puedo evitarlo. Amo a Eric y él me ama a mí. No me importa que sea uno de los Guardianes de la noche.*

*Sé que papá jamás aprobaría nuestra relación. Si se enterase de lo nuestro, lo mataría por lo sucedido con mamá. Por eso, estoy decidida a casarme con él en secreto y a huir lo más lejos posible. Quiero que nuestro futuro hijo tenga una vida normal y que no conozca lo que es un cazador, o un vampiro. He tomado la decisión de dejarlo todo por él. Al igual que Eric.*

—Ey, Grimm, ¿qué son los guardianes de la noche? —preguntó Nat, sin

contener su curiosidad.

—¿Estás leyendo el diario?

—Bueno, tú nunca quieres decirme nada, así que decidí investigar un poco por mi cuenta. ¿Qué tiene de malo?

Él refunfuñó.

—¿Sabes o no? —repitió la joven.

—Psé. Son los licántropos —contestó él, resignado, desde el baño.

—¿Licántropos?

—No quedan muchos hoy en día. La mayoría viven escondidos. Hubo un tiempo en el que fueron utilizados por los dhampyr para la cacería de vampiros.

—¿Los tenían como mascotas? —Se sorprendió Nat.

—No seas absurda. *Mascotas* —repitió con sarcasmo—. Solo colaboraban con ellos a cambio de protección. Pero el pacto se rompió hace tiempo. Ahora los licántropos ven a los dhampyr como una clase más de vampiros. Apenas los toleran.

—Oh. —Ella se quedó contemplando la página—. ¿Qué pasa si un vampiro y un licántropo se enamoran?

—Está prohibido. Los dhampyr cazan a los vampiros porque es su deber. Los licántropos, en cambio, lo hacen porque los odian. Siempre han sido enemigos.

—Pero Lucy y Eric se enamoraron. Iban a tener un bebé.

—Probablemente fueron repudiados por los suyos. —La voz de Grimm se tornó melancólica—. Tal vez tuvieron que esconderse para que no los matasen.

Nat sintió una gran pena por Lucinda. Su único delito había sido amar.

—Me pregunto qué habrá pasado con ella. ¿Habrá logrado ser feliz con Eric?

—No.

—¿La asesinaron? —inquirió Natasha con un hilo de voz.

—Los mataron a ambos.

—Qué triste —se lamentó.

¿Estaba mal que una dhampyr sintiera lástima por un vampiro? Por el tono de voz de su compañero, deducía que no era la única en compadecerlos.

—¿Y el bebé? —inquirió—. Si era el hijo de un licántropo y un vampiro, quizás no se trataba de una criatura normal. ¿Qué pasó con él? ¿O ella? ¿Lo mataron también?

—Jamás lo encontraron.



# SI UN HOMBRE PARECE DEMASIADO PERFECTO PARA SER REAL, HUYE

Erika salió del club nocturno y pateó una lata de cerveza lo más lejos posible. Esta golpeó contra un tacho de basura del cual salió una rata que se escabulló, espantada, hacia la boca de desagüe más cercana.

Una mano la levantó del suelo antes de que desapareciera en oscuridad de la alcantarilla.

Ella oyó el chillido del animal.

—¿Quién está ahí?

Un humo de color verde salía del alcantarillado y le impedía ver más allá de un par de metros. Apenas distinguió la figura de un hombre que dejó caer la rata muerta a sus pies.

Erika avanzó, pero pronto lo perdió de vista.

Al mirar hacia abajo, sintió el sabor amargo de la bilis en su boca. No solo había matado la rata, sino también algunos gatos y perros cuyos cadáveres desangrados se encontraban dispersos a lo largo de la callejuela.

—Un maldito vampiro —musitó.

Al menos, no había cuerpos humanos allí.

La presencia silenciosa de Joel a su espalda la sobresaltó. Tenía la katana

en la mano.

—Llegas tarde, Dorcas —lo regañó.

—La última vez, te enfadaste porque llegué a tiempo —replicó él cazador, sin emoción.

—¿Dónde te habías metido?

—Te esperaba en la camioneta.

Erika lo miró con desconfianza, con una ceja alzada.

—No te vi.

Joel se limitó a sonreír de modo enigmático.

—A veces no vemos lo que tenemos enfrente, Cross.

—Qué más da. Vámonos. —Ella emprendió la retirada—. Me duele la cabeza. Y tengo hambre. Creo que me comeré un buen trozo de pastel de crema. ¿Tú no tienes hambre?

—Tenía sed, pero ya se me quitó —contestó él, sin dejar de sonreír.

Grimm fue el primero en levantarse. Joel y Erika habían llegado a la madrugada, por lo que Nat concluyó que dormirían hasta tarde.

—Buenos días —la saludó el muchacho, al verla entrar a la cocina.

Tenía una taza de té en una mano y una tostada con mermelada en la otra.

Sin decir una palabra, la muchacha le tocó la frente. Él no hizo nada para evadirla.

—Hmmm... Parece que estás mejor —dijo, reflexiva. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Buenos días, Grimm.

El joven le devolvió la sonrisa. Era lo menos que podía hacer luego de que le salvara la vida el día anterior.

—Me siento tan bien que planeo entrenar luego del desayuno.

—¿Entrenar?

—Sí. Tú sabes, eso que sirve para mejorar las habilidades. Unos tiros con la ballesta, unos cuantos golpes al saco de boxeo..., lo de costumbre.

—Deberías descansar. ¿Por qué no te tomas el día libre y haces algo

diferente?

—¿Cómo qué?

—No sé. —Nat meneó la cabeza—. Mira la televisión o ponte a leer un libro. Haz algo que te guste o te haga sentir bien. No deberías esforzarte. Te pediría podar el césped, pero no sería bueno para ti.

—¿Tú qué harás? —preguntó él en tono casual.

Ella tomó una manzana del frutero.

—Tengo clases. —Miró la hora y se alarmó—. Maldición. Ya debería haber salido. Siempre me pasa lo mismo —se quejó en voz baja.

Grimm se puso de pie.

—Vamos. Te llevo.

—No te preocupes. Puedo ir en bicicl... —comenzó a decir. Pero él ya estaba afuera, aguardándola en la puerta de la camioneta de Joel a la que llamaba Blade, y haciendo girar las llaves en uno de sus dedos.

Tomó sus cosas y lo siguió.

—¿No deberías pedírsela prestada? —dijo, al salir de la casa—. En especial, después de haber perdido el jeep de Erika.

—Sube ya, Dorcas.

Cuando Grimm detuvo el vehículo, cinco minutos después, Nat se quedó mirando el edificio por la ventanilla. El colegio Greymore.

Ya casi nadie quedaba afuera. Los últimos alumnos estaban entrando.

El muchacho carraspeó.

—¿No bajarás? Ya sonó la campana.

—Prefiero esperar un momento, si no te molesta.

—Claro. —Él se encogió de hombros.

Lo miró de soslayo. Grimm tamborileaba con los dedos sobre el volante, al ritmo de los Rolling Stones. Era la primera vez que lo notaba así de relajado y despreocupado.

—¿No vas a echarme?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Es que así eres conmigo. Odioso, poco amistoso, antipático... — enumeró.

Grimm interrumpió su linda descripción:

—Después de lo de ayer, decidí ser un poco más *yo mismo* contigo. Aunque sea contraproducente.

Ella torció el gesto. ¿Y eso qué significaba?

—¿Más tú mismo?

—Se te hace tarde. —Grimm se estiró sobre ella para abrirla la puerta.

Nat aprovechó la ocasión para aspirar su perfume: fuerte, seductor, salvaje. Ni siquiera la rozó, pero a ella le hubiera gustado que lo hiciera. Ansiaba volver a sentir esa corriente eléctrica que su simple tacto producía. La cercanía de ese chico enloquecía sus hormonas y aceleraba sus latidos. ¿Por qué no se daba cuenta?

Él volvió a su lugar con rapidez.

—Será mejor que vayas a clase —recomendó.

Nat bajó a la calle.

—¿Sabes? Mañana es mi cumpleaños —anunció ella con aire casual.

—Y me lo dices porque...

—Por nada en especial. Solo quería que lo supieras. —Cerró la puerta, y entró al edificio.

Llegó tarde. La profesora de matemática la regañó diciendo que no eran horas de aparecer. Natasha se excusó y se sentó con su amiga Cheryl, quien lucía un extravagante labial de color fucsia. Sin mencionar sus pantalones de animal print y su blusa morada. Era la persona más excéntrica que conocía.

—¿Qué te parece mi labial? ¿No es lindo? Mi tía me lo regaló. —Besó el vidrio de la ventana, para que en cien años los chicos que estuvieran allí dijeran: «Por aquí pasó Cheryl». Era obvio que nadie lo limpiaría. El polvo acumulado sobre las telas de araña en las esquinas lo confirmaban.

—Es muy *tú*.

—Genial —se alegró Cher—. Ahora dime, ¿por qué no has venido ayer?

Matt me preguntó por ti. Le dije que tenías que ir al psicólogo porque habías quedado traumatizada por lo de Luc. Solo así dejó de perseguirme.

—Estuve fuera.

—¿Dónde? ¿No me digas que tu hermano te llevó de paseo para animarte? ¿No me digas que fueron a ese nuevo centro comercial que inauguraron la semana pasada? Él es taaan lindo. Ojalá tuviera un hermano como él. Brandon ni siquiera sabe qué día es mi cumpleaños.

Natasha sonrió y asintió con la cabeza.

—Oye, Nat. —Su amigo David la llamó, con su voz grave y soñolienta. Miraba por la ventana, con la cabeza apoyada sobre una de sus manos. Con la otra dibujaba garabatos en la mesa—. Afuera hay un tipo que te observa.

Cheryl fue la primera en asomarse. Se abalanzó contra el vidrio para mirar al extraño.

—Señorita Mariotti, ¿podría sentarse? —pidió la profesora, con cara de pocos amigos detrás de sus lentes con marco dorado.

—Uyyy, es lindo —advirtió Cher, ignorándola—. ¿Lo conoces?

Nat echó un vistazo con disimulo una vez que su amiga regresó a la silla.

Afuera, Grimm se encontraba apoyado contra un árbol, viendo hacia adentro con expresión risueña. La saludó con la mano.

—¿¿Qué haces ahí?! —gesticuló, para que sus amigos no la oyeran.

Él contestó del mismo modo.

—Estoy aburrido.

Ella se tapó la cara con uno de sus libros. ¿No tenía nada mejor que hacer que ir a espiarla a la escuela?

—No lo conozco —dijo.

—¿En serio? —contestó Cher—. Porque me parece que te vi con él el otro día. ¿No es el chico que te vino a buscar en jeep?

—Ehhh...

—No me digas que estás saliendo con él —quiso saber su mejor amiga—. Y no me dijiste nada.

—Bueno... —Nat se mordió el labio.

—Tal vez tiene miedo de que se lo robes —sugirió Tina, la novia de David, volteándose hacia ella. Siempre buscaba un motivo para discutir con Cheryl—. Como le robaste el novio a Lenna el año pasado.

—Eso es taaan cierto como que eres rubia natural —sugirió Cher.

Tina afiló sus garras de diablesa.

—Todos saben que eres una cualquiera —argumentó—. Se nota por la ropa y el maquillaje que usas.

—Chicas, chicas... —El tono de David era conciliador. Sin embargo, permanecía recostado sobre la mesa—. Si pelean no podré dormir.

Natasha ignoró a sus amigos y vio afuera de soslayo.

Grimm se había marchado.

Decidieron almorzar en el patio, como la mayoría de los estudiantes, para aprovechar el sol. Nat miraba hacia todos lados como una paranoica mientras caminaba hacia la mesa en donde sus amigos la esperaban. Tenía el presentimiento de que Grimm no se hallaba lejos. Aunque lo más probable era que hubiera vuelto a casa. ¿Qué iba a quedarse haciendo allí?

—¿Me buscabas, bombón?

Natasha se sobresaltó al sentir el aliento en la nuca. Sin embargo continuó caminando.

—Hola Matt.

Él la siguió a través del patio atestado de estudiantes.

—¿Almorzamos juntos? Te aparté un lugar en la mesa de los campeones —. Señaló a sus compañeros de básquet.

—Te lo agradezco, pero no.

Prefería pasar el tiempo con sus amigos, antes que con un montón de atletas sudorosos y ególatras.

—¿Por qué? No estás saliendo con nadie, que yo sepa.

—Supongo que la bella dama preferiría almorzar conmigo. —El elegante

y refinado Tom Robins apareció de pronto frente a ellos, como modelo de comercial de dentífrico, con su sonrisa radiante y su ropa costosa.

Matt emitió un bufido.

—Piérdete, *Robin*.

—Ro-bins —lo corrigió Tom, arreglándose el pelo lleno de gel.

Natasha apresuró el paso y los dejó atrás, para que se matasen el uno al otro.

—Oigan, chicos, ¿quieren acompañarnos? —los invitó Cheryl, haciéndoles señas con la mano (como si Nat necesitase de una Celestina)—. Tenemos suficiente espacio.

Nat ocupó su asiento y le envió a su amiga una mirada de «te mataré» cuando los muchachos se sentaron, uno a su derecha, y el otro a su izquierda.

El celular de Natasha sonó. Era Cher. Le había enviado un mensaje:

«Admite que son lindos. Elige uno y yo me quedo con el otro».

¿Por qué Cher no se quedaba con los dos?

«Tal vez debería haberle dicho que Grimm era mi novio», pensó Nat, frunciendo los labios. «Así dejaría de alentarlos».

—¿Por qué no te vas a practicar tu papel de nodriza, Tomy? —sugirió Matt, de forma malintencionada.

—Romeo. Soy Romeeeeeo —aclaró el joven actor—. ¿Por qué no te vas tú? ¿No tenías que verte a solas con tu entrenador para que te diera una nueva dosis de ego?

David los miraba con atención mientras masticaba con la boca abierta, esperando el primer puñetazo. Si empezaba una pelea, se apresuraría en abrir apuestas. Seguro que ganaba Matt. Tenía estilo para pelear.

Natasha se limitó a pretender que no los oía. Cher la pateó por debajo de la mesa para llamar su atención. Sonreía de un modo extraño. Inusual.

—¿Qué pasa?

—Sexy a la vista, *baby*. No puedes decirme que no es tu novio —contestó su amiga por lo bajo, señalando a lo lejos con la cabeza.

—¿Mi qué? —Nat giró la cabeza.

Allí estaba Grimm, a unos cuantos metros, aproximándose tranquilo con las manos en los bolsillos de sus pantalones deshilachados. Todas las chicas se volteaban para mirarlo, pero él no les prestaba atención. Un lobo en plena cacería solo se fijaba en su objetivo. Natasha se quedó paralizada ante aquella mirada turbadora.

—¿Quién es ese? —preguntó Tom irritado.

—Su nuevo noviooo —canturreó Cher, divertida, al contemplar cómo la sonrisa de los pretendientes acosadores pasó a convertirse en una mueca de desconcierto y, luego, de odio.

—¿Su qué? —preguntaron, escandalizados.

—¡Natasha! —exclamó Matt, poniéndose de pie—. ¿Es verdad lo que dice?

—Oh, claro que es verdad —respondió David, con la boca llena de comida—. Y están muuuuy enamorados los tortolitos. Deberías haberlos visto ayer, besuqueándose. Fue románticamente asqueroso.

—Mientes —lo acusó Tom, con desconfianza.

Nat se había puesto pálida. Incluso se le había caído la comida del tenedor sin que se diera cuenta. No por lo que había dicho el mejor amigo de su novio fallecido, sino debido al impetuoso muchacho que se acercaba: la había atrapado con sus ojos penetrantes y aceleraba los latidos de su corazón.

—Me agrada —dijo David masticando—. No se parece en nada a ustedes dos. Tiene un *nosequé*.

Los chicos estudiaron a Grimm. Tom lo examinaba de arriba a abajo, y Matt apretaba con fuerza los puños; parecía un perro a punto de atacar.

Frederick ni siquiera reparó en ellos. Y, a pesar de saber que no era bienvenido allí, mantuvo su cálida y encantadora sonrisa.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —farfulló Nat, apenas elevando la voz.

Cheryl había tenido que inclinarse para oírla.



—Dijiste que buscara algo para hacer. —El muchacho elevó los hombros—. Así que decidí hacerte una visita.

—No me refería a esto. —Nat se levantó y lo tomó del brazo para llevarlo a otra parte. Él no opuso resistencia—. Ven conmigo.

—Lo que digas, cariñito.

Matt y Tom regresaron a sus respectivas mesas en cuanto Nat abandonó su sitio.

—¿Querías explicarme por qué estás aquí? —Natasha había llevado a Grimm lejos de la muchedumbre, a un pasillo donde casi nadie pasaba, enfrente del salón de música. Allí podrían hablar sin ser interrumpidos—. ¿Y qué fue eso de *cariñito*?

—Estaba aburrido.

—¿Tenías que seguirme a la escuela?

—Sí, tenía.

Ella lo miró extrañada.

—¿Recuerdas lo que hablamos en mi casa? —dijo él—, ¿que fingiríamos ser novios delante de tus amigos? Pues, por eso vine. Tú me ayudaste con Agatha. Así que te debo una.

—Lo había olvidado.

—Yo no. Además, vi cómo te molestaban esos buitres. Pensé que necesitabas una mano para quitártelos de encima.

—Gracias, Grimm. De veras me sorprendes.

Él sonrió.

—Por nada.

Nat se sonrojó. ¿Qué le ocurría con ese chico? ¿Por qué se sentía tan nerviosa en su presencia?

—Así que serás mi... ejém... —Natasha se aclaró la garganta—. Novio.

—Yo cumplo mi palabra. Solo hay una condición.

—¿Cuál?

—Nada de besos.

La tomó de la mano y la llevó de vuelta hasta la mesa, donde Cheryl, David, Tina, Pam y el chico ruso cuyo nombre nadie era capaz de pronunciar conversaban acerca del baile de fin de curso.

—Como presidenta del centro de estudiantes, me corresponde a mí elegir la música y el decorado —aclaró Tina.

—No es una monarquía —se quejó Cher—. Deberíamos someterlo a una votación.

—Ya votamos a mitad de año, y yo salí elegida como representante. Deberías olvidar que perdiste y enfocarte en otras cosas, como, por ejemplo, arreglar tu feo guardarropas.

—Ejem... Chicos...

Ellos dejaron de hablar y le prestaron atención a Nat, quien lucía en su mano izquierda un atractivo muchacho

—Les presento a mi... novio, Grimm. Frederick Grimm.

Cheryl reparó en la sonrisa del chico al oír esas palabras: *mi novio*. Entonces, ¿era cierto? No podía creer que su amiga no le hubiera contado. En especial, no podía creer que se hubiera olvidado de Lucas tan rápido, y le hubiera dado cabida en su vida a un extraño. Un extraño súper sexy, pero extraño al fin.

—¿Cuándo se conocieron? —quiso saber.

—El domingo pasado —contestó el joven de los cabellos rebeldes. Estos caían sobre sus ojos, dándole un aspecto más que deseable.

Ella también lo hubiera capturado de haber tenido la oportunidad. Lástima que Nat lo hubiese visto primero.

—¿Y cómo se conocieron? —preguntó Tina—. Nat, pensé que el domingo te habías quedado en casa. Después de lo ocurrido con Lucas...

Ella se quedó paralizada. La sensación de culpa le revolvió el estómago, por haberlo olvidado.

—Soy un amigo de su hermano Joel. Fui a visitarlo, y entonces nos conocimos.

Grimm sostenía su mano con naturalidad; no como si fuese algo forzado o falso. Era buen actor, se dijo Nat. Le hubiera gustado creerle.

—Me enamoré de ella en cuanto la vi —continuó—. Estaba dormida. Le tomé la mano sin que lo notara, y le hice una promesa. Yo sabía por lo que había pasado, así que le juré que la cuidaría. Tal vez no se haya dado cuenta, pero velo por ella desde ese día. Supongo que fue amor a primera vista.

—Ahhhhhh —suspiraron a coro Cher y Tina. Se miraron entre ellas con mala cara, por haber hecho lo mismo.

—¿Te habló sobre Lucas? —quiso saber David.

—Joel me puso al tanto de la situación. Fue por eso que decidí distraerla. No soportaba verla tan triste. Sé que la herida aún está abierta. Quizás, con mi ayuda, algún día cicatrice. No digo que seré capaz de reemplazar a su novio, porque nadie puede ser reemplazado, pero estoy convencido de que mi presencia ha contribuido para que Nat se sintiese un poco mejor. —La miró con una dulzura que ella desconocía—. ¿No es así, hermosa?

Natasha quedó perpleja, sin saber qué decir. Se limitó a sonreírle, embobada por sus falsas palabras. Soñaba con que, algún día, le dijeran algo así de verdad. Pensándolo bien, él sí estaba cuando lo necesitaba. Desde su llegada no había hecho más que cuidarla (y desesperarla).

Él presionó su mano, y ella sintió un cálido cosquilleo en la palma.

Nat no quería confundirse. Sabía que todo era un engaño. ¿Acaso Grimm tenía que hacerlo tan creíble? ¿Dónde terminaba la verdad y empezaban las mentiras? Quizás el engaño iniciaba en «me enamoré de ella». A partir de allí, ese chico había dejado volar su imaginación. ¿Quién diría que era tan bueno improvisando?

—¿Sabías que mañana es su cumpleaños? —inquirió la rápida de Cheryl.

—Lo sé —respondió el carismático muchacho.

Cinco minutos después de haberlo conocido, los chicos hablaban con él como si fueran amigos de toda la vida. Tina quedó fascinada, David se mostraba simpático y alegre, Pam y el chico ruso se reían de todos sus chistes. Los había conquistado a todos.

Cheryl entornó los ojos y sospechó de él porque, como siempre le decía su tía Teresa, «Si un hombre parece demasiado perfecto para ser real, huye». Enseguida largó una carcajada. En ese caso, Joel debía ser el mismísimo Lucifer. De una cosa estaba segura: si Matt y Tom habían desaparecido sin oponer resistencia, era porque se habían percatado de que no podrían competir con él.

—¿Me harás un regalo mañana? —preguntó Nat, mientras regresaban a casa.

No habían pronunciado palabra desde que se habían despedido de sus amigos. Para guardar las apariencias ante ellos, él la había llevado abrazada hasta el coche. Natasha no se atrevió a romper el encanto hasta que el jeep estuvo en marcha.

Grimm le echó una mirada fugaz y volvió a concentrarse en la avenida por la que circulaban.

—¿Por qué? ¿Quieres que te regale algo? —mencionó, como si recién se le acabara de ocurrir.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Digo, no es tu obligación. Solo preguntaba. —Se puso a jugar con su cabello, recogido en una cola de caballo. Miró a Grimm a través del reflejo de su ventanilla. ¿Por qué le había preguntado eso? ¿Y si le decía que no? ¿Si la trataba de modo grosero, como antes?

—¿Qué te gustaría? —preguntó Grimm alzando una ceja.

Su respuesta la dejó con la boca abierta.

—No sé —contestó.

¿En serio le regalaría algo?

—¿Un auto? ¿Una casa en la playa? ¿Un viaje a París, Roma o Nueva York? —enumeró el muchacho—. ¿El diamante Hope?

—Veo que no tienes problemas financieros —comentó la joven con sarcasmo.

Ella quedó son aliento ante el sonido de su risa.

—Dime qué quieres, Natasha. Intentaré conseguirlo. Te lo debo.

Así que lo haría porque había cuidado de él en un mal momento. Qué decepcionante.

—Dame tiempo para pensar.

—Bien, te doy un día. Mañana a medianoche vencerá el plazo. Si no te has decidido para entonces, lamento informarte que te quedarás sin nada.

—Qué simpático —musitó ella. Luego de un momento, preguntó—: ¿De veras me darás lo que te pida?

—En tanto sea razonable, sí.

«Conque razonable, ¿eh?».

—¿Y bien? —preguntó Grimm, al estacionar en frente de la casa—. ¿Se te ocurrió algo ya?

Nat dudó un momento.

—Sí, pero podría costarte —le advirtió.

—El precio es lo de menos.

—No estaba hablando de dinero. —Se hizo la siniestra.

—Mientras no me pidas que te bese... —respondió Grimm con gracia.

Ella frunció el ceño de inmediato.

—¿Por qué no?

El muchacho suspiró con pesadez. ¿No se lo había dejado claro? Nada de besos.

—Natasha...

—Me preguntaste qué quería.

—Olvidalo —respondió él, cortante—. Pide otra cosa.

—Solo sería un beso. Nada más.

Grimm percibió la desilusión en su voz. Por un instante, deseó complacerla. Sin embargo, se mantuvo firme.

—Lo siento. La respuesta es no.

—¿Sabes qué? Entonces no quiero nada.

El pasto había crecido demasiado, se dijo Grimm al bajar del coche. Tendría que cortarlo. Era lo menos que podía hacer mientras viviera allí. Además, lo mantendría ocupado. No quería pensar en la petición de Natasha, ni en su enojo. Él también se había molestado consigo mismo por decirle que no.

—Disculpa, jovencito —le gritó la anciana de la casa de al lado. Llevaba un recipiente con alimento para gatos en la mano—. ¿Por casualidad habrás visto a mi gato? Es blanco con una manchita negra en el lomo. No lo encuentro por ningún lado.

—Lo lamento, no lo he visto.

La mujer continuó buscando, entre los arbustos de su jardín al tiempo que lo llamaba: «Jem, ven con mamá... Jem...».

Grimm decidió ir por la podadora al garaje.

—¡Ey! ¡Tú! —Erika fue a su encuentro como una fiera—. ¿Me podrías explicar dónde está mi auto, mocoso desconsiderado?

Grimm arrastró la podadora al descuidado jardín lleno de maleza. Era una tarde soleada, los pajaritos cantaban y había una suave brisa que hacía danzar las hojas de los árboles. Ojalá el clima hubiera influido sobre las mujeres de esa casa. Eri estaba de mal humor, igual que Natasha.

—Dejé tu jeep estacionado en medio del bosque —contestó el joven, despreocupado.

—¿Por qué lo estacionaste ahí?

—Se... atoró en el fango.

—Repíte eso —pidió Erika, poniéndose tensa.

—Tu jeep está en el bosque, atorado en el fango.

—Ya te oí —se exaltó ella—. Espero que tengas una muy buena razón, jovencito, para haberlo dejado abandonado —profirió, sacudiendo sus rizos.

—De hecho, la tengo.

—Oh. Bien. —Erika miró el cielo libre de nubes. Unos gorriones pasaron volando sobre su cabeza. Temió que le lanzaran alguna cochinita encima—.

Estás perdonado, hijo mío.

—¿Así como así?

—Por supuesto. Eres como mi hermano menor, y confío en tu palabra. Una buena razón es todo lo que necesito, y tú la tienes. ¿Para qué seguir metiendo el dedo en la llaga? Sin embargo —exhaló ruidosamente—, le tenía cariño a ese auto. ¿Qué haré ahora? Nunca aprendí a andar en bicicleta, y dudo mucho que Joel me enseñe.

—No está muerto. Solo se atoró. Podemos ir por él luego.

—Le diré a Joel que me lo traiga. En cuanto a ti... —Se acercó al joven y, rodeándolo con uno de sus brazos, le dijo en tono de confianza—: Vamos adentro. Te invito una cerveza.

—Pero iba a cortar el césped. —Grimm hizo una mueca. Sabía lo que ella quería: sacarle información.

—Tonterías. Puedes hacerlo más tarde. El pasto seguirá igual de alto cuando regreses. Además —susurró en su oído—, quiero que me cuentes lo que pasó entre ustedes en tu casa.

—¿A qué te refieres? —masculló el muchacho.

Como si hubiese pasado algo digno de ser contado.

—No te hagas el tonto. —Eri le dio un manotazo.

—Es que no hay nada qué contar. No pasó nada. —Su voz se debilitó—. Ni pasará.

—Ambos sabemos que eres pésimo para mentir. Serías un actor muy malo. Bueno, quizás un buen actor porno, pero solo si no tuvieras diálogos. Tú sabes... —Enarcó las cejas y dirigió la vista a sus pantalones.

—¡Eri! —exclamó Grimm con ganas de esconderse.

La mujer agachó la cabeza.

—Solo quería saber lo que me perdí mientras no los vigilaba.

—Tú... ¿nos vigilas? —se alarmó él.

Erika le guiñó el ojo y se metió en la casa, dejando la puerta abierta.

## SÉ CRUEL CON ÉL O TE LAMENTARÁS

El teléfono de Natasha sonó.

—¿Diga?

—Los chicos y yo te invitamos a comer pizza esta noche. No hay excusas que valgan. Sabemos que mañana no estarás disponible, así que pensamos en homenajear tu día de nacimiento un poco antes de lo acostumbrado.

—¿No es de mala suerte? —preguntó alguien al otro lado de la línea.

—Eso es un cuento de viejas chismosas —respondió Cheryl a su madre—. Mi Nat no cree en supersticiones.

Natasha rio.

—Genial. Necesito distraerme.

—¡Wiiii! Puedes invitar a tu chico. Si quieres.

—De acuerdo, nos vemos luego.

¿Llevar a Grimm? Definitivamente no. Si fuese su chico de verdad, lo reconsideraría. Pero prefería que no se mezclara con sus amistades. Era mejor mantener lo poco que quedaba de su vida normal separada de todo lo vampiresco.

—Un auto irá a recogerte a las siete y media. Bye.

Grimm dejó a Erika entretenida con *Sensatez y sentimientos*, y se puso a cortar el césped que le llegaba hasta las rodillas. Si el gato de la vecina se había metido allí, cabía la posibilidad de que nunca fuera encontrado.



—Espero que no estés muerto aquí, gato. Detesto los cadáveres.

Luego de guardar la podadora en el garaje (no había gato), tomó las tijeras y se puso a recortar las plantas.

—Lo que hace el aburrimiento —suspiró.

Tal vez más tarde se pondría a pintar las paredes. Necesitaba en qué ocupar su tiempo libre. Mejorar la casa le parecía una buena opción.

Luego de cinco minutos, un Audi A5 Cabrio de color blanco aparcó en la entrada y tocó un par de bocinazos. Al volante iba uno de esos chicos que solían molestar a Natasha: el rubio que tenía el peinado de Ken y una sonrisita tonta. Un total esnob. ¿Qué hacía allí ese monigote?

En cuanto Nat salió, Grimm entendió.

Ella corrió alegre hacia el auto, con su minifalda de cuero y una blusa roja ceñida al cuerpo que hizo que le apretasen los pantalones. Ese tipo no dejaba de verla con la boca abierta, desvestiéndola con la mirada. ¿Ni siquiera le preocupaba que el novio de ella estuviese comiéndoselo con los ojos? Grimm se cruzó de brazos y, con el ceño fruncido, contempló desde el otro lado del jardín cómo Natasha iba al encuentro de ese pervertido. De tener su ballesta le habría disparado.

—Hola, Tom. —Ella se subió al vehículo y lo besó en la mejilla—. ¿Cómo estás?

Lucían muy bien juntos, pensó el cazador. Demasiado bien.

Nat no había notado la presencia de Grimm. Tampoco se había fijado en el aspecto del jardín, recién arreglado. ¿Dónde tenía la cabeza? Quizás en el Audi; quizás en ese tipo..., pero jamás en el muchacho con las manos llenas de tierra y expresión de tristeza, que se hallaba parado junto a las margaritas.

Nat se colocó el cinturón de seguridad, esperando que su amigo acelerase a doscientos kilómetros por hora, de un segundo para el otro.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Por supuesto. —El chico rubio avanzó con cuidado por la calle.

En nada se asemejaba a Grimm, pensó Natasha, estudiándolo. En primer

lugar, no tenía tendencias suicidas: iba a unos cautelosos sesenta kilómetros por hora. Además, Tom se peinaba. Llevaba el cabello corto y prolijo, vestía a la moda, tenía buena educación y era presidente en el club de drama. Que su padre fuera el dueño de media ciudad no influía en nada su opinión acerca de él. Era una buena persona. No un buen novio, pero eso a Nat no le importaba.

—Luces hermosa —dijo Tom, luego de estacionarse al frente de la pizzería.

—Eh, gracias. ¿Entramos?

—Aguarda. ¿Realmente estás saliendo con ese chico? ¿El que parece músico de rock?

¿Músico de rock? ¿Grimm? ¿Sería por su peinado? No resultaba difícil imaginárselo con una guitarra bajo el brazo y un cigarro en la boca, firmando autógrafos a sus miles de fans. Quizá las invitaría a alguna de sus alocadas fiestas y terminaría despertándose, a la mañana siguiente, desnudo y con resaca, sin recordar nada de lo ocurrido. Así sería cada noche.

—Pese a ser un inconsciente, antipático, odioso... —Se detuvo un instante para recordar algunos hechos, sin notar que la expresión de alarma en la cara de Tom iba creciendo a medida que hablaba—... que odia la cocina, conduce como lunático, te secuestra a la salida del colegio, te ofrece veneno para beber y te amenaza de muerte, creo que me gusta. Y mucho.

—No es para ti.

—¿No oíste lo que acabo de decir?

—Por supuesto. Acabas de decirme que prácticamente es un delincuente. ¿Secuestro? ¿Intento de asesinato? ¿Amenaza? —Parecía al borde del desmayo.

—No es tan así —contestó la chica.

—Te mereces a alguien mucho mejor. Alguien decente que respete la ley.

—Me pregunto quién podrá ser.

—Dame una oportunidad, Natasha. —Tom pasó uno de sus brazos

alrededor de ella y la jaló hacia él hasta que casi sus labios se tocaron—. Me gustas.

Ella tragó saliva. Su capacidad para reaccionar se nubló por el potente perfume francés de su compañero de viaje.

Él inclinó la cabeza y se movió hacia delante.

—¡Ey! —Alguien golpeó el vidrio de la ventanilla.

Tom se enderezó y le dirigió a Matt una mirada de odio.

—¿Piensan quedarse ahí toda la noche? —inquirió el recién llegado.

Natasha abrió la puerta y se bajó del vehículo, agradeciendo la interrupción.

El muchacho iba enfundado en su chaqueta de cuero negro, como un cazador. Solo que él no cazaba vampiros. Intentaba cazarla a ella, al igual que Tom. ¿Acaso se habían olvidado de Lucas? Ese sería su primer cumpleaños sin él. A nadie parecía importarles eso. Lo único que les interesaba era llevarla a la cama. Se arrepintió de no haberle pedido a Grimm que la acompañara. Sin embargo, no tenía ganas de verlo. Estaba enojada con él por haberle negado un miserable beso.

—¿Te está molestando este estirado, lindura? Si quieres, le doy una paliza en tu nombre.

—No será necesario.

Tom salió del coche y dio un portazo. Entró al local con un bufido, ignorando a Matt.

—El pobre no está acostumbrado al rechazo —sonrió el basquetbolista, acomodándose el cabello—. En cambio, yo soy más perseverante.

—No lo arruines, Matt —le advirtió ella.

Salía de la boca de un cocodrilo, para menearse en la de otro.

—Perdona. —Él le ofreció el brazo, como si fuera un amable caballero (cosa muy alejada de la realidad). Pero estaba bien fingir por un rato que sí lo era. Matt podía ser buen chico si se lo proponía. Aunque no pasara muy seguido. Prefería ser un *bad boy*—. ¿Entramos a la fiesta?

Le hizo una reverencia con la cabeza, y ella se la devolvió.

—Sí. Claro.

Eran ocho amigos en total: Nat y Cher; David, el mejor amigo de Lucas, y su novia Tina; Pam y su amigo ruso; Matt y Tom. Los dos últimos, invitados por la propia Cheryl para «darle emoción a la celebración».

—Quiero hacer un brindis por mi mejor amiga, a quien adoro a pesar de ocultarme cosas, y a quien seguiré queriendo aún después de que se le caigan los dientes —expresó Cher, levantando en alto su cerveza—. ¡Feliz cumpleaños, Nat!

—¡Feliz cumpleaños! —repitieron los demás.

—Gracias, chicos.

Era la mejor fiesta improvisada que le habían hecho. Le hubiese gustado que Luc participara en ella. Lo extrañaba. También David, quien aseguró que nunca volvería a tener un mejor amigo.

—¿Te diviertes? —Cher se sentó junto a Nat.

—Bastante —rio la cumpleañera al ver que el ruso se había puesto a cantar mientras Pam lo aplaudía para darle ánimos.

—Qué bueno. Oye, ¿te molestaría si le pido a Tommy que me lleve a casa? Muero por viajar en su auto.

Nat lo observó. Jugaba a la pulseada con Matt en una mesa lejana. Ambos habían pasado la noche compitiendo entre sí: quién bailaba mejor, quién podía comer más rápido, quién bebía más sin embriagarse... Solo les faltaba ver quién hacía pipí más lejos.

—¿Tom Robins? —inquirió Nat, parpadeando varias veces.

—Sí. ¿Por qué no? De todos modos, Joel nunca se fijará en mí. Además, Tommy es lindo, agradable y está forrado en billetes. Ya que tú no lo quieres, creí que sería una buena idea quedármelo. —Y añadió rápidamente—: A menos que te moleste que salga con él, en cuyo caso lo único que recibirá de mí será una mirada de desprecio.

—Si estás dispuesta a lidiar con él, es tuyo.

—Excelente.

Tina se unió a la conversación, en vista de que no había podido despertar a su novio. Roncaba sobre una de las mesas.

—Me pregunto qué habré visto en él —suspiró.

Las tres observaron a David. Iba vestido con una camisa roja con flores amarillas, unos shorts y un par de ojotas. Sus brazos estaban llenos de pulseras multicolores y tenía las rastas sueltas cayéndole sobre la cara, unos anteojos negros (a pesar de ser de noche) y la barba crecida.

Las chicas se echaron a reír. Sus ronquidos se oían a pesar de la música y el barullo.

—Es todo un galán —comentó Cher.

—¿Cómo puede dormir en un lugar como este? —preguntó Natasha.

—Es uno de los grandes misterios de la humanidad —respondió Tina.

Pam se sentó con ellas. Ya se habían quitado los zapatos.

—¿Y tu amigo ruso?

—¿Chip? Fue al baño.

—¿Así se llama? Creí que su nombre era más difícil —dijo Nat.

—Su nombre es Viacheslav Gueorguiy Vinográdov. —Con razón nadie lo recordaba—. Chip era el nombre de mi perro. Le digo así porque me recuerda mucho a él.

¿Qué clase de persona se parecía a un pastor inglés?

Nat miró el reloj. Eran las doce y media.

—Supongo que es hora de que me vaya. Deben ir a clase mañana.

—¿No irás al colegio?

—Mi hermano siempre me deja faltar para mi cumpleaños.

—Suertuda —masculló Cher.

—Si quieres, te llevo —le propuso Pam—. Mi casa queda de paso.

Nat se sorprendió a sí misma con lo que dijo:

—No, gracias. Le pediré a Matt que me alcance. Y ¡no es lo que ustedes

creen! —farfulló al ver sus expresiones de malpensadas—. Planeo aclarar las cosas con él, para que deje de acosarme.

Su amiga levantó los pulgares.

—Suerte. Y recuerda: sé cruel con él o te lamentarás.

Matt y Tom se encontraban en una mesa pequeña cubierta de frituras. Matt no imaginó que el flacucho fuera a darle semejante pelea. Hacía media hora que jugaban a la pulseada y ninguno había ganado todavía.

—¿Matt? —lo llamó Natasha.

Él dejó de prestar atención a la competencia, y su brazo fue estampado contra la mesa.

—¡Ja! Te gané, Richardson. —Tom se frotó el brazo dolorido.

—Me importa un pepino. Ya tendré mi revancha. ¿En qué puedo servirte, encanto?

—¿Me llevarías a casa?

El muchacho se puso de pie de un salto.

—Tus deseos son órdenes —respondió con una una sonrisa atrevida.

—Un momento —exclamó Tom, con mala cara—. ¿Por qué se lo pides a él, si viniste conmigo?

—Por eso. Ahora es su turno. ¿Por qué no llevas a Cher? —Ella la señaló—. No tiene cómo irse.

Cheryl le lanzó un beso al muchacho, y este se sonrojó.

—No hay problema —contestó, peinándose con los dedos.

Matt y Natasha se despidieron de sus amigos y salieron a la calle.

—¿Por qué será que todos especulan con mi vida sentimental? —se quejó la muchacha, mientras contemplaba las estrellas.

Sus pasos resonaban en la acera.

—Es divertido. Si no hubiera aparecido ese tipo con el que sales ahora, seguro que yo ganaba las apuestas. En fin, ya tendrás tiempo para cambiar de parecer y darte cuenta de que soy el mejor partido que tienes. —Él se sentó en la motocicleta y se colocó el casco.

No podía decir que no le gustara, pero era un engreído.

Nat se sentó detrás de él y le rodeó la cintura con los brazos. Tenía razón, de haberse quedado con uno de ellos dos, lo habría elegido. Tom se hacía el bueno y Matt, el malo. Y ella se había dado cuenta de que se sentía peligrosamente atraída por la maldad.

Tras diez silenciosos minutos, Nat sintió que la moto se detenía. Había cerrado los ojos para no ver, en caso de tener un accidente. Le pareció increíble haber llegado a salvo a la puerta de casa, considerando la cantidad de alcohol que había consumido su amigo.

Las luces estaban apagadas. Tal vez no hubiese nadie dentro. ¿Habrían salido de caza?

Nat sabía que no le convenía permanecer mucho tiempo afuera. Su hermano siempre le advertía que tuviese cuidado. Había seres mucho más peligrosos que Matt acechando en la noche. Seres con colmillos y garras afiladas.

—Gracias por traerme. —La joven puso los pies en el suelo.

Él se quitó el casco.

—Ha sido un placer, dulzura.

—Que descanses, Matt. —Se encaminó lentamente hacia la entrada—. Nos veremos el lunes.

—Espera. —Él la siguió a través del jardín—. ¿Ya te vas? ¿No me darás un besito de despedida?

—¿Besito?

El muchacho la acorraló contra el árbol del jardín. Olía a cerveza y cigarrillo.

—¿Qué haces?

Matt aprisionó su cuerpo.

—Estoy conciente de por qué me pediste que te trajera: necesitabas un momento a solas conmigo. Admítelo.

—Te equivocas. Yo solo quería hab...

Él la interrumpió con un beso brusco.

—No, Matt. —Natasha lo empujó hacia atrás.

—Vamos, sé que lo quieres. —Relamiéndose, metió la mano por debajo de su blusa y comenzó a besarle el cuello—. Está bien. Yo también lo deseo. Dime que me extrañaste.

Ella recordó por qué no habían tenido más citas. Matt desconocía el significado de la palabra no.

—Oye, ¿qué son estas marcas? Parece que te hubiera mordido un vampiro —preguntó al reparar en las cicatrices que le había hecho Ruthven.

Nat le dio un manotazo.

—Has bebido demasiado. Será mejor que te vayas.

—No te enojas, gatita. —El muchacho la tomó del trasero.

—Suéltame. Ahora. —Nat le dio un codazo en las costillas, y él retrocedió.

Un pétalo blanco cayó sobre la muchacha. Luego otro... y otro más. Pronto, una lluvia de pétalos se precipitó sobre ellos. Natasha se preguntó de dónde provendrían. Algo no andaba bien.

Tenía que hacer que su amigo se fuera.

—Vete a casa, Matt —ordenó, en todo furioso.

—De acuerdo, de acuerdo. Nos veremos cuando estés de mejor humor, preciosa. —Guiñó un ojo y se subió a la motocicleta.

Mientras él se alejaba, Nat recogió uno de los pétalos y se lo llevó a la nariz. Reconoció enseguida ese aroma.

«Rosas salvajes».

Alguien la sujetó desde atrás.

—Feliz cumpleaños, señorita Dorcas —susurró, estremeciéndola.

Una ráfaga hizo volar los pétalos hacia la calle. Estos se perdieron en la penumbra, entre los árboles.

—Es peligroso que estés aquí a esta hora. —Los labios de Dorian Ruthven se curvaron levemente—. ¿Sabías que hay vampiros por los alrededores?



Ella asintió, incapaz de moverse o de hablar. Las piernas le temblaban.

—¿Debo recordarte que soy uno de ellos? —inquirió.

Natasha negó con la cabeza. Lo sabía, solo que le costaba reaccionar. Una fuerza invisible la mantenía inmóvil. Él la giró con cuidado. Los ojos del vampiro no se habían vuelto negros como cuando se preparaba para matar, ni despedían destellos rojizos. Eran de un tono cetrino y claros, muy claros; tanto que Nat podía verse reflejada en ellos.

—¿Vas a matarme?

—Tranquiliza tu pequeño corazón desbocado, mi pequeña *princesse*. No saciaré hoy mis apetitos contigo. —Se acercó a su oído y le susurró—: Hay algo que me impide devorarte, aún a pesar de mi sed. Solo he venido a saludarte.

Ella no tuvo oportunidad de reaccionar. El vampiro desapareció tan rápido como se había presentado. Y Nat se quedó sola, preguntándose por qué quería que se quedara.

—Me estoy volviendo loca. —Se abrazó a sí misma e inspiró el aire nocturno. Todavía percibía su perfume, mezclado con el de los pétalos.

Sonrió. ¿Quién sabía hasta dónde llegarían esos pétalos? ¿Quién sabía si el viento no los traería de regreso en algún momento?

El teléfono sonó en el interior de su bolsillo. La noche aún no terminaba.

—¿Hola? ¿Estás en casa?

—Sí. Bueno, estoy en la puerta —explicó, sacando las llaves del bolso.

—Dime que ya se fue.

—¿Quién?

Era Cher. De fondo se oía música clásica.

—Matt —aclaró—. ¿De quién más estaría hablando?

—Ah. Matt. —Lo había olvidado—. Lo eché después de que me besara por la fuerza.

Cher cuchicheó con alguien, y ese alguien pareció escandalizarse.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Tom pregunta si lo golpeaste.

—Dile que sí. ¿Cómo lo estás pasando tú? ¿Necesitas que te rescaten?

—En absoluto. Nos estamos divirtiendo. Tanto, que quizás me quede a vivir en esta mansión.

Sintió como si su amiga le hubiera guiñado el ojo desde el otro lado de la línea telefónica.

—Solo quería cerciorarme de que habías llegado a casa sana y salva — continuó—. Ya conocemos a nuestro amigo Matty y sus manos inquietas. Mañana te llamo otra vez. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Diviértete.

—Cuenta con ello, amiga.

Con cuidado de no despertar a nadie, abrió la puerta y entró a la seguridad de su hogar.

—Por fin un poco de paz —murmuró, tirando el bolso sobre el sofá.

—¡Natasha! ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No estabas en una fiesta?

—¡Ahhhhh! —gritó.

Erika había aparecido detrás de ella como un fantasma, en medio de la oscuridad.

—La fiesta ya terminó —explicó—. Mañana es día de clases. ¡Casi me matas del susto! No lo vuelvas a hacer.

—Lo siento. —Rio la mujer. Enseguida, la estrujó en sus brazos— ¡Feliz cumpleaños, nena!

—Gracias. —Nat se quedó sin aire ante la efusiva demostración de afecto.

—Toma. —Erika le entregó un obsequio.

Eran dos preciosos pendientes de bronce.

—Me encantan. Gracias, Eri. ¿Qué es eso que traes puesto? —Acababa de notar el negligé negro y transparente.

—¿Te gusta? ¿No es muy revelador? —Se dio vuelta para mostrar la parte de atrás.

—Sí. —Rio Nat—. Demasiado, diría yo.

—Excelente, muajaja. Ahora, si me disculpas, me iré a dormir al sofá. Tengo la esperanza de que tu hermano me encuentre y me lleve en brazos a mi cuarto.

—Buenas noches... y suerte.

## SABIDURÍA VAMPÍRICA

—¿Puedo pasar?

—Sí. —Natasha miró el reloj.

Eran las once de la mañana. Las once del viernes. El día de su cumpleaños.

Joel ingresó al cuarto portando una bandeja con el desayuno: café con crema y una pila de *hot cakes* decorados con jarabe de chocolate y frutillas. El día había empezado de una forma maravillosa. Esperaba que continuara así.

Él le besó la frente, dejó la bandeja sobre su regazo y le entregó un pequeño paquete envuelto en papel dorado.

—Feliz cumpleaños.

Al abrirlo, ella encontró un flamante celular nuevo. El viejo había sido hecho pedazos por Ruthven, y ella había estado utilizando uno de repuesto al que apenas se le notaban los números de los borrados que estaban.

—Por casualidad encontré tu viejo teléfono tirado por ahí y decidí que ya era hora de que lo cambiaras.

—Gracias. —Nat lo abrazó.

—¿Hoy saldrás con tus amigos?

Joel se sentó en la cama.

—No. Ya los vi ayer. —Nat tomó el tenedor y se metió un trozo de cielo en la boca.

—Entonces no estás ocupada —sugirió él.

—No tengo planes, si es a lo que te refieres —contestó masticando—.

¿Por qué?

—Pensaba que tal vez te gustaría salir conmigo, como en los viejos tiempos.

—¿Solos tú y yo? —Los ojos de Natasha se abrieron el doble de su tamaño normal.

—Solos tú y yo.

Luego de despedir a Cher, con quien había almorzado y pasado parte de la tarde, Natasha se planchó el cabello y se puso su mejor vestido: de seda azul con la espalda descubierta y largo hasta los pies. Cubrió el vendaje de su muñeca con una pulsera ancha, para que su hermano no le preguntara qué le había sucedido. Al final había decidido no contarle nada acerca del exabrupto de Grimm en el bosque. Sería un secreto entre ambos, igual que el episodio de la fiebre.

—¿Cómo está mi chica favorita? Pareces una princesa. Veo que te pusiste los pendientes que te di. Te quedan muuuy bien —dijo Erika, acercándose—. ¿Quieres que maquille? Siempre soñé con tener una hermana pequeña a la cual arreglar en su primera cita.

—Claro. Pero recuerda que salgo con mi hermano. Técnicamente no se trata de una cita.

—¿Y qué tal si fueras con Grimm en lugar de Joel? —preguntó la joven morena, esperanzada, tomando un delineador azul.

—Eso jamás ocurriría. Son más de las siete y ni siquiera lo he visto.

—Ese desconsiderado —exclamó Erika golpeando con furia el colchón—. Ya verá cuando lo agarre. Después de todo lo que me dijo ayer... ¿cómo se atreve a hacerte eso?

—¿Qué te dijo ayer?

—Ehhh... nada, nada.

Erika empezaba a creer que los hombres de esa casa tenían serios problemas de actitud.

—Supongo que no quiere verme.

Nunca debió haberle pedido ese beso. ¡Justo cuando se empezaban a llevar bien!

—Tonterías.

—Sé que no le caigo mal, pero no creo que me vea como una chica, sino como a la hermanita molesta de su amigo, a la que tiene que cuidar porque se lo piden. Tal vez se sienta como un niño.

—¿Eso piensas?

—Ya no sé qué pensar —suspiró Nat.

Erika la tomó por los hombros. Nat la imaginó partiendo nueces solo con la fuerza de sus manos.

—Déjame darte un consejo: si lo quieres, ve por él. No esperes que venga por ti. Los hombres son un poco lentos. ¿Te gusta? Díselo. Haz como yo. Es mejor ser rechazada que vivir con la duda.

—¿Joel te rechazó?

—Me rechaza todos los días, cariño. Sin embargo, estoy segura de que algún día me aceptará —dijo esperanzada.

—¿No deberías olvidarlo?

—Eso sería como decirle a una flor que se olvide de la primavera. Yo sé que él terminará matándome, tarde o temprano. Pero tú..., tú eres diferente de mí. Grimm sí te quiere. El problema es que el mojigato todavía no se ha dado cuenta. Ahora, si me disculpas, debo ir a hacer pis o mi vejiga explotará, y no será nada bonito. Enseguida regreso.

Salió del cuarto de Nat y corrió al cuarto de baño.

Como siempre, la puerta estaba cerrada.

—Toc, toc —dijo Eri, golpeando—. ¿Hay alguien? No quiero dejar un charco aquí. La alfombra es bonita.

—Dame un minuto —contestó Grimm.

Ese chico se lo pasaba ahí dentro.

La mujer se agachó y espió por la mirilla.

—Santa cachucha —susurró.

Saltó hacia atrás cuando la puerta se abrió. Esperaba que él no se diera cuenta de lo que hacía o estaría en problemas.

—¿Sabes? Hay una chica muriéndose por llamar tu atención —sonrió al verlo salir al pasillo.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Que podrías pasar menos tiempo en el baño, y más con ella. ¿Ah? —Erika guiñó un ojo.

—No me fastidies, Cross —contestó Grimm, alejándose.

Joel se había puesto un traje negro muy elegante. Nada de armas, nada de muertes. Por esa noche serían una hermana y un hermano disfrutando de una linda cena.

—Luces hermosa, Tasha.

Ella se ruborizó.

—Déjenme sacarles una fotografía. —Erika alzó la cámara y les tomó una foto, antes de que Joel diera vuelta la cara.

Natasha le mostró su mejor sonrisa.

—Excelente. Parece que fueran a la entrega de los premios Oscar.

—Vamos a ir a un lugar especial —dijo él, abriendo la puerta para que su hermanita saliera primero.

—En ese caso, diviértanse.

—Lo haremos. —Nat la saludó con la mano.

Luego de que se fueran, Erika se encaminó a la sala de entrenamiento. Como imaginó, Grimm disparaba contra su vampiro de juguete. No se había afeitado y llevaba la misma ropa que el día anterior.

Ella se le paró enfrente con los brazos cruzados.

—Eres un idiota.

—Tú no entiendes. —Grimm bajó la ballesta.

—Entiendo a la perfección —se enfadó Eri, arrebatándosela de las manos

—. Te comportas como un niño. A veces me dan ganas de golpearte.

Sin previo aviso, le dio un golpe en la nuca.

—¡Auch! Eso dolió. —El muchacho se llevó una mano a la cabeza.

—Te lo mereces. Ahora ve a darte una ducha. Apesta.

Joel estacionó frente al restaurante Styx, el más lujoso y caro de la ciudad. Mientras caminaban a lo largo del hall de entrada, sus pasos hacían eco sobre el suelo de mármol negro. Nat esperaba que esa cena de cumpleaños se volviera una costumbre. Adoraba pasar tiempo con su hermano mayor. Él cumplía en enero. Quizá, pudieran hacer lo mismo para entonces.

Llegaron a un espacio amplio y circular bordeado por columnas de estilo corintio y esculturas de criaturas mitológicas de tamaño natural. En el centro había una blanca fuente sobre la que una doncella de largos cabellos sostenía un cántaro de donde brotaba agua cristalina.

—Buenas noches —los saludó una joven de cabello rubio con un vestido blanco de estilo griego—. Mi nombre es Galatea y seré su mesera esta noche. Por favor, acompáñenme. Los conduciré a su mesa.

¿Harían un casting especial para contratar a las chicas? Todas eran hermosas, altas y delgadas. Ella jamás podría trabajar en un sitio como ese. No porque no fuese bonita, sino porque no se atrevería a usar esos vestidos tan escotados y pegados al cuerpo. Con razón Joel había querido ir allá. Aunque no parecía prestarle demasiada atención a la chica.

Nat había olvidado lo que era salir con su hermano. Se convertía en el centro de atención femenina a donde quiera que fuera. La mesera esbozaba la mejor de sus sonrisas. A él, claro. La libidinosa.

Desde las mesas resultaba imposible divisar a los otros comensales. Todas se ubicaban alrededor de la fuente, y grandes maceteros las mantenían separadas.

Cuando los hermanos se acomodaron y se quedaron solos, Nat revisó el menú.

—No deberías gastar tanto dinero en mí. Mira estos precios. —Le mostró



a él, quien parecía divertido de su comentario—. Creo que no pediré postre.

—Es tu cumpleaños. Déjame consentirte.

—Está bien —sonrió ella—. Pero solo por hoy. Creo que pediré ostras.

¿Tú qué vas a comer?

—Lo que tú pidas estará bien para mí.

—Qué original. Supongo que beberás también lo mismo.

—Exacto.

—¿Puedo pedir vino? —se entusiasmó.

La mesera regresó y se colocó junto a Joel, quien apenas se fijó en ella. Eso pareció molestarla. Se acomodó el cabello y esperó que ordenara.

—Quisiera un *Drug Grande Cuvée*, por favor —pidió él, con amabilidad—. Y ostras para dos. También traiga el mejor plato de la casa.

—Enseguida, señor Dorcas. —La chica asintió—. ¿Hay algo más que usted desee?

La desvergonzada se inclinó hacia él, enseñando parte de su escote, sin importarle la presencia de Natasha. Era su hermana, pero bien podría tratarse de su novia.

—Quizás más tarde.

Nat torció la cabeza. ¿Acababa de aceptar su ofrecimiento? No, él era demasiado correcto. ¿Habría entendido la indirecta de esa mujer?

—¿Qué es Drug Gran no sé qué? —inquirió, tratando de olvidar a la desagradable mesera.

—¿No dijiste que querías vino? Ordené uno espumante. Te gustará. —Sonrió su hermano—. ¿Me disculpas un minuto? Enseguida regreso.

—Sí, claro. Aquí estaré. En tanto no me abandones y te vayas a conquistar a rizitos de oro...

—Nunca te dejaría plantada por nadie. Eres la mujer de mi vida.

La besó en al frente.

—Pffff. Así nunca conseguirás novia.

Joel se levantó, riendo de las ocurrencias de Tasha, y se alejó de la mesa.

Caminó sin ser oído, sin ser visto. Enseguida encontró a quien había salido a buscar: Galatea, quien lo esperaba con una sonrisa juguetona.

El celular de Natasha sonó, sobresaltándola. Tenía un mensaje de texto.

«Feliz cumpleaños».

¿Quién se lo enviaría? El único número que había registrado había sido el de Cher. No se trataba de ella.

«¿Quién es?», contestó.

«Yo».

Rodó los ojos.

«¿Quién es *yo*?» escribió.

Tenía sus sospechas, pero debía cerciorarse. Aunque no había más que una persona capaz de ser tan expresiva con ella; tan comunicativa.

«Tu *novio*. ¿O creíste que era alguno de los rapaces con los que andas, Dorcas?».

Su respiración se detuvo. Permaneció leyendo esas palabras durante más de dos minutos.

El tono de llamada del teléfono la hizo saltar de la silla. Miró el número: era el mismo que le había enviado los mensajes.

—¿Ho... la? —atendió, con el corazón en la boca.

—¡Hola! ¿Cómo la estás pasando? Dime que has ordenado lo más caro del menú.

Nat suspiró al oír la voz de Erika. Por supuesto, él no sería capaz de llamarla. Ni en un millón de años.

—¿Ocurre algo, linda? —quiso saber la mujer.

—Nada —contestó, algo decepcionada—. Imaginé que se trataba de otra persona.

—Mandé a esa otra persona a descansar un rato y me apoderé de su teléfono. —Eri rio tan fuerte que Natasha tuvo que alejar el auricular de su oreja—. ¿Joel está contigo?

—Eh... sí. Bueno, no exactamente. Se fue hace un momento. Debe haber ido a lavarse las manos. Sabes lo obsesivo que es. —Erika soltó una maldición del otro lado de la línea—. No, espera. Ahí viene. ¿Quieres hablar con él?

Joel volvió a ocupar su asiento y la contempló con curiosidad.

—Nah. Te veo luego. Adiós. —La mujer colgó.

—¿Todo bien? —preguntó él.

—Eso creo.

—Lamento haberte dejado. ¿Te hice esperar mucho? Tuve que...

—¿Tiene que ver con un vampiro? —lo interrumpió ella.

Joel carraspeó.

—Es factible.

—Entonces no me digas —se apresuró a responder su hermana—. Prefiero que omitas los detalles escabrosos.

Su mirada seria le provocó un escalofrío. No tenía señales de haber luchado. De hecho, estaba impecable de la cabeza a los pies. Tampoco llevaba su katana consigo. Si había matado un vampiro, lo había ocultado muy bien. Y si había ido a hacer otra cosa, tampoco quería saber.

—¿Cómo te lastimaste la muñeca? —inquirió él, con la vista fija en el vendaje que asomaba por debajo de la ancha pulsera.

—Me caí —sonrió.

No podía decirle que Grimm la había mordido. Antes planeaba hacerlo, pero había cambiado de opinión. Además, Joel se mostraba más sombrío que de costumbre.

—Deberías tener cuidado —advirtió sin quitar la mirada de la venda—. La sangre *dhampyr* es en extremo atractiva para los vampiros. Los atraerá como la luz a los insectos.

—Claro. Lo tendré.

Una mesera de cabello negro les llenó las copas y, unos minutos después, les sirvió lo que habían ordenado.

—¿Qué pasó con la rubia? —inquirió Nat, buscándola con la mirada.

Tal vez se había ido. Bien, así no le coquetearía a su hermano. Erika era la única autorizada para hacerlo.

—Lamento haberte mantenido en la ignorancia durante tanto tiempo —dijo Joel—. Mi intención era protegerte, pero me he dado cuenta que no he hecho más que perjudicarte al no contarte la verdad desde el principio. Sé que tienes muchas preguntas.

Ella se mordió el labio.

—No recuerdo ninguna ahora.

—Hay cosas que debí enseñarte... cosas que todos los cazadores deben saber. Yo quería que tuvieras una vida feliz, Tasha, lejos de todo esto. Ahora sé que es imposible escapar del llamado de la sangre. Lo quieras o no, ellos irán tras de ti. Es necesario que sepas cómo defenderte, cómo luchar.

—¿Vas a entrenarme como cazadora? —Una chispa de esperanza se encendió en el interior de la joven. Ignoraba el motivo, pero la idea le agradaba. En especial, porque sería capaz de patear a cierto «alguien».

—Yo no. Grimm lo hará.

—¿Grimm?

—Lo dejé a cargo de ti. ¿Recuerdas?

—Pero pensé que tú lo harías. —Nat se desanimó.

—Si van a ser compañeros, lo mejor es que se adapten el uno al otro. Que entrenen juntos. Hay ciertas cosas que no podrías aprender conmigo. Será mejor profesor para ti que yo. Está ansioso por enseñarte.

Nat se puso tensa. ¿Ansioso? ¿*Mister Simpatía*?

«¿Es una broma, cierto?».

—Lo dudo.

Ella bebió el contenido de su copa de un trago.

Ese vino espumante era muy bueno. Dulce. Cada plato resultó exquisito. Luego de la cena, pidió un postre helado de chocolate. Joel se conformó con un café. No era de mucho comer. Nat, en cambio, había arrasado con la mesa.

—Me alegra que te guste la comida —sonrió Joel.

—Oh, shi —dijo ella con la boca llena. Se apresuró a tragar—. Ahora, *nii-sama*, impárteme un poco de tu sabiduría *vampiril*.

Su hermano rio. Hacía tiempo que no lo veía tan relajado. Incluso parecía feliz.

—De acuerdo. Empecemos por lo básico. Existen tres clases principales de vampiros.

—¿Tres? Yo creí que solo había una clase. ¿No son todos iguales?

—No. Y tampoco los cazamos a todos. Por eso es importante que aprendas a distinguirlos.

—Te escucho.

Nat se metió una gran cucharada de postre en la boca, mientras su hermano procedía a explicarle.

—Los vampiros psíquicos son aquellos que pueden absorber la energía vital de las personas. Son seres humanos vivos y, por ese motivo, difíciles de identificar. También están los seres humanos que beben sangre, pero esa es otra historia. No nos interesan.

Natasha lo miraba con atención y asentía de cuando en cuando. Le hubiera gustado tener a mano algo para anotar, pero confiaba que recordaría lo más importante.

—Luego están los vampiros puros o sangrepura —continuó él—. Ellos se denominan a sí mismos Sangre Azul. Son los vampiros de nacimiento. Están vivos y pueden llevar una vida como la de cualquier persona. Sin embargo, consumen sangre en muy pequeñas dosis para mantenerse jóvenes y fuertes. No la necesitan en grandes cantidades, a menos que quieran aumentar su poder. Mientras más consumen, más fuertes se vuelven; sin embargo, también más la desean. Corren el riesgo de perder el control ante la sed si no se moderan. Si esto llegara a suceder, el vampiro puro se vuelve insaciable y extremadamente peligroso. Aunque estos casos son excepcionales. Por lo general, poseen un excelente autocontrol y viven en paz.

—¿De uno de ellos descendemos nosotros?

—Así es. Sebastián Dorcas fue uno de nuestros ancestros vampíricos.

—¿Y dime, se casó con la madre de su hijo? ¿O fue un *affaire*?

—Ella era monja. Así que la respuesta es no.

Vaya. Joel había investigado.

—Espera. ¿Dijiste *uno* de nuestros ancestros?

—Tú y yo no somos como los demás dhampyr, Tasha. Papá era descendiente directo de Sebastian, y mamá era la hija de un vampiro llamado Raphael.

—¿O sea que...

—Tenemos la sangre de dos vampiros puros diferentes. Eso nos hace especiales como cazadores. Más hábiles y fuertes que el resto. —Y añadió—: Pero más deseables también.

Reinaba un ambiente de calma en todo el restaurante. De desearlo, podían quedarse conversando toda la noche sin ser interrumpidos. Nat contempló la posibilidad de monopolizar la atención de su hermano hasta altas horas de la madrugada.

—¿Ruth lo sabía? —inquirió.

—¿Qué cosa?

—Que el abuelo era un vampiro.

—Por supuesto. Aunque no le gusta hablar de él. La abandonó antes de que mamá naciera. Así que no se lo menciones cuando la veas, por favor. Se pone de lo más sentimental y empieza a sacar sus viejas fotografías. Tiene cientos de ellas. Le tomó todo un día enseñármelas.

—Oh. —Su hermana guardó silencio un momento—. ¿Joel? Hay algo que no entiendo: ¿por qué son cazadores los hijos de los vampiros?

—Porque tenemos la necesidad innata de cazar. Es nuestra herencia. Deja que te hable sobre la tercera clase de vampiros: Los impuros. Estos son seres que, ni vivos ni muertos, habitan en las tinieblas —explicó con voz lúgubre—. Se encuentran detenidos en el tiempo y necesitan sangre para mantener

sus cuerpos intactos. Nunca envejecen. Nunca mueren. De hecho, ya están muertos, pero han revivido. *Despertado*. Son esos los vampiros que cazamos.

—Por cómo los describes, suenan espeluznantes.

Joel recorrió con uno de sus dedos el borde de su copa vacía.

—Lo son —contestó—. Los sangrepura los consideran una aberración, un crimen *contra natura*. Si bien fueron ellos quienes los crearon, pronto entendieron que habían cometido un error y decidieron corregirlo, eliminando a esas criaturas crueles y asesinas.

—Entiendo.

—Por eso, Natasha, enseñaron a sus hijos híbridos a cazar. Para eso les enseñaron todo lo que sabían. El fin era erradicar a los vampiros impuros de la faz de la tierra. Los puros detestan matar, pero no los dhampyr, ya que somos en parte humanos.

A Nat le costó un rato asimilar las palabras de Joel. Le tomaría un tiempo acostumbrarse a su nuevo estilo de vida, luego de pasar dieciséis años en la ignorancia.

—¿Somos los buenos?

—Según mi opinión —dijo Joel—, cada cual actúa de acuerdo con sus propios intereses. No creo que nadie sea totalmente bueno o malo.

Natasha tenía ganas de preguntarle cuáles eran los suyos, pero temía que no le agradase la respuesta. Prefirió seguir con el interrogatorio vampírico. ¿Quién sabía cuándo volvería a tener otra charla con él?

Se aclaró la garganta, tomó la cuchara y se la puso como micrófono.

—Señor Dorcas, ¿cómo se crea un vampiro impuro?

Joel emitió una risita cómplice. Siempre le seguía los juegos, aunque fuese el hombre más serio sobre la faz de la tierra.

—La forma usual es que el vampiro se alimente de la víctima; que le extraiga casi toda la sangre del cuerpo hasta casi matarlo. Después, debe darle su sangre. Esta genera un proceso tan doloroso que acaba con los más débiles: vampirización. Según la fortaleza de la víctima, puede durar horas,

días, incluso semanas. El corazón deja de latir y el cuerpo fallece lentamente. La víctima puede resistirse a la muerte y alargar el proceso, pero es imposible detenerlo. Una vez que ha comenzado, la vampirización seguirá su curso natural. No hay vuelta atrás una vez que comienzas a sentir la sed. Si te transformas en vampiro, la única escapatoria es la muerte.

Erika se acomodó en el sofá con su sándwich gigante entre las manos y una botellita de cerveza fría. Había utilizado todo lo que había en el refrigerador, excepto chocolate.

—No me dejas alternativa. Tendré que devorarte. Eres demasiado delicioso para dejarte escapar.

Le dio una gran mordida y encendió el televisor.

—Maldición, aún faltan quince minutos para mi programa de medianoche —se quejó, mirando la hora.

Golpearon la puerta. La mujer se asomó por la mirilla y jadeó al ver que Joel cargaba a Natasha en brazos. Se apresuró a abrirle.

—¿Qué le pasó a la niña? —La cazadora se llevó una mano al pecho de forma dramática—. Por favor, dime que está bien. ¡No me digas que la llevaste de cacería el día de su cumpleaños! Eso hubiera sido muy pero muy irrespons...

—Tranquila. No seas alarmista. Se quedó dormida en la camioneta y me dio pena despertarla —contestó él en voz baja, yendo hacia el piso de arriba—. La llevaré a la cama.

Erika se dejó caer en el sofá.

—Necesito unas vacaciones —suspiró y se llevó la cerveza a la boca. Ya había perdido la cuenta de cuántas había bebido esa noche—. Estoy demasiado alterada últimamente, como si algo terrible fuera a ocurrir. Tal vez sean ideas mías. Sí, Eri, no te alarmes y relájate. Disfruta de la vida.

Sintonizó su novela y siguió bebiendo.

Joel la encontró roncando veinte minutos después, con el control remoto en una mano y la botellita vacía en la otra. Le quitó con cuidado el control y



apagó el televisor. Luego se arrodilló ante ella.

—Nunca te rendirás conmigo, ¿verdad? —susurró, inclinándose para inspirar su perfume. Él se lo había regalado en Navidad. Sabía que le gustaría. Era tan intenso y dulce como ella.

Eri entreabrió los labios y Joel pasó su dedo por ellos para limpiar una diminuta mancha de mayonesa. Después se lo llevó a la boca.

—Será mejor que te deje tranquila.

La besó con cuidado de no despertarla y se marchó a su cuarto, donde cerró la puerta con llave.

Él la observaba. A pesar de tener los ojos cerrados, era capaz de sentir su presencia en la habitación, cerca. Muy cerca de ella.

Giró la cara hacia él.

—¿Qué haces en mi cuarto? —preguntó.

Grimm se encontraba arrodillado en la alfombra, junto a su cama. La única luz llegaba desde el exterior de la ventana y caía sobre él, dándole un aura angelical.

—No pensé que fueras a despertar —musitó.

¿Acaso había ido a verla dormir? Nat entornó los ojos con sospecha.

—Casi estás encima de mí. ¿Cómo no iba a despertarme?

Él se enderezó de golpe.

—Lo siento. —Sin notarlo se había ido inclinando en dirección a la chica dormida, más y más—. No me di cuenta.

—¿A qué has venido?

Grimm dudó un instante antes de contestar.

—Todavía es tu cumpleaños —señaló el reloj despertador de manera casual donde figuraban las once cincuenta y cinco—. Vine a... darte tu regalo. Si aún lo quieres.

—¿Mi regalo?

¿Le había comprado algo?

—Sí. —El chico sonrió con picardía—. ¿Lo quieres o no? Porque la oferta expira a medianoche.

La muchacha, con un nudo en el estómago, dijo que sí con la cabeza. No veía ningún paquete. Tal vez lo había dejado en el suelo. O se trataba de algo pequeño que llevaba guardado en el bolsillo. ¿Un anillo de diamantes?

—Puedes dármelo. Aunque no estás obligado a regalarme nada. Lo sabes. Él hizo una inspiración profunda y soltó el aire con lentitud.

—Cierra los ojos —le pidió.

—¿Por qué?

—Solo hazlo.

Ella obedeció. Era la primera vez que hacía lo que le pedía.

—¿Grimm? —preguntó Nat, luego de diez interminables segundos—. ¿Sigues aquí?

Abrió un ojo para espiar.

Él no se había ido a ninguna parte. Continuaba frente a ella.

—No los abras. Quédate quieta —insistió—. Y tampoco hables.

—Si hablo es porque no haces ni dices nada.

«Mandón».

—Cuenta hasta diez.

—De acuerdo. —Suspiró la joven llena de intriga—. Uno, dos, tres...

Grimm no pensó que le resultaría tan difícil acercarse a Nat. Le temblaban las manos. Había dudado todo el día, tratado de convencerse de que era una pésima idea. Sin embargo, desde que ella se lo había pedido, la idea había estado rondando en su cabeza, volviéndolo loco.

Hasta que al fin se decidió.

—Cuatro, cinco, seis... —continuó ella.

Le daría lo que quería.

—Siete, ocho, nueve...

Lo que ambos querían.

—Diez.

Un beso. Le daría un beso y eso sería todo. Luego se marcharía.

Con suavidad, Grimm posó sus labios sobre los de ella y trató de no dejarse llevar por el impulso que se apoderó de él. Le era muy difícil controlarse estando con Natasha Dorcas. La deseaba más que a nada en el mundo.

Nat había imaginado que un beso de Grimm sería ardiente e impulsivo, pero se equivocó; fue infinitamente dulce. Lento. Embriagador.

Tuvo el impulso de abrazarlo, no obstante se contuvo. Temía que se tratara de un sueño.

Se sentía flotando entre nubes de algodón.

—Feliz cumpleaños —susurró él, al separar sus labios.

No se apartó. Ni siquiera se movió luego de acabado el beso. Permaneció contemplándola con un deseo aún no satisfecho.

—Cielos, Grimm, eso fue...

Él la silenció, colocándole un dedo sobre la boca.

—Shh. No digas nada —musitó el muchacho con media sonrisa.

Sus ojos verdemar centellearon cuando la joven le colocó una mano en el pecho. ¿Llegaría notar la agitación en su corazón? ¿Llegaría darse cuenta de que, al igual que ella, había estado esperando ese momento desde el día que se conocieron?

Inclinado sobre Nat, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera besarla..., acariciarla..., yacer a su lado toda la noche abrazándola. Ya se había cansado de fingir, de pretender que no le interesaba.

Se inclinó nuevamente hacia esos irresistibles labios, pero algo lo detuvo antes de que llegase a tocarla de nuevo.

«Maldición», pensó irritado. «No ahora».

Un estremecimiento recorrió su piel. Si volvía a saborear esos deliciosos labios, no querría detenerse hasta el amanecer.

Se separó de ella, con un vacío en el estómago.

—Está aquí —masculló.

Se puso de pie y corrió hasta la ventana.

—¿Quién? ¿Quién está aquí, Grimm? —Natasha se levantó con torpeza. Todavía tenía puesto el vestido de fiesta, por lo que le resultó difícil moverse con libertad. Se quitó los pendientes y la pesada pulsera, y fue junto a Grimm quien se había quedado paralizado observando con atención la ventana—. ¿Qué estás viendo?

—No te acerques —pidió él, cerrándole el paso con uno de sus brazos.

En el alféizar había apoyada una perfecta rosa blanca cubierta de rocío. Sobre ella relucía, como rubí, una gota de sangre.

—No es sangre humana —comentó el muchacho, sin apartar la mirada de la flor.

Nat se había aferrado a su brazo. Si llegaba a voltearse hacia ella, Frederick mandaría su autocontrol, la rosa, la sangre y todo lo demás al diablo. Por eso se negó a verla.

La puerta se abrió y apareció Joel.

—Yo me encargaré de eso —dijo Joel.

Los chicos se hicieron a un lado para dejarlo pasar. Tomó la flor con sumo cuidado y examinó la gota carmesí.

—Grimm, protege a Tasha —indicó con una voz sombría y lejana.

—¿A dónde vas? —inquirió su hermana, cuando él se preparó para saltar rumbo a la noche.

—A matar a Dorian Ruthven.

## A MEDIO PASO DEL INFIERNO

Natasha intentó ir tras su hermano, pero Grimm la detuvo.

—Suéltame —chilló, intentando zafarse de sus brazos.

—¿Qué harás? ¿Saltarás por la ventana? No estás pensando con coherencia. Además, no lo alcanzarás.

La muchacha se tranquilizó.

—Sé que no puedo hacer nada —dijo—, y que si lo sigo no haré más que ponerme en peligro como una niña inútil. Pero Joel es mi hermano. ¿Cómo podría quedarme de brazos cruzados sabiendo que va en busca de un vampiro tan peligroso?

El muchacho posó las manos sobre sus hombros; quizá para retenerla, quizá para impartirle seguridad.

—Escucha con atención: Joel es un cazador experto. Tú has entrenado solo una vez. Si no quieres sentirte una niña inútil como dices, entonces entrena para volverte más fuerte. Tu hermano me pidió que te protegiera y eso es precisamente lo que voy a hacer. No dejaré que pongas tu vida en riesgo. —El joven abrió la puerta—. Iré por Erika. Si alguien puede ayudar a Joel, es ella. Mientras tanto, puedes ir quitándote ese vestido. En unos minutos volveré contigo.

Grimm la dejó sonrojada y corrió escaleras abajo. Entró en la cocina, siguiendo un rastro de botellitas de cerveza vacías. Encontró a su amiga roncando con la boca abierta en una de las sillas.

—No me digas que has bebido todo eso tú sola —refunfuñó.

La sacudió varias veces.

—Erika, despierta. ¡Eri!

—¿Mmmm?

La mujer se tambaleó.

—Vamos, abre los ojos.

—¿Qué quieres de mí, mocosito sexy? —balbuceó, semidormida.

—Que despiertes.

—Tal vez en un par de días. —Apoyó la cabeza en la mesa.

—Te necesitamos ahora. —Él trató de levantarla.

—Buena suerte, pimpollo. —Rio ella y perdió el conocimiento.

—Nooo... no te demayes.

Grimm intentó hacerla reaccionar, sin resultados.

—Maldita sea.

La levantó en brazos y la llevó hasta el baño. Abrió el agua fría de la ducha y la metió dentro, esperando que se despabilara.

—Linda noche has elegido para ponerte a beber —la regañó.

—¿Por qué no te bañas conmigo? Podríamos darnos calor mutuamente —balbuceó.

Grimm suspiró.

—Estás ebria.

—Claro que no. —Ella comenzó a tiritar—. Ven y te lo demostraré, mozalbete.

La mujer se desabrochó los primeros botones de la camisa y reveló un brasier de encaje rojo que Grimm intentó ignorar. Cerró la ducha y la envolvió con una toalla, antes de que la ropa de ella cayera al piso.

—E... eres v... vil, F... Fred... derick Grimm. —Tiritó.

—¿Qué diablos pasa contigo? —se enfadó el muchacho, sacándola de la ducha.

—No es tu problema.

—Si algo le ocurre a un miembro del equipo, es problema de todos. Tú me

lo enseñaste. Somos una familia, Eri, a pesar de no estar unidos por la sangre. ¿Es a causa de Joel que estás así?

Ella asintió y se derrumbó en sus brazos.

—No me quiereeee —lloró.

Natasha había reemplazado el deslumbrante vestido azul con un equipo deportivo negro de algodón. A pesar del impulso de seguir a su hermano, había escuchado la voz de la razón y se había quedado en casa. No quería cometer una imprudencia y ponerse en peligro. Además, tenían a Erika, una verdadera cazadora. Ella ayudaría a Joel. Lo traería sano y salvo a casa.

—¿Qué les ocurrió? —inquirió la joven al ver entrar a la cocina a Erika y Grimm chorreando agua.

—Tuve que darle un baño con agua fría para que despertara. ¿Podrías preparar café? Bien fuerte —contestó él.

—Sí, claro.

Nat encendió la cafetera.

—No me gusta el café fuerte —se quejó la cazadora—. Lo prefiero cortado y con mucha azúcar, como me lo preparaba mi mamá.

—Lo beberás de todas formas. —Grimm le dio la taza llena hasta el tope—. No tenemos tiempo.

Erika hizo una mueca de disgusto, pero se lo bebió sin discutir.

—Sí que eres mandón —comentó Natasha entre dientes.

El muchacho no dijo nada al respecto. Se limitó a soltar un bufido. Si ella hubiera prestado atención, se habría dado cuenta de que no lo hacía por diversión. A veces importaba más sacrificar un poco de reputación en aras del bien común, que obedecer los dictados del corazón. Hacer lo correcto era, para él, lo que correspondía.

—¿Dónde está Joel? —quiso saber Eri, al acabar su taza—. No lo veo desde hace un rato.

La había dejado durmiendo en el sofá. Sola y abandonada.

—Fue tras Ruthven —informó Nat.

Erika se paró.

—¿¿Qué?! ¿Por qué no me lo dijeron antes? —Enseguida cayó sentada. Apenas lograba mantenerse en pie.

—Porque estabas desmayada —dijo Grimm en tono áspero, apoyado en el marco de la puerta.

—Oh.

Erika tomó otra taza de ese horrible y amargo café. Se secó la boca con el dorso la mano y levantó el trasero de la silla. Estaba consciente de que no podría detener a Joel. Cuando se le metía una idea en la cabeza, disuadirlo era imposible. Optó por ayudarlo a destruir al vampiro.

Se puso su ropa de combate y bajó las escaleras en menos de cinco minutos.

—Tú, trae mis dagas —le ordenó al muchacho, quien obedeció sin titubear—. Y tú... será mejor que te vayas a dormir —le dijo a Nat—. Iré a buscar a tu hermano y lo traeré de los pelos, de ser necesario. Trata de dormir un poco. Prometo despertarte cuando volvamos.

—Gracias.

Grimm le entregó sus armas benditas.

—Pase lo que pase, no me sigas —le advirtió ella guardando las dagas entre su ropa.

—¿Estarás bien? —susurró el chico.

—Claro —sonrió ella—. Soy una Cross.

Erika se dirigió a la puerta.

—Quizás deberías ir con ella —sugirió Natasha en voz baja al joven preocupado.

Era obvio que prefería la acción antes que quedarse haciendo de niño.

—Joel me dio una orden —respondió él como si lo hubiese ofendido—, y voy a cumplirla. Me quedaré contigo.

Los ojos de Frederick reflejaban su convicción. Para ese joven, Joel era un



guía, un modelo a imitar. De él lo había aprendido todo. Era su líder, su maestro, y confiaba en él más que en cualquier otra persona. Si le pedía que protegiera a Nat, lo haría. Hasta las últimas consecuencias.

En cuanto Erika se alejó, Grimm pareció relajarse.

—Esa mujer trata de volverme loco —suspiró, y bebió el último trago de cerveza que quedaba en una de las botellas que había sobre la mesa—. Aghh. Está caliente.

—¿Qué harás ahora? —quiso saber Natasha—. ¿Te vas a ir a acostar?

—¿Por qué? ¿Tienes alguna otra sugerencia?

La muchacha sonrió. Sus ojos azules brillaron con complicidad.

Joel recorrió la oscura ciudad y se adentró en el bosque, siguiendo el rastro que lo llevaría hasta la guarida del vampiro: una mezcla de rosas y sangre. Una frondosa arboleda ocultaba la casa.

El cazador se apartó de las rosas silvestres estrujando la que tenía en su mano, hasta que las espinas se le enterraron en la piel. Los pétalos teñidos de rojo se desparramaron a sus pies. En un intento por percibir la presencia del despreciable vampiro, guardó silencio. Este se adueñó de su alma hasta que él fue consciente de que ni un murmullo lograría oír. No había respiración o latidos que escuchar, nada que lo guiara en medio del silencio. De no haber sido porque Dorian dejaba señales visibles para él, jamás lo hubiera encontrado.

Joel se preguntó quién cazaba a quién.

Ese vampiro siempre se las arreglaba para desaparecer. Le gustaba jugar a las escondidas y había elegido a Joel como compañero de juegos. Era posible que se hubiera equivocado al hacer su elección. Pero ya no podía corregir su error. Lo hecho, hecho estaba.

—Dorian Ruthven —gritó el cazador, alzando su voz por sobre el aullido del viento que desparramaba con violencia los pétalos de las flores—, sal de donde estés.

El vampiro abrió las puertas de la casa y salió al exterior. El feroz viento

despeinaba su perfecta cabellera roja, la cual contrastaba con el largo y extravagante abrigo de terciopelo violeta oscuro que llevaba puesto.

—Has venido. —Lo recibió eufórico.

Joel apretó con fuerza la mandíbula y llevó la mano hasta la empuñadura de su katana. Un movimiento certero era lo único que necesitaba.

Dorian caminó sin prisa y sin temor hacia el cazador, y se detuvo frente a él.

—¿Viniste a matarme? —preguntó con expresión divertida.

—Sí.

Ninguno de los dos se movió. Ninguno dijo nada. No eran necesarias las palabras cuando una mirada decía más de lo que uno podía expresar con ellas.

—Los vampiros somos criaturas pacientes porque la eternidad nos pertenece. Puedes tomarte tu tiempo. No iré a ninguna parte, bonito —comentó Ruthven, luego de un rato.

—Ni yo. —Joel apartó su mano de la espada—. Al menos, hasta que me digas por qué has decidido perseguir a Natasha. ¿No te bastaba conmigo? —musitó, bajando la mirada— ¿También tenías que ir tras ella?

Las nubes ocultaron la luna y el viento se intensificó. Una tormenta se aproximaba.

—Cometí un terrible error contigo —comentó el vampiro—. Me di cuenta luego de morderla.

Una sensación de alarma recorrió el cuerpo del cazador.

«¿Un error?».

—¿A qué te refieres?

En el rostro de Dorian se dibujó una radiante sonrisa.

—Todos estos años fui tras el Dorcas equivocado —concluyó—. ¿No es gracioso? Tanta energía gastada por ir tras de ti, cuando en realidad solo debía llevarme a tu hermanita.

Alarmado, Joel dio un paso atrás. Solo por proteger a Nat había vivido.

Solo por ella daría la vida.

Llevó la mano hacia su arma, pero esta ya no estaba.

—Entiendo que estés preocupado por ella. Después de todo, eres su hermano mayor. —El vampiro sostenía la katana con elegancia. Con ella hacía dibujos en el aire mientras se paseaba alrededor del joven—. Lo que no comprendo es que la hayas dejado al cuidado de ese... ¿Cómo llamarlo? ¿Licampyr? Es mucho más peligroso que yo, ¿sabes?

—No tengo por qué explicarte los motivos de mis acciones —masculló Joel siguiendo sus movimientos.

—Recuerda que estás en desventaja. Podrás ser hábil, pero estás caminando sobre la cuerda floja. Si das un paso en falso, si te descuidas un segundo, puedes destruir lo que más amas. —Tronó los dedos—. Así de rápido. Es fácil perder la cabeza cuando ya hemos perdido todo lo demás. Te encuentras a medio paso del infierno, mi amigo.

—No soy tu amigo.

—Oh, claro. Eres mi enemigo. Un cazador de vampiros. —Dorian se colocó detrás de él—. ¿Y con qué arma vas a matarme? ¿Con esta?

Con la punta de la espada, Dorian le recorrió la mejilla, sin herirlo.

—Ni siquiera está bendita —añadió—. ¿En qué pensabas al escogerla?

Joel cerró los ojos. Sintió el filo sobre la garganta. No tenía sentido explicarle que no había sido él quien eligió el arma, sino su padre. Él se la había entregado antes de morir. Había sido creada por un vampiro, y por eso no podía ser bendecida. Junto con un cuchillo igual de mortífero, que nadie había sido capaz de empuñar, permaneció guardada en un cofre, en espera de su legítimo dueño. La katana absorbía el espíritu de quien la empuñaba, por lo que necesitaba ser poseída por un alma inocente, carente de maldad. Era lo único que Joel sabía. Mientras más asesinara con ella, menos días le quedarían. Así que si no lo mataba el vampiro, su propia arma acabaría con él.

Los últimos días apenas había logrado sostenerla. Se dio cuenta de que, por más que luchara, no vencería a su mayor enemigo: aquel que solía ver

cada vez que miraba un espejo, ese al que odiaba más que a nadie.

—Natasha acabará contigo —musitó Joel, sin moverse. ¿A cuántos vampiros habría asesinado Ruthven para poseer semejante poder? ¿O acaso él mismo se había debilitado al punto de someterse a su voluntad?

—Lo sé —susurró Ruthven golpeando a Joel en la nuca con su aliento helado—. Desde que bebí su sangre, no dejo de pensar en ella. Al principio creí que me estaba volviendo loco. Luego, entendí que es como mi Sebastian.

—¿Sebastian?

—Sebastian Dorcas. Él fue... —Los colmillos de Dorian crecieron y sus ojos cobraron el color de la noche infinita, al recordarlo.

—¿Tu primer amor? —preguntó Joel con ironía.

—El último.

—Vaya que resultaste insaciable —comentó Grimm, recuperando el aliento.

—Cuando te pregunté si querías hacerlo, supuse que me dirías que no, como siempre —rio Nat, respirando con agitación.

—Jamás te diré que no, a menos que esté físicamente incapacitado. ¿Por qué me negaría a esto?

—¿Porque eres un antipático? —comentó ella.

Grimm se cruzó de brazos y meneó la cabeza.

Se hallaban en la sala de entrenamiento. Natasha le había pedido que entrenaran porque no soportaba quedarse sin hacer nada. Se negaba a ir a dormir sin tener noticias de su hermano o de Erika. Al parecer, a Grimm le ocurría lo mismo. Como descendientes de vampiros, funcionaban mejor durante la noche. Sus sentidos se agudizaban y estaban mucho más lúcidos. Por lo general, durante el día andaban adormilados.

—Creo que tienes un concepto errado acerca de mí. No soy antipático —bufó el muchacho.

—Ah, ¿no? ¿Y qué eres?

—Yo también poseo un concepto equivocado respecto a mi persona, así que si te contestara, te estaría mintiendo.

—Eres imposible —murmuró la chica—. ¿Lo sabías?

—No. Pero gracias por decírmelo. Todos los días se aprende algo nuevo.

—¿Seguiremos entrenando?

—De acuerdo. Atácame con todo lo que tengas —pidió él.

—Ya me cansé de eso —masculló Natasha—. Esquivas cada uno de mis golpes. Así no es divertido. Quiero pegarte.

—Puedes intentarlo, niña. Pero para eso necesitas mucho entrenamiento. Quizás algún día llegues a mi nivel, pero no será hoy, ni mañana. —Y agregó, pensativo—: Tal vez, pasado.

—Ya te dije que no me llamas niña —se enfadó Nat.

—Lo siento, *niña*.

A veces resultaba irritante. En especial por su sonrisa burlona. Era un manipulador.

—Ya basta.

—¿O qué? ¿Vas a golpearme? Te reto a que lo hagas. Hasta ahora no me has tocado un pelo, linda. Francamente, me estoy aburriendo. —Emitió un bostezo sonoro y prolongado—. Me quedaré dormido en cualquier instante. Y tú serás la única culpable, Dorcas.

Sin previo aviso, ella intentó patear su estómago. Él esquivó su golpe con energía una, dos, tres veces seguidas. Era como cuando había luchado contra Ruthven. Nat apenas lograba distinguir sus movimientos. Reaccionaba a sus ataques antes de que los efectuara.

Decidió cambiar de estrategia: puso la mente en blanco y dejó que su cuerpo actuase por su cuenta. Había descubierto que si no pensaba en nada, se movía con mayor rapidez. Aunque primero generó una distracción.

—Oye, Grimm.

—¿Sí?

—¿Te gusta el color de mi sostén? —Levantó su camiseta.

El no entendió por qué lo hizo, hasta que fue lanzado a través del cuarto. Cayó con un estrepitoso golpe contra el suelo, gracias a una fuerte patada que recibió en medio el pecho.

En sus labios se dibujó una sonrisa de orgullo.

—Excelente movimiento —exclamó sin levantarse—. Me tomaste por sorpresa. Sigue así y pronto podrás patear mi trasero como toda una profesional.

—Espero con ansias ese día. —La joven le tendió la mano en son de paz.

Él la aceptó de buena gana. Se levantó, pero no la soltó.

—Me alegra que no me golpearas en la cara. Una patada como esa me hubiera roto el tabique.

—¿En serio? —Se emocionó Nat. Fue ella rompió el contacto entre ambos—. ¿Me dejas probar de vuelta?

—No. Y ya no bajaré la guardia contigo. Eres lo suficientemente dañina cuando te lo propones. Juegas sucio, Natasha Dorcas.

Nat le dio un empujón.

—No seas malo.

—¿Malo? ¿Yo? —Él arqueó una de sus cejas—. ¿Quién quiere romperle la cara a quién aquí?

—Yo —bufó la joven, levantando la mano.

Grimm resopló.

—Mejor descansemos. —Tomó una colchoneta y la colocó al lado de la pared—. Parece que tus altos niveles de adrenalina pueden ser peligrosos para mi salud. Además, me gustaría conversar contigo.

Se sentó y la invitó a unírsele, a su lado.

—¿Conversar? ¿Conmigo?

Ella se apresuró a aceptar la invitación, antes de que cambiase de opinión. Ya se lo imaginaba diciendo: «Contaré hasta tres y, si no te has sentado, seguiremos peleando. Uno, dos...»

—Luces sorprendida.

—Lo estoy. —Nat entrecerró los ojos—. ¿De qué quieres hablarme?

Mantener la tranquilidad con él era como juntar fuego y gasolina, y pretender que no hubiera un incendio. Se habían sentado tan juntos que sus brazos se rozaban. Cada movimiento amenazaba con encender la chispa del deseo. Se apartó un poco y fijó su atención a las manchas del techo.

Su compañero se aclaró la garganta.

—¿Recuerdas que me preguntaste acerca de Lucinda Cole?

—Sí.

—¿Todavía estás interesada en ella?

Nat se enderezó. Por supuesto que lo estaba. Desde que había visto el diario se preguntaba cómo había llegado a las manos del cazador ese antiguo cuaderno.

—Por supuesto.

Grimm tampoco veía a Nat. Jugaba con sus manos. Parecía avergonzado de algo.

—Ya no tiene sentido que te ocultes las cosas —suspiró—. Pregúntame lo que quieras. Prometo responderte.

—¿Así de pronto?

—Bueno, si no quieres saber...

—Sí quiero —se apresuró a contestar—. ¿Por qué dices que el diario te pertenece? ¿Por qué se lo robaste a Agatha? ¿De dónde lo sacaron?

—Es de mi madre.

—Pensé que dijiste que era tuyo.

—Y lo es, ahora —especificó el chico.

—Claro, porque se lo robaste.

Grimm levantó el rostro y fijó sus ojos verdemar sobre ella, con una seriedad que le puso la piel de gallina. ¿O sería tristeza?

—No, Natasha. No me entendiste —manifestó, borrando todo rastro de alegría de su voz—. Ese es el diario de mi madre. Y no me refiero a Agatha, sino a su dueña original. Mi... madre biológica.

—¿Qué? —La muchacha se puso pálida—. ¿Acaso tratas de decirme que eres... eres...

No le salieron las palabras. Tenía miedo de equivocarse. ¿Y si decía cualquier cosa? ¿Si no era eso a lo que se estaba refiriendo?

Él terminó la oración por ella.

—Sí, Nat. —Asintió—. Soy el hijo de Lucinda Cole.

Ella se cubrió la boca. No sabía qué sentir al respecto.

—¿Sorprendida?

—Pensé que... —Se había quedado sin palabras.

—¿Que había desaparecido para jamás regresar? Nunca me fui. Agatha, la hermana de mi padre, me encontró y me crió como si fuese su propio hijo.

—Entonces, el diario de verdad te pertenece. —Ella reflexionó en voz baja, tratando de comprender—. No lo estabas robando.

—Es lo que he estado tratando de decirte.

Natasha lo contemplaba de un modo extraño. Como si nunca antes lo hubiese visto. Ya no era Frederick Grimm, el amigo sexy y antipático de su hermano. Era... otra persona.

—El bebé de Lucinda y Eric —murmuró, ensimismada.

Recordó las palabras de Lucy y se le hizo un nudo en el corazón.

—El hijo de un licántropo y una vampiro sangrepura —aclaró él—. No son los personajes de una de tus novelas románticas. Son monstruos.

Natasha sonrió, aunque estaba a punto de llorar.

—Eras tú —dijo, llevándose una mano al pecho.

¿Qué ocurría con esa chica? Acababa de confesarle que era un híbrido monstruoso, y no hacía más que sonreírle de modo tierno.

—Ahora sabes la verdad sobre mí. No soy un dhampyr como tú o tu hermano —continuó en voz baja—. Soy otra cosa.

—Un *licampyr* —señaló Natasha, con naturalidad.

—¿Un qué?

—Licampyr —repitió remarcando cada letra—. Mitad licántropo, mitad



vampiro. ¿No te gusta cómo suena? Porque a mí sí.

Él rio con desconcierto.

—Supuse que te asustarías y saldrías corriendo, no que me buscarías nombre como a un perrito.

—¿Por qué habrías de asustarme?

Ahora, más que nunca, deseaba abrazarlo... consolarlo por la pérdida de sus padres. Sin embargo, sabía que no la dejaría, así arisco como era.

—Soy un monstruo —recalcó—. Tal vez, peor que los vampiros que solemos cazar.

Nat se le acercó, haciéndolo retroceder.

—No te temo. Más bien, pareciera que tú me tienes miedo a mí. —Lo arrinconó—. ¿Me equivoco?

—N... no. Quiero decir... ¡Sí! Sí que te equivocas.

Ella torció la cabeza ante su reacción. Ahora que conocía su procedencia, intentó descifrar cada uno de sus rasgos particulares. El cabello chocolate, de la familia Grimm. El aroma irresistible, ¿de su madre? Se preguntó de dónde habría sacado el color único de sus ojos, esa sonrisa dulce, el tono de su voz. Si lo observaba bien, quizá descubriera el origen de sus reacciones. Algunas eran un tanto vampíricas. Otras, lobunas.

—¿Nervioso?

Nat colocó una mano sobre el pecho del joven; sobre su corazón, que palpitaba con fuerza.

—Es solo que... —Grimm se sacudió el cabello con una de sus manos—. No soy como tú, Nat.

«Ojalá lo fuera», pensó.

—Ah, ¿y como quién eres?

—No lo sé.

Ella lo obligó a mirarla. ¿Cómo no se daba cuenta de lo especial que era?

—Está bien que no lo sepas porque eres único, Frederick Grimm. No he conocido a nadie como tú.

—Ni yo a nadie como tú. —Él apoyó la frente en la de ella—. Por eso fue difícil tratar contigo.

—¿Sientes algo por mí, Frederick Grimm?

Él tragó saliva. ¿Cómo explicarle lo que sentía, si ni él mismo lo entendía?

—Por favor, dime —insistió.

Él apenas se atrevió a asentir.

—No quería que te dieras cuenta —confesó bajando la voz—. Pensé que si me odiabas, te alejarías de mí. Pero no fue así. Cada vez compartíamos más tiempo, a pesar de mis intentos por mantenerte alejada. Mientras más me esforzaba, más ganas me daban de estar contigo. Erika me advirtió que no funcionaría. Igual lo intenté. Joel enloquecería si se enterara de que alguien como yo...

—¿Alguien como tú? —exclamó Natasha, al borde del enfado—. No tienes nada de malo.

Se trataba del chico más maravilloso que había conocido.

—No hay nada de humano en mí, Natasha. Soy un error de la naturaleza. Ni vampiro, ni licántropo. Tal vez, ni siquiera debería haber nacido.

Inclinó la cabeza y el cabello le cubrió la cara. Quizás para ocultar sus incipientes lágrimas.

—Te equivocas. No eres ningún error. —Nat acarició su cabello.

En su interior continuaba siendo aquel indefenso niño pequeño.

—Casi te asesino por beber un trago de tu sangre —se lamentó—. Tengo miedo de perder el control. ¿Quién sabe lo que podría llegar a hacer? Estoy en guerra conmigo mismo. ¿Tienes idea de lo difícil que es ser yo? Ni siquiera sé si soy el tipo bueno o el villano de la historia.

—Eres el bueno.

—¿Cómo estás tan segura? —Apoyó la cabeza contra la pared y dejó escapar un sonoro suspiro.

—Tus ojos nunca me han mentado. No hay maldad en ellos. Como una vez me dijo mi hermano: uno es el artífice de su propio destino. No dejes que

otros te digan lo que eres. Ni siquiera Joel. Eso es algo que tendrás que descubrir por ti mismo. Yo no veo a ningún monstruo, Frederick. Solo a un chico confundido.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que la tengo —sonrió ella.

—Deberías casarte conmigo.

—¿Eh?

—Lo siento. Me dejé llevar por el momento. En ocasiones actúo de un modo precipitado —explicó.

—No me digas.

Hubiera sido lindo que lo dijese en serio, aunque apenas se conocían y eran demasiado jóvenes para casarse. Se preguntó si algún día se lo pediría de verdad. ¿Seguirían juntos en el futuro?

—Pero recuerda esto —continuó Grimm—: yo pedí tu mano primero. Así que si aparece otro sujeto con un anillo enorme y llega a proponerte lo mismo, lo pondrás en espera hasta resolver tus asuntos conmigo. Te daré unos dos o tres años para pensarlo. Luego deberás responderme. Mientras tanto, viviremos nuestras vidas matando vampiros de noche y siendo personas comunes y corrientes de día. Como Batman. Podríamos poner un almacén para que nadie sospeche. Pero ese almacén tendrá un cuarto secreto, donde guardaremos todas nuestras armas. Se abrirá con un botón oculto en el baño.

—Linda historia. Aunque Batman no mataba vampiros. Y era multimillonario.

Grimm carraspeó.

—Cierto. Bien, entonces no usaremos capas. Oh, y de ti dependerá el final. Me gustaría derrotar al malo y quedarme con la chica.

—¿La chica soy yo? —Nat arqueó una ceja.

—Tal vez.

—Ey, ¿qué tal si soy la heroína y tú, mi fiel mascota? —sugirió ella con

gracia—. Ya que eres medio licántropo...

—No soy un perro.

—Vaya, no tienes sentido del humor. ¿Y aún así quieres casarte conmigo? Yo que tú, lo pensaría dos veces.

El humor de Grimm parecía haber mejorado. A Nat le aliviaba, ya que verlo triste le partía el alma en dos. Él merecía tener un poco de felicidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Solo una? —Sonrió el chico—. Me asustas, Dorcas.

—Una, dos, diez. ¿Quién las cuenta? —murmuró ella. Y continuó, antes de que él le contestara—: Si no eres un dhampyr, ¿por qué te dedicas a la cacería?

La pregunta lo tomó desprevenido. Si bien era cierto que la mayoría de los cazadores eran híbridos de humano y vampiro, él no. Tenía sus propias razones para hacerlo. No tenían que ver con su naturaleza, ni con su herencia.

—Supongo que no quise quedarme sentado de brazos cruzados mientras esos chupasangres destruían la vida de personas inocentes, así como destruyeron la mía —respondió con seriedad—. Uno de ellos asesinó a mis padres. Fue el mismo que mató a tu madre. Y el que te hizo esto.

Le acarició la cicatriz del cuello, provocándole un escalofrío.

—Ruthven.

—Sí.

Grimm despertó unas horas más tarde. Se habían quedado dormidos sobre la colchoneta. Él, sentado contra la pared. Nat, con la cabeza sobre sus piernas. Roncaba con la boca abierta. Al menos no lo había babeado.

—Ey. —La sacudió con suavidad—. Despierta.

Nat se dio vuelta.

—Levántate. Ya es de día. Creo. —Volvió a sacudirla—. Natasha.

Ella le pegó un puñetazo en la cara.

—¡Auch!

—Lo siento, Grimm —exclamó la chica, incorporándose—. Soñaba que peleaba con un vampiro.

—Buena excusa. —Él se levantó frotándose la mejilla.

—¿Qué hora es? —Nat se desperezó—. Muero de hambre.

La desorientaba que no hubiese ventanas en esa área de la casa.

—Las cinco de la tarde. Dormimos toda la mañana —contestó revisando su teléfono. No había llegado ningún mensaje, ni había llamadas perdidas. Marcó un número y aguardó unos segundos—. Erika no contesta.

—Quizá ya hayan llegado. —Natasha corrió escaleras arriba seguida de cerca por Grimm, quien manifestaba la misma intranquilidad.

Revisaron hasta el último rincón de la casa. El silencio que encontraron los abrumó.

Joel y Erika no habían regresado.

—¿Qué hacemos? —inquirió Nat.

La inquietud había formado un nudo en su estómago. Debía de haber pasado algo muy malo para que no hubieran vuelto. Sin embargo, se negaba a pensar en las posibilidades.

—Podría ir a buscarlos —sugirió Grimm, pensativo.

—De acuerdo. Comamos algo y vayamos juntos.

Grimm no se atrevió a contradecirla.

## ACABA CONMIGO

El *ringtone* del teléfono de Erika empezó a sonar. Lo hubiese atendido si sus manos no hubieran estado atadas por encima de su cabeza. La soga le cortaba la piel, pero ese era apenas un leve daño en comparación a lo que había sufrido.

—Detesto estas cosas —se quejó Dorian, pisando con fuerza el aparato que no paraba de emitir ese molesto ruido, una de esas canciones modernas que lo sacaban de quicio—. Me ponen de los nervios.

Lo pisó reiteradamente, hasta que quedó hecho trizas.

Se abotonó la camisa, abrió un cajón y tomó unas tijeras. A continuación se dirigió a la cama, desde donde la cazadora le envió una mirada envenenada. Le había dejado el rostro hinchado y moretones por todo el cuerpo. También tenía un par de costillas rotas. Su ropa ensangrentada había quedado hecha jirones en un rincón.

Habían pasado una noche divertida, según Dorian. Aunque, por extraño que pareciera, él no se había alimentado de ella. Tan solo había jugado un rato. Ni siquiera le había dado una probadita. Después de tantos años, tenía el autocontrol necesario para no dejarse tentar por cualquier cosa que respirara y que tuviera sangre en las venas.

—Odio a los de tu clase. En especial a los Cross —dijo tomando asiento y examinando cuidadosamente a Erika.

Ella se sacudió con violencia cuando él arició su mandíbula.

—Fueron ustedes quienes me convirtieron en lo que soy. Por eso, cada uno pagará con su sangre. —Sostuvo entre sus dedos un bucle castaño y lo cortó—. Dicen *cazar* vampiros impuros, sin embargo, los he visto asesinar

sin compasión a sangre pura y humanos por igual. Así que no me vengan a decir que solo matan a los que son como yo, porque es una gran mentira.

Examinó los largos rizos de la cazadora. «Qué cabello hermoso», pensó.

—Quien mata por placer es muchísimo peor que quien mata para alimentarse. —Uno por uno, fue cortando todos los bucles, que cayeron desparramándose en la cama y sobre el cuerpo de la temblorosa Erika—. No estoy diciendo que se hayan equivocado conmigo. Simplemente, me da asco la hipocresía.

Cuando terminó, desató la soga de sus muñecas y los brazos de la mujer cayeron, sin fuerza, a los costados de su ultrajado cuerpo. Al menos, él había tenido la delicadeza de envolverla con una sábana. Hubiese odiado ver en qué estado había quedado; no quería sentir lástima por sí misma.

Ese vampiro le había hecho cuanto se le había ocurrido, por el solo placer de oírla gritar. Ya ni fuerzas para eso tenía. Su garganta le dolía, también le dolía respirar. No había parte de su cuerpo que no estuviera dañada. Incluso su corazón había sido roto por esa despiadada y perversa bestia con forma humana, que le había contado horribles cosas de Joel; cosas impensables... impronunciables... imperdonables.

Su espíritu había sido reducido a nada.

—Pasé un muy buen rato anoche, cazadora. Lástima que no se repetirá. Tengo planes para ti.

Erika no quería imaginar lo que podía haberle hecho a Natasha un monstruo como ese. ¿Por qué Joel no había ido a rescatarla? Sabía que él estaba en la casa. Había gritado su nombre una y otra vez, esperando que apareciera por la puerta, como un príncipe que llega a salvar a su princesa. Pero nunca apareció. La idea de que esa bestia lo hubiera lastimado la desgarraba por dentro.

—Seguro que te arrepientes de haber venido, ¿eh? No te preocupes, ahora te llevaré con quien deseas estar. Pero te advierto que tal vez ni siquiera recuerde quién eres.

Tal vez lo había desangrado y, también, torturado como a ella. Estaba

dispuesta a darle toda la sangre que necesitara para que se recuperase.

Darí­a hasta la vida por él.

—¿D... dónde está? —balbuceó Erika.

—Lo encerré en el sótano y me alimenté de él hasta dejarlo casi seco. Oyó tus gritos toda la noche, si eso te consuela.

—Eres un monstruo —farfulló Eri.

—Preciosa, todos nosotros lo somos.

Ruthven levantó a la mujer y la transportó a través de la casa en penumbras. Las pesadas cortinas de terciopelo que cubrían los ventanales impedían el paso de la luz exterior. ¿Sería mediodía? ¿Tarde? ¿Noche? Era imposible saberlo allí donde unas pocas velas consistían en la única iluminación. Tampoco había relojes a la vista.

Los pasos del vampiro retumbaron en las escaleras del sótano. Allí abajo no brillaba ninguna luz, no corría aire ni podía oírse sonido alguno proveniente del exterior. Solo se percibían la frialdad de la piedra con la que estaba construido, el silencio inquebrantable y el olor a muerte que inducía a la desesperanza y el olvido.

Joel se encontraba sentado en el piso, sin expresión y con la mirada perdida en el vacío de las tinieblas. Quizás extraviado en memorias del pasado, deseos incumplidos, fantasías y causas perdidas.

—Yujuu, te traje un obsequio —canturreó el vampiro, arrodillándose ante él y mostrándole a la mujer, que había perdido el conocimiento—. Debes de tener hambre.

Joel estiró la mano para acariciar su cabeza, antes llena de bellísimos rizos.

—¿Eri? —Apenas le salió la voz.

Esa no era la mujer que recordaba: impertinente, osada, alegre.

Lo hubiera dado todo por retroceder el tiempo y verla sonriendo una vez más... y por decirle lo que nunca se había atrevido, lo que una vez estuvo a punto de confesar.

Aquella vez entrenaban en la casa de Eri. Llevaban varios meses como



compañeros, y él aún no conseguía vencerla en la lucha cuerpo a cuerpo. Aquella chica era una amazona. Sus hermanos le habían enseñado bien. Había esperado, algún día, lograr ser la mitad de bueno que ella.

*—Me rindo —dijo Joel por enésima vez luego de caer de espaldas en la colchoneta.*

*—¿Por qué te reprimes? —Eri se paró sobre él, con las piernas a los lados de su delgado cuerpo—. Muéstrame tu verdadero potencial.*

*—Me da miedo lastimarte —respondió desde el suelo.*

*La sonrisa de la muchacha se ensanchó.*

*—Si no te defiendes de mí, podría acabar matándote. ¿Qué te parecería eso, eh?*

*¿Morir a manos de una diosa como ella, en lugar de torturado por un vampiro o por el viejo sádico que se decía su abuelo?*

*—No suena tan mal —murmuró al levantarse—. ¿Cómo lo harías?*

*—¿Qué cosa? ¿Matarte? No lo dije en serio, Dorcas. ¿Acaso no distingues las bromas?*

*—Yo sí podría matarte a ti, si quisiera —dijo ensimismado. Enseguida se corrigió—. Pero no deseo hacerlo. Yo... nunca podría.*

*—Pues me alegra, porque solo me queda una vida. No conseguí ningún honguito.*

*—¿Uh?*

*—Ashhh, ¿qué clase de muchacho eres, que no conoces el Súper Mario? Necesitas divertirte un poco, señor serio. ¿No hay ninguna chica que te guste para invitarla a salir? Una noche de fiesta te vendría bien.*

*Él se quedó callado.*

*—¿Ninguna? —insistió Erika.*

*—Hay una, pero jamás me haría caso. Ella es... la mujer más hermosa que haya visto.*

*—Uyyy, ¿y la conozco? ¿Es de tu escuela? Espera, no me digas: soy yo,*

*¿verdad? —Su tono había sido en broma, sin embargo, Joel se mantuvo serio.*

Si le hubiera dicho la verdad desde el principio, las cosas habrían sido diferentes. Pero no pudo. Su abuelo se lo dejó bien claro: enamorarse de su compañera sería el peor error que podría cometer, así que Joel decidió ignorar sus sentimientos; enterrarlos.

Ella jamás lo sabría.

«Siempre he sido tuyo, Erika Cross». Una sonrisa suya había bastado para conquistarlo. Ella no sabía mucho de Joel, pero él la conocía mejor que nadie. Le temía a la oscuridad, por eso siempre dejaba una luz encendida. También a la soledad y a causa de ello hablaba sin parar. A Joel le encantaba oírlo. Siempre lo hacía sonreír. A menudo, Eri bebía para escapar de sí misma y de él, quien no tenía más remedio que rechazarla para no herir un corazón tan tierno.

Joel no tenía derecho de amarla porque estaba roto por dentro, y el daño era irreparable. Ella merecía a alguien mejor; alguien que no tuviera miedo y que le entregara el mundo.

Erika amaba tanto la vida que él también terminó amándola. No solo a la vida, sino a ella. Pues ¿cómo no amar a semejante mujer, la más grandiosa que había conocido, y la más bella de todas?

Era imposible creer que fuera su Eri la pobre criatura que tenía enfrente. ¿De verdad se había dado por vencida? ¿Quién lo salvaría si no era ella? La Erika que él conocía peleaba hasta las últimas consecuencias sin importar su oponente. Su hermano León le había enseñado a enorgullecerse de su propio poder. Su sonrisa nunca se desvanecía. Su pasión era como el fuego que todo lo abrasaba y todo lo consumía, incluso a las personas que tenía cerca. A pesar de fracasar, seguía intentando una y otra vez hasta que salía triunfante en lo que se proponía.

Amaba con todo su ser y odiaba con la misma intensidad.

Con ella era todo o nada.

—¿Qué le hiciste? —musitó Joel con un vacío en el pecho, allí donde debía estar su corazón. No obstante este yacía en el suelo, envuelto en una sábana de seda.

—Muchas cosas. Tendrás que ser más específico. No bebí su sangre, si a eso te refieres.

Una lágrima se deslizó por la mejilla del muchacho. Eri no lo merecía porque no podía salvarla.

—Llévatela —volvió el rostro—. No quiero verla morir.

El vampiro emitió una carcajada.

—Precisamente esa es la idea, *mon ami*. —Agarró una de las manos de la mujer y la besó con suavidad, complacido por la turbación que provocaba en su invitado de honor—. ¿Te asusta la idea de que muera frente a ti? ¿O temes ser tú quien la asesine?

Sostuvo el brazo en alto, le dio una profunda mordida y dejó que la sangre se escurriera y se derramara sobre aquel cuerpo inerte.

Tenía pulso, pero no por mucho tiempo más.

—Por favor, déjala ir. Haré lo que me pidas... lo que sea —suplicó Joel.

—Lo siento. —El vampiro se alejó—: No es negociable.

El joven y debilitado cazador cerró los ojos y emitió un grito que retumbó en las paredes del sótano. Estaba sujeto a la pared, de pies y manos, con pesadas cadenas de hierro que no lo dejaban moverse. Quería soltarse, sacar a Erika de allí. Pero tenía la certeza de que, en cualquier momento, su férrea voluntad sería sometida por una fuerza más poderosa y más siniestra.

«Es demasiado tarde», pensó. «Demasiado tarde para decirte *te amo*».

Grandes nubarrones cubrían el cielo. Natasha y Grimm llegaron a la casa de piedra antes de que cayera la primera gota de lluvia. De vez en cuando, algún que otro rayo se extendía como una telaraña de luz a lo largo del ennegrecido firmamento.

—Sígueme. —El muchacho salió corriendo y se introdujo por un pasillo

lateral.

—Espera —gritó Natasha, intentando seguirle el paso. No llevaba armas consigo, así que dependía de su compañero para su protección.

Los cazadores tenían reglas estrictas con respecto al uso del armamento. Si uno carecía del entrenamiento adecuado, corría el riesgo de lastimarse. «Nunca portes un arma si no estás dispuesta a usarla», señaló Frederick, a lo que añadió: «Nunca uses un arma si no sabes cómo».

—¿Grimm? —lo llamó, inspeccionando ese costado de la casa cubierto por malezas y espinosas enredaderas—. ¿Dónde estás?

Una mano le cubrió la boca y la arrastró a un pequeño y angosto corredor.

—Shhh. No levantes la voz.

—Entonces no te escabullas como una rata —protestó la muchacha, apartándose de él—. ¿Qué hacemos aquí?

—Hay una entrada oculta por alguna parte —explicó Grimm, revisando los arbustos—. Ayúdame a buscar.

Nat metió las manos entre las plantas.

—Espero que no me pique ningún bicho —murmuró.

Una araña gorda y peluda se le trepó en la mano.

—¡Una araña! ¡Una araña! —gritó, sacudiéndose y saltando como poseída.

El arácnido salió volando y aterrizó en el hombro del chico desprevenido.

—¡Ehh! ¿Qué haces? —Él la agarró y arrojó lejos.

Nat la siguió con la mirada hasta que se perdió entre los rosales.

—Lo siento. Me asusté.

—Si te pones así por una araña, no quiero imaginar cuando tengas que enfrentarte con un vampiro tú sola.

—No es lo mismo —contestó ella de mala gana.

—Claro que no.

Él continuó examinando el muro. La muchacha se quedó detrás de él. No volvería a meter las manos ahí ni que le pagasen.

—Las arañas pican. Son peludas, y están llenas de patas y ojos. Aghh. —  
Volvió a sacudirse, presa de un escalofrío.

Grimm agregó:

—Y los vampiros son cadáveres ambulantes que muerden y te chupan toda la sangre del cuerpo.

—Las arañas tienen veneno.

—Pero puedes enfrentarlas con un zapato —contestó Grimm, quien ahora empujaba la pared.

—No si son miles, como en la película *Aracnofobia*.

—¡Ajá! La encontré. —El joven se regodeó enseñándole la abertura—.  
Vamos.

Abrió un hueco en la enredadera y lo atravesó. Al cabo de unos segundos, asomó la mano y le hizo una seña a Nat para que lo siguiera.

—No quiero meterme ahí —se quejó ella.

De seguro se trataba de un gigantesco nido de bichos: húmedo, oscuro y siniestro.

—Ven acá.

—Ufff... Espero que ese agujero no esté infestado de sabandijas.

—Me estoy alejandooo —canturreó el muchacho—. Más vale que te apresures, o te dejaré.

Nat refunfuñó y fue tras la sabandija mayor.

Avanzaron a través de un estrecho pasadizo hasta que se terminó. No había puertas, ventanas, ni aberturas por dónde salir. Las paredes los rozaban de ambos lados. Era como estar en el interior de un armario. Solo que había olor a moho, y cosas caminando por el suelo que había hecho saltar a Natasha un par de veces.

—¿Y ahora qué? —Nat se cruzó de brazos.

No había salida.

—Aguarda. Esoy seguro de que por aquí hay algo. —Grimm se frotó la nuca.

Revisó la pared del fondo, apoyó el oído para escuchar del otro lado, y la golpeó varias veces con los nudillos.

—Como supuse. —La golpeó con más fuerza—. Está hueca. ¿Ves?

—Psé.

—Muévete un poco hacia atrás —pidió a la joven.

—¿Qué vas a hacer? ¿Le darás una patada voladora? —comentó ella, sin creer que ese fuera su plan.

Él se limitó a sonreírle. Se puso en posición y pateó el muro. Parte de este se desplomó con una nube de polvo.

—Presumido.

—Si entramos por aquí, saldremos directo al sótano —informó Grimm.

La tomó de la mano y la guió con paso decidido por el túnel recién abierto.

—¿Cómo estás tan seguro del camino? —Ella intentó ubicarse, pero esa casa era como un laberinto. Se necesitaría un mapa para tener una idea de dónde se encontraba uno.

—Nací aquí —respondió, dejándola atónita.

—¿Qué? —Ella detuvo su marcha.

—Era el hogar de mis padres. Aunque yo no vivo aquí desde hace un tiempo, como te habrás dado cuenta.

—¿Cuándo ibas a decirme que esta es tu casa? —masculló Natasha con irritación.

—¿Nunca?

Siguieron avanzando y llegaron frente a una puerta de madera. Al atravesarla, se vieron ante una escalera de caracol que parecía emerger del inframundo. Nat entendía por qué Frederick no quería vivir allí: había demasiados recuerdos enterrados en esa casa, emociones atrapadas, y secretos guardados entre esas paredes. El ambiente mortuorio que se respiraba provocaba escalofríos. Quizá debido a la presencia seductora de la muerte disfrazada de vampiro.

—¿Vienes? —inquirió Grimm, a lo que ella respondió con un débil

asentimiento.

El cazador la tomó de la mano para conducirla a través de la oscuridad. Estando con él se sentía segura. No se trataba de un chico común. Mitad licántropo, mitad vampiro; era único en su especie y más fuerte de lo que aparentaba.

Pronto se encontraron en un gran espacio circular semejante a una mazmorra medieval, en el cual había tres puertas cerradas con candados.

Habían llegado al final del recorrido.

—¿Tus padres tenían un calabozo en el sótano de su casa? —preguntó Nat con extrañeza.

—Oye, al menos no es una sala de torturas —bromeó el licampyr.

Natasha hizo una mueca y se dispuso a buscar a su hermano.

—¿Joel? ¿Eri? ¿Están aquí?

Un sonido de cadenas hizo eco en la penumbra. Luego de unos segundos, se oyó una tenue voz.

—¿Tasha?

La chica corrió hacia una de las puertas y se asomó por la rendija que tenía en la parte superior, una abertura de pocos centímetros. Le costó distinguir la figura inmóvil de Joel.

—Hemos venido a buscarlos. ¿Erika está contigo?

—Sí —contestó con amargura.

Permanecer más de diez minutos en esa prisión desanimaría a cualquiera, supuso la joven, quien quería salir de ahí cuanto antes para respirar un poco de aire fresco.

—Excelente. Grimm romperá el candado. Aguarda un momento.

—No lo hagas —advirtió su hermano con serenidad.

—Pero... —Nat miró a Grimm, quien tampoco comprendió la orden.

¿Acaso no quería salir? ¿Irse con ellos?

—Váyanse —pidió Joel.

Natasha sacudió la cabeza.

—Quizás deberíamos hacer lo que dice —sugirió Grimm.

No le agradaba la idea, pero él debía tener buenos motivos para pedirlo. Sin duda, trataba de proteger a Nat. Pero ¿de qué?

—Tenemos que sacarlo —masculló ella, intentando abrir el candado con una de sus hebillas para el pelo—. No me iré sin mi hermano.

Grimm se quitó la ballesta de su espalda y apuntó directo a la puerta.

—¿Qué haces? —La muchacha se alarmó, pero no dejó de intentar abrir la puerta.

—Solo soy precavido. No sabemos lo que hay dentro —murmuró él.

—Claro que sí: Joel y Eri. Ya lo oíste.

Oyeron un click. El candado cayó al piso y Nat empujó la puerta, que se abrió con un sonido chirriante y desagradable.

Una ráfaga de olor nauseabundo los golpeó en la cara. Grimm sostuvo a su compañera de la muñeca.

—Déjame entrar primero.

Ella se soltó y avanzó un paso.

—Se trata de mi hermano —explicó—, no de un extraño.

«Un extraño». Eso sintió Frederick. Además, si Erika se encontraba también allí, ¿por qué no había dicho nada? Se trataba de una mujer ruidosa. Sin embargo, el silencio era sobrecogedor.

Algo andaba mal.

Grimm sabía que Natasha no lo escucharía. Iría por su hermano aunque él se negara a acompañarla. Así que decidió seguirla al interior de la celda, sin imaginar lo que encontrarían.

El gemido ahogado de Nat lo asustó. Se cubría su boca con ambas manos para no gritar. A Grimm se le revolvió el estómago. No pudo moverse debido a la impresión. La escena que tenía ante él lo estremeció hasta lo más profundo, y la ballesta se le resbaló de las manos porque no fue capaz de sostenerla un segundo más.

—¿Joel? —susurró con el poco aire que salió de sus pulmones.



Erika se encontraba en sus brazos. ¿Qué le había sucedido a su hermoso cabello?

—No quise hacerlo —dijo el cazador con un hilo de voz y los ojos bañados en lágrimas.

Era la primera vez que alguien lo veía llorar... la primera vez que lucía tan humano. La apretaba con fuerza contra su pecho, meciéndola suavemente.

—... pero no pude evitarlo —continuó.

Ella tenía los ojos cerrados.

No se movía.

No respiraba.

En su cuello había dos pequeñas y profundas incisiones manchadas de rojo, igual que los labios entreabiertos de Joel.

—¿La mataste? —Se horrorizó Nat, sin poder creerlo.

Su hermano no sería capaz de una atrocidad semejante. Tenía que ser un error, una mentira, una pesadilla.

Joel levantó la cabeza y fijó sus brillantes ojos rojizos en los de su aturdida hermana.

—Tasha —susurró con tristeza.

Siempre había sido el fuerte, el estoico, incommovible ante toda circunstancia. Pero ahora se había roto como un frágil trozo de cristal. Su voluntad de hierro se había resquebrajado ante la sed y había terminado con la vida de su mejor amiga, su compañera, la única mujer que lo había amado.

—Salgan de aquí —dijo.

—Vendrás con nosotros a casa.

—No quiero hacerte lo mismo. Vete.

—No me iré sin ti.

—¡Mírame bien, Natasha! —exclamó Joel alzando el rostro—. Ya no soy un dhampyr.

Finas líneas azuladas se traslucían bajo su piel incolora, marmórea y manchada con sangre. El mismo rojo teñía sus iris, tan bellos como el cielo

alguna vez. Su brillo se había extinguido, apagado, había sido reemplazado por un par de pupilas vacías y muertas.

—No puedes ser un vampiro —gimió ella—. Eres mi hermano mayor. Se suponía que nada malo te ocurriría.

—Tu hermano ya no existe —dijo él con amargura.

Grimm recordaba con claridad lo ocurrido en el callejón del cine, cuando Ruthven los atacó. La estaca había atravesado a Joel. Lo había matado y había llenado su cuerpo con la sangre del vampiro. Erika creyó haberlo revivido con su sangre, pero no había sido así. Él ya estaba muerto.

«Cuando nos negamos a ver la verdad, hasta lo más evidente pasa inadvertido», pensó.

—Dispárame —ordenó Joel a su joven discípulo.

—¿Qué?

—Que me dispires, Frederick. ¿O estás sordo?

El chico contempló la ballesta que había dejado caer a sus pies. No quería matarlo. Sin embargo, debía hacerlo. Se inclinó a recogerla, con la intención de cumplir la orden de su maestro..., su líder..., su único modelo a seguir.

Natasha lanzó un grito y se la arrebató de las manos.

—No lo harás.

—Entonces, mátame tú, Tasha —demandó su hermano, dejando el cuerpo de Erika a un lado y poniéndose de pie—. La obligación de los cazadores es eliminar a los vampiros sin vacilar. Un vampiro nunca dudaría de matarlos a ustedes. Ni siquiera yo. Lo único que me frena son las cadenas que me sostienen.

Los ojos de la chica se llenaron con lágrimas. Se las secó con la manga de la chaqueta.

—Debe haber algo que podamos hacer.

—No lo hay —contestó Grimm, recuperando el arma con gentileza—. Lo lamento.

Grimm apuntó directo al corazón de su mentor. No fallaría a tan corta

distancia.

Joel cerró los ojos y aguardó. Todavía poseía conciencia. Ansiaba morir antes de perderla para siempre, antes de que su alma desapareciera devorada por el monstruo en el que pronto se convertiría.

El muchacho vaciló al ver la expresión de desesperación en el rostro de Nat. Sus propias manos temblaron. No soportaría que ella lo viera como al asesino de su hermano.

—¿Qué esperas? —Joel se estaba impacientando—. Hazlo.

El chico no se movió.

—Dispárame, Grimm —volvió a decir, alzando la voz.

—No puedo.

—Acaba conmigo —gritó el vampiro.

Él nunca gritaba. Su semblante siempre era el mismo, indiferente y calmado, pensó Nat.

Frederick había quedado petrificado. ¿Cómo cumplir con semejante exigencia? Se trataba de su mejor amigo, su protector. Carecía de la sangre fría para eliminarlo. Y dudaba que existiese alguien que la tuviera. El único capaz de cumplir con semejante orden hubiera sido el mismo Joel Dorcas.

—Lo lamento. —Grimm bajó el arma y retrocedió—. No lo haré. No te mataré.

Los ojos del vampiro emitieron un fulgor escarlata.

—Entonces, no me dejas opción: los asesinaré a ambos —amenazó, en un tono siniestro, aterrador.

El semblante de Joel se ensombreció. Hacía años, su abuelo lo había puesto en la misma terrible situación en la que Frederick ahora se encontraba. Al contrario que él, decidió poner a un lado las emociones y cumplir con su trabajo. Cuán diferentes podían ser dos personas.

En una explosión de ira, jaló de las cadenas intentando liberarse. Se habría lanzado sobre los chicos de estar libre porque, si bien deseaba morir, también necesitaba sangre. Su cuerpo la exigía con desesperación y locura.

Según Dorian, tarde o temprano, la sed le ganaba a la razón. Incluso al corazón.

No se había equivocado en su sentencia.

—Salgamos de aquí.

La mano de Nat se cerró sobre la de Grimm, quien accedió a su petición con docilidad. No serían capaces de matar a Joel, tampoco de liberarlo. Lo mejor para ellos era marcharse y no regresar.

Desde la escalera echaron una última mirada al vampiro, quien esbozó una perversa sonrisa de despedida.

—Sí que los perturbaste. Ni siquiera notaron mi presencia. —Ruthven salió de detrás la puerta, desde donde había presenciado todo.

Joel respiraba de manera entrecortada. No necesitaba oxígeno, por lo que el movimiento mecánico significaba una cosa: percibía el aroma de una presa. Como dhampyr, había sido un asesino implacable. Como vampiro, sería una máquina de matar con una sed de sangre insaciable.

—¿Por qué no te tranquilizas? Relájate y te traeré algo de beber. Una rubia, quizás una pelirroja. ¿O preferirías un jovencito? —Sonrió.

Joel hizo un gesto de desagrado.

El delicioso olor de Natasha había quedado impregnado en el aire. Despertaba en él un deseo irrefrenable y avasallador. Acallaba su conciencia, que luchaba inútilmente por imponerse al inhumano instinto. Todavía sentía el sabor de Erika en su boca. La tristeza que sentía por ella no era nada en comparación con la avidez que experimentaba.

Así que esto era ser un vampiro.

—La quiero a ella —masculló.

—¿A quién? —musitó Dorian, reviviendo un antiguo temor que creyó olvidado.

Joel rio con malicia.

—¿Creíste que la tendrías?

Ruthven se estremeció oír el crujido de las cadenas desprendiéndose del muro. Sin embargo, lo que más lo perturbó fue la última frase que escuchó de Joel, antes de que desapareciera de su vista.

—Natasha es mía.

## POR ELLA

«Joel Dorcas no se parece en nada a Sebastian —pensó Dorian—. Desde un principio, debió haber sido ella. Siempre ella».

Natasha y Grimm corrían hacia la camioneta que habían dejado a medio kilómetro de la casa, para que Ruthven no los oyese. El viento y la lluvia los azotaban con fuerza.

Casi llegaban.

Él sacó las tintineantes llaves de su bolsillo y las enganchó en su dedo para que dejaran de hacer ruido. Les quedaban unos pocos metros antes de subir al vehículo y ponerse a resguardo de la violenta tormenta, que se había desatado mientras se encontraban en el interior de ese sótano de la muerte.

La muchacha se detuvo y Grimm, junto con ella.

—¿Qué sucede?

—Mi hermano —sollozó—. Mi hermano es un vampiro.

El cazador no supo qué decir. Si su corazón dolía, no quería imaginar el de ella. Joel se había convertido en su enemigo. Nat debía de estar destrozada. Asimilar su pérdida y la de Eri sería difícil para ambos. ¿Cómo continuarían adelante?

—¿Qué voy a hacer ahora, Grimm?

Frederick la estrechó entre sus brazos. Tenía ganas de llorar también, pero contuvo sus lágrimas. El cielo ya lloraba por él.

—Todo estará bien —prometió.

—Cuando finalmente vuelvo a tener a mi hermano conmigo, lo pierdo. Y Erika no merecía morir. ¡Maldición! Ellos se amaban. Debían estar juntos.

—Lo sé.

Le brindó a Natasha un poco de su calor. Las heladas gotas le empapaban la piel. Enfermaría si permanecía a merced del despiadado clima. A ella no parecía importarle.

—Éramos una familia.

—Aún me tienes a mí. —Intentó consolarla—. No me iré a ninguna parte. Sé que no es mucho lo que puedo ofrecerte, pero no estarás sola. Yo te cuidaré.

La besó en la coronilla.

—¿Lo prometes? —inquirió ella hundiendo el rostro en su pecho.

—Lo prometo. —Después añadió—: Nat, subamos a la camioneta y larguémonos. Tengo un mal presentimiento.

Grimm abrió la puerta del vehículo y la muchacha se dirigió al otro lado, para subir por la otra puerta del copiloto.

Tiró de ella, pero estaba trabada.

—No abre.

Alzó la vista. Grimm no había entrado. Tampoco lo veía junto a la camioneta. ¿Dónde se había metido?

—¿Grimm?

El corazón de Natasha se aceleró al divisar, a unos metros de distancia, una oscura y familiar figura.

Joel se volteó hacia ella, con sus ojos de ónix.

Frederick se encontraba con él.

—¡Corre, Nat! —gritó el chico, asiendo al vampiro por detrás.

Grimm recibió un potente codazo en las costillas. Ese veloz movimiento bastó para derribarlo. Sin embargo, el chico no lo soltó. Se lo llevó con él al suelo y lo retuvo.

El vampiro continuó golpeándolo, sin que el muchacho contraatacara.

—Defiéndete. ¿O no aprendiste nada de mí? —gruñó Joel.

—Siempre tuve problemas para asimilar algunas de tus enseñanzas —

respondió el chico, cubriéndose la cara con el antebrazo—. Me disculpo por ser tan mal alumno.

—Hubieras sido mejor cazador si fueras más...

—Ya sé. Si fuera más sádico, cruel y sanguinario —replicó, intentando que la atención de Joel se centrara solo en él—. Lástima que no disfruto de las matanzas tanto como tú. Debido a mi blandura, quiero decir; esa que impide que me coma a mis amigos, familiares y también a los desventurados gatitos de mis vecinos. Así que dime —carraspeó—: ¿qué se siente asesinar a la mujer que amas?

Joel dejó de atacarlo. Parecía haber recibido un doloroso golpe.

—Duele, ¿verdad? —inquirió el muchacho.

La expresión seria de su mentor desapareció. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, en una mueca semejante a una sonrisa. Se inclinó hacia Grimm y contestó:

—Beber de ella ha sido lo más placentero que he hecho jamás. Volvería a hacerlo una y otra vez. —Se relamió.

Tomó a Grimm de la ropa y lo arrojó al barro.

—¿Cómo puedes decir eso? —masculló el joven indignado, sin levantarse.

La luz cegadora de un relámpago iluminó el cielo. El rugido feroz de un trueno no tardó en sacudir el bosque.

Joel se aproximó a Grimm.

—He liberado mis instintos. ¿Y sabes qué? Me dan más satisfacción de la que experimenté estando vivo. —Se arrodilló junto a él—. Amé a Erika con locura. Pero asesinarla fue lo mejor que pude haber hecho. Y matar a mi hermanita será indescriptible.

—Eres un maldito.

—Siempre lo he sido, Frederick. Y te consta. Mi abuelo me volvió un ser despiadado. Y Ruthven me convirtió en lo que soy. Deberías detenerme, antes de que vaya por Natasha. Porque una vez que beba de ella mi poder se multiplicará.



Grimm sacó de su cinturón una de las estacas que había preparado para disparar con su ballesta. Joel sabía que detrás de esa apariencia de cazador temible se escondía un niño sin las agallas suficientes para acabarlo. Ni Ruthven, ni Grimm, ni Tasha estaban dispuestos a matarlo. Ya sea por obsesión, idolatría o amor, ninguno de ellos se atrevería a liberarlo de esa existencia infame.

Natasha no logró ir demasiado lejos. Ruthven apareció de la nada, como un espectro, y le cortó el paso haciéndola tropezar y perder el equilibrio.

—No te asustes, pequeña Natasha. —La sostuvo de la cintura.

Como siempre, ese contacto le generó un sinfín de sensaciones aterradoras y contradictorias. La que más la asustaba era la fascinante atracción que ejercía sobre ella. Debía tratarse de una de sus armas vampírescas favoritas.

—No te lastimaré —dijo, soltándola.

—¿En serio?

—Lo juro. —Recorrió su mejilla con un dedo—. Aunque estoy tentado a llevarte conmigo a París. ¿Vendrías? Me hospedaré en un hotel destinado a los de nuestra clase.

—¿*Nuestra*?

—Mía —se corrigió—. Mataría por que bailaras conmigo en una de las mascaradas que se celebran allí.

Nat dejó de escucharlo cuando el licampyr que peleaba con Joel emitió un alarido. El ritmo cardíaco de la muchacha se aceleró de pronto. Sonaba como el de un pajarillo asustado. Temía por la vida del muchacho.

—Ponte a salvo —dijo Dorian, antes de desaparecer de su lado.

Embistió a Joel y lo arrastró hacia las profundidades del bosque, dejando a Grimm tirado en el suelo.

Nat corrió hacia él. Parecía que lo había arrollado un autobús.

—¡Grimm! ¿Estás bien? —Sus pies se hundían en el lodo.

—No lo sé. —Se palpó el cuerpo—. Al menos tengo todas mis partes

intactas.

Ella suspiró y volvió la vista a la densa y oscura arboleda.

—No puedo creer que Ruthven nos haya ayudado.

—Está enamorado de ti —manifestó Grimm sin entusiasmo.

—¿Qué? —Las mejillas de Nat se pusieron rojas. ¿Enamorado? ¿De ella? ¿Dorian Ruthven?! Imposible. Él era un vampiro cruel y despiadado, sin corazón y sin alma.

El cazador le tendió las llaves de la camioneta.

—Toma. —Tenía la voz ronca. Joel lo había golpeado en la garganta—. Llévate a Blade. Yo me quedaré.

—¿Estás loco? No te dejaré aquí tirado. Vendrás conmigo. —Se inclinó para ayudarlo a incorporarse. Tenían que salir de la lluvia.

El joven se negó.

—Levántate. —Tironeó de él—. Grimm, no seas niño.

—Sube a la camioneta y vete, Natasha. Estaré bien. Ese chupasangre amigo tuyo no parece interesado en acabar conmigo, por ahora.

—¡Él no es mi amigo! —exclamó ella, cerrando los puños.

—Bien. Tu enamorado.

—Eres un idiota —bufó Nat.

—Hablando de mi idiotez, necesito que me ayudes a cometer suicidio.

Frederick se levantó y caminó rumbo a la camioneta.

—¿Cometer qué?! —Nat lo siguió.

Ambos entraron y cerraron las puertas. Se sentaron de costado para quedar enfrentados.

—No es suicidio en realidad —explicó él sin prestar atención a su cabello chorreando agua, del cual la muchacha no podía apartar los ojos—. Solo es una locura que tú interpretarías como ganas de suicidarme. Nada del otro mundo.

Sabía que, a lo lejos, los vampiros llevaban a cabo una lucha encarnizada. Los dos, en igualdad de condiciones. Se habían alimentado hacía poco y

gozaban de una fuerza y resistencia extraordinarias. Sin embargo, Joel poseía entrenamiento como cazador, lo que le daba cierta ventaja con respecto a su oponente.

No era lo mismo un vampiro que había sido humano, que uno que había sido dhampyr. Estos eran superiores en fuerza y velocidad. También su sed era mayor. Si bien Ruthven poseía más experiencia, Grimm sabía que no ganaría. Nadie podía vencer a Joel Dorcas en su propio juego.

—¿Qué clase de locura quieres cometer? —Nat se cruzó de brazos y levantó una ceja.

Grimm contestó:

—Quiero ir allá y patearle el trasero a tu hermano.

El silencio que se generó a continuación aumentó el ruido ocasionado por las gotas que golpeaban el techo.

—Te matará —masculló Nat al cabo de unos segundos—. Mírate. Pareces pisoteado por una manada de elefantes.

Lo suyo no eran las metáforas poéticas, pensó el muchacho.

—Si aceptas ayudarme, apenas sentiré el dolor. —Él la tomó de las manos y entrelazó sus dedos—. ¿Lo harías por mí?

—¿Qué quieres que haga?

Él no necesitó decirlo. Solo le dirigió una mirada llena de inocencia.

Nat dio un respingo al comprender lo que significaba esa expresión de cachorro arrepentido. ¿Esperaba convencerla con esa cara? Más bien le daban ganas de abofetearlo.

—No —exclamó con enfado—. De todas las ideas que has tenido, esta es la peor. Ya hemos pasado por esto. ¿O no lo recuerdas?

—Lo sé, lo sé, es una idea pésima. Pero podría salvarnos. —Aguardó un instante, mientras ella intentaba mantener la calma—. ¿Lo harás? Por favor, por favor, por favor, por favooooor...

—Olvídalo. —Natasha se había prometido no volver a dejarse morder.

Aprendía de sus errores, no como otros.

Tan solo de imaginar a Grimm entre Ruthven y su hermano, dos vampiros sanguinarios y asesinos, se le revolvió el estómago. ¿Y si resultaba herido? ¿Y si lo atacaban entre los dos? Enviarlos ahí sería como intentar detener la caída de un piano con un paraguas.

No, no lo ayudaría a matarse. Estaba loco si pensaba que diría que sí. Absoluta y totalmente loco.

Nat sintió sabor metálico en su boca. Se estaba mordiendo el labio otra vez, sin darse cuenta. A veces lo hacía cuando algo la preocupaba.

—Nat.

—¿Qué?

Él sonrió de una manera extraña, lo que la hizo pensar que se traía algo entre manos.

La mano de Grimm se posó en su nuca y le causó un escalofrío.

—¿Qué haces?

—Todo saldrá bien —susurró el muchacho, atrayéndola hacia sí para besarla sin compasión; sin consideración alguna.

Era el único modo que tenía de conseguir la sangre de Natasha sin morderla. Ella no se la daría voluntariamente. Se lo había dejado claro.

No fue capaz de detenerlo. Tampoco quiso hacerlo.

En cuanto Grimm saboreó la sangre fluyendo hacia su boca, dulce y caliente, sintió la pasión desbordándose como un río que se salía de su cauce y arrastraba todo a su paso. Sabía el efecto que esa chica provocaba en él. Lo aturdiría su presencia, su aroma lo mareaba y, si ella llegaba a tocarlo, lo hacía perder la cabeza. Siempre había sido así. Por más que hubiera tratado de mantenerla alejada, no lo habría logrado por mucho tiempo.

Natasha lo volvía loco. En todo sentido.

Las manos de Nat se enlazaron alrededor de su cuello. No lo rechazaba. Al contrario, parecía corresponderle con el mismo entusiasmo.

Grimm quería devorarla.

Y ella ansiaba ser devorada.

Con un gemido, la oprimió contra su pecho y profundizó el beso. Se olvidó de la sangre que había obtenido de ella y del efecto que tendría sobre él. Sentir el calor de su cuerpo y el dulzor de sus besos era lo único que quería en ese momento.

«Si fuera capaz de detener el tiempo en este preciso instante y permanecer por siempre unido a ti, nada me importaría más que morir entre tus brazos, Natasha Dorcas», pensó Frederick, con el corazón en llamas.

Una vez que él se enfrentase con los vampiros, una vez que ella se subiera al vehículo para dirigirse a un lugar seguro, cabía la posibilidad de que no volvieran a verse nunca.

No estaba listo para dejarla ir.

El deseo surgió de pronto, desde el rincón más profundo de su ser. Un deseo peligroso. Un deseo que aumentaba más y más conforme los segundos transcurrían y se extendía, irrefrenable, por cada rincón de su anatomía.

La estrechó aún más, aunque tenía que soltarla. Sus manos la recorrieron con avidez.

El ansia se volvía insoportable con cada respiro.

No había dolor. No había miedo. Solo sed: una sed insaciable de ella; de su cuerpo..., de su sangre.

Era momento de apartarse, pero no quería. La necesitaba.

Fue Natasha quien rompió el beso, al advertir el filo de los colmillos contra su lengua. Lo echó hacia atrás, empujándolo contra la puerta.

—Para.

—No te morderé —aseguró el joven, dolido por su expresión.

Sus ojos reflejaban miedo.

Le temía.

—¿Pero no niegas que quieres arrojarte sobre mí?

Grimm alzó la mano y le acarició los labios con delicadeza.

—Es lo que más deseo, hermosa. Que seas completamente mía.

Abrió la puerta del vehículo y se bajó.

—Por eso, será mejor que te vayas ahora. Lo más lejos que puedas.

Nat asintió en silencio. Ocupó el asiento del conductor y encendió la camioneta. Grimm apoyó la mano en la ventanilla, y ella hizo lo mismo.

No era una despedida. Sabía que volvería a verlo. No obstante le dolió en el corazón verlo partir.

—Yo también te quiero, Frederick —musitó.

Se puso el cinturón de seguridad y pisó el acelerador a fondo. A pesar del camino resbaloso y la poca visibilidad, conducía bien en la noche tormentosa. Al menos, hasta que ese tronco caído se interpuso en su camino.

Un volantazo para esquivarlo la hizo perder el control del vehículo.

Entonces derrapó...

Y volcó.

Grimm se concentró en los vampiros. Al no percibir ya el aroma de Natasha, su sed se calmó. Así debía ser con los vampiros nuevos, se dijo. El aroma de la sangre los hacía perder la razón.

—Al menos pude mantener la compostura —se dijo, siguiendo un olor muy distinto.

Los vampiros fueron muy fáciles de detectar. En cambio, ellos no notaron la presencia de Grimm hasta que arremetió contra Joel y lo dejó tendido en un charco de lodo. Este alzó la cabeza y, limpiándose la cara con la mano, emitió un bufido. Siempre había odiado ensuciarse.

Cuando el hermano de Nat se levantó, el joven lo empujó contra un tronco y lo retuvo allí, impidiéndole moverse.

—Eras mi modelo a seguir —le dijo, tomándolo del cuello—. ¡Te idolatraba!

—Si vas a matarme, hazlo de una vez —masculló Joel.

Dorian se acercó, con las manos en la espalda.

—No creo que ninguno de nosotros esté listo para matarte, *bel homme* —dijo, quitándose el cinturón—. No todavía.

Le sujetó las manos a un tronco.

Grimm bajó la cabeza. Tenía razón.

—¿Qué harán conmigo? —inquirió Joel.

—Encerrarte donde no puedas dañar a nadie —respondió Grimm—. Por lo menos, hasta que uno de nosotros tenga el valor para acabar contigo.

Ruthven lo miró de arriba a abajo e hizo una mueca de asco. Se tapó la nariz.

—Apesta a perro muerto y desecado al sol.

Frederick se olió la camiseta.

—Solo un poco de olor a sangre. A propósito, gracias por salvarme el pellejo, chupasangre. Vine para devolverte el favor.

—No lo hice por ti.

—Lo sé. Aún así..., gracias.

Ambos se contemplaron en silencio durante un momento. Grimm sabía que el vampiro no era tan tonto como para atacarlo ahora. Probablemente había percibido el incremento de su poder.

—De nada, chico bestia. —Le sonrió.

La expresión de Ruthven cambió de pronto.

—¿Qué ocurre? —inquirió Frederick al percibir su preocupación.

El vampiro lo miró alarmado y, sin decir palabra, salió corriendo.

—¡Oye! ¡Chupasangre! ¿A dónde vas? —gritó el cazador.

Joel cerró los ojos e hizo una profunda inspiración.

—Huele a la sangre de mi hermana. ¿La mordiste? —quiso saber, con un tono de desdén.

—No ahora. Pero sí, he probado su sangre. —Frederick torció la cabeza—. Algo que tú nunca harás.

—¿Cómo te has atrevido, Frederick? —rugió Joel.

—Lo hice para protegerla.

—Pudiste haber muerto.

—No me importa. Si he de morir por alguien, mejor que sea por ella.

Por un segundo, Grimm pudo vislumbrar al antiguo Joel. Su conciencia era fuerte, trataba de vencer a la horrible criatura que dominaba sus actos. Pero no ganaría la batalla. Ambos lo sabían.

—Será mejor que te apresures. Dorian fue por Tasha. Si tanto la quieres, alcánzala antes de que él lo haga —sugirió el vampiro.

—No le hará daño.

—¿Qué tan seguro estás?

La cabeza de Nat latía. ¿Qué había pasado? ¿Por qué el mundo estaba al revés?

El cinturón de seguridad se le hincrustaba en la piel. No la dejaba respirar.

Oh, sí. Ya recordaba. Un tronco se había interpuesto en su camino. Se lo había llevado por delante. Luego todo empezó a dar vueltas y perdió el control del vehículo hasta que, finalmente, quedó atrapada cabeza abajo.

El agua de lluvia se filtraba por el parabrisas roto, empapándole la cara. Le daba la sensación de que moriría ahogada si no lograba salir. El cuerpo no le respondía como debería. Además, el cinturón de seguridad parecía haber quedado atorado.

Tiró de él. No podía quitárselo.

—Maldición —exclamó, con los dedos doloridos y helados.

La traba del cinturón no cedía.

—¡Vamos, ábrete! —Comenzaba a desesperarse.

Oyó que alguien se acercaba y, por un segundo, se tranquilizó.

—Grimm, ¿eres tú?

Unas manos arrancaron la puerta.

—No es tu amado licampyr, pequeña *princesse*. Soy yo.

La oscuridad era tan intensa que apenas notó su silueta. Esa voz aterciopelada le hizo desear haber muerto en el accidente.

—Déjame —susurró, cuando él le quitó el cinturón que la aprisionaba.



—Tranquila. He venido a ayudarte.

Con cuidado, Dorian la sacó de la 4x4.

A Nat le dolía la cabeza. La sien le quemaba y estaba aturdida.

—¿Recuerdas cómo te llamas? —preguntó él, examinándole las pupilas, mientras la llevaba en brazos a un lugar seguro.

—Sí y, lamentablemente, también recuerdo cómo te llamas tú —respondió la joven con antipatía.

El vampiro sonrió de un modo encantador. Sus ojos claros brillaron con la intensidad del fuego. Nat sangraba, pero él no pareció notarlo.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó, confundida por la amabilidad del vampiro que la había atacado en el cine, había asesinado a su novio y había acabado con la vida de su hermano y de su madre.

—No necesitas conocer mis razones.

—¿Qué pasó con Joel? —Nat miró a su alrededor, no vio más que árboles sacudidos por el viento.

—Está bajo control. Ahora dime, ¿cómo te sientes?

—¿Mal?

Su mundo había acabado. Su vida, como la conocía, no volvería a ser igual. Había perdido a la persona que más amaba y no sabía cómo haría para seguir en pie y no morir de tristeza. Además, el cuerpo le dolía y su cabeza estallaría en cualquier momento. Sin mencionar el hecho de que la criatura a la que más temía (y que, al parecer, se había enamorado de ella) la transportaba en brazos hacia quién sabía dónde.

—Es normal, considerando todo lo que ha ocurrido —dijo él con naturalidad.

—Usted me asusta, señor vampiro —murmuró ella.

Dorian rio por lo bajo.

—Excelente. Jamás deje de temerme, señorita Dorcas.

Grimm corría en la oscuridad a toda velocidad. Las piernas le dolían. Pero

tenía que encontrarla antes que él. Si tan solo tuviera una motocicleta...

Frenó en seco al reconocer la camioneta volcada a un lado del camino.

Con una sensación de frío recorriendo su estómago, se aproximó al lugar del accidente. «Dios, que no le haya pasado nada», pensó intentando mantener la calma. Una persona común no hubiera sobrevivido.

Buscó a Natasha en el interior del vehículo.

—¿Nat?!

La puerta había sido arrancada. Examinó el cinturón de seguridad. Estaba cortado.

Grimm no supo si alegrarse o preocuparse. «Así que por eso Ruthven salió corriendo». Su vínculo con Nat le había avisado que algo andaba mal con ella. Quizás incluso había percibido su temor.

—Cómo lo odio —murmuró.

Se cercioraría de que ella estuviera bien. Después, regresaría con Joel. No podía dejarlo solo mucho tiempo. ¿Qué tal si escapaba?

Le tomó media hora llegar a la casa de la familia Dorcas.

—¿Nat? —Entró y revisó la cocina, sin notar el papel sobre la mesa. Luego subió las escaleras.

Las luces apagadas y el silencio lo convencieron de que ella no estaba allí. Ni siquiera notó el revoltijo de ropa sobre la cama y el armario casi vacío.

—¿Qué hiciste con ella, maldito vampiro?

Regresó sobre sus pasos. Había algo que pasaba por alto, pero no sabía qué.

Una sensación de angustia se instaló en su pecho. Temió no volver a verla.

Regresaría con Joel y lo encerraría bajo llave, donde nadie pudiese encontrarlo. Solo así podría buscar a la chica que lo volvía loco. Tal vez no había ido tan lejos. Tal vez había regresado a la mansión para descansar. Sí, probablemente eso había hecho.

Una vez que llegó al bosque, la desesperación lo invadió. Joel había logrado desatarse en su ausencia. Si llegaba a asesinar a más gente, no se lo

perdonaría.

¿Acaso las cosas podrían ir peor?

—Creo que no es mi día —musitó, frente al árbol donde hacía momentos había dejado a su mentor.

—Tienes razón —contestó Joel, tomándolo desde atrás.

El dolor punzante y repentino en su cuello le hizo comprender al muchacho que a Joel poco le importaba que tuviera sangre de licántropo.

Lo había atravesado con sus colmillos sedientos.

Frederick intentó luchar, pero estaba exhausto. Además, el efecto de la sangre de Nat había desaparecido. Su vampiro interior había retornado a lo más profundo de su ser, en espera de otra gota de sangre que volviese a reclamar su presencia.

Sus piernas flaquearon. El bosque pareció girar en torno a él.

No había forma de que venciera a Joel. Tampoco de que lo soltase por propia voluntad.

Moriría en sus manos.

Quizás así debían terminar las cosas. No siempre ganaba el bien. En el mundo real, el mal tenía preponderancia.

—¿Es que acaso debo hacerlo todo yo?

La voz de Ruthven interrumpió los pensamientos fatídicos del cazador, que apenas lograba mantenerse en pie.

¿Dorian había vuelto? ¿Por qué?

El vampiro sujetó a Joel del cuello con el cinturón y jaló de él hacia atrás, separándolo de Grimm y salvándole la vida... otra vez.

Con una mano en el cuello, el chico contempló la lucha entre ambos vampiros. Trató de mantenerse firme a pesar del mareo. No debía demostrar debilidad frente al enemigo, aunque estaba seguro de que no tendría fuerzas para defenderse si llegaba a ser atacado.

La ferocidad de Joel pareció divertir a su contrincante, quien respondía a sus ataques con una sonrisa burlona. Beber sangre de licántropo, al parecer,

lo había vuelto impulsivo y volátil. El demonio pelirrojo no tardó en darse cuenta de ello.

Oleadas de un perfume familiar llegaban hasta Grimm, desconcentrándolo. Con cada movimiento de Ruthven, podía olfatearlo. Ese vampiro... ¡tenía el olor de Natasha! Si había llegado a tocarla, lo lamentaría.

—No quisiera interrumpir tu diálogo interior, pero ¿podrías ayudarme, chico bestia? —Dorian había conseguido sostener a Joel, pero no lograría mantenerlo aprisionado por mucho tiempo.

Había que actuar rápido.

El cazador se apresuró a atarle las manos con el cinturón. Sin embargo, al que deseaba atar era a Ruthven. Y encerrarlo en la celda con Joel, para que pasasen juntos la eternidad.

Llegaron pronto a la casa de piedra. Esta los recibió con las puertas abiertas de par en par. Dorian condujo al prisionero hacia el sótano, con Grimm vigilando cada uno de sus movimientos. Su debilidad no le impedía seguirlo, aun cuando necesitaba agarrarse de las paredes para no caerse. Vio al vampiro tomar los grilletes del piso y encadenar a Joel de nuevo. A continuación, le hundió los colmillos en el cuello para sustraerle una buena cantidad de sangre.

El hermano de Nat cayó de rodillas una vez que Ruthven lo soltó. Ya no podría liberarse, a menos que alguien lo ayudara.

—¿Qué hiciste con Natasha? —inquirió Grimm, entrando a la celda con los vampiros—. Dime que se encuentra bien. Sé que no estoy en buena posición para advertírtelo, pero ya me tiene sin cuidado. Si llegaste a hacerle algo, juro que te...

—Tranquilízate, *boy scout*. —Dorian sacó un pañuelo del interior de su camisa y se secó los labios—. Tuvo un ligero percance, pero no tienes de qué preocuparte. En todo caso, se encuentra mucho mejor que tú. —Le dirigió una sonrisa torcida.

—¿Llamas *ligero percance* a un accidente que pudo haberle costado la vida? —Se irritó el muchacho.

A pesar de la frialdad que reflejaba su semblante, era imposible que Joel no sintiera nada. El gran amor que profesaba por Nat se había hecho evidente en cada una de sus acciones. Su entera existencia había girado en torno a ella. Quizá por eso había dejado de luchar. Como vampiro ansiaba sangre, pero como cazador deseaba acabar con los vampiros. Incluso si se trataba de sí mismo.

—¿Qué sucederá con él? —quiso saber Grimm, luego de que el chupasangre pelirrojo cerrara la puerta de la celda y le entregara la llave.

—Un vampiro que deja de alimentarse cae en un profundo letargo similar a un coma —explicó Dorian—. Podrían pasar meses antes de que suceda. Sin embargo, una vez dormido, no despertará a menos que alguien le suministre sangre.

—¿Y si escapara?

—Te enterarías. Como te habrás dado cuenta, la sed incita a los impuros a deshacerse de sus seres amados. Asesinarlos supone una especie de exquisita liberación.

Grimm y el vampiro se alejaron del sótano. El chico mantenía la esperanza de que en el futuro las cosas cambiaran. Entrenaría con Natasha para que cazaran juntos y, un día, ella superaría los acontecimientos de esa noche. Quizá, con el paso de los años, olvidaría la terrible criatura en la que se había convertido su hermano. Y, tal vez, solo tal vez, lo aceptaría como compañero de vida.

Haría lo que fuera con tal de hacerla feliz... con tal de verla sonreír de nuevo.

—Una última cosa antes de irme, cazador. —Dorian se volvió hacia él con un gesto enigmático—. ¿Puedo darte un pequeño pero muy útil consejo?

—Seguro. Dime. —No parecía tan malo, después de todo. Frederick jamás hubiera imaginado que lo ayudaría a enfrentar a Joel. ¿Lo habría juzgado mal? ¿Sería posible que ese vampiro se convirtiera en aliado?

Ruthven se acercó a él, con las manos en la espalda.

—Cuando estés con un vampiro como yo, nunca, pero nunca...

Con uno de sus brazos realizó un rápido movimiento hacia el estómago del chico.

—...bajes la guardia.

La sonrisa de satisfacción en el rostro del vampiro alertó al joven, quien bajó la mirada. ¿Cómo había podido ser tan tonto? ¿Tan ciego? ¿Tan confiado?

—*Au revoir*, cazador. ¿O debería decir *Licampyr*? —Se despidió el vampiro, riendo, mientras se alejaba con las manos en los bolsillos.

Ni una sola vez se volvió para contemplar al joven que se había desplomado sobre un charco de su propia sangre, luego de haberle clavado una afilada estaca de madera.

## EPÍLOGO

Natasha golpeó la puerta del departamento. En la mano llevaba un bolso a punto de explotar.

—Hola —dijo, cuando alguien abrió la puerta—. Gracias por recibirme.

La anciana sonrió.

—Ponte cómoda, cielo. Preparé galletas con chispas de chocolate. Puedes quedarte cuanto quieras. Estás en tu casa.

La puerta se cerró tras de sí.

Esperaba que Grimm leyera pronto la nota que había dejado sobre la mesa antes de irse.

*Iré unos días a la casa de mi abuela.*

*Del otro lado del papel anoté su dirección para que vayas a buscarme.*

*Te estaré esperando. Por favor, llámame.*

*Besos, Nat.*

Contaría las horas para verlo de nuevo.

Por extraño que pareciera, Ruthven se había ofrecido a llevarla a la casa de Ruth después del accidente con la camioneta. ¿Quién hubiera dicho que los vampiros eran capaces de hacer buenas obras?

Lo que ella no notó fue que él guardó la nota en su bolsillo antes de salir, y la sustituyó por otra:

*No quiero que me llames ni que trates de encontrarme. He cambiado mi número y nunca volveré. Será lo mejor para ambos.*

*Natasha.*

## DIARIO DE TASHA

*Estoy viviendo con Ruth. Han pasado cinco meses y ocho días, y Grimm no me ha llamado una sola vez. Tal vez ya no quiera verme.*

*He dejado de esperarlo.*

*Además, extraño a mi hermano. Tendré que acostumbrarme a su ausencia y a mi nueva vida, lejos de casa. Supongo que a veces las cosas no salen como esperamos. Yo quería una vida normal. Una vida feliz. ¿Podré tener eso algún día?*

*Tres simples palabras: No lo sé.*

*Lo único que he aprendido es que a veces lo bueno se convierte en malo y lo malo, en bueno. A veces, lo irreconciliable se une y lo inseparable se divide. Tu peor enemigo puede volverse tu amigo, y la persona que más te ama podría ser quien intente destruirte. Puedes perder todo lo que amas en un solo instante. Así es la vida: impredecible.*

*Quizás, el día de mañana descubra que todo fue un mal sueño. Tal vez, incluso, pueda volver a sonreír. Mientras tanto, viviré cada día sin esperar nada. Sin esperar a nadie. Solo viviré.*

*Hasta que un día, quizás, logre olvidar.*



## APÉNDICE

### Dorian

*Quería olvidarme de él, no obstante, siempre parecía estar pensando en él.*

Anne Rice

*Entrevista con el vampiro*

### Sebastian

*Nací en el año 1790, en una familia rica y poderosa. Sin hermanos, heredé la fortuna de mis padres a muy corta edad, y dediqué mi tiempo al ocio y a la diversión. Mi pasatiempo favorito, luego del arte, era la bebida. Así que no tardé en volverme adicto al alcohol y a los placeres fútiles: vicios que me llevaron a dilapidar gran parte de mi dinero y a deteriorar mi salud física y mental.*

*No tenía preocupaciones ni responsabilidades. Lo único que me importaba era despertar al día siguiente con monedas en el bolsillo para continuar bebiendo. Mi vida era un caos. Mi mente también lo era. Me hallaba en constante estado de ebriedad o de total inconsciencia.*

*Con el tiempo, me fui quedando sin amigos y me vi completamente solo en aquel mundo de vicio y descontrol.*

*Una mañana de invierno me desperté en la calle, desorientado y con graves heridas en mi cuerpo. No recordaba nada de lo que había ocurrido.*

*Posiblemente, había tomado participación en alguna riña. El dolor de cabeza era insoportable. Me levanté y traté de caminar para volver a casa. La gente me miraba con desprecio; yo escuchaba sus risas y burlas.*

*Estaba tan mareado que apenas me mantenía en pie. Tampoco oí la carreta que venía hacia mí.*

*Hubiese muerto de no ser por un caballero que me empujó en el último segundo y me salvó la vida que yo tanto me esforzaba por destruir.*

*Volví a quedar inconsciente.*

*Días más tarde desperté, y allí estaba él.*

*—¿Dónde estoy?*

*—En mi casa —contestó el hombre que se encontraba sentado a mi lado. Iba muy bien vestido. Tenía cabellera larga y oscura como el ébano, y esbozaba una sonrisa amable.*

*En ese momento pensé que era un sujeto extraño, pero ignoraba a qué se debía su extrañeza. Quizás mi conmoción había afectado mis sentidos, que lo percibían como un ser sobrenatural por su extrema palidez y su mirada penetrante.*

*—Llámame Sebastian —dijo.*

*—Yo soy... —quise presentarme.*

*—Dorian Ruthven —replicó, antes de dejarme terminar—. Lo sé.*

*Aún me hallaba débil, así que me mantuve en silencio, preguntándome cómo ese hombre me conocía. Tal vez nos habíamos cruzado en alguna de mis noches de diversión. Mucha gente sabía mi nombre en aquella ciudad. Yo, sin embargo, no reconocía a nadie. Los rostros con los que me encontraba diariamente nada me decían; eran rostros sin nombre para mí.*

*El dueño de casa se levantó de su asiento, y yo amagué hacer lo mismo.*

*—Por favor, quédate y descansa —dijo abriendo la puerta—. Volveré pronto con algo de comida para ti.*

*—Gracias —contesté, sin saber qué más decir ante la inesperada hospitalidad de ese sujeto. ¿Qué querría? Posiblemente, mi dinero. Aunque*

*el cuarto en el que estaba era lujoso y de buen gusto. No parecía tener problemas económicos. ¿Qué pretendería? Las personas no ayudaban a otras porque sí, a menos que buscasen algún tipo de beneficio. Así solía actuar yo. ¿Acaso podría existir otro motivo?*

*Una señora de avanzada edad entró en el cuarto con una bandeja llena de frutas y una jarra con agua, y dejó todo en la mesita que había al costado de la cama.*

*—El señor Sebastian le envía esto. ¿Desea que le traiga algo más?*

*—¿Tendría un poco de vino? —pregunté.*

*No me gustaba beber agua. Me parecía insulsa.*

*—Lo siento, pero no hay alcohol en esta casa. Podría prepararle un jugo de naranja, si lo desea.*

*—Sí, gracias. Un jugo estará bien.*

*¿Qué clase de hombre era ese tal Sebastian, que no tenía vino, ni siquiera para sus invitados?*

*Intenté salir de la cama, pero carecía de fuerzas. Enseguida me quedé dormido sin probar la fruta o la bebida. Mi cuerpo se estaba vengando de tanto maltrato. Lo único que parecía querer era lo único que allí no había. Y no podía levantarme para buscarlo. Solo tenía a mi alcance manzanas y peras, y un enorme jarro de agua. Ni alcohol, ni cigarros, ni mujeres hermosas.*

*Sentí que iba a enloquecer.*

*—¿Cómo te encuentras? —quiso saber mi anfitrión, luego de un par de días en los cuales solo me dediqué a dormir—. No has tocado la comida.*

*Parecía preocupado por mi estado de salud.*

*—No tengo hambre —dije en medio de un feroz ataque de tos que no me dejó continuar hablando.*

*—Aunque sea deberías tomar agua. —Sirvió un poco en una copa de cristal y me la ofreció.*

*Bebí unos tragos para no parecer desagradecido, pero pronto la devolví. Mi estómago no quería recibir nada.*

*—Lo siento. Creo que soy un mal invitado —bromeé.*

*—Traeré al médico.*

*—Espera. ¿Por qué haces esto? —quise saber, todavía sin entender sus motivos—. ¿Por qué me ayudas, si ni siquiera me conoces?*

*—Porque toda vida es preciosa. Inclusive la tuya, Dorian —contestó, dejándome anonadado.*

*En los últimos dos días, él me había cuidado más que yo a mí mismo en veintitrés años.*

*—Lo lamento, no hay mucho que pueda hacerse —fue la sentencia del doctor, después de examinarme—. Yo diría que, a lo sumo, le queda un mes; tal vez dos. Su hígado está destruido a causa de tanto alcohol.*

*—No —gemí, desde la cama.*

*¿Un mes? ¿Dos como mucho? Era muy poco tiempo. Había tanto que quería hacer, tantas cosas que no había hecho. Terminar de escribir la melodía de piano que había comenzado hacía seis años, por ejemplo, y que había dejado olvidada.*

*—Muchas gracias, doctor. —Sebastian lo despidió y regresó conmigo.*

*—Quizás deberías enviarme a casa —susurré—. Ya escuchaste al médico. Moriré.*

*—Dorian. —Mi nuevo amigo se puso serio de repente—. ¿Y si te dijera que puedo curarte?*

*—¿Qué?*

*—Puedo salvarte de la muerte.*

*—¿Cómo? —inquirí, escéptico.*

*Él empezó a caminar de un lado al otro, pensativo.*

*Yo ignoraba lo que tenía en mente. Supongo que nadie lo hubiera adivinado.*

—Antes deberás prometerme que no hablarás de esto con ninguna persona.

Asentí.

Sebastian sacó algo de un cajón, y se aproximó a la cama. Traía consigo un abrecartas con el que comenzó a jugar.

Se hizo un tajo en la muñeca.

—¿Qué hiciste? —Me asusté.

—Tranquilo.

—Pero estás sangrando.

Sonrió y levantó la mano, ofreciéndomela.

—Bebe —me indicó—. Bebe mi sangre y te recuperarás.

—¿Qué clase de broma es esta? ¿Acaso estás loco? —Me alteré—. ¿Que tome tu sangre, dices? ¿Qué clase de persona enferma eres?

—No soy una persona, Dorian Ruthven. Soy un vampiro —respondió con toda su calma—. Y te ofrezco mi sangre. No te preocupes. No te convertirá en alguien como yo, a menos que mueras. Solo te sanará y te dará nuevas fuerzas. No te estoy pidiendo nada a cambio, más que tu amistad sincera. Si quieres, puedes pensarlo. No voy a obligarte a nada. Pero recuerda que tienes un mes. Después de eso, tu tiempo se habrá acabado.

Se alejó lentamente.

—¿A donde vas?— pregunté alarmado.

La idea daba vueltas en mi cabeza.

—No te inquietes. No te dejaré solo, sea lo que sea que decidas. Ahora descansa. Vendré más tarde. Sé que te cuesta creer que haya gente con buenas intenciones en este mundo echado a perder. Espero que te des cuenta de que lo único que pretendo es ayudarte. Pero para eso, debes querer ser ayudado. De lo contrario, de nada servirá lo que yo haga.

# Sangre

*—Acepto tu ofrecimiento —dije.*

*Lo había meditado lo suficiente para saber que era mi mejor opción. La única que tenía para seguir viviendo.*

*Sebastian no pareció alegrarse por mi decisión, pero me dio su sangre sin vacilar.*

*Al principio su sabor me pareció amargo; pero luego se me hizo deliciosa. Pronto, se volvió una adicción que no pude dejar. Desde ese día, el vampiro se convirtió en mi mejor amigo. Mi compañero. Mi mundo. Al tomar yo su sangre, se creó un lazo entre los dos imposible de romper: una conexión que hubiera sido perfecta si él hubiera accedido a beber de mí. Sin embargo, siempre se negaba a hacerlo.*

*Aquellos días fueron los más felices de mi vida. Pero una de las características de la felicidad es su fugacidad. Ninguno de los dos sospechaba que nuestra relación acabaría tan rápido como había empezado.*

*Había un mal rondando la cercanía: los cazadores.*

*No eran hombres normales con escopetas y perros. Ellos no tenían nada de humanos. Perteneían a una raza híbrida, denominada «dhampyr», cuyo principal objetivo era matar, destruir a los vampiros que pisaran la tierra.*

*Yo aún era humano en ese entonces, pero igualmente les temía. ¿Cómo no tener miedo a criaturas semejantes? Se desplazaban en grupos durante la noche, como manada de lobos hambrientos en busca de una presa, sedientos de sangre. Y si alguien osaba cruzarse en su camino, lo eliminaban sin importar lo que fuera. En ocasiones eran acompañados por bestias que parecían salidas del mismísimo infierno: licántropos, sus aliados en aquella feroz matanza.*

*Mi amigo era un vampiro, pero también era el ser más puro y noble que hubiera tenido el placer de conocer. Fue perseguido injustamente debido a*

*su naturaleza, y sentenciado por aquellos que se autodefinían como «justicieros». Lo que ellos no comprendían era que el mal no era algo inherente a los vampiros, sino que habita en todos los seres. El bien, en cambio, es una extraña cualidad ausente en la mayoría de nosotros. Todavía continuo buscándolo. De más está decir que no tuve éxito.*

*No todos los vampiros son iguales. Existen diferentes clases, cada una con características especiales. Sebastian pertenecía a los llamados «Sangre Azul»: los primeros vampiros y los más poderosos. A diferencia de los «impuros», los Sangre Azul son seres vivos y pueden reproducirse, envejecer y morir. Se exponen a la luz del sol sin problema y no necesitan beber mucha sangre, aunque en grandes cantidades incrementa sus poderes y retrasa su envejecimiento de manera considerable. Su ciclo de vida es altamente superior al de los seres humanos, pueden durar miles de años. Los «dhampyr» descienden de esta clase de vampiros. Esos híbridos heredan gran parte de las habilidades de los Sangre Azul, pero se asemejan más a los humanos. En casi todos los aspectos.*

*Hay otra clase de vampiro: el «impuro». Este vampiro es el más peligroso, puesto que necesita sangre para que su cuerpo funcione. A diferencia de los primeros, los impuros no pueden reproducirse porque su organismo está muerto. Se trata de seres humanos que han bebido la sangre de un vampiro y fallecieron antes de que esta saliera de su sistema, quedando así detenidos en el tiempo.*

*Esta clase de criatura siempre se verá igual. Nunca envejecerá y nunca morirá. Podría decirse que es inmortal. Sin embargo, su piel es extremadamente sensible a los rayos solares. Se vuelve cenizas si la luz del sol llega a tocarlo.*

*Yo pertenezco a esta clase de vampiros.*

## Deseo

*Siempre estuve fascinado con Sebastian, y dedicaba mis horas libres a estudiar el fenómeno del vampirismo. Me había vuelto adicto a su sangre, porque gracias a ella me sentía como un hombre nuevo. Mi salud había mejorado y ya no tenía la necesidad de intoxicarme. Mi vitalidad había aumentado. Hasta mis sentidos se vieron incrementados. Nada más me interesaba que ese vampiro, nada más quería yo que permanecer con él.*

*—Hazme como tú —le pedí una noche, al calor de la lumbre de la chimenea del salón.*

*—No —fue su respuesta, tajante y rotunda.*

*—¿Por qué? ¿No soy buen compañero para ti? —Me exalté.*

*—Eres el mejor compañero que he tenido —dijo—. Pero no deseo condenarte.*

*Yo bebía su sangre con frecuencia para mantener mi salud (o mi adicción a ella), no obstante, él jamás había probado la mía. Ese rechazo me provocaba una profunda tristeza.*

*—Quiero que te alimentes de mí —insistí, abriendo mi camisa y exponiendo mi vulnerable cuello ante él—. Por favor, muérdeme.*

*Sebastian me ignoró y continuó con la lectura de su poesía alemana.*

*No sospechábamos que esa sería nuestra última noche juntos. De haberlo sabido, tal vez él hubiera cedido ante mi petición. Posiblemente hubiéramos tenido la suerte de correr con el mismo destino.*

## Comunión

*Tuve la desdicha de conocer lo que se sentía ser perseguido por los cazadores cuando aún caminaba sobre esta tierra como hombre, antes de haberme convertido en lo que soy; cuando todavía podía disfrutar de una buena cena; cuando la sed no era más que la falta de agua; cuando la gente*



*era solo eso: gente; cuando estar a la luz del sol era un placer, no una tortura. En fin, cuando estaba vivo.*

*Todavía recuerdo con claridad cada detalle de aquel último día, de la última hora, del último instante.*

*El lazo que me unía a Sebastian era tan estrecho que incluso teníamos los mismos pensamientos. No hacían falta palabras entre nosotros. Una mirada lo decía todo. Al beber su sangre me había vuelto uno con él. Percibía su alegría, su dolor, sus frustraciones, como si fuesen propias. Mi alma le perteneció desde el día que me salvó de la muerte, y así fue hasta que su cuerpo se volvió cenizas frente a mis ojos.*

*Ese era su poder: comunión. Un poder que sería transferido a uno de sus descendientes dhampyr.*

## Vida

*—Dorian, debes irte. Estarán aquí pronto —me advirtió.*

*Al ver la expresión en su rostro, sentí un pinchazo en el corazón.*

*—Me quedaré contigo.*

*—Si te encuentran aquí, te matarán también.*

*—Podemos escapar —exclamé, sin tener consciencia de sus palabras.*

*—No, Dorian. Tienen guardianes rastreándonos. Es imposible escapar de ellos. Por favor, vete. Salva tu vida —me rogó, viéndolos acercarse a través de la ventana.*

*—¿Qué salve mi vida, dices? Mi vida eres tú, Sebastian.*

*—Desearía no haberte dado sangre —se lamentó—. Pero lo hecho, hecho está. Ahora, debes procurar permanecer a salvo; pues si te matan, un nuevo infierno te esperará y yo no estaré ahí para socorrerte una vez que abras los ojos. Estarás solo. La soledad eterna es un castigo peor que la muerte. En*

*especial lo sería para un corazón sensible como el tuyo. Yo he nacido así. Pero tú aún tienes la oportunidad de tener una vida normal. Encuentra una buena mujer, forma una familia y, sobre todo, ¡vive, Dorian! Vive la vida que yo no pude. No dejes que te la arrebaten.*

*Me negaba a comprender. Lo que decía no tenía sentido para mí. La vida misma no tenía sentido sin alguien a quien amar. Si él se iba, yo quería partir con él. Así de simple.*

*—¿No podríamos razonar con ellos? Eres un vampiro, pero no eres un asesino. Quizás si les decimos, te dejen ir.*

*Él rio con amargura.*

*—¿Acaso crees que alguien se salvaría si le implora a la muerte una vez que ha decidido llevárselo?*

*—¡No es justo! —Me enfadé tanto que le di un golpe a la copa que había sobre la mesa y la rompí; me corté la mano—. No mereces morir.*

*—Ni tú. Intentaré alejarlos. Están afuera —anunció, saliendo de la habitación e ignorando mi sangre como siempre—. Por favor, no me sigas.*

*Con rapidez me asomé a la ventana y me encontré cara a cara con una de esas bestias, que olfateaba presa de la avidez y rascaba para entrar. Era más grande que un lobo normal. De color negro y con dientes grandes como navajas. Se trataba de un guardián de la noche o, como yo prefería llamarlos, una «bestia del infierno».*

*Desapareció de pronto, dejando mi corazón a merced del pavor. Luego oí un chillido tan desgarrador que comencé a temblar. No quería mirar. Pero tuve que hacerlo.*

*Allí estaba Sebastian, de rodillas e inclinado sobre la bestia, cuyos ojos muertos parecían mirarme. «La mayoría de los vampiros odia el olor de los guardianes», me había dicho en una ocasión. «Yo no». Al verlo beber la sangre del animal, entendí lo que había querido decirme: Sebastian se alimentaba de licántropos.*

*Sentí náuseas.*

*—De eso se trata ser un vampiro —me explicó una voz grave y áspera.*

*Un hombre se me acercó. Era de piel oscura y facciones angulosas. Su sonrisa era sobrecogedora. Llevaba unas dagas pequeñas en sus manos, tan finas que parecían inofensivas. Aunque yo sabía que no lo eran.*

*—¿Quién es usted?*

*El miedo se apoderó de mí. No necesitaba escuchar su nombre. Sabía perfectamente qué era.*

*Un cazador.*

*Un asesino.*

*Un dhampyr.*

*—Mi nombre es Tonny Cross, chico —se presentó.*

## Muerte

*El cazador no estaba solo. Había dos más con él. Entraron arrastrando a Sebastian con ellos. Todos vestían de negro y tenían esas escalofriantes sonrisas en sus rostros.*

*—Conque aquí te habías metido, ¿eh, vampiro? —dijo Tonny—. Nos costó trabajo encontrarte. No te nos escaparás esta vez.*

*—¡Déjenlo en paz! —grité con todas mis fuerzas.*

*Me percaté de su tristeza, de su desesperación por no poder hacer nada ante esos aterradores seres que el inframundo había enviado tras nosotros.*

*—Él no es un vampiro —musitó Sebastian—. Por favor, déjenlo ir.*

*—Como si eso nos importara —rio la más pequeña, una mujer rubia—. Mátalo ya, Tonny. Yo me encargaré del muchacho. —Desenvainó su espada y caminó hacia mí.*

*No podía moverme. Estaba paralizado. Me sentí un cobarde, un completo*

*inútil. Las lágrimas no servían de nada, e igualmente se escurrían por mi rostro al ser testigo de cómo el cazador se aproximó a mi amigo y, con sus dagas, hirió su cuerpo sin piedad. ¿Por qué Dios permitía que sufriera de una manera tan terrible? ¿Dónde estaba, con su infinita misericordia?*

*El cuerpo de Sebastian estaba surcado por profundos cortes que no paraban de sangrar; que nunca sanarían. Las palmas de sus delicadas manos, en carne viva. Su hermoso rostro, desfigurado horriblemente; y sus colmillos, el orgullo de cualquier vampiro, arrancados y pisoteados por esos salvajes que no paraban de reír.*

*Y, sin embargo, Sebastian aún vivía.*

*Y yo nada podía hacer más que mirar.*

*Imploré piedad, mi último recurso desesperado.*

*—No hay piedad para los vampiros o sus mascotas—respondió el hombre que, hasta ese entonces, no había hablado. Un joven de ojos tan claros como los de mi Sebastian, pero de una frialdad casi inhumana—. Hazlo, Irene —ordenó—. Mátalo y acabemos con esto de una vez por todas.*

*—Así sea —dijo la mujer, clavándome la hoja de su espada en el pecho.*

*Así fue como morí.*

*Nada más supe de Sebastian o de esos cazadores. Nada más supe, excepto que mi consciencia permanecía intacta al igual que mis recuerdos.*

*Ignoro cuánto tiempo permanecí bajo tierra. Tal vez fueron horas. Quizá, días, semanas o meses. Lo único que sé es que el dolor pareció durar una eternidad. Me enviaron a la tumba como a cualquier hombre, ignorando que habían sellado mi destino al haberme ejecutado.*

*Yo renacería como alguien diferente.*

## Vampirismo

*Después de haber despertado, no tenía idea de lo que significaba ser un vampiro. Para mí no era más que una existencia vacía y carente de sentido. No estaba vivo, tampoco muerto. Sentía que Dios me estaba castigando por todos mis pecados.*

*Cincuenta años pasaron antes de que dejara de lamentarme. Ese tiempo lo pasé encerrado por propia voluntad, debido a la sed y a mis ansias incontrolables de matar.*

*Un tiempo después, cuando logré controlar mi avidez, decidí ir a vivir al bosque, lejos de los la civilización. Fue entonces que se cruzó en mi camino un grupo de viajantes. Se trataba de una familia de gitanos. No se mostraron amistosos; ni siquiera se atrevían a mirarme. Parecían incómodos ante mi presencia, como si hubieran adivinado la clase de monstruo que era.*

*Al principio no lo había percibido. Pero a medida que se alejaban, comencé a sentirme atraído por una de sus carretas. Ignoraba lo que contenía porque se hallaba cerrada con candados, sin embargo, ejercía sobre mí una poderosa influencia. Me daba la sensación de que algo en su interior me llamaba tan fuerte que fui incapaz de resistir el impulso de acercarme.*

*Tenía que ver lo que había dentro de ese carro.*

*Me alimenté con uno de sus perros esa noche y, cuando todos estaban dormidos, aproveché la oportunidad para aproximarme a la fuente de mi curiosidad. Arranqué los candados y abrí la puerta de madera reforzada, sin imaginar lo que encontraría del otro lado.*

*Lo que vi me sorprendió.*

*Allí, atada de pies y manos con gruesas cuerdas, se hallaba una niña de cabello negro y tez casi translúcida. Sus brillantes ojos rojos produjeron en mí un temor y una admiración imposibles de comprender. Debía de tener seis o siete años, pero no fui capaz de resistirme a su poder. Este sobrepasaba al mío, al igual que su sed de sangre.*

*Por segunda vez me encontraba con un Sangre Azul.*

*No tardé en darme cuenta de que la bella Mara en nada se asemejaba a*

*mi creador. Ella asesinó a cada hombre, mujer y niño de ese campamento y, al no haber saciado su necesidad de sangre, mató también a los caballos. Solo yo quedé en pie, rodeado por llamas que comenzaron a brotar de ese pequeño y cruel demonio, cuya sed no cesaba jamás.*

*Junto a Mara aprendí el verdadero significado de la palabra «vampiro».*

*Después de tantas décadas, logré ver el potencial que Sebastian siempre había mantenido oculto y descubrí la belleza de la devastación. Dondequiera que fuéramos dejábamos un sendero de muerte a nuestro paso.*

*Sin darme cuenta, me había convertido en aquello que mi viejo amigo más temía volverse. Ya no mataba para alimentarme, sino para crear caos. Encontraba perfección allí donde otros solo veían destrucción. Llegué a considerarme a mí mismo un artista de la muerte. La sangre me obsesionaba, me torturaba, me había vuelto su esclavo. Cada ser vivo que se topaba conmigo, tenía que morir. Si Sebastian me hubiese visto, me habría repudiado. Porque él veneraba la vida. Yo, en cambio, reverenciaba la muerte y a ella dedicaba cada uno de mis esfuerzos.*

*Pasaron dos siglos antes de que mi existencia cambiase de nuevo. Y fue mi llegada a esta ciudad la que originó mi decadencia con una nueva obsesión. Ha estado creciendo desde entonces y ramificándose como una enredadera, cubriendo lentamente mi consciencia vampírica y diseminándose como un virus latente que despierta y te destruye sin que puedas hacer nada para remediarlo.*

*Ya había estado antes aquí.*

*En aquel entonces, Mara y yo habíamos encontrado una casa situada en medio del bosque. Ella había asesinado a sus dueños y se había alimentado de ellos. Yo no salía de mi horror al darme cuenta de que su sed se hallaba fuera de control. Ella incluso asesinaba a los de su misma especie.*

*En esa ocasión, evité que tomara la vida de un pequeño niño que se había ocultado en un cuarto secreto. La distraje y me la llevé. Ya me estaba cansando de tanta muerte sin sentido. ¿No le bastaba con haber tomado la*

*vida de los padres de ese pobre chico?*

*No pudimos permanecer demasiado tiempo lejos de esa ciudad que nos atraía tanto.*

*Nueve años más tarde, regresamos.*

*Entonces lo conocí.*

## Obsesión

*—Dhampyr —masculló con gran satisfacción mi compañera—. El clan de los cazadores anda cerca. Quiero matar uno, Dorian. Quiero saborearlo. Quiero su poder.*

*Hacía mucho tiempo que no oía esa palabra: «dhampyr».*

*Me llené de odio al recordar a los que le habían puesto fin a mi vida y a mi felicidad. Los aborrecía más que a nada en el mundo. Incluso, más que a mí mismo. El único nombre que recordaba era el de Tonny Cross. Me prometí a mí mismo que acabaría con esa estirpe de asesinos con mis propias manos.*

*Decidimos atraer a los dhampyr, creando una masacre en el baile de fin de curso de la escuela Greymore. Ansiábamos eliminarlos. No hay ni habrá sangre más dulce.*

*Nos dirigimos al colegio y cerramos las puertas, dejando a los estudiantes desprevenidos dentro, igual que ganado en un matadero.*

*El pánico no tardó en cundir, y Mara se aseguró de empeorar la situación, generando un incendio con las flamas que salían descontroladamente de su cuerpo. Los Sangre Azul tienen la habilidad de controlar los elementos de la naturaleza si se hallan bien alimentados. Yo envidiaba su poder. Envidiaba su vida porque no era como yo. Ella había nacido así, siendo un vampiro. Yo, en cambio, había tenido que morir para*

*convertirme en uno. Éramos dos seres completamente diferentes, a pesar de que ante la mirada de los cazadores éramos la misma cosa: un objetivo al que había que destruir a toda costa.*

*Los cazadores no tardaron en aparecer. Hicieron escapar a los jóvenes que manteníamos encerrados y se agruparon para capturarnos. Mara se hizo cargo de dos de ellos. Los liquidó en un instante.*

*Yo me había fijado en una mujer que parecía no estar concentrada en nosotros. Lucía preocupada por los chicos que aún no habían salido del lugar, en especial por uno que trataba de ayudar a sus compañeros. Ella lo observaba con los ojos llenos de temor, y él le devolvía la mirada de tanto en tanto. Parecía que trataba de tranquilizarla.*

*El muchacho guió a varios de sus amigos por uno de los pasillos. Yo lo seguí.*

*No dejaría que huyeran. Los mataría antes de que llegasen a la salida.*

*Oía sus corazones acelerados y sus respiraciones agitadas. Uno de ellos se encontraba herido, lo que los hacía avanzar con lentitud. También oía la voz de aquel muchacho, infundiéndoles coraje e instándolos a continuar. Recuerdo perfectamente los latidos de su corazón. Eran muy diferentes a los del resto.*

*Llegué a la puerta antes que ellos, y ahí los esperé. Eran cuatro: dos muchachos (uno con la pierna quemada) y dos muchachas. De inmediato, mi intuición me condujo directo al joven que los había estado guiando. Él se encontraba parado delante de sus amigos, con actitud serena y protectora, y una expresión desafiante. Su rostro se me hizo horriblemente familiar. Tanto que creí estar soñando, a pesar de que, desde mi muerte, había dejado de tener sueños.*

*—Sácalos de aquí. Yo me encargaré de él —gritó la cazadora, que había estado pendiente del muchacho todo el tiempo.*

*—Sí.*

*—No dejaré que toques a mi hijo —dijo entonces ella, sacando un disco metálico de su cinturón.*



*Un chakram.*

*Tenía la intención de cortarme la cabeza con esa cosa.*

*Por desgracia para ella, Mara llegó antes de que me lo lanzara. La tomó por la espalda y le destrozó el cuello de una mordida.*

*—Ahora, vamos por el muchacho. —Se relamió con malignidad, la pequeña sanguinaria.*

*Ella sola había acabado con todos los cazadores. Mientras más asesinaba, más crecía su sed. Mientras que yo había matado solo a tres, ella había eliminado a más de veinte. Y aún quería más. Deseaba a ese muchacho dhampyr que había escapado; ese muchacho que me estremeció el alma con sus ojos del color del cielo.*

*—¿Qué ocurre? —preguntó, al notar que algo no andaba bien conmigo.*

*—No es nada —mentí.*

*¿Cómo decírselo? Esa niña jamás entendería. Carecía de sentimientos.*

*—Anda, dime —insistió—. ¿Por qué esa cara? ¿No te estás divirtiendo? Yo sí, me estoy divirtiendo mucho.*

*Guardé silencio.*

*Mara se me acercó y yo actué sin pensar.*

*Me abalancé sobre ella y la mordí.*

*El fuego nos envolvió a los dos y devoró mi carne, pero no la solté hasta que le quité la última gota de sangre. Sentí, entonces, su fuerza recorriendo mis venas y su poder, extraído de tantas almas devoradas por ella.*

*Cuando las llamas se extinguieron, no quedó de la niña más que un puñado de cenizas.*

*—Eso sí fue divertido, Mara.*

*Si alguien me preguntase por qué lo hice, la respuesta sería «no lo sé».*

*Lo único que supe en ese momento fue que los recuerdos dolorosos de mi pasado habían sido traídos de vuelta por ese chico, cuyo rostro lucía idéntico al de Sebastian, el único dueño de mi corazón.*

*En ese instante me hice una promesa: no importaba cuánto me costara, ni*

*cuánto tiempo me tomase. Algún día, Joel Dorcas sería mío.*

Dorian Ruthven

FIN DEL LIBRO I

Dhampyr  
II: Legado de sangre

## Introducción

¡Tú!

La brisa sacudió su corto cabello rojo.

—Linda noche para correr —se dijo, poniéndose los auriculares y dirigiéndose al parque. Subió el volumen de la música y comenzó a ejercitarse, mientras el resto del campus dormía. Las doce de la noche era el horario perfecto porque no había nadie dando vueltas por ahí. Era cuando más despierta se encontraba.

Su novio Andy no lograba entenderla. Tampoco su amiga Marissa. Quizás, en alguna parte, hubiera alguien que sí lo hiciera; quizás, esa persona no estuviera tan lejos como ella pensaba.

Hacía dos años que había ingresado a la universidad; dos años desde que había conocido a su novio. Y todavía se sentía como una extraña entre ellos. Había algo que no terminaba de encajar en su vida. ¿Sería que debía estar en otra parte?

Algo se movió entre las sombras.

Apagó la música y se detuvo a prestar atención. Se agazapó y aguzó el oído. Si se concentraba, era capaz de percibir una respiración entrecortada o un corazón agitado en la lejanía. Sus sentidos se habían desarrollado de un modo extraordinario durante los últimos tres años. Le hubiera gustado tener a alguien con quien compartir sus progresos; sin embargo, no lo había. Su

abuela se encontraba enferma y apenas la reconocía, y su abuelo, el padre de su padre, era un viejo traicionero y vil con cara de gárgola con el que apenas podía cruzar dos palabras.

Estaba sola. Las únicas personas con las que hubiera podido contar ya no se hallaban con ella. Y no quería recordarlos porque inmediatamente le surgían ganas de llorar. Y llorar era para los débiles. Si quería fortalecerse, tenía que olvidarse de su pasado y de todas las personas que habían significado algo para ella. En especial, de esa persona cuyo rostro veía cada noche en sus pesadillas.

El farol más cercano titiló, emitió un chispazo y se apagó.

—Adiós a mi momento de esparcimiento —se quejó.

Contempló los alrededores lista para correr o atacar, dependiendo de la clase de peligro con el que se encontrara. Podía con uno, quizás dos. Pero no más. Aún no era lo suficientemente diestra. No como su hermano, quien hubiera podido acabar con diez sin perder el aliento.

Algún día sería como él.

—¡Sal de tu escondite, quienquiera que seas! —masculló—. ¡No te tengo miedo! Así que, si intentas asustarme, te advierto que vas mal. Muy mal.

Apretó los puños y respiró con fuerza.

Era una suerte que Andy no estuviera con ella. No lo imaginaba en una situación semejante. Detestaba la noche, la soledad y, por encima de todo, las peleas. Él jamás de los jamases haría una locura como esa. Era demasiado precavido. Lo más osado que había hecho en su vida había sido ver *IT* encontrándose solo. Y había pasado una semana entera sin dormir. A veces parecía un niño.

Un hombre salió a su encuentro. Había estado ocultándose detrás de un árbol. Sus ojos emitían un fulgor rojizo y su piel tenía un anormal tono pálido. No era para nada guapo.

Ella hizo un mohín. ¿Por qué siempre le tocaba pelear con hombres feos?

—¡Cuidado! —exclamó alguien, tirándola al piso con un fuerte empujón.

Enseguida le hizo frente al tipo que la había estado siguiendo.

La muchacha no vio su rostro. Llevaba puesto un casco negro de motociclista.

¿Quién se creía que era para empujarla así?

—¡Ey! ¿Qué haces? —preguntó, poniéndose de pie y sacudiéndose el pasto de la ropa.

—Sal de aquí —dijo él, con brusquedad, colocándose delante de ella para protegerla—. Esto se va a poner feo.

Por debajo del casco asomaba su cabello oscuro y desprolijo, largo hasta los hombros. Lo único bueno que parecía tener era esa fabulosa y entallada chaqueta de cuero marrón. Por lo demás, parecía rudo y descortés. Y seguro que también era feo. Horrible.

—No iré a ninguna parte. —Era él quien no sabía en qué se estaba metiendo. Tenía que hacer que se largara.

El tipo de la chaqueta emitió un gruñido.

—¡Vete! —le gritó, deteniendo por los hombros al de los ojos rojos, que quería lanzarse sobre ella con una furia asesina.

—Es un vampiro —comunicó al motociclista, que se empeñaba en hacerse el héroe.

—Lo sé.

Obviamente, estaba drogado. No había otra explicación para su comportamiento. ¿Acaso se creía Van Helsing?

—¿Qué crees que haces? Va a matarte. —La muchacha no podía irse y dejarlo solo con el vampiro, como él quería. Era ella quien tenía que deshacerse de la criatura.

Con un veloz movimiento, el joven del casco le dio una patada al vampiro y lo lanzó a un par de metros, contra un banco de madera que se rompió debido al impacto.

El muchacho se volteó hacia ella.

—Te equivocas, linda.

La joven se quedó paralizada. Ningún humano ordinario hubiese podido hacer eso.

La criatura se incorporó con rapidez y corrió hacia ellos, mostrando los colmillos. Se trataba de un impuro; un monstruo con sed de sangre.

El joven sacó una pistola de su cinturón y apuntó al vampiro con tranquilidad.

Antes de que se acercase, le disparó a la criatura en medio de los ojos y esta explotó en una nube de ceniza que se desvaneció antes de llegar al piso.

—Me preguntaste qué hacía. —El extraño guardó el arma. Se encontraba de espaldas—. La respuesta es matar al maldito antes de que te ponga una mano encima.

Su voz le produjo a la muchacha un escalofrío.

El joven, entonces, se volteó y se quitó el casco. Sus ojos color verdemar centellearon y a ella se le estrujó el corazón. Era él.

—¡Tú!

—Yo.

Grimm se le acercó. ¿Cuántas veces se había quedado dormida con los ojos hinchados de tanto llorar? ¿Cuántas veces en la soledad de su cuarto había imaginado a Ruthven asesinandolo? ¿Por cuánto tiempo se había quedado esperándolo, imaginando lo peor? Se había convencido de que no había aparecido porque estaba muerto. Pero no había sido así. Estaba vivo. Frente a ella.

—Ha pasado tiempo —susurró el joven.

—Tres años.

«Tres años tratando de olvidarte», pensó.

—No hubo un solo día en el que no pensara en ti. —El joven la estrechó con fuerza entre sus brazos—. Finalmente te encuentro, Natasha.

Si te ha gustado

*El clan de los cazadores*

*Dhampyr 1*

te recomendamos comenzar a leer

*Mientras te miraba*

de Isabella Marín

Selección RNR



*Mientras  
te miraba*

ISABELLA MARÍN



Comedia romántica



# Capítulo 1

Damon Wilde era un *hacker*. No un *hacker* cualquiera, como aquellos que se colaban en los correos electrónicos de los demás y leían las patéticas cartas que estos pretendían enviar a sus ex parejas (aunque nunca se atrevían a hacerlo y acababan borrándolas en el último instante). No, Damon Wilde era la clase de *hacker* que accedía a los ordenadores del Pentágono, de la CIA y de la Casa Blanca, y burlaba el sistema solo por maliciosa diversión.

Por supuesto, nadie habría adivinado aquello al ver al exitoso empresario bajarse de su deportivo negro marca Porsche. Wilde, con las gafas de sol colocadas encima de su recta y aristocrática nariz, se detuvo durante unos segundos delante de la impresionante torre de cristal oscuro, en cuya entrada se podía leer en letras color plata Wilde Industries. Estaba manteniendo una breve conversación telefónica con un importante jeque de las arenas, que tenía gran interés en cerrar un trato con las empresas Wilde. La conversación fue, verdaderamente, muy breve. Damon era hombre de pocas palabras. Y bastante ácidas, además.

—Puedes coger tus ciento cuarenta millones y metértelos por tu desértico culo —bramó antes de colgar, hecho que dejó al ilustre déspota boquiabierto al otro lado del teléfono.

El *Soltero de Oro*, según lo apodaba la prensa sensacionalista, vestía un traje gris plomo creado por el maestro italiano William Fioravanti, por el cual había tenido que pagar la friolera de veintidós mil dólares. Pero ¿qué importancia tenía eso cuando era el dueño de medio Manhattan? El imperio que Wilde había creado de la nada se extendía por toda la Quinta Avenida y contaba con joyerías, boutiques de lujo, agencias inmobiliarias, clubs nocturnos y restaurantes, aparte de la corporación Wilde Industries. Esta última se dedicaba, exclusivamente, a fabricar dispositivos tecnológicos

(también conocidos como armas de destrucción masiva), que el gobierno usaba, supuestamente, en su lucha contra el terrorismo.

Damon había perdido a sus padres cuando solo tenía cinco años. Un grupo terrorista había tomado, a base de pistolas y metralletas, un pequeño centro comercial de Boston. Mataron a todo el mundo sin la más mínima compasión. El pequeño Damon fue el único superviviente de la masacre. Nadie se explicaba cómo. Quizá porque estuvo escondido en alguna parte.

Cuando lo encontraron los agentes del FBI, estaba lleno de sangre y abrazado al cadáver de su madre. Tras envolverlo en una manta, lo llevaron a una ambulancia para que fuera examinado tanto por los médicos, como por los psicólogos del equipo de intervención. Damon no parecía tener ni un rasguño. Sus traumas no eran visibles. Lo único que pudieron notar los sanitarios fue que el niño no lloraba, ni parecía asustado, sino todo lo contrario. Apretaba los dientes y no dejaba de repetir una y otra vez «los aplastaré, los aplastaré, los aplastaré».

Damon nunca más lloró. Ni una sola vez. Llorar era cosa de débiles. Él aplastaba cada vez que necesitaba expresar su tristeza.

A la edad de quince años creó su primera arma, un misil nuclear completa y absolutamente indetectable. Los rusos habían conseguido construir algo similar en la segunda mitad de los noventa, el mortífero misil de fibra de carbono que la OTAN conocía por el nombre de Sickel-B, pero la más preciada posesión del Kremlin solo era *difícil* de detectar, mientras que la tecnología del adolescente americano era indetectable. Nadie entendía por qué los satélites DSP<sup>1</sup> no conseguían ver el dispositivo, y Wilde se negaba a desvelar sus secretos.

A los dieciséis, abandonó el instituto y empezó a crear armas para el gobierno. A los diecinueve, la revista Forbes lo catalogó como el más influyente adolescente millonario. Ahora, tras haber cumplido los treinta y seis años, la fortuna amasada y el poder que poseía sobre las vidas de los demás elevaban al pequeño huérfano de Boston al rango de dios.

Y así era como se sentía mientras el ascensor panorámico lo transportaba a

la planta ochenta y siete de su edificio. Como si fuera Dios. En el fondo, se le parecía bastante. Al fin y al cabo, Damon Wilde también controlaba la vida y la muerte. Lo único que tenía que hacer era chasquear los dedos para llevarse por delante a todo aquel que él considerara indigno de seguir viviendo. A lo largo de su vida había aplastado cientos de células terroristas. Sin pensárselo dos veces. Cada vez que era necesario, apartaba sus trajes de alta costura, se enfundaba en el uniforme del ejército estadounidense y, sin tan siquiera pestañear, lanzaba sus aniquiladores misiles contra sus objetivos. Siempre sabía dónde había que apuntar y jamás vacilaba. Su rostro no registraba ninguna clase de emoción humana en esos momentos. No había pena ni compasión en su oscura mirada. Nunca tenía remordimientos ni experimentaba problemas de conciencia. Consideraba que estaba en su jodido derecho de aplastar a esas sucias cucarachas que, de haber seguido viviendo, en un futuro no muy lejano, habrían destrozado la vida de alguna familia inocente. Como habían destrozado a la suya.

Cuando el ascensor se detuvo en la última planta de la torre, donde se hallaba su santuario, el despacho desde donde creaba sus destructores juguetitos, Damon Wilde miró a través de los cristales cómo el mundo se abría delante de sus ojos. Era suyo. Todo cuanto le rodeaba era suyo. Sonrió con felina satisfacción antes de bajar. Tener un imperio lo era todo para él. Tal vez porque no tenía nada más a lo que agarrarse. Solo tenía un imperio y una misión.

Misery, su secretaria, se lanzó al ataque nada más verle. Wilde, por supuesto, no dejó de caminar. Nunca lo hacía, para desesperación de la pobre Misery, quien tenía que estar siempre corriendo a sus espaldas. Su media melena roja parecía un globo de fuego que viajaba a gran velocidad por los grises pasillos enmoquetados, persiguiendo al arrogante dios moreno. ¿Es que Wilde no sabía que las mujeres de sesenta años sufrían de artrosis? No, por lo visto, no tenía ni idea.

—A las nueve, reunión con el alcalde de Nueva York —dijo mientras levantaba la mirada de su agenda para no chocar con el mobiliario de oficina

—. A las diez y cuarto, desayuno con el gobernador de California. A las once, reunión con un productor de Warner Bros.

Wilde frenó en seco. Misery agradeció aquello. Con su metro cincuenta y cinco de estatura, y unos tacones de siete centímetros, era muy difícil seguirle el paso a ese gigante de metro noventa.

—¿Qué coño quiere la Warner? —quiso saber.

Misery miró ese ceño fruncido. Wilde era muy intimidante incluso sonriendo, pero frunciendo el ceño provocaba que a la pobre Misery le temblaran hasta las bragas. ¿Acaso se había equivocado ella al concederle una reunión a ese agradable jovencito de la Warner?

—Eh... hacer una película sobre usted.

—Negativo.

Wilde reanudó la marcha y Misery lo siguió de nuevo, resoplando a sus espaldas.

—Pero, señor...

—El mundo ya tiene a Stark y a Wayne. Yo no soy un superhéroe, ni hago el bien. Hacer el bien no es lo mío, Misery. Y ahora quiero que canceles todas mis reuniones y que nadie me moleste.

—Pero...

La mano en alto de su jefe hizo que la anciana Misery Blake cerrara sus arrugados labios, pintados de un rojo tan intenso como lo era aquella americana carísima que vestía y que el mismo Damon le había regalado para el día de la madre.

—¡Que *nadie* me moleste! —gruñó entre dientes, lo que quería decir que si *alguien* osaba hacerlo, las consecuencias serían apocalípticas.

La gruesa puerta del santuario de Damon se cerró en las narices de su secretaria. Esta entornó los ojos con exasperación, dio media vuelta y se dispuso a cumplir con las exigencias del señor, aunque se detuvo justo antes de empezar, solo para renegar entre dientes. Renegar despojaba a Misery del estrés que le causaba trabajar para el magnate de los misiles. De no haberlo

conocido desde que era un crío, lo habría mandado al demonio muchos años atrás. Pero le tenía demasiado cariño. Misery nunca se había casado y Damon era lo más cercano que tenía a un hijo. En el fondo, ella sabía que él, a pesar de sus rugidos, también la amaba como a una madre.

Al otro lado de la puerta, Damon corrió a su ordenador de trabajo y tecleó algo con rapidez. Un *hacker* amigo suyo le había dicho que la CIA, tras años de fracasada investigación, le había pasado el caso AngelusAngelus a una nueva agente, una tal Alice Montgomery. AngelusAngelus era un *hacker* que el gobierno había nombrado enemigo público número uno cinco años atrás. Nadie, ni siquiera su amigo el *hacker*, sabía que Angelus era él mismo.

A Wilde no le preocupaba la investigación, por supuesto. Como todo lo que él hacía, sus acciones delictivas eran indetectables. La prisa se debía a que *Moscas91* («¿¿Qué *hacker* en su sano juicio se haría llamar *Moscas91*??») había mencionado que la señorita Montgomery estaba como un tren. Damon era de la vieja escuela y consideraba que, para luchar contra un enemigo, antes había que conocerlo. Personalmente, si dicho enemigo estaba como un tren. Y él, desde luego, tenía mucho interés en conocer a la *madeimoselle*. Tanto, que se coló en su ordenador de trabajo y en el portátil de su casa en menos de cinco minutos.

Cuando estuvo dentro, y tras haber instalado un software que le permitía no solamente ver el interior de los ordenadores de la súper agente especial Alice Montgomery, sino encima acceder a todas sus *webcams* y espiarla, se reclinó en su silla de cuero negro, cuyo precio superaba cinco de los grandes.

—Angelus, eres un crack —se dijo a sí mismo, satisfecho.

—¡La puta madre que los parió a todos! —estalló Alice, lanzando una carpeta encima de su escritorio.

Damon no pudo reprimir una carcajada. La agente podía estar como un tren, pero sus modales dejaban mucho que desear.

Sin ser consciente de que había unos atentos ojos observándola con fascinante interés, Alice se pasó los dedos por la larga melena castaña, que

caía en ondas sobre su espalda. Se cogió la cabeza entre las palmas, apoyó la frente contra la mesa y expulsó el aire con irritación. Estaba extenuada. No había conciliado el sueño en toda la noche y los oscuros círculos que rodeaban su mirada desvelaban aquello.

Independientemente de su más que obvio cansancio, a Damon le pareció la criatura más hermosa que había visto en sus treinta y seis años de vida. No era en absoluto su tipo, él siempre salía con modelos despampanantes que solo comían zanahorias. La mesa de la agente estaba llena de envoltorios de Snickers. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Por Dios bendito! ¿Es que a esa mujer no le preocupaba la celulitis?

El corazón de Damon dio un vuelco cuando Alice levantó de pronto la cabeza y sus ojos color café se clavaron en los suyos.

—¿Quién demonios eres, Angelus? —musitó entre dientes.

Él contuvo el aliento. Era como si ella estuviese hablándole a él. Sabía que no era así, no podía verlo ni saber que él estaba espiándola, pero su modo de mirar hacia la *webcam*... la intensidad de esa mirada había dejado a Damon sin aire. Incapaz de quitarle ojo, entrelazó los dedos de sus manos y apoyó sus perfilados labios contra los dedos índice. No pudo evitar pensar que sus manos dibujaban la forma de una pistola, y esa idea le hizo sonreír. Luego se preguntó de qué calibre sería la pistola de la agente y si esta sabía disparar bien. «Es de la CIA, cabeza de chorrito. Claro que sabe disparar bien. Y como sigas mirándola, te meterá una bala en el culo».

Sin embargo, no consiguió dejar de observarla. Había algo en aquella mujer que lo hechizaba.

—¿Alice?

Damon dejó de mirarla como un imbécil y desvió los ojos hacia ese hombre rubio, alto y corpulento, que estaba apoyado contra la puerta de Alice, ataviado con uno de aquellos trajes negros tan típicos entre los agentes del gobierno. Era David Kirby, un jefazo de la CIA, a quien Damon había estado fastidiando durante años por pura maldad. Antes de que le asignaran su caso a Alice, había sido el agente Kirby el encargado de perseguirle

virtualmente.

Damon sonrió como un felino al recordar la frustración del agente cuando, después de años y años de investigación, se había dado cuenta de que no podía hacer más que besarle su precioso e indetectable trasero, puesto que Angelus era más listo que todos los agentes de la CIA juntos. A continuación, apagó la sonrisa. La agente Montgomery, ¡SU agente Montgomery!, («¿¿Su agente?? ¡¿Qué coño estaba diciendo?!») rodeó el cuello de Kirby y lo besó apasionadamente.

—¡No! —le gritó con la voz llena de horror—. ¡Suelta a ese gilipollas! ¡Oh, no, Alice, no uses la lengua! —dijo asqueado, tapándose los ojos con las palmas.

Les habría lanzado algo a la cabeza con mucho gusto. Un barreño de agua fría, a ser posible, para acabar con la evidente erección de Kirby. Por desgracia, los poderes de un *hacker* no llegaban a tanto, así que se limitó a apretar los dientes y los puños. Tomó nota mental de infectar los ordenadores de Kirby con algún mortífero virus esa misma noche. Uno de aquellos que enviaba videos porno a los contactos de Outlook parecía la mejor opción. Sonrió ante la imagen de un atónito presidente de los Estados Unidos abriendo un correo urgente del agente Kirby, que en vez de secretos de estado contenía un video de enanos asiáticos. Se preguntó distraído dónde podía encontrar un video de enanos asiáticos follando a alguien. Con un poquito de suerte, a alguna cabra. Tal vez así echaran de una puta vez a ese incompetente de Kirby, cuyos brazos estaban tocando... «¡Oh. Dios. Mío!»

—¡No le toques los pechos, so cabrón! —Cogió su cenicero y lo estrelló contra la chimenea, de pura mala hostia—. Está bien, capullo. ¿Quieres guerra?

Empezó a teclear frenéticamente. La cosa se había calentado tanto que, si no hacía algo rápido, los dos agentes echarían un polvo encima de la mesa. «Por el amor de Dios». Por mucho que a él le gustara la idea de ver desnuda a la apetitosa agente Montgomery, no estaba dispuesto a dejar que las sucias zarpas de Kirby la tocasen. Además, Kirby se acababa de sentar de espaldas a

la cámara y lo que menos le apetecía a Damon esa mañana ¡era ver su peludo culo!

—¡Agente David Bradley Kirby, suelta muy despacio los pechos de la agente Montgomery y gírate hacia mí!

Los dos agentes se sobresaltaron al escuchar esa voz distorsionada. Ambos sacaron las pistolas deprisa («Mucho mejor») y miraron a su alrededor, confusos. Damon puso los ojos en blanco, exasperado por la incompetencia de Kirby. Alice era demasiado delicada y demasiado fascinante como para catalogarla de poco competente.

—Aquí, so gilipollas —le gritó a Kirby—. En el ordenador.

Kirby apretó los dientes mientras bajaba la pistola.

—Angelus.

—¡Agente Capullo! —exclamó Damon a modo de saludo—. ¡Cuánto tiempo sin vernos! Casi echaba de menos tu mueca de vinagre.

Alice giró la cabeza hacia su compañero, bruscamente.

—¿Angelus? ¿MI Angelus?

La satisfacción se apoderó del delgado rostro de Damon. Le complacía enormemente cualquier adjetivo posesivo que saliese de los sensuales labios de la agente Montgomery y que guardara relación con su persona.

—Hola, princesa. —Intentó poner voz de seductor, pero salió algo parecido a la voz de Darth Vader.

Maldijo ese puto modulador de voz. Por algún motivo, quería que ella lo encontrara atractivo. Y como no podía verlo, debería encontrar atractiva su voz. Pero acababa de fracasar. ¡Olímpicamente!

—¡No me llames así! —exigió ella con voz autoritaria.

Guapa y mandona. A Damon le gustaba cada vez más.

—Eres muy hermosa. Y tan delicada que pareces una princesa. Te mereces algo mejor que... Shrek.

Alice tendría que haberse cabreado. El tío acababa de llamar ogro a su prometido. Sin embargo, sus carnosos labios se curvaron en una sonrisa que



fue incapaz de frenar a tiempo. Damon tampoco pudo evitar sonreír.

—Eso es, nena —musitó, mirándola absorto—. Sonríeme. Estás muy guapa cuando sonríes.

Se tapó la boca al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.  
«¡Mierda!»

—¡Mantente alejado de mi prometida! —ladró Kirby, apuntándolo con su dedo índice.

El atractivo rostro de Damon se nubló. «¿Prometida? Por poco tiempo».

—¿O qué vas a hacer, agente Capullo? —preguntó con la voz teñida de burla.

—Cuando te encuentre, te juro que no volverás a ver la luz del sol en tu puta vida —amenazó con contundencia.

La esquina derecha de la boca de Damon se alzó en una media sonrisa. Kirby siempre amenazaba con privarle de la luz del astro rey. Como si la oscuridad tuviese algo de malo. Damon, personalmente, encontraba fascinante vivir entre las tinieblas.

—Suerte encontrándome, entonces. —Y apagó el micro.

—Llamaré a los técnicos para que revisen tu ordenador —informó Kirby—. Te ha instalado un software de espionaje, el muy hijo de puta.

—De eso nada.

Damon estaba a punto de cerrar la cámara, pero se detuvo al escuchar aquello. Alice alzó el rostro, frío e inexpresivo, hacia su compañero/amante/jefe/prometido. En efecto, parecía una agente de la CIA en ese momento.

—Yo le caigo bien. —«Más que bien, nena»—. Quiero interrogarlo.

Qué astuta. Damon sonrió de satisfacción. Mmmm, un interrogatorio con ella podía llegar a ser muy interesante. Ella preguntaría cosas, él preguntaría cosas... Sería como una primera cita, pero sin las copas. Sacudió la cabeza, indignado consigo mismo. Estaba desvariando. ¿Qué coño le pasaba? Tampoco era que Alice Montgomery fuese *miss* Mundo. De acuerdo, la

mujer era alta, alrededor de un metro ochenta, esbelta, de rasgos delgados, esculturales, con unos altos pómulos y una sonrisa pícaro, pero él las había visto infinitamente más guapas. Sacudió la cabeza de nuevo, rebatiendo sus propios argumentos. Más guapas, sí, pero ¿como ella? No. Ella era única. Eran sus ojos, nunca había visto unos ojos tan penetrantes. Había algo en ellos que hacía imposible dejar de mirarlos. Y sus labios. Tampoco podía dejar de mirar sus labios. Quería probarlos. Sentir su sabor. Recorrerlos con la punta de su lengua. ¿Le gustaría a ella? ¿La haría gemir? Seguro que sí. Alice ronronearía como un gatito entre sus brazos, y él sabría cómo darle placer. Y jamás la besaría con los ojos abiertos como ese gilipollas.

—Está bien —accedió al fin el agente Kirby, lo que hizo que Damon dejara de pensar en los labios de Alice y se centrara en su interrogatorio—. Estoy vigilándote, hijo de perra.

Damon encendió el micrófono y rio entre dientes.

—¿Quién vigila a quién, so gilipollas?

Kirby le hizo una peineta. Damon le dedicó una mueca de disgusto, pese a que era consciente de que Kirby no lo veía. Por él, podía besarle el trasero. Solo quería hablar un poco con la fascinante Alice.

—Señor Angelus —empezó ella en cuanto se quedaron solos.

«*¡Qué formal!*» Alice tomó asiento delante de él —es decir, del ordenador—, abrió su libreta y cruzó las manos por encima de la mesa. Damon se puso cómodo, con los pies encima del escritorio (que había pertenecido al penúltimo príncipe de Mónaco) y la espalda apoyada contra el respaldo de la silla.

—Como somos amigos, puedes llamarme Angel.

Ella, con gesto serio y profesional, enarcó una ceja.

—¿Por qué Angel? ¿Es usted religioso?

Damon soltó una risotada cargada de desprecio. Sí, claro. ¡Religioso! ¿Dónde coño estaba Dios cuando aquellos tipos disparaban cientos de balas y la sangre de los inocentes salpicaba las baldosas?

—Solo creo en mí mismo.

Ella apuntó algo en su libreta. Damon estiró el cuello, pero no pudo verlo. Sabía que ella sujetaba la libreta de esa forma aposta, para impedirle ver sus notas. ¡Maldición! ¿Tal vez debería instalar un par de cámaras en su despacho? Solo para... ¿captarla desde todos los ángulos? Sacudió la cabeza para rechazar aquella idea. Eso era acoso. «¿Y esto qué coño es, Wilde? ¿A qué juegas con ella?».

—¿Qué has apuntado en la libreta?

Alice sonrió un poco. A Damon lo mataban sus sonrisas. Cuando se mantenía seria, lo hechizaba con la intensidad de su mirada, pero cada vez que sonreía Alice Montgomery se convertía en una mujer completa y absolutamente espectacular. Mirándola, él era incapaz de no contagiarse, y acabó sonriendo como un quinceañero enamorado.

—La curiosidad mató al gato, señor Angelus. ¿Nunca había oído eso?

—Es Angel. Y no se trata de curiosidad, sino de justicia.

Alice le dedicó una mirada que derritió gran parte de las neuronas de Damon. Gracias a Dios, le sobraban unas cuantas. Si no, aquello habría sido catastrófico.

—¿Justicia?

—Si tú vas a preguntarme cosas personales, ¿no te parece justo que yo pregunte lo que escribes sobre mí?

Alice se inclinó hacia delante, con ambos brazos apoyados sobre la mesa. Sus ojos se clavaron en los suyos y esa mirada color café atrajo a Damon como un imán.

—¿Y tú vas a contestar a las preguntas personales, Angel? —Esta vez su tono no era frío y profesional. Era cálido, como si estuviese hablándole a un viejo amigo.

Él esbozó una sonrisa pícaro.

—Todas, salvo una. La que yo elija.

Alice, torciendo los labios, cabeceó.

—Me parece bastante justo.

Giró la libreta hacia la cámara y él pudo leer: «El sujeto sufre de un avanzado narcisismo que solo puede ser fruto de una infancia muy infeliz». Echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en carcajadas. Alice se mantuvo seria.

—¿Qué es lo que te divierte tanto, Angel?

—Que los psicólogos de Manhattan cobran a mil pavos la sesión y no llegan a esas conclusiones tan pronto. ¿Se te ha ocurrido alguna vez convertirte en psicóloga?

—Soy psicóloga —acotó ella con tranquilidad.

—Oh. Vaya. ¿Y qué haces en la CIA?

—Eh, ¿quién interroga a quién, listillo?

Damon se mordió el labio inferior y tuvo que darle la razón a ella.

—¿Por qué haces esto? —prosiguió Alice, mirándolo fijamente—. ¿Dinero?

—No, claro que no. O, al menos, ya no.

—Entonces, ¿por qué?

Encendió su mechero y estuvo jugueteando con él durante un tiempo, mientras reflexionaba.

—Diversión. Aburrimiento. Locura. ¿Quién sabe? —susurró distraído, contemplando con mirada vacía cómo la llama del mechero estaba abrasando la palma de su mano.

—¿Por qué no podemos detectarte?

«Soy demasiado bueno para vosotros».

—Soy un fantasma.

—Eso dicen. La semana pasada alguien burló nuestros sistemas de protección, entró en el ordenador del despacho oval y envió un *e-mail* firmado por el presidente y dirigido al general Colan, cancelando la orden de bombardear una base militar de Siria.

—¿Estás compartiendo conmigo secretos de estados, agente Montgomery?

—se burló, mirando ausente cómo disminuía la llama de su mechero.

En unos instantes, aquella llama se apagaría igual que lo haría una vida humana, así, de pronto, y contemplarla mientras se desvanecía en el aire le hacía recordar lo efímero que era todo cuanto lo rodeaba.

Alice puso los ojos en blanco.

—Me juego el puesto a que ya lo sabías, Angel.

Damon sonrió maliciosamente, alzó la mirada y buscó sus ojos. La llama acababa de morir. Estaba rodeado de muerte. Todo lo que él tocaba, moría. Era trágico, en el fondo. Pero mirar a Alice lo mejoraba, sin duda.

—Claro que lo sabía, Alice. Fui yo.

Alice exhaló. Qué fácil resultaba sacarle confesiones a aquel hombre. ¿Por qué no eran así de agradables los demás delincuentes?

—¿Por qué lo hiciste? —Su voz era un dulce susurro que le arrancó una sonrisilla tonta a Damon.

—Dijeron que la base pertenecía a un grupo terrorista —confesó en voz baja, casi ronca.

La ceja de Alice se alzó, interrogante.

—¿Y no era así?

—Nop. No tenía nada que ver con el terrorismo, sino con otros intereses de nuestros ilustres líderes. Así que los detuve a tiempo.

—¿Por?

«Porque no diseño los putos misiles para matar a inocentes».

—Estaba aburrido. Mi novia cortó conmigo y no tenía nada mejor que hacer.

Esa respuesta divirtió a Alice.

—¿Qué hiciste para que cortara contigo? —inquirió, consciente de que aquello no guardaba relación con el interrogatorio. Solo era morbosa curiosidad.

—Cepillarme a su hermana. Pero, para que conste, no sabía que eran parientes, así que no corras a anotar en tu libretita «fetichismo con hermanas»

—le dijo sarcástico.

Alice no pudo contener la risa y explotó en carcajadas. Ese tío era muy gracioso. Y le caía bien, pese a ser el delincuente más buscado por la CIA. Era de locos. ¡No podía caerle bien! Y, sin embargo, era incapaz de evitar encontrarlo simpático. Una sonrisa cruzó el rostro de Damon, como si hubiese escuchado los pensamientos de ella.

—¿Cuánto tiempo llevas con Shrek? —susurró en voz suave.

El brusco cambio de tema hizo parpadear a Alice. No tenía por qué contestar a eso, pero lo hizo.

—Desde la universidad.

—¿Diez años?

—¿Cómo sabes que tengo treinta años?

«He *hackeado* tu ficha mientras hablábamos».

—Soy adivino.

—Y muy gracioso.

Damon se inclinó hacia adelante, con repentino interés.

—¿Tú crees? Tal vez podrías salir conmigo y dejar a Shrek. Los hombres graciosos gustan a las mujeres, ¿verdad?

Alice, esforzándose por disimular la diversión, le lanzó una mirada de advertencia.

—No voy a dejar a *Shrek*. Voy a casarme con él dentro de dos meses.

«*¡Por encima de mi jodido cadáver!*»

—Sabotearé vuestra boda —anunció Damon con tranquilidad.

Ella soltó una carcajada.

—No habrá ordenadores.

—Pero puedo secuestrar al cura —repuso él, cruzado de brazos como un niño enfurruñado.

—Sí, pero yo te agradecería que no lo hicieses. Y como somos amigos, tú vas a complacerme.

Damon curvó los labios en una mueca de disgusto.

—No es justo abusar de nuestra amistad de este modo.

—La vida es injusta, Angel. Y volviendo a lo que nos preocupa, ¿cuál es tu siguiente golpe?

Podía agarrarse al comodín de la pregunta que no iba a contestar, pero no le daba la gana. Algunas veces era tan villano como el Joker. Disfrutaba creando caos.

—El siguiente lanzamiento de misiles. Si no tiene nada que ver con terrorismo, lo impediré por todos los medios. Así que, si quieres advertir a la Casa Blanca de ello, adelante, agente. Te invito a que lo hagas.

Alice sonrió con suficiencia.

—Dudo mucho que el general vuelva a hacerle caso a una orden que llegue por correo electrónico. Me sorprende que no lo hayan despedido por esa metedura de pata.

—Es igual. —La voz de Damon solo delataba su infinito desdén—. Diles que, si los lanzan contra *cualquier* otra cosa que no sea una base militar terrorista, desviaré sus misiles. Y como me toquen las narices, mi objetivo será la jodida residencia de verano del general.

Alice abrió la boca, estupefacta. ¿Era que un *hacker* podía piratear los misiles?

—Sí, princesa, puedo controlar los misiles, desviarlos y hacer básicamente lo que me dé la real gana con ellos —aclaró, con los ojos entornados.

«Porque los diseñé yo mismo».

—Se lo haré saber al presidente.

Él asintió con la cabeza.

—Me parece un buen plan, preciosa. —Desvió la mirada hacia su reloj, y carraspeó—. Me temo que nuestra cita debe acabar por ahora. Tengo que irme. Hay algo ilegal que necesito hacer.

—Angel... —susurró Alice, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

Él se detuvo y la miró. Estaba guapísima. ¡Y estaba sonriéndole!

—¿Sí, princesa? —dijo en voz baja y cálida.

—Una última pregunta.

—Soy todo oídos.

—¿Cómo puedo encontrarte?

Damon la miró a los ojos durante un largo momento. No era la mirada pícaro y burlona que había estado manteniendo durante su interrogatorio, ni era tampoco prepotente. En sus ojos solo había ternura mientras la miraba. Sus gruesos labios le sonrieron un poco. Lamentó que ella no pudiera verlo en ese instante. Estaba convencido de que él le habría gustado.

—Yo te encontraré a ti, amor.

Esa era más bien una promesa. Luego, cortó la comunicación.

---

1 N.A.: Satélites espías de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, que detectan lanzamientos de misiles, naves espaciales y explosiones de armas nucleares.